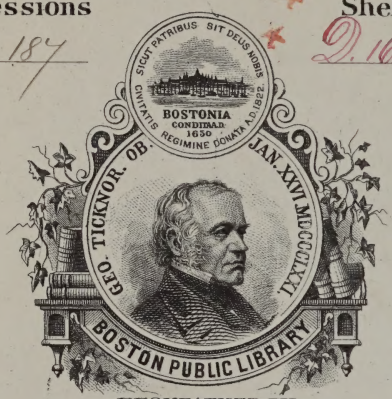
Accessions
116,187

Shelf No.
D.160.100



BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d April 26th 1871.

UN SERVILON Y UN LIBERALITO.

DIÁLOGOS

ENTRE LA JUVENTUD

Y LA EDAD MADURA,

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1857.

LIBRERIA
NACIONAL Y ESTRANJERA
de EDUARDO GAUTIER
Calle S.t Francisco 28.
CADIZ.

1 x

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

UN SERVILON Y UN LIBERALITO,

Ó

TRES ALMAS DE DIOS:

NOVELA

POR FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON F. DE P. MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

D.160
.100

116187
B.J.

PRÓLOGO.

Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.

Mi muy respetado y querido amigo: Recibo la grata de Vd. y la novela de Fernan Caballero, titulada Un Servilon y un Liberalito, acerca de la cual me pregunta Vd. ¿qué me parece? añadiéndome que lo hace con el deliberado propósito de contárselo al público.

No tema Vd. que esta última circunstancia influya para nada en mi respuesta. Fuera de que hace tiempo ambicionaba yo la honra de poner mi nombre entre los admiradores del gran novelista,

estoy ya tan acostumbrado á tratar con el público, que á veces cuando le hablo, dudo si hablo conmigo á solas. Además, ¿qué podría yo decirle que él no supiera, en justa alabanza de aquel escritor eminentemente español y cristiano, y de esta obra, que es una de las joyas mas preciosas que enriquecen su corona?

Vd. sabe que nosotros los aficionados á los libros, escogemos amigos entre los escritores; y yo puedo asegurarle, que apénas comenzó á sonar por España el nombre de Fernan, ya le tuve por mi amigo, y no me cansaba de leer sus obras, y las leia hasta con gratitud, como es natural sentirla hácia el ser benéfico que posee el secreto de adormecer los dolores del alma, y fortalecer en sus abatimientos al espíritu contristado.

Y cierto no robaba mi atencion tanto la gala del estilo; sino la nobleza de las idéas y la pureza del sentimiento: no veia yo en el incógnito escritor ó escritora á la matrona deslumbrante con riquísimos joyeles, sino á la mujer sencillamente ataviada, que no ha menester otro adorno que su belleza, y en cuya sonrisa se descubre la bondad del alma, y en el mirar de sus ojos un pudor y una inocencia como si fueran del cielo.

Bajo esta forma se me ha representado siempre FERNAN, porque yo, francamente, siempre me sentí inclinado á creer,—aunque no me conste la verdad—que no era hombre el autor de ciertas páginas, que solo el corazon de una mujer sabe escribir.

Y aun creí más: que èsa mujer—si es que lo era,— debia ser de la misma sangre, de la misma familia que cierto amigo mio, cuyo nombre no estampo aquí, por no ofender su modestia, que hace tan amable su talento; pero que FERNAN adivinará, si lee estas líneas,—adivinará, y se gozará.

Quiero, pues, creer que su Musa es hermana de la Musa de MI AMIGO; pero una hermana adorable!.. y sobre ello, el más gentil y amable *cicerone* que jamás guió al pasajero curioso, para hacerle conocer y admirar las maravillas del arte en los tiempos pasados y presentes.

Sirviéndome, pues, ella de introductor, acabo de penetrar en el castillo de Mnesteo, «adalid muerto y petrificado, grandioso y fuerte esqueleto con pies fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles;» (1) y en verdad que no

(1) Parece excusado advertir que todas estas frases puestas entre comillas, son de FERNAN CABALLERO en esta novela.

me ha asustado el temor de fantasmas, ni gemidos misteriosos han helado la sangre en mis venas; porque de aquella vivienda pacífica ahuyentaron á los malos espíritus «las oraciones, y el sol de Dios.»

Tampoco tropecé en sus corredores, ni ví en la plaza de armas «á fenicios, romanos, moros, ó á los guerreros del sábio Rey;» pero he pasado un buen rato con los habitantes que les han succedido —«los gorriones y tórtolas, que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y los milanos,»— y sobre todo, no me arrepentiré nunca de haber estrechado relaciones de amistad con aquellas TRES ALMAS DE DIOS, *D. José Mentor* el ex-maestro de escuela, *Doña Escolástica* su esposa, y su hermana *Doña Liberata.*

Gracias á FERNAN, que me ha proporcionado conocer tan buenas personas, que no son del mundo, «señoron que en nuestro globo se emancipa de su Criador, relegándole —¡y gracias!—á los templos y á los libros;» sino que pasan por el mundo, andando siempre en la presencia de Dios.

Habrá acaso quien los califique de gentecilla de escaso valer, pues el D. José dejó de ser Maestro porque le faltaron discípulos, y es contrahecho

de figura, y sospecho que raro de genio; y su esposa y su hermana, mujeres al fin de cortos alcances, pero viejas en cambio,— y no hay que negarlo— feas por añadidura. Y sin embargo de esto, seguro estoy de que Vd., amigo mio, y yo con Vd., viviéramos muy á gusto en su compañía y en la de «los palomos pisaverdes y golondrinas que charlan hasta por las alas» en el desmantelado y adusto castíllo.

Porque ellos eran «POBRES DE ESPÍRITU, MAS RICOS DE CORAZON.»

Porque eran lo que se dice de un modo tan sencillo como admirable: «¡TRES ALMAS DE DIOS!»

Discurra ahora el lector inocente ó malicioso, si estaría muy á sus anchas entre aquellos cristianos viejos un mozo de cabeza no sana, aunque de sano corazon, forzado á esconder entre las paredes del castillo sus opiniones, por las que andaba fugitivo; filósofo de veinte años, imbuido por desgracia «en las máximas anti-religiosas, que por ese instinto de verdad que hay en todo corazon recto, rechazaban las gentes religiosas, á las que tan ámpliamente ha dado razon el tiempo.»

Mas si el lector tiene curiosidad de saber con certeza lo que entre ellos acaeció, pase adelante,

y penetre en el castillo; que Fernan Caballero en persona se brinda á ser su *cicerone*; y departirá amigablemente con Leopoldo y sus huéspedes; y verá y oirá cosas que le harán reir y llorar á un mismo tiempo—y conocerá á una *perla*,— que tal es una niña, la más indiscreta y deliciosa que pueda imaginar,— niña cuya atolondrada inocencia ahora obliga á Leopoldo á la fuga, ahora le pone en riesgo de muerte, y sin embargo, crece para ser la esposa de su corazon y el encanto de su vida; y despues asistirá á la muerte de D. José Mentor, que se durmió aquí en la tierra para despertar en el cielo;—y riendo y llorando, se asombrará ante esa nobleza de los corazones sanos «que lo alzan todo á su pura esfera, asi como lo rebaja á la mústia suya el que está gangrenado por la hiel de la malevolencia y el agraz de la malicia;» y adorará por fin la Providencia de Dios, que pone á ruda prueba la virtud de dos infelices mugeres, á quienes llegadas ya al extremo del infortunio, consuela y salva, enviándoles como dos ángeles á Leopoldo y á su esposa..... Pero nada más apuntaré ya sobre el argumento de la novela ¡oh amigo lector! Fernan te lo contará todo, ó te lo hará ver, con

su gracia ingénua y con su amable sencillez.

Sí diré, que nada hay más sencillo que el argumento de Un Servilon y Un Liberalito; nada más natural y sin pretensiones que el estilo que usa Fernan; y sin embargo, su lectura tiene sabrosamente embebido el espíritu, y lo que es más, le instruye y le mejora.

Ahora, si atiendo á las prendas de Fernan como escritor, hallándoselas aventajadas siempre, encuentro unas en que compite con los que las posean mas sobresalientes, y aun en otras no le descubro competidor.

Porque en primer lugar cuenta y describe bien; y no solo describe, sino que pinta; no solo narra, sino que da vida á la narracion.

Y sabe trazar caractéres, que revelan una mano siempre hábil, y á veces maestra.

Y habla perfectamente la lengua del pueblo, en lo cual no sé quien le lleve ventaja.

Y sabe la lengua de lo que llamamos *culta sociedad*, en lo cual no le conozco rival, ni entre los mejores.

Pero con ser estas prendas tan estimables y tan raras, entiendo que no nace de ellas el gran valor, que hará vivir, despues de muertos nosotros

que los admiramos, á los escritos de Fernan. Lo que los preservará de la muerte, es un *no se qué*, que escapa al análisis, y hace amar al autor y á la obra; un quid divinum que atrae, hechiza, enamora al espíritu: un perfume, digámoslo asi, de amor de Dios y de casta poesía, que se exhala deliciosamente de todas las creaciones de su ingénio.

Recuerdo al leerlas, ese libro singular que llaman el Kempis, y esa Odisea de la desgracia que Italia nos regaló con el título de «Mis Prisiones.» Descuella en otras obras mas vigorosa imaginacion, deslumbran imágenes mas atrevidas; seduce estilo mas florido ó pomposo; mas yo prefiero leer el Kempis, Mis Prisiones y las Novelas de Fernan, porque me parece oir la voz del Buen Pastor y los sollozos del Hijo pródigo.

Y es, que la Musa de Fernan es la Musa del pesebre de Belen, y la del Monte Olivete; y como ella bajó del cielo, sabe cosas que ignora esa otra musa que suele inspirarnos á nosotros.

No olvidaré jamás, que cuando niño, oyendo recitar la Noche serena de Fray Luis de Leon, pensé y dije para mí: «no se escribe esa poesía con solo un gran talento; esa poesía es la expresion, y como el sonido natural de una alma pura

y elevada.» Lo mismo pienso, y lo mismo digo ahora, al leer las obras de FERNAN CABALLERO. Y creo además, que á un escritor que aspire, profanamente hablando, á subir al templo de la inmortalidad, le conviene mucho—si es cosa ésta en que puede entrar para algo la conveniencia—ser buen cristiano; porque siéndolo, tiene ya andada la mitad del camino. Que la virtud es la belleza moral, y la belleza moral es el alma de toda obra, la cual no podria vivir mucho tiempo solo por las formas, que siquier seductoras, al fin no constituyen sino una especie de hermosura física.

El espíritu heróico de Corneille encontró fácilmente el «QU'IL MOURUT!» que despues de tres siglos aun nos hace palpitar de entusiasmo. Pero á FERNAN le es mas fácil encontrar idéas y expresiones, aunque de otro órden, mas sublimes todavía. ¿No lo es la caridad cuando busca ingeniosa y hasta sutíl, disculpas generosas á la misma ingratitud? ¿No lo es la resignacion, ese heroismo del alma cristiana, que la hace hollar vencedora, sobre sus mas horribles enemigos, la calumnia, el desamparo, la miseria; y en medio de deshechas borrascas la conserva tranquila y serena bajo las miradas de Dios complacido?

¿Qué le cuesta á Fernan obligarnos á bajar la cabeza con amor y admiracion ante un pobre hombre y dos pobres mujeres? Muy poco en verdad..... ¡prestarles su alma!

A mi entender fué su principal intento pintar «la grandeza segun Dios, que no es la grandeza segun los hombres;» y cierto, lo consiguió; porque nadie ha de negar que el ex-maestro y su esposa y su hermana aparecen sabios en su ignorancia, nobles en su miseria, sublimes en su infortunio. ¿Qué es, comparado con ellos, y que vale Leopoldo, con ser gallardo mancebo, de ingénio vivo, y de alentado corazon? Lo que son y lo que valen á par de los grandes principios del catolicismo, de las virtudes inefables del Evangelio, el vano alarde de una filantropía estéril, ó las fosfóricas luces de una filosofía de la *nada*!

Hasta cierto punto se personifica en aquellos tres caractéres la sencillez, la piedad, la grandeza de los siglos pasados; y se hace despuntar en el segundo la liviandad y la petulancia de la época presente. Pero el ex-maestro y su familia no solo tienen indulgencia para los extravíos de Leopoldo, sino que le aman á pesar de ellos. El tiempo

antiguo mira con dolor, pero disculpa hasta donde es posible, los errores del nuevo; y aunque no puede aprobarlos, y aunque ha de condenarlos, lo hace lleno de caridad hácia las personas extraviadas..... Sí; sin duda debajo de una leccion moral encubre nuestro insigne novelista un gran consejo político, que ¡ojalá no olvidáramos nunca! acordándonos siempre de que la tolerancia es la hija primogénita de la caridad.

Cuando yo considero las obras de FERNAN, y de otros escritores, que sin desdeñar lo bueno que brindan los innegables adelantamientos del tiempo presente, se complacen en recordarnos á todas horas la santa imágen de nuestra antigua, católica, monárquica y querida ESPAÑA; que en vez de avergonzarse del ESCÁNDALO DE LA CRUZ, valerosamente la levantan en medio de Europa, como signo de gloria, de civilizacion y de libertad; cuando esto considero de una parte, y de otra pongo los ojos en esa gran batalla que se está dando en el mundo, y de cuyo éxito penden sin duda los destinos futuros de la humanidad, verdaderamente me siento sobrecojido por una idea dolorosa, y quisiera tener tan gran voz que resonara en España, para gritar de dia y noche

sin tregua ni reposo: «¿Qué hacen nuestros grandes, en que piensan nuestros ricos? ¿en qué piensan y qué hacen, que no veo, no ya en las casas opulentas sino en las modestas, sino en las humildes, y en todas partes y en todas las manos los cristianos escritos de Donoso, de Balmes, y de Fernan? ¿Qué hacen y en qué piensan, que no se apresuran á esparcir las ideas salvadoras, á los cuatro vientos del cielo, é innundan á toda España, para evitar esa otra innundacion de idéas corruptoras y perversas, que á modo de los ejércitos del Anti-Cristo, ó siéndolo en realidad, traspasan los montes, saltan los muros, penetran cautelosos é invisibles en nuestros hogares, á enloquecer la cabeza de nuestros jóvenes, á manchar el casto seno de nuestras hijas, allanando sus caminos á esa espantable revolucion que nos amenaza con un nuevo diluvio?....

Pero.... ¿dónde voy, amigo mio, dónde voy?.. Usted, aun juzgándome con su bondad proverbial, de seguro recordará las palabras del viejo Horacio, *sed non erat his locus*. Será asi: no tengo dificultad en confesarlo; mas lo escrito está escrito! Hora es sin embargo de poner punto á lo que no merece el nombre ni tiene las pretensiones de

prólogo—líneas desaliñadas, trazadas de cualquier modo sobre el papel, pero que contienen la expresion íntima y verdadera de los sentimientos que en mi alma ha despertado la obra de FERNAN CABALLERO.

En conclusion, y por decir en dos palabras cuanto siento acerca de nuestro ilustre amigo, yo aseguro á Vd., y Vd. sabe que hablo verdad, que cuando leo sus obras admiro su bello talento; pero amo sobre todo su alma, que es incomparablemente mas bella.

A Dios, amigo mio: lo és, y lo será siempre de Vd. sincero y apasionado

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

Valencia 11 de Noviembre de 1857.

UN SERVILON Y UN LIBERALITO,

ó

TRES ALMAS DE DIOS.

CAPITULO I.

EL CASTILLO DE MNESTÉO.

> Souvent á l'aspect d'une belle contrée on est tenté de croire qu'elle a pour unique but d'exciter en nous des sentiments élevés et nobles.
>
> MADAME DE STAEL.

> Al contemplar una hermosa vista, suele uno sentirse llevado á creer que es su único objeto excitar en nosotros sentimientos elevados y nobles.

Ya en otra ocasion hemos hecho mencion del antiguo castillo de Mnestéo, que existe en el Puer-

to de Santa María, y pertenece á los Duques de Medinaceli. Fué llamado de Mnestéo por haber sido construido por un Príncipe fenicio de igual nombre. Pasó despues á la dominacion romana; luego á la de los moros; hasta que en 1264 lo conquistó el Rey D. Alfonso el Sábio, para cuya conquista le alentó, apareciéndosele, la VIRGEN de los cristianos; en memoria de lo cual dió el sábio y religioso Rey su venerado nombre á aquella poblacion, perdiendo asi la bautizada villa su pagano nombre de Mnestéo.

Mas si interesase ahora á alguno de nuestros lectores penetrar con nosotros en su recinto, le servirémos gustosos de *cicerone*. Harémos aun más; toda vez que en ello le complazcamos, le harémos conocer á sus moradores, y tendrémos, segun la expresion de una amiga nuestra de infinito talento y gracia (1), un rato de *comadréo*.

Sentimos que á fuer de verídicos, no nos sea posible divertir al lector con una descripcion lúgubre y medrosa en el género de las de la autora inglesa Anna Radcliff, en vista de que, segun dice Custine, *l'imagination aime à frémir* (la imaginacion gusta de extremecerse). Porque, opuestamente, para ser verídicos, tenemos que descender á los pormenores mas sencillos, mas cándidos, y si se quiere,

---

(1) La Señora Doña Espíritu Santo Moreno de Escalante.

mas triviales de la vida comun, si hemos de describir el estado actual del castillo, de este adalid muerto y petrificado, de este grandioso y fuerte esqueleto con pies fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles, que ostenta el Puerto como antiguo y noble blason de cuatro cuarteles, sobre una eminencia, á la entrada de su rio Guadalete, á cuya orilla y al amparo de su valiente defensor, se ha ido extendiendo la poblacion, como crece el vástago á la sombra del árbol que lo cria.

Al penetrar en el recinto por la puerta que se halla en la gran plaza á que da nombre, esto es, la plaza del Castillo, se atraviesa un pequeño espacio, se suben unas gradas, y se entra en el compás que precede á la iglesia, que es el punto céntrico del edificio. Fórmala un espacio grande, abovedado, cuyo techo está sostenido por enormes pilares; sin tener mas luz que la que recibe por una gran ventana que está al pie de la iglesia, y la toma de un corral interior. No hemos podido averiguar el primitivo destino de esta vasta pieza; si fué aduana, lonja, mezquita ó almacen en que se depositasen víveres. Hoy es el adornado, bendito y recogido santuario de un culto sostenido y devoto, al que con gran asiduidad concurren los habitantes de la ciudad.

A la derecha del compás hay una escalera empinada que conduce á lo alto. La plataforma ó azotéa que está sobre la iglesia, constituye un gran

espacio enladrillado, que fué,—y conserva aun hoy dia el nombre—de *Plaza de armas*. Alrededor de esta plazoleta están las habitaciones que fueron morada de los caudillos, y salas de armas; y que hoy subdivididas forman habitaciones. Vive en la mejor el capellan del castillo; en otra el sacristan; en otra un maestro de escuela; en la mas pequeña una anciana viuda: todos tipos los más genuinos de gentes pacíficas; por lo cual uno de los formidables torreones se ha convertido en oratorio, otro en cocina, otro en palomar y otro en jardin. ¿Cómo, pues, amalgamamos con estos objetos la aparicion de un moro feroz llevando su cortada cabeza debajo del brazo, ó de un formidable caudillo cristiano entre cuya celada se divisase una calavera siniestra? ¿Cómo podrian oirse gemidos ni amenazas entre las bóvedas y escaleras de aquellas torres, en que tan pacíficamente cuelgan los chorizos y ristras de pimientos; en que tan amorosamente arrullan los palomos; en que tan unidas están las almenas con las flores, á las que sirven de reclinatorio, y que por ellas han olvidado de un todo dardos, flechas y arcabuces; en las que tan suaves suenan las preces, y con tan esforzado *qué se me dá á mi* retumba el doméstico almirez?... No, no; allí no hay malos espíritus, asombros, ni horrores: las oraciones, el sol de Dios, la paz material y la del alma, las buenas conciencias y las flores los han ahuyentado.

Si nos asomamos por la ventana de la sala del capellan, que está á la derecha de la plaza de armas, vemos un corral, que sería quizás el cementerio en tiempos de guerra, convertido en un diminuto huerto, presidido por una aislada y austera torre cuadrada, en la que se han amontonado gran cantidad de huesos de bizarros cristianos y valientes moros enterrados en aquel lugar. En cuanto á los huesos romanos que allí puedan hallarse, deben de bailar de contento, al considerar que la tierra, á fuerza de oir su famosa plegaria, *de que les sea ligera*, se ha ido aligerando hasta el punto de no cubrirlos. Los honrados moradores actuales del castillo suplicaron atentamente á estos huesos errantes que cediesen su sitio á las coles y rábanos, á la yerba-buena y al perejil; y que se fuesen apiñando en amor y compaña en aquella torre, testigo de sus hazañas. Los huesos no se negaron á acceder á lo que con tan buen modo se les pedia, y allí están sin que nadie se meta con ellos, sino unos preciosos conejos caseros que viven, juegan y procréan alegre y pacíficamente á su lúgubre sombra.

Necesaria, es, pues, una fuerza de abstraccion,—que no le es dada sino al historiador ó al anticuario,—para poder prestar todo el vivo y solemne colorido de su heróico pasado, á aquella mansion de sol, de flores, de paz y silencio, de lindos animalitos caseros y de buenos vecinos.

Hasta los ecos que repitieron los bélicos sonidos de trompas y clarines, han caido en un obstinado mutismo, no queriendo descender á alternar con el canto del gallo, cantor, que cual no otro, cumple con una de las primeras reglas de su arte, que es la *de echar la voz*; con la algarabía de las golondrinas que charlan hasta *por las alas*; con el ronco y poco armonioso arrullo de los palomos, amantes formales, fieles y comedidos; ni con los destemplados arranques de los patos poco filarmónicos, que sin la mas mínima aprension, hieren el aire que los rodéa y los oidos que los oyen; pero ni con aun los alegres cantares del canario saltimbanquis, que prefiere á las de laurel, coronas de jaramago.

Un lugar hay, sin embargo, en que la mente deja de sonreir, y el alma se eleva ámpliamente á otras esferas. Es este la plataforma de las altas torres, que coronadas de sus almenas, se alzan erguidas en su ancianidad y abandono, tan bellas, tan derechas y tan señoras, como cuando dominaban y defendian el pais.

La vista, que desde su altura se descubre, admira, eleva, embelesa; y si nos es permitido decirlo, deslumbra. ¡Tal es el esplendor de la atmósfera, del cielo y de la mar, la lontananza de los horizontes, la belleza de los objetos, y lo grandioso del inmenso paisaje, que desde aquellas alturas se presenta á la vista!

Al lado del Sur, se extiende en toda su majestad y su brillo el mar, que hácia la izquierda viene á ostentar sobre la barra que precede al rio Guadalete el garbo de sus olas y la blancura de sus espumas. Al frente se ve á Cádiz, que aunque distante dos leguas, muestra claro sus tersos y delineados contornos, como dibujados con firme pulso en el esmalte del horizonte.

A la izquierda, siguiendo con la vista el recto camino real por medio de un verde coto, se llega con él, á las dos leguas, al elegante Puerto Real, y siguiéndolo despues en su curva, se llega á la Isla, ó ciudad de San Fernando, donde muere entre *albinas* la bahía, dejándoles por legado gran cantidad de la afamada sal, que en blancos montes apiñan. En lontananza se extiende Chiclana en su llano, llevando por bandera una ruina, que fué lindísima capilla de Santa Ana; y se encarama Medina en su monte, como vigilando sus verdes campos y sus ganados.

Volviendo la vista á la derecha, se vé subir la carretera en suave cuesta por entre viñas y arboledas, la que mas adelante se arrastra por ricos campos de trigo, hasta llegar á San Lúcar de Barrameda.

Al Norte, esto es, en direccion opuesta al mar, vése el camino de Jerez atravesar la vega, derecho como el que quiere llegar pronto, y torcer despues á la derecha, para salvar los altos cerros,

en cuyo seno se ocultan las magníficas canteras que hace tantos siglos están formando los edificios que levanta el hombre, y dedica ya al culto, ya á labrarse sus moradas; y despues de pasar cerca de lo que fueron ruinas del castillo de Doña Blanca, desaparece detrás del monte.

Este castillo, de que apénas resta vestigio, fué edificado por D. Alonso el Sábio sobre una eminencia que dominaba el rio; pero el rio ha tomado las de Villadiego como un desertor, si no á sus banderas, á su cáuce. Relevado por consiguiente el castillo del cargo de vigilarlo, cansado de su soledad y de su *farniente*, se ha caido como una barraca, sin respeto á su poético nombre de Castillo de doña Blanca, nombre que debe á la tradicion, que jura y perjura que en aquel solitario albergue encerró el Rey D. Pedro á la mujer que le faltó á la fé debida.

Vése tambien en la vega otro objeto lleno de *actualidad y palpitante de interés* (segun se expresan en francés traducido los periódicos de la córte y sus sócios de las provincias), se vé, sí, se vé, poniendo cuidado ó sacando un anteojo de larga vista, el camino de hierro; pero..... ¡qué chico! ¡qué mezquino! Cuando en seguida se baja la vista, y se mira aquel castillo de otras edades, tan grande, tan fuerte y sólido; cuando se miran las iglesias seculares, allí, en Cádiz, en Puerto Real, serenas é inmutables entre huracanes, vicisitudes,

guerras y siglos..... y se comparan á esa moderna *obra magna*, no puede uno ménos de considerar, que mientras más se emancipa el hombre de Dios, más mezquinas, efímeras, é inconsistentes son, no solamente sus idéas, sino tambien sus obras.

Sirven de punto de vista á este cuadro del Norte, los montes de Ronda, que el San Cristóbal tiene á sus piés, mientras alza su cabeza entre nubes.

Esta vista toda es magnífica y grandiosa. Ostenta el pais tan abierta y completamente sus contornos, como muestra su índole una persona franca. Todo lo alcanza la mirada, que despues de vagar con delicia por la tierra, tan bella como la ha hecho Dios, se alza al cielo más bello aun, llena de admiracion y gratitud, ofreciendo ambos al Criador; que agradecer es amar, y admirar es tributar homenaje.

Pero volvamos á bajar con cuidado para no perder pié, los vetustos y carcomidos escalones de las escaleras, y regresemos á la *Plaza de Armas*, la más pacífica del mundo, que conserva,—á pesar de ser el más descarado anacronismo,—su nombre, como prueba palpable de la fuerza de la tradicion.

A la derecha de la escalera está la habitacion del sacristan, que es la ménos buena, por tener luces á corrales; en esta es donde se halla el torreon, poco elevado, sobre cuyo turbante de almenas ha puesto la sobrina del sacristan una corona de flores.

Una vez en la Plaza de Armas, vémos á la izquierda la habitacion de la viuda, dueña del corral de gallinas y del torreon-palomar, torreon bonachon que no se desdeña de proteger al palomo perseguido por el gavilan, como protegió á Príncipes contra Reyes, á caudillos contra caudillos.

A la derecha está la habitacion del capellan, que es la mejor, y tiene la hermosa torre ochavada que le sirve de oratorio, y donde la VÍRGEN DE LA PAZ la derrama en los corazones.

Al frente está la habitacion en que vive el maestro de escuela D. José Mentór, con su buena mujer Doña Escolástica, y su buenísima hermana Doña Liberata.

No hemos querido describir las anteriores habitaciones, por no cansar al lector, que es probable que no sienta la simpatía que tenemos nosotros por el castillo de Mnestéo. Pero, en cuanto á esta, nos precisa describirla gráficamente, por ser en ella en la que van á tener lugar la mayor parte de los eventos que vamos á referir.

Despues de atravesar la alegre y tranquila Plaza, llamada de *Armas* por antonomasia, en la que en lugar de fieros hombres de guerra, se ven, como ya indicamos, hermosos palomos que andan presumidos, volviendo sus cabecitas para lucir los tornasoles de su plumaje, se entra en una pequeña antesala ó pasadizo, que á la izquierda tiene

una puerta, que dá entrada á un cuarto con una ventana á la Plaza de Armas, y que es el que ocupa Doña Liberata.

Entrase por este pasadizo á la sala, que es lindísima, por tener al andar una azotéa que domina la pescadería, la aduana, el muelle, el rio, y vá á descansar en el siempre verde coto de la orilla opuesta. La sala está aseadamente amueblada, con su estera, sus sillones de caoba, que cubren con una careta de tela de algodon blanco, unas crines contemporáneas de las de Bucéfalo, que cansadas de sentirse aplastadas, se esfuerzan por salir de su purgatorio. En el testero hay una mesa *puritana*, sin ninguna clase de adorno, sobre la cual se vé un nicho de caoba y cristales que encierra una hermosa efigie de la Vírgen. En la pared cuelga un cuadro antiguo, de poca estima como obra artística, pero de muchísima como objeto de veneracion, que representa al Santo de la profunda y sincera devocion de la familia, de Padres á hijos, San Cayetano.

Debajo de este cuadro, en otro de media caña pintado de negro, está un mamarracho con una banda azul y blanca, que pasa por el retrato de Don Fernando VII, y fué colocado allí por el dueño cuando la guerra de la Independencia.

A la izquierda, á los piés de la sala, hay una puerta pequeña, por la que se entra en la alcoba del matrimonio, la cual tiene ventana á la referida

azotéa, y no tiene nada de notable sino una cómoda papelera vetusta y secular, cuya tapa viene á cerrarse en diagonal sobre una tabla angosta, en la que se ven un Crucifijo y algunos libros; y encima de la cómoda, colgado en la pared, otro cuadro de San Cayetano.

Esta alcoba tiene una puerta que comunica con un pasadizo triangular, en cuyo extremo está la entrada del valiente torreon convertido en cocina. ¿Quién vió nunca un caballero con cota de malla y lanza en ristre, convertido en ranchero? Con entrada á ese mismo pasadizo hay un cuarto pequeño con ventana á la Plaza de Armas, que sirve de comedor á la familia.

En este partido, (nombre que se dá en Andalucía á cada una de las partes en que se divide un edificio grande, para que sirva á vecinos), vivia desde innumerables años la familia del maestro de escuela. Ahora, pues, que conocemos el local, vamos á ocuparnos de los habitantes que han succedido en él á fenicios, romanos y moros, y á los guerreros del sábio Rey; esto es, los gorriones y tórtolas, que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y milanos.

Es de suponer que, si los miembros de la Sociedad de la Paz tuviesen noticias de las transformaciones que en beneficio de esta ha sufrido el descrito castillo, ese leon hecho cordero, ese Hércules hilando, ese Aquiles vestido de Matrona, ese

dragon narcotizado, lo hubiesen elegido para punto de reunion de sus sesiones; pues ciertamente con plena aprobacion de sus habitantes se habrian podido anatematizar en aquella *Plaza de Armas* todas ellas, inclusas las flechas de Cupido.

CAPITULO II.

TRES ALMAS DE DIOS.

Bienaventurados los pobres de espíritu.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Il est vrai qui la grandeur selon les hommes n'est pas la grandeur selon Dieu.

ALEXANDRE DUMAS.

Don José Mentor era, como ya hemos dicho, un Maestro de escuela. Los adelantos de la época atrasaron al pobre D. José: el colegio, la gratuita, la escuela mútua, aquellos rayos de las luces del siglo, le arrebataron todos sus niños como lo habian hecho los de Apolo con los de Níobe. Pero D. José no se descorazonó: siguió viviendo en su pacífico castillo, en su tranquilo hogar doméstico, con su

mujer y su hermana, en paz y en gracia de Dios, tan confiados los tres en el Santo de su devocion, San Cayetano, abogado de la Providencia, que á ninguno robó su desgracia un cuarto de hora de sueño.

Don José contaba con un vitalicio en que vendió una casa ruinosa. Consistia aquel en una peseta diaria—¿qué tal seria la finca?—vitalicio que con su imprevision de niño, puso sobre su cabeza, sin acordarse de que su mujer y su hermana deberian probablemente sobrevivirle. Tenia algunos otros recursos; era el uno llevar del brazo á misa á una anciana estrangera ciega, por cuyo obsequio recibia tres cuartos; y era otro, algunas lecciones de leer y de escribir que daba á las Maritornes con pretensiones de ilustrarse, con lo que lograban leer novelas perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja, y llevar calcetas con puntos. —Mire Vd., niña, solia decir D. José á las talludas discípulas que hacian palotes, ¿vé Vd. esas viguitas del techo? Pues así deben ir, derechitos y bien alineados.

Don José era feo,—preciso es confesarlo; que amor no quita conocimiento;—de un feo que llamaba la atencion. Sus narices desmedidamente salientes y gruesas, necesitaban todo el extremado largor de la cara en que se ostentaban, para vivir en paz con la boca y la frente, sus vecinas. No eran ménos largas sus orejas, ni ménos gruesos sus

lábios, siendo el inferior colgante y pendiente como un pabellon. Sus ojos pequeños, enterrados en gruesos párpados, tenian una expresion bondadosa, á la par que atónita ó curiosa; lo que era debido á su sordera; y eran cobijados por unas cejas tremendas, que formaban un entrecejo formidable, que hubiera sentado bien en un busto de Júpiter, pero que estaban en la cara de nuestro buen Don José completamente fuera de lugar, y podian competir con la carabina de Ambrosio. Era alto, y su cuerpo se habia torcido de una manera lastimosa, teniendo un hombro muy alto y otro muy bajo, como si se esforzase en probar que nada hay igual en este mundo,—que es lo que le hace original;—nada..... ¡ni aun los hombros en un mismo sujeto!

Sin embargo, cuando por Semana Santa ó el dia del Córpus, vestia D. José un frac negro que estrenó á principios del siglo, y salia pavoneándose y arrastrando los piés, su mujer y su hermana le seguian con la vista al atravesar la plaza de armas, mirándose despues con una sonrisa de satisfaccion que parecia decir: ¡*que se presente otro*!

Doña Liberata tenia la misma fealdad que su hermano, en pequeño, así como la misma sordera; aunque, como mujer, era ménos torpe, y se enteraba mas pronto de lo que deseaba saber, ó de lo que se le queria comunicar. Ligera, dispuesta, hacendosa, acudia á todo con paso menudo y precipitado, y ayudaba á los gastos, cosiendo ageno. Nunca

se habia casado, por no habérsele presentado ocasion, ni haberla ella buscado jamás.

Doña Escolástica era algo gruesa, muy pastôrona, sin hiel, como los palomos pisaverdes, que paseaban la plaza de armas; de un feo ménos subido, pero de una insulsez más marcada que su cuñada.

Estas tres personas tan semejantes existian felices y bien avenidas en medio de sus escaseces, no amargaban su pan con quejas, ni su vida con apuros; y nunca se vieron en la triste situacion, á que gradualmente fueron descendiendo, génios más alegres, ni índoles mas apacibles: pues la alegría y la apacibilidad, las dan las conciencias limpias y la fé vírgen y firme, que poseen los ricos de corazon y pobres de espíritu. Este su envidiable temple de alma, esta completa sumision y confianza en Dios, crea la mansedumbre; y ésta ahuyenta los angustiosos cuidados, los excesos de la sensibilidad, la hiel contra los hombres y las cosas. Y sobre todo, crea el hermoso don de la conformidad, que espontáneamente brota en las almas de aquellos, y que las cobija con su dulce sombra, sin que noten ellos siquiera que la tranquilidad de su espíritu es debida á la excelencia de sus almas, y que el epíteto burlesco de ALMAS DE DIOS, con que con tanta ligereza los ridiculiza el mundo, significa nada ménos que haber llegado al apogeo del cristianismo. Ha dicho muy bien Dumas; que la grandeza, segun Dios, no es la grandeza segun les

hombres. Por lo cual nada de extraño tiene, que á pesar de la bondad de los individuos que hemos descrito, ocupasen en la sociedad una posicion mas que subalterna, tanto por su clase, como por su pobreza, como por su desgraciado exterior, como por esas mismas virtudes, que desdeña el mundo, ese señoron que en nuestro globo se emancipa de su Criador, relegándole,—¡y gracias!—á los templos y á los libros, no sin mofarse de los que sacan su santo nombre de la clausura de las obras teológicas, que no lee. Miran los hombres descreidos que á él pertenecen, estas virtudes de alto abajo, como miran los bullidores delfines y peces-espadas que se agitan en la superficie del mar, á la perla que tranquila yace en el firme fondo.

La índole bondadosa y la falta de hiel de D. José eran tan conocidas en el pueblo, que para pintarla burlescamente, habian inventado sus paisanos, que necesitan de poco para ejercitar su humor burlesco, el siguiente chascarrillo. (1)

Contábase que D. José entró un dia en su casa cuando ménos se le aguardaba y halló á un amante con su mujer. ¿Qué hace el ultrajado marido? coge

---

(1) Mucho hemos sentido ver en las gacetillas de un periódico de Madrid esta chuscada. Reclamamos en nombre de Don José la invencion sacada y aplicada por sus paisanos exprofeso para él, y no para un caballero gallego que en la gacetilla le usurpa su lugar. ¡Cómo corren los cuentos!—No corren así las máximas, no!

en brazos á su rival, y le lleva al fin del paséo de la Victoria, esto es, de extremo á extremo del pueblo; allí le deposita en el suelo, y le dice con voz severa:—«¡esto es por la primera vez! Pero le prevengo á Vd., que si otra vez le encuentro con mi mujer, que... como me llamo José, y como espero salvarme, le llevaré hasta allí!» y le señaló un ventorrillo que se halla á un cuarto de legua. Don José, satisfecho con la reparacion que habia dado á su ultrajado honor, se volvió á su casa. Añadian que desde aquella época databa el desquiciamiento de los hombros del héroe de la aventura.

Para principiar nuestra Relacion desde el principio,—como suele hacerse,—es preciso retroceder al año 1823, en cuya época estaban el castillo y sus habitantes idénticos á como los volveremos á hallar despues, y á como los hemos descrito. Hay personas que no tienen juventud, así como hay otras que son jóvenes toda su vida, no solo en su sentir sino hasta en su físico; jóvenes arrugados, modernizados con modas de París, embalsamados con ungüentos, encurtidos con esencias; á cuyos miembros no pesan, y á cuyas cabezas no sirven de lastre los años. Si á las primeras falta la fragancia de la primavera; á los segundos falta la madurez del otoño.

Como hemos dicho, el torreon del ángulo izquierdo servia de cocina á la familia del ex-maestro de escuela. Una noche de dicho verano, estaba

Doña Liberata majando con el mayor ahinco, la miga, el ajo, la sal y el tomate para el gazpacho. Aunque no hubiese sido un poco sorda, la atencion profunda que prestaba á su faena, y los vigorosos golpes que daba al mortero, habrian bastado para abstraerla completamente. ¡Cuál sería, pues, su asombro, cuando de repente y como llovido de la bóveda, se vió á un hombre enfrente de ella! Las cejas de Doña Liberata,—que como las de su hermano, tenian una aptitud particular para alzarse, formando un arco agudo,—arrastraron detrás de sí á los párpados, dejando sus ojitos negros desmesuradamente abiertos; su boca los imitó, y la mano del mortero quedó levantada inmóvil en la suya!

Un ladron en aquel castillo, donde no habia nada que robar,—era un fenómeno mas extraño y sobrenatural que hubiese podido serlo la aparicion de un moro ó de un romano.

Sin embargo, la persona aparecida no justificaba tanto espanto. Era un jóven de unos veinte años; traia una chaqueta y un pantalon estrafalario, y en la cabeza una gorra con visera, y ésta muy echada á la cara. Un tanto de barba juvenil, que no habia sido afeitada en varios dias, daba alguna sombra y algo de varonil á aquel rostro de colegial. De estatura mediana, tenia elegantes formas, y su flexible cuerpo parecia hallarse poco á gusto en el traje que llevaba, en el cual se movia extraño é impaciente; como la serpiente que ansía

por soltar y zafarse de su deslucida piel, cuando debajo tiene otra más adherente, más lucida, y más nueva.

—Pe.....ro..... articuló Doña Liberata, que no pudo acabar de pronunciar el nombre de sus hermanos.

—Señora,—dijo el aparecido,—me vais á perder. Soy perseguido por fieros esbirros; he trepado por las grietas de ese desmoronado muro con la intencion de entrar por esa abierta ventana, y con la esperanza de hallar pechos nobles é independientes que amparasen una víctima del despotismo!

Doña Liberata, que era sorda, que era novicia en percances aventureros, y que á esto añadia el haber perdido la cabeza por el miedo, contestó temblando:

—¡Seor! ¡por la Vírgen del Cármen! somos unos ñpobres; á mi hermano le han cerrado la escuela; yo no he cobrado todavía la costura de esta semana. Nada tengo, sino mi rosario y mi caja de plata; si Vd. las quiere..... La pobre Doña Liberata metió con dolor profundo su temblorosa mano en la faltriquera.

El aparecido, haciéndose cargo de la dificultad de oido de su interlocutora, se acercó á ella y le dijo:

—Yo no soy ladron.

—¿No?—contestó Doña Liberata algo tranquili-

zada, y soltando con íntima satisfaccion el rosario y la caja de plata que tenia asidas,—pues entónces ¿á qué se entra Vd. á deshoras por las ventanas?

—Porque un poder tiránico me persigue para prenderme, contestó en recia voz el aparecido.

Las cejas de Doña Liberata que habian emprendido su descenso, se remontaron instantáneamente.

—¿Qué? ¡quieren prender á Vd! ¡Ave-María Purísima!—exclamó angustiada,—este ha hecho una muerte! añadió mentalmente; ¡si chisto... me deja en el sitio! ¡Dios tenga misericordia de mí!

El desconocido conoció cuanto pasaba por la aterrada mente de su interlocutora, y se apresuró á decirle:

—No he cometido delito alguno; soy un prófugo político.

Esta voz culta que significa fugitivo, errante, y que ha sido aplicada por la ley al que se sustrae al servicio de las armas, el pueblo la ha adoptado con la variante de *préfulo*, y ha hecho de ella la denominacion genérica y esclusiva de aquel que acude á la huida para escapar al sorteo. Bajo este concepto inspira siempre un *préfulo* interés y lástima.

—¿Un *préfulo?* ¡pobrecito!—dijo la buena Doña Liberata volviendo sus cejas á ocupar su línea recta.—Vamos, esté Vd. sosegado, añadió con bon-

dad, que nosotros no le hemos de delatar. Pero voy á avisar á Escolástica y á Pepe, para que no se asusten.

Doña Liberata se fué, con los pasitos cortos y precipitados que le eran propios, dejando abierta la ventana por la que habia entrado el fugitivo, y la puerta por la que ella salió, con tanta confianza en el intruso, como terror le habia inspirado al aparecerse.

D. José, que mediante á ser sordo tenia algo de desconfiado y otro algo de *gruñon* (ambas cosas empero en dósis muy inofensivas) no estuvo tan propicio como su hermana para esconder á un fugitivo, ni para creer sobre su palabra, que lo fuese para huir de la quinta.

—¡Qué prófugo!.... gruñó con su gruesa y pastosa voz;—¡si ahora no hay quinta! ese es un prófugo, pero prófugo de presidio. Los tiempos están revueltos; y cuando esto sucede, hacen los tunantes de las suyas. ¿Por qué le dejaste entrar?

—¿Acaso me pidió licencia? contestó su hermana. Pero mira, José, no tiene mala traza y es casi un chiquillo.

—Chiquillo que de noche trepa por las paredes, y allana las casas!... nada, nada; que se vaya;... ó voy á llamar á la guardia.

—¡Hombre! cómo se vá, si está cerrado el castillo y es preciso despertar al sacristan para enb abra la puerta!... observó Doña Escolástica.

—Que se vaya por donde ha venido; no quiero líos con la justicia, ni dimes ni diretes con los franceses, aunque no sean estos los malvados de Napoleon.

—Pepe, no te conozco: ¡qué despiadado estás! le dijo su hermana;—por los cantos descarnados ha podido subir; pero no se puede bajar por ellos.

Mientras que con su acostumbrada calma discutian D. José, su hermana y su mujer el asunto, el fugitivo cansado de esperar, habia seguido el camino que vió tomar á Doña Liberata, y se presentó de repente con mucha soltura á los ojos atónitos del trio.

D. José frunció sus cejas jupiterianas, y se levantó erguido, con su hombro izquierdo mas remontado que nunca.

Pero el que se presentaba no era hombre á quien impusiesen las cejas de D. José, puesto que si la impavidez y el *sans façon* francés se hubiesen unido, habrian engendrado al que se presentó á su vista. Habíase quitado el prófugo su feísima gorra y levantado de sobre su frente, tersa y erguida, sus negros rizos; su boca sonreia luciendo la bella dentadura que la adornaba, y dirigiéndose á su huésped, dijo con frescura:

—¿Vd. es D. José Que-se-yo-qué, hermano de esa señora Que-sé-yo-cuánto, á la que he dado mal que me pese, un susto magno?

—D. José Mentór, servidor de Vd., contestó

Doña Escolástica; no ha oido á Vd. porque es un poco tardo...

—¿Mentór? exclamó soltando una carcajada el aparecido; por consiguiente Vds. serán las Calipsos de esta gruta, y yo vengo de molde para ser el Telémaco.

—¿Qué dice? preguntó D. José á su mujer.

—Que se llama Telémaco, contestó esta.

—No digo eso, repuso alzando la voz y redoblando sus carcajadas el aparecido, me llamo Leopoldo Ardaz. ¡Ay! añadió, golpeándose la frente: lo primero que me encargó Ramon, fué que ocultase mi nombre.

—No hay cuidado por eso, advirtió D. José; que lo que á Vd. ni á nadie pueda perjudicar no saldrá nunca de nuestros lábios. Mas que fuese Vd. Barrabás en propia persona! además... yo no lo he oido.

La hermana, que se preciaba de oir mejor que su hermano, se acercó á su oido y le dijo sin gritar: se llama *D. Deopolvo* Ardaz.

El huésped volvió á empezar á reirse, y como la risa se pega, sobre todo entre las gentes sin hiel, uno despues de otro se pusieron todos á reir.

—Pero vamos al caso, dijo despues de un rato, D. José;—aunque Vd. perdone, ¿Vd. quién és, señor Ardaz? ¿Qué ha hecho, y porqué se esconde?

—¿Quién soy? contestó este; un hombre libre; ¿qué he hecho? ¡defender la libertad! ¿Por qué me escondo? porque volvemos á los tiempos (y se puso

á cantar) en que se asaban, cual salmonetes, la carne humana.

—¡Dios del cielo! ¡Un nacional de Madrid! exclamó asustado D. José.

—¡Jesus, un tragalista! murmuró temblando Doña Escolástica.

—¡Madre mia, un bullanguero! dijo con dolor Doña Liberata.

—Vamos, dijo Leopoldo, que notó la impresion que habia causado su terminante declaracion, conozco que deben Vds. estar en dudas sobre mi persona; pero voy á tranquilizar á Vds. Dadme avíos de escribir; escribiré á quien salga responsable de mí, y llevaréis la carta, señor Mentór.

—¡Que lleve yo la carta á las diez de la noche, y quizás á los quintos infiernos! ¡En eso estaba yo pensando! gruñía D. José, mientras estaba escribiendo su huésped.

Despues de cerrar la esquela preguntó este á D. José: ¿Vd. conocerá al Gobernador?

—¿D. Juan de Soto? ¡pues no le he de conocer!

—Id á su casa; preguntad por su ayudante Valverde, y entregadle en mano propia esta esquela.

—¡El ayudante del Gobernador! exclamó D. José. Este se quiere perder y nos vá á comprometer, pensó apurado; y añadió en voz récia:—Señor, es tarde.

—No le hace, id.

—Es que el castillo está cerrado.

—Haced que os abran.

—¡Cascabeles con el mocito este, y cómo sabe mandar! Parece que en su vida ha hecho otra cosa! gruñó D. José.

—Pepe, le dijo su hermana, complácele; se conoce que es persona fina.

—Lo mismo me dá á mí, si es delincuente, que sea fino ó que sea bastó.

—Hombre, si se vale de tí, ¿le has de huir la cara? le dijo su mujer, haz lo que te dice, en caridad; que él sabrá lo que le conviene; ¡es tan bonito!

—¡Pues mire que recomendacion para un consejo de guerra! ¡Y si siquiera lo pidiese con buen modo!... gruñó D. José, y salió arrastrando los pies, precedido de su hermana, que le iba alumbrando con el velon.

CAPITULO III.

UN SERVILON Y UN LIBERALITO.

> Las plazas abundaban en legisladores de veinte años, que encontraban á Cristo demasiado viejo, y que deseaban suplirle abrogándose el cuidado de dirigir la humanidad.
>
> JULIO SANDEAU.

> No es el *tormento*, sino la *causa*, lo que constituye el martirio.
>
> SANTOS PADRES.

Apénas habia transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyeron pasos acelerados por la plaza de armas, y entró la persona á quien iba dirigida la carta, que se precipitó hácia el recien-venido, al que abrazó exclamando:

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo! ¡Tú aquí, tú, escondido! ¿Qué locura ó qué desgracia es esta?

Doña Escolástica y Doña Liberata se retiraron consideradamente, y se fueron con una luz á aguardar á su Pepe en la escalera.

Cuando estuvieron solos, hizo Leopoldo la siguiente relacion á su amigo.

Habiéndose unido mi regimiento á las tropas del Rey, tres oficiales, que éramos exaltados, desertamos. Pudimos llegar á Gibraltar, donde nos recibieron los ingleses como héroes, y nos embarcamos disfrazados, llevando pasaporte con nombres supuestos, y con algunos pasageros de pésimas trazas, en un queche con destino á Cádiz; pero apresados por una lancha cañonera, fuímos traidos aquí. Como esto sucedió de noche, pude esconderme entre los dobleces de una vela que estaba arrollada en el camarote. Los demás fuéron desembarcados, y yo permanecí todo el dia en mi escondite; pero llegada la noche, salí, y me dí á conocer á los dos marineros que habian quedado guardando la embarcacion. Estos me depositaron sigilosamente en tierra, y atravesaba la plaza de la Pescadería, cuando oí que desde la casilla del muelle me llamaban. Aunque era claro que esto sería para cerciorarse de que no llevaba contrabando, no creí prudente exponerme á ninguna clase de registro, y proseguí mi camino.

Entónces oí que salian á alcanzarme: para que

no lograsen su intento, puse mis piernas á todo vapor. No sabiendo dónde refugiarme, presentóse ante mí el torreon de este castillo, con su abierta y alumbrada ventana, que parecia decirme: pase Vd. adelante. Sabes desde el colegio que soy buen gimnasta; trepando por los intersticios de los descarnados cantos, subí á la ventana, por la que entré, y me encontré frente á frente con una de las castellanas de este castillo, á la que aparecí bajo la celada de mi yelmo, (vulgo á la sombra de mi visera), algun Orlando furioso, ó Barba-roja renegado..... y colorin colorado, cate Vd. mi cuento acabado.

—¿Y qué hacemos ahora? exclamó Valverde apurado.

—Respirar para no ahogarnos, repuso Leopoldo con su imperturbable calma. ¿Tan imbuido y contaminado estás con las idéas y máximas tiránicas de los que te rodéan en la actualidad, que te parece ver colgado sobre mi cabeza, á guisa de espada de Damócles, un nudo corredizo?

—Desertar de sus banderas, ser cogido disfrazado y con pasaporte falso, al ir á entrar en una plaza sitiada, con todo el carácter de un espía..... exclamó con dolor su amigo, ¡y te muestras tan impasible y tan sobre tí!

—¿Y qué quieres que haga? repuso Leopoldo, ¿que me eche de cabeza en lo patético? No. Lo patético me es antipático—(¡qué lindo esdrújulo!) El

hombre debe ser franco y verdadero; el hombre noble y liberal nunca sale de su carácter, y si me condenasen, me verías ir al patíbulo cantando.

Leopoldo, que tenia muy bonita voz, se puso á cantar:

Se levante Merino mil veces,
Se reuna la turba servil,
Me designen por víctima suya,
Me preparen mil muertes y mil!...

—No temas á las mil muertes, ni á una tampoco, dijo sonriendo Valverde; no se trata de eso. Se trata de que no se pueda sospechar en tí una accion vil; de que tu ilustre nombre no figure en los tribunales, y de que tu persona no sufra detenciones y disgustos. Debes, por ahora, quedar oculto.

—No tengo inconveniente, con tal que no sea por mucho tiempo, repuso Leopoldo, porque este castillo que chochéa, y sus moradores que le imitan, son capaces de convertirme en idiota en poco tiempo. Y si en breve no me procuras los medios de salir de aquí por la puerta, me saldré por la ventana, por la que he entrado, aunque al bajar me encuentre á la derecha con los bigotes negros de tu Fierabrás Soto, y á la izquierda con los rubios del Duque de Angulema, esa sosa y ajada flor de lis.

—¡Cuánto confias, repuso Valverde, en tu buena estrella, en la amistad de tus amigos, y en la

falta de tiranía de la causa á la que gratuitamente se la atribuyes! Pero en fin, vuestra insolencia misma y vuestra osadía hace nuestro elogio. No volveré cuanto deséo, por no despertar sospechas; pero trabajaré por sacarte de aquí con seguridad y honor. Prométeme tener entretanto paciencia, y ser prudente.

—Procúrame ante todo mi equipaje, excelente Pílades; porque la ropa que tengo puesta, me pesa y agovia como la concha de una tortuga. Además, quiero hacer la conquista de aquella torre matrona, que se atreve á descollar entre las demás, y ver por ese medio de infundirle algunas idéas liberales sobre la igualdad.

Valverde le prometió lo que le pedia, y se fué despues de recomendar á sus huéspedes el sigilo.

Mientras la conversacion de los dos amigos, habian las hermanas preparado lo mejor posible la piececita que les servia de comedor: habian pedido al capellan un catre de tijera, y cubiértolo con ropas no finas, pero blanquísimas y sahumadas con alhucema, y habian aprestado, con huevos frescos y con el gazpacho tan bruscamente interrumpido en su confeccion, una frugal cena á su huésped, el que se la engulló con un apetito propio de los veinte años, reforzado por un dia de ayuno; y durmió como un bienaventurado.

—Don Deopolvo, le dijo á la mañana siguiente Doña Escolástica, que á fuer de mujer, era cu-

riosa, y á fuer de buena, se interesaba por él.—¿Tiene Vd. Madre?

—Este contestó: Madre, Padre, Abuela, tias, tios, hermanos, primos, cuñados y sobrinos, y cuidado, añadió vizqueando, que no caiga sobre usted un vizconde con toda su parentela.

—¿Y es su padre de Vd. de tropa? tornó á preguntar Doña Escolástica.

—Sí; es guardia de Corps del Padre Quieto, por órden superior del general Gota.

—Pues si no tiene mas pan y prest que los que le dé ese Padre, tendrá su estómago que alistarse en la compañía de hambrientos, dijo haciéndose gracioso contra la voluntad del que le crió, D. José.

—Tiene rentas propias, individuales é independientes, sin contar con la bolsa agena,—esto es, la paga del Gobierno, que sale de las contribuciones que aniquilan el pais.

—Pero, ¿qué es su Mercé? tornó á preguntar la curiosa.

—Su Mercé no es Mercé, que es Señoría y Conde y Marqués.

—¡Hola! ¡Marqués! ¡Sea para bien! y por muchos años! dijo respetuosamente Doña Escolástica, repitiendo récio la noticia á su marido y á su cuñada.

—Tambien San Cayetano era hijo de título, dijo Doña Liberata, del Conde Gaspar Tiene. Felicito á Vd.

—¿Y eso qué significa para que me feliciten ustedes? exclamó impaciente Leopoldo; y poniéndose de pie se puso á cantar gesticulando esta cancion, en voga en aquella época:

Todo Conde ó Marqués nace hombre.

—¿Qué dice? preguntó D. José al verlo tan enfuncionado.

—Que todo Conde ó Marqués nace hombre, contestó su mujer.

—¿Y qué... habia de nacer, mujer? repuso D. José.

Leopoldo entretanto habia concluido la discreta copla, y cantaba el estrivillo ó coro:

¡A las armas corred, ciudadanos!
¡A lidiar, á morir ó vencer!

Don José entretanto movia impaciente su cabeza.

Leopoldo proseguia:

Guerra á muerte á la tiranía.....

—¿Y quién es el tirano? preguntó D. José.

—Ese Neron, contestó Leopoldo, señalando al mamarracho que figuraba la hermosa Persona del Rey Fernando, á caballo.

—Mocito, repuso D. José, no hable Vd. así del

Rey de España, miéntras huméa aún en los campos y en las ciudades la sangre noble y leal de los que murieron por él; que eso saca los colores á la cara á todo español legítimo.

—¿Es Vd. por lo visto un servilon de siete suelas? exclamó sofocado Leopoldo.

—¿Y Vd., segun parece, un liberalito á casquete quitado? repuso D. José.

—Ser lo que soy lo tengo á mucha gloria, dijo Leopoldo.

—Ser lo que soy lo tengo á mucha honra, repuso D. José.

—¿Cómo tiene Vd. valor, exclamó muy en sí Leopoldo, de expresarse así en la presencia de un mártir de la santa libertad?

—Dice Vd. dos despropósitos, mocito.

—Y Vd. cada salomonada que asombra; es usted un badulaque ó está loco.

—Estoy muy cuerdo, señorito. ¿Dónde ha visto usted canonizada esa *santa* y abogada de las bullangas? Santo quiere decir el que posée la santidad, el que es perfecto y libre de toda culpa; y solo se dice de las cosas de Dios en español puro, ¿está Vd? Tampoco es Vd. un mártir, pues dicen los Santos Padres que no constituye el martirio el tormento que se padece, sino la causa por la cua se sufre ¿está Vd?

—A Vd. es preciso ó matarlo ó dejarlo, exclamó furioso Leopoldo. Es Vd., añadió saliéndose, un

bolonio, un fanático, un preocupado, un..... un... ostrogodo!

—¡Pues está bueno! dijo D. José, cuando su contrincante hubo salido. ¡Que me diga que soy un atrevido en decir que soy realista, cuando anda él escondido y huyendo por no serlo! Habráse visto tal descaro!.... ¡Vaya con el mocito!

—¡Pobrecito! dijo Doña Liberata: déjale, José, no le respondas; está caido, y á los caidos no se les canta el trágala como hacen ellos.

—¿Y yo se lo he cantado, ni nada que se le parezca? repuso D. José. No he hecho más que responderle; que para decir mi parecer, tengo boca como cualquier liberal, y voz, aunque no tan chillona como las suyas.

—José, ya ves, opinó su mujer, que como es hijo de Marqués.....

—Y aunque sea hijo de Duque, ¿qué derecho tiene, me querrás decir, para decirme á mí badulaque, loco, bolonio, y hasta ostrogodo? repuso su marido.

—Oye, Pepe, y eso ¿qué quiere decir?

—Mira tú, que yo soy, y no lo sé. Pero me hago cargo que querrá decir un hombre muy rudo, muy basto, y muy templado á la antigua. Puede echar planta lo moderno!.... ¡cascabeles!

Leopoldo á los pocos dias sintió un fastidio desmedido, como es de suponer. Su humor era tan malo y estaba tan propenso á la impaciencia,

que seria largo el referir las escenas que tuvieron lugar entre él y los pacíficos habitantes del castillo, víctimas todos yá de sus bromas, yá de sus arranques de impaciencia, yá de sus desdeñosos aires de superioridad, yá de sus travesuras.

Sin embargo, cómo Leopoldo aunque tenia desparpajo, no tenia acritud; cómo aunque era desvergonzado, no era acerbo; cómo desdeñaba y befaba sin *despreciar;* cómo sus pocos años, su viveza, y su buen fondo, al través de la maleza que lo cubria, se patentizaban á cada instante, y como todos los que le rodeaban eran tan buenos, no solo se interesaban por él, sino que le iban tomando sincero cariño. Y así nunca estuvo un escondido más seguro que él entre aquellos contrarios á su opinion, á quienes cada dia contradecia, atacaba, burlaba y escandalizaba descaradamente y con la más completa falta, no ya de delicadeza, sino de equidad.

Cuando Doña Liberata le veia muy desesperado, le decia:

—Don Deopolvo, encomiéndese Vd. á San Cayetano, abogado de la Providencia. Sus devotos nunca llegan á ricos; pero nunca, nunca les falta la subsistencia. Hágale Vd. una promesa, y verá Vd. cómo le saca bien de este atajo.

—¡Vaya Vd. á freir monas! contestaba con coraje Leopoldo. Pues qué, ¿me cree Vd. algun *fanático supersticioso* como Vd.?

Leopoldo estaba entónces, por desgracia, imbuido en las acerbas máximas anti-religiosas que de la mano traia consigo el liberalismo, que,—por ese instinto de verdad que hay en todo corazon recto,—rechazaban las gentes religiosas, á las que tan ámpliamente ha dado razon el tiempo.

Cuando entraban en la sala, solían siempre las Hermanas hallar á su amado protector San Cayetano vuelto de cara á la pared.

—Lo ven Vds., les decia entónces Leopoldo, autor del trastorno, el Santo les vuelve las espaldas. ¡Milagro! ¡milagro! Pronto, un ex-voto, para conservar la memoria de que al santo no le gusta que le muelan, como hacen Vds., y no quiere pesados delante de sus ojos.

Un dia, no sabiendo qué hacerse, se entró en el oratorio del Capellan que estaba ausente. Era este aficionado á la pintura, y tenia sobre el caballete un cuadro sin concluir, que representaba á Santa Ana enseñando á leer á la Virgen. No bien lo hubo visto Leopoldo, cuando, sin pensarlo dos veces, cogió un pincel con pintura negra, y trazó en las hojas del abierto libro que en sus manos tenia la Santa estas palabras: *Código de la Constitucion.* Se salió muy sério silbando, y se subió á una de las torres donde se echó de bruces sobre el pretil, y se puso á mirar á la bahía, sin acordarse más de lo que habia hecho.

Cuando D. José con su muger y su hermana

se ponian á rezar por el Rey, como tenian de costumbre, interrumpia los rezos para decirles impaciente:

—¿Qué les importa á Vds. el Rey? ¡El Rey es un pecador como yo, y un zoquete, tan zoquete como los que rezan por él!

Las hermanas se ponian entónces las manos en la cabeza exclamando:

—¡Por Dios, por Dios, no diga Vd. eso ni en chanza, señor! que se debe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; esto dice el Evangelio.

Y Don José añadía:

—Al Rey lo ha puesto Dios en el trono, y debemos acatarle, ¿está Vd.; mocito? Hemos de ser mandados, no hay tu tia; y para eso está ahí el Rey legítimo, que lo tiene de derecho, por herencia, y en la masa de la sangre. Y esto vale más que cien reyezuelos, á cual más malo, á cuál más amigo de destruir, que están abriendo una puerta... por la que se nos entrarán muchos males!

—En teniendo yo veinte y cinco años, respondia con coraje Leopoldo, si hay entónces Constitucion, he de procurar ser diputado á Córtes, nada más que para meter el palo en candela, y proponer que se les ponga una mordaza á Vd., y á otros malvados servilones como Vd.

—No lo dudo, no dudo, que si vuelven Vds. á sacar la cabeza, así lo hagan, contestaba Don José.

Lo que tiene que á la Verdad no se la podrán Vds. poner, y cuando no hable por boca de los hombres, hablará por medio de los hechos. ¿Está Vd., mocito?

—¡Cuándo saldré de este maldito castillo! exclamaba Leopoldo tirando la silla; ¡castillo de la tontería, digna morada de la vejez, cuartel general de ineptos, mansion del ópio, fortaleza del *statu quo!!!*

CAPITULO IV.

LA TERTULIA Á LA LUNA.

> De la misma manera que excita el asombro el récio nadador, que corta con fuerza y vence una corriente impetuosa, asi tambien admira que haya imaginaciones bastante vigorosas para hallar inspiraciones poéticas al través de las tendencias y del espíritu del siglo actual.
>
> VELISLA.

A la caida de una tarde estaban los habitantes del castillo reunidos en la Plaza de armas tomando el fresco. Ya el sol habia hecho su última caricia á la alta torre, que más encumbrada que las demás, alza sobre todas sus almenas, las que parece haber levantado, como pirámides conmemoratorias, á ca-

da siglo que cuenta y ha visto morir. La luna, que empezaba su lenta y silenciosa ascension, las alumbraba triste y pálidamente, como si fuese un gran cirio que en sufragio de sus hijas hubiese encendido su Padre el Tiempo. Las estrellas, que están más altas que la luna, brillaban alegremente, cual si alcanzasen á ver á su Criador.

Los animales domésticos, moradores del castillo, no prorumpian ya sino en aquellas voces lentas y arrulladoras, precursoras del sueño que anuncian, y que preceden á su descanso; cuando de repente y como bajados del cielo, se oyeron unos sonidos encantadores. Al resonar aquellos suaves acentos en aquel severo y callado edificio, los ecos que se durmieron al extinguirse los últimos sonidos de las trompas y clarines guerreros, despertaron dulcemente sorprendidos al oir las melodías de Rossini; si eran estos ecos moros, pudieron creerse muertos en los campos de batalla, y resucitados entre huríes. Y no fuéron ellos los solos agradablemente sorprendidos sino todos los demás moradores del castillo. Los palomos posados sobre las almenas, torcieron en todas direcciones sus cabecitas, buscando con su serena mirada á su alado vate el ruiseñor. Los conejitos salieron de su confortable osario, se pusieron en dos pies lavándose sus caras con ambas manitas á compás Los jilgueros y canarios se entusiasmaron, lanzando á deshoras sus más puros trinos y más sonoros gorjéos, como para

formar el coro á aquellas encantadoras melodías. El gallo salió erguido de debajo de su higuera, como Aquiles de debajo de su tienda, levantando tan bien y metódicamente sus patas, como si se lo hubiese enseñado un maestro de equitacion; las gallinas, más prosáicas, fuéron las que no se distrajeron de sus únicas ocupaciones, que son buscar con que llenar el buche, y nido donde poner el huevo.

—¿Qué es esto? dijo el ama del Capellan.

—Es, respondió Doña Escolástica, Don Deopolvo....

—Dále con el Deopolvo, observó Don José, te he dicho que es Leopoldo, Leo-pol-do, ¿te enteras?

Doña Escolástica hizo una señal de asentimiento, y continuó:

—Don Deopolvo, pues, recibió esta mañana su equipaje, que por fin pudo rescatar su amigo; en él venia su flauta, y se ha ido á tocarla á la torre: ¡y qué bien lo hace!

—¡Qué primor! añadió la sobrina del sacristan, que no por ser sobrina, dejaba de poder ser tia;—¡no parece sino que baja del cielo la música, como si fuéra la de los ángeles!

—Oye, Pepe, preguntó Doña Liberata, que medio se enteró,—¿toca el santo Dios?

—¡No, que! respondió su hermano: toca cosa profana y alegre: ¡unas seguidillas ó cosa por el estilo, pero bonitas.... bonitas!

—Preciosas, repuso con fé Doña Liberata.

A poco sonó la Oracion, y los vecinos del castillo se pusieron á saludar á la SEÑORA con el Angel, y en seguida á rezar el Rosario.

Leopoldo no lo notó; y es probable que aunque lo hubiese notado, no habría interrumpido su tocar. Y no obstante, como todo lo que son cosas *sentidas* se armonizan unas con otras en el corazon, sin profanarse y sin despoetizarse, aquellas voces monótonas, que con respeto se alzaban, y aquellas dulces y sonoras melodías que alegres bajaban, parecian responderse, como el pájaro enjaulado que no puede volar, y la alegre alondra en altas esferas. Todas las cosas de este mundo tienen dos modos de mirarse, el uno con la helada mirada de la razon que todo lo enfria y lo rebaja, como la luz de la bujía, y el otro con la ardiente y simpática mirada del corazon, que todo lo dora y vivifica como el sol de Dios. Esta vista del corazon se llama *Poesía*. ¡Felices aquellos que, teniéndola, la expresan en palabras armoniosas! ¡Y más felices aún los que la conservan y entretejen en la vida práctica, en la que se la cree inútil, y aun nociva, por los que no la comprenden; siendo un don del cielo!

Cuando concluyeron de rezar, habia rato que Leopoldo habia dejado de tocar. Porque Leopoldo, aunque amaba la música,—si no con *pasion*, con *extremo*, como lo amaba y odiaba todo,—no tenia paciencia para hacer mucho tiempo de seguido una misma cosa.

—Ya calló el canario sin jaula, dijo Doña Escolástica; ¿qué estará haciendo?

—Puede que haya mandado por almagra, como hizo el otro dia, para echarla en mi tinaja, dijo la sobrina del sacristan.

—O por pimiento chile para untar los bordes de mi alcarraza, como hizo ayer, de manera que me abrasé los lábios: ¿vé Vd. la pupa? dijo Don José señalando su gran lábio.

—¡Si esto no se puede tolerar! dijo el sacristan.

—No lleva mala intencion, repuso Doña Escolástica.

—¡Cascabeles! exclamó Don José, ¡con buena ó mala intencion.... á mí me dolió de lo lindo!

—¿Qué estará haciendo? volvió á decir al cabo de un rato Doña Escolástica.

—Vé á verlo, si tanto empeño tienes en averiguarlo, le respondió su marido.

Pero, ¡cuál seria el asombro de todos, cuando vieron á su huésped elegantemente vestido de paisano, y puesto de punta en blanco, que con un junquito en la mano, y silbando el himno de Riego, atravesó la Plaza de armas, les hizo un saludo con la mano, y se echó á la calle!

Fué tal el general asombro, que todos quedaron gran rato callados, y con la boca abierta.

—Pues valía la pena,—dijo al fin Don José,—de romperse las uñas y exponerse á quebrarse la cabeza trepando por un muro, y entrarse por la

ventana, para salirse con tanto descaro por la puerta.

—¡Quién vió otra! opinó el sacristan. Disfrazado se esconde, ¡y con su ropa se deja ver tan caripa-rejo!

—¡Y cantando que iba el himno de Riego! exclamó asustada Doña Escolástica.

—¡Vaya por Dios! dijo Doña Liberata, pues siempre que sale el cante del *niño de Diego*, hay jarana.

—Te he dicho cien veces, le gritó su hermano, que no se dice el *niño de Diego*, sino el himno de Riego.

—Oye, José; preguntó ésta ¿qué es himno?

—Himno es, contestó su hermano, un canto en alabanza de Dios ó de sus Santos; ó bien entre los gentiles un poema para celebrar sus Dioses ó sus héroes.

—Pues no le viene bien el nombre á ese cante, observó su hermana.

—Ya se vé que no, repuso Don José. Pero si han trabucado todos los nombres, porque les ha dado la gana, ¿eso quién lo remedia?

—¡Si no fuéra más que los nombres!... suspiró el sacristan.

—Pues si le digo eso á ese mocito, prosiguió Don José, me dice con el salero del mundo, bolonio, badulaque y loco.

—Y *ostrobobo,* añadió su mujer.

—¡Pues eso es jarabe de pico! En el fondo, es

un infeliz; alegría.... pocos años!... observó Doña Liberata.

—Si, dijo Don José; pero tiene la lengua muy larga.

—Como todos, repuso el sacristan.

—¿Si estará libre? dijo la viuda.

—No; sino que al loco y al aire, darle calle, repuso Don José.

—¡Dios vaya con él y le libre de mal! dijo Doña Liberata.

—¡Y á nosotros tambien! repuso su hermano suspirando. Pero este mocito no ha de parar hasta que nos atraiga una desazon: ¡ya lo verán vds!...

—Dios quiera que no hayan cerrado el castillo cuando vuelva, dijo Doña Escolástica.

—A bien que se entrará por la ventana, repuso mal humorado su hermano; ó puede que acabe la noche en la cárcel. Un hombre que estaba aquí como la propia rosa, ir tan impávido á meterse por los ojos, diciendo *¡aquí estoy yo!*..... ¡Vamos; si es preciso que haya perdido los pocos sesos que tiene! Bien dice la copla:

Un loquito del Hospicio
Me dijo en una ocasion:
«Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.»

CAPÍTULO V.

LA PERLA.

Angelitos de Dios, testiguitos del diablo.

REFRAN.

La Fé es un vaso sagrado en el que cada uno debe estar pronto á sacrificar sus sentimientos, su razon y su imaginacion. Se puede disputar sobre el saber, porque este se puede rectificar, extenderse; pero la Fé siempre es una.

GOETHE.

Leopoldo paseó las calles del Puerto lo más tranquila y garbosamente del mundo. No era conocido en aquella poblacion, y así confiaba en que iba muy bien disfrazado con su propia ropa.

Bajó toda la bien denominada calle Larga, á

cuyo epíteto se puede sin lisonja añadir el de hermosa; anduvo por el espacioso paseo de la Victoria, y hallándolo muy solitario se encaminó al Vergel, que es otro paséo más pequeño y más céntrico á la orilla del rio, paséo que estaba lleno de gentes, y en el que se entró nuestro héroe como Pedro por su casa.

No bien hubo dado una vuelta, cuando oyó una vocecita, aunque infantil, muy récia y sonora, que decia:—Mamaita. Mamaita! ahí esta Leopoldo Ardaz.

El nombrado hizo como si no hubiese oido aquella señal de reconocimiento, y apretó el paso; pero se encontró delante de sí colocada—á la manera que Alcibiades niño lo hizo para parar un carro, esto es, decidido á morir ó vencer,—á una niña de seis á siete años, ataviada con lujo y primor, que le dijo con su agudo tiple.

—Ardaz, ¿porqué está Vd. vestido de paisano? El uniforme le sienta á Vd. mejor.

—Calla, calla, Margarita de mi alma (¡de mis pecados! añadió mentalmente el interpelado;) voy de prisa; tengo una cita con un amigo.

—¿Y no quiere Vd. ver á Mamaita? Alli está sentada en aquel poyo: ¡venga Vd., venga Vd!

Y Margarita asió de la mano á Leopoldo, al que arrastró hácia uno de los asientos.

—¿Vd. por acá, Ardaz? exclamó, sorprendida de verle, una elegante señora.

—Sorpresa tambien, aunque más grata, me causa á mí, Condesa, el ver á Vd. en este vergel, cuya atmósfera asfixia, segun lo cargadísima que está por la aglomeracion de tantos hijos de San Luis.

—¿Quiénes son los hijos de San Luis, Mamaita? preguntó la niña, que en toda conversacion se entremetia.

—Son los franceses, mi corazon.

—¡Ay! cuántos hijos tuvo ese Santo! dijo la niña, ¡y qué guapos son! ¿No es verdad, Ardaz?

—¡Vaya!... ¿te gustan? repuso con reprimido coraje Leopoldo;—¡pues cómprales dulces, mi alma!

—¿Sabe Vd. lo que me ha dicho el sobrino del General Gudin? prosiguió muy ancha la niña: que Margarita quiere decir perla.

—Cosa digna de repetirse, hija mia.

—Y que yo soy la Perla de las Antillas.

—Hasta ahora lo habia sido la Habana.

—No, esa es demasiado grande para ser perla. Yo lo soy, ¿no es verdad, Mamaita?

—Si, hija de mi vida, y la de más valor á mis ojos.

La Condesa de la Enramada era una habanera tan sencillamente fina, como naturalmente amable, que no tenia mas defecto para sus amigos, que el de mimar de una manera exagerada é incómoda á su hija. Era esta señora tan esmerada y sibarita en sus refinamientos de lujo, que mandaba su ropa á

lavarse á la Habana, por parecerle que no se lavaba bastante bien en España, que es el pais de Europa en que se lava mejor (1). Habia venido á la Península á traer á un hijo suyo al colegio de artillería; habia despues permanecido en Madrid, donde conoció á Leopoldo; y cuando ahuyentada por las circunstancias políticas, salió de Madrid para regresar á la Habana, se halló á Cádiz sitiado, por lo que permanecia en el Puerto hasta que terminase el sitio.

—Pero... ¿cómo os hallais aquí?—preguntó la Condesa á Leopoldo:—A juzgar por vuestras idéas belicosas, yo os hacía en Cádiz al pie de un cañon con la mecha encendida en la mano.

—No lo estoy, contestó Leopoldo, por haber sido apresada la embarcacion que á Cádiz me conducia, por una lancha cañonera, Cancerbero de la entrada de su bahía.

—¿Estais, pues, preso?

—No señora; que escapé: estoy escondido.

La Condesa soltó una alegre carcajada.

—Esto es, dijo, que os haceis la ilusion, cuando paseais por los paseos públicos, de llevar el sombrero de Merlin.

—No es eso, Condesa. Si me veis aquí es porque

---

(1) Cuéntase esto de la tan renombrada habanera la Condesa de Jaruco, cuya hija casó en la guerra de la Independencia con el General francés Conde de Merlin.

confiado en que nadie me conoce en este campamento francés, he salido á dar una vuelta entre dos luces.

—Sí, la luz del sol y la de los reverberos, para disfrutar de ambas donde más resplandecen. ¿No veis, imprudente, que os exponeis?

—Ya me vuelvo á mi guarida, en la que no me hallarán, ni me buscarán, porque es el puro inmaculado limbo del servilismo.

—Y ¿cuál es esa mansion, ese palomar en que albergan las palomas al halcon? preguntó admirada é irreflexivamente la Condesa.

—Es el Castillo, contestó sin detenerse y con su acostumbrada imprevision, Leopoldo.

—Mamaita, yo quiero ver ese castillo, dijo Margarita.

Los oidos que á mis estúpidas lechuzas del castillo faltan, sobran á esta perla fina, que me viene de perlas para comprometerme, pensó Leopoldo.

—Hija de mi vida, eso no puede ser, contestó la Madre á su hija.

—Lléveme Vd., Ardaz, rogó la niña.

—No, hija mia, me guardaré de hacerlo. Ese castillo es el de *No volverás*. El que entra en él, ¡ay! mal que me pese, no vuelve á salir. Ademas, hay un fiero dragon llamado D. José, que se traga á cuantas perlas se le presentan, inclusa á la de las Antillas, esto es, la isla de Cuba, si se le pusiera por delante.

—Ese dragon será *yánkee* (1), dijo riendo la Condesa.

—Lo que puedo decir á Vds. sin mentir, es que es feróstico, y tan gigante que tiene un hombro en Flandes y otro en Aragon. Si no fuerá por eso, con mil amores te llevaría, Margaritita (donde no te diera el sol en seis meses, añadió mentalmente Leopoldo).

La Condesa insistió en que Leopoldo se fuese, y éste, que ya estaba aburrido, se volvió poco despues á su pacífica guarida.

Merced á la costumbre popular que existe, tanto en el campo como en las ciudades, entre los españoles, de dormir poco, sobre todo en verano, estaban todavía levantados sus huéspedes cuando llegó Leopoldo: D. José, para abrirle la puerta del castillo; Doña Liberata, por si queria cenar ó se le ofrecia algo; y Doña Escolástica para acompañar á los otros. Los tres demostraron la mayor alegría de verle, y le dieron mil parabienes por su feliz regreso.

—¡Qué majaderías! dijo Leopoldo, que venia de mal talante: No están Vds. poco cansados y machacones en gracia de Dios! ¡No parece sino que, como Noé, he escapado de algun diluvio universal!

---

(1) Sabido es que se da este nombre á los de los Estados Unidos de la América del Norte.

(*N. del E.*)

¡Podríase creer, al ver ese cuidado con que están Vds. por mí, que pesa sobre mi cabeza alguna carga de graves delitos! Si Vds. me siguen moliendo con sus advertencias y apremiando con sus consejos, tan fijo como dos y tres son cinco, que me presento á D. Juan de Soto ó al General Córdova, y arda Troya.

Al oir esto, D. José, su mujer y su hermana, en fila y sin chistar, como mansos corderos, tomaron el camino de la puerta.

—No tengo sueño, añadió Leopoldo, estoy aburrido, dado al demonio: ¿no tienen Vds. algun libro que leer, aunque sea el Bertoldo?

Salieron todos apresurados para complacer á su huésped, y la primera que volvió muy ufana y contenta, fué Doña Liberata.

—Aquí tiene Vd., dijo presentando á su huésped unos libritos en rústica muy usados; este es la vida de la Virgen; nunca la leo sin llorar y morir de gozo; estas lo son de Santos, y verá Vd. los milagros que ha obrado Dios por su mediacion: no que ese Martin Lutero no sanó ni un dolor de muelas.

Seguia sus pasos D. José, llevando en sus manos un libróte panzudo en una encuadernacion negra muy deteriorada.

—Bajo una mala capa hay un buen bebedor, dijo al presentárselo con íntima satisfaccion á Leopoldo y abriendo el libro en el sitio donde habia por

señal una cuartilla de papel con palotes, provechos de su ex-escuela, se puso á leer con su gruesa y pastosa voz este trozo:

En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al Rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza; juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio Rey jurado.

—No se canse Vd. más en leer esos malos versos, que serán de algun maestro de escuela bolonio, como Vd., ó de algun fraile panzon y pendolista, dijo Leopoldo.

—¡Qué está Vd. diciendo, mocito!—exclamó Don José; y señalando con el dedo la portada añadió: —son de un militar como Vd., pero que tenia más seso, y por eso se ha grangeado fama y renombre.

Leopoldo leyó en la portada

«LA ARAUCANA DE ERCILLA.»

—Déjeme Vd. de vejestorios, dijo rabioso á Don José; que bastantes tengo con Vd., su mujer y su hermana.

—Pues mire Vd. que tras que le trae uno buenos libros!... murmuró D. José, encaminándose arrastrando los pies hácia la puerta.

—Tome Vd., añadió Leopoldo, corriendo á Doña Liberata, y entregándole sus tan queridas vidas de Santos: tome Vd... para hacer cartuchos.

—¡Ay qué irreverencia! exclamó con dolor la buena y religiosa mujer.

—No es irreverencia, señora; es despreocupacion, repuso Leopoldo.

—Mire Vd., mocito, le dijo D. José, que de la que Vd. llama despreocupacion, á la herejía y al apostatado, hay camino, pero tenga presente que es pendiente y se anda muy pronto.

Diciendo esto salió D. José seguido de su hermana.

—¡Y que no éntre la pesadez en la nomenclatura de las plagas del mundo! exclamó al verlos salir, Leopoldo.

No sabiendo qué hacerse, se sentó en su mesa y se puso á escribir á su amigo Ramon Ortiz.

Carta á Ramon Ortiz.

«¿Dónde discurres que se halla tu íntimo? Se halla hecho víctima del despotismo y de la tiranía en el Puerto de Santa María, que bien puede serlo de todos los diablos; escondido en un castillote el más desencantado del mundo, en un castillo de Chuchurumbel, en el que tontos son cuantos habitan en él.

¿Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el

adorador de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurron, servilon; con un capellan sin mas luces que las de un cirio pascual, con un sacristan que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas beatas, mas feas que Barrabás, que quieren á la fuerza que rece el rosario con ellas, como un santurron, y haga una promesa á San Cayetano, santo de su devocion; y por último, con un maestro de escuela, que es en lo físico y en lo moral un borrico en pié, sin que le falten las descomunales orejas propias de la especie? Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos tan frita la sangre, que se me van y vienen unos ímpetus feroces de ahogarle entre mis manos. ¡Sí, si! llegará el caso en que no pueda contener mi ira, y el dia menos pensado se quedarán estáticos los coquineros, (1) y estupefactos los vandeanos de segunda edicion, al ver en una de esas torres litografiado á un maestro de escuela.

Por fortuna tenia yo aquí á un Padrino que no te nombro, pues voy viendo que en los tiempos retrógrados que corren, la prudencia se hace necesaria;

---

(1) Ya hemos dicho en otro lugar que este nombre dan á los habitantes del Puerto de Santa María, por la gran abundancia de una almeja pequeña de aquel nombre que se vende por sus calles.

y mientras sea necesaria la prudencia, que es un freno, que es una hipocresía, que es una contemplacion al parecer ageno, nada hemos adelantado en la luminosa senda de la libertad y de la independencia. Este padrino me ha prometido sacarme pronto de este centro de oscuridad, de este pantano de turbias, mansas y estancadas aguas, de esta jáula vetusta y ruinosa de lechuzas y pájaros bobos. Mi primer vuelo será el de las golondrinas, esto es, que surcaré los mares para reunirme á los mios, á Vds., queridos, para morir ó cantar, segun las circunstancias.

Esta noche, cansado de mi odiosa prision y de mis insoportables carceleros, que á los demás tormentos que me causan, añaden, sin mi licencia, el de quererme muchísimo, salí á dar una vuelta, y me encontré en el paseo á la.... ya iba á poner su nombre sin acordarme de mi reciente alianza con la señora Prudencia, persona cuyo trato estirado me es antipático. La.... me ha dicho que estás en Cádiz, y me ha ofrecido encargarse de esta carta, y cuidar de que llegue á tus manos.

Con ella estaba su insoportable apéndice la niña Margarita, ese inoportuno *Métome en todo*, que con sus ojos de lince me reconoció á un cuarto de legua, y con su voz de silbato se puso á llamarme, comprometiendo mi incógnito, para participarme que los franceses la apellidaban *perla* por llamarse Margarita. Las hijas de la primera pecadora del

mundo no han degenerado nunca, sacan la vanidad y la presuncion del seno de sus Madres. ¡Qué crianza dá su Madre á esa niña! Asombra. ¡Qué niña! ¡Qué niña! ¡Quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como lo hizo la hermosa Cleopatra con otra!»

CAPITULO VI.

EL QUID PRO QUÓ.

La buena fé es el primer distintivo del hombre honrado, y el espontáneo brote de un corazon sano.

MAXIMA.

El alma buena, llena de pureza,
juzga por bien lo que es indiferente,
y en el mal halla achaques de flaqueza.
Aqui tiene principio, de aquí nace
aquella santa y celestial simpleza,
que á Dios tanto enamora y tanto place.

DIEGO MURILLO.

A la mañana siguiente muy temprano, recibió Leopoldo un billete sin firma que le entregó un marinero. Leopoldo reconoció la letra, que era la de Valverde. Contenia estas palabras:

«Leopoldo: eres incorregible, y has nacido para

desesperar á tus amigos. Has tenido el atrevimiento de presentarte en un paseo público, de saludar y estar largo rato hablando con una señora muy conocida: su niña lo ha dicho, y ha descubierto tu paradero; esta mañana vas á ser preso. Para evitarlo, vístete el trage de marinero que te lleva el dador, que es hombre de toda mi confianza, y síguele. El cuidará igualmente de poner en salvo tu equipaje.»

Apénas concluyó Leopoldo de leer la esquela, cuando se puso á liar su equipaje, vistió el traje que le llevaban, escribió una esquela á D. José, que con su familia estaba en misa, en que le avisaba su marcha, se despedía y le rogaba comprase á su mujer y hermana una memoria con diez onzas que quedaban con la carta; en seguida añadió estos renglones á la carta de Ramon Ortiz:

«Estoy descubierto y es preciso huir. La niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repeticion, me ha vendido. No tengo tiempo para más. Ya te participaré los futuros destinos de tu amigo, el más perseguido y el más errante.»

En seguida cerró ambas cartas y con su acostumbrado atolondramiento equivocó las direcciones, poniendo á la de D. José el sobre á Ramon Ortiz, y dirigiendo la que habia escrito á Ramon Ortiz á D. José. Puso esta con las diez onzas sobre la mesa de la sala, hecho lo cual, siguió á su guia.

Media hora despues volvian de misa los habitantes del partido.

—¿Y D. Leopoldo? preguntó D. José, que fué el último que llegó.

—No se habrá levantado, contestó su mujer.

—Si no se hubiese acostado tan tarde... gruñó D. José.

—¡Pobrecito! déjale que duerma; que dormir mucho es propio de la poca edad, dijo Doña Escolástica.

—Si, si, que duerma, opinó Doña Liberata; mientras duerme no se fastidia, ni se impacienta, ni peca.

—¡Pobrecito, pobrecito!... Están Vds. con el señorito que han de acabar por tocar rosarios en él.

—¡Pobrecito!—Pobre es el diablo que no ha de ver á Dios... Bien que con el camino que lleva, puede que á él le suceda lo propio, regruñó D. José.

—¡Pepe! No te conozco, observó su hermana; esos son malos juicios; D. Leopoldo es un bendito, y sus cosas no son mas que chamarasca.

—En nada lleva mala intencion, añadió su mujer, ni tiene hiel; y nos quiere bien.

Don José se habia acercado á la mesa, y vió entónces la carta que sobre ella habia colocado Leopoldo.

Una carta para D. José era cosa demasiado extraordinaria. ¿Quién podrá escribirme? pensó sacando de su estuche de zapa negra sus espejuelos.

En este momento Doña Liberata, que habia idos al cuarto del huésped, entró con sus pasitos cortos y apresurados, diciendo azorada:

—¡Pepe!... ¡Escolástica!... no está en su cuarto; no está en su cama... no está en parte alguna

—¡Ay! ¡Qué habrá sido de él! exclamó Doña Escolástica cruzando las manos.

—¡Toma! se habrá largado con viento fresco, dijo D. José, sin decir ni chuz ni muz, y sin pedir parecer á nadie; de la misma manera que entró.

—¿Si será del pobrecito esa carta?—Pepe, hermano, leela.

Mientras D. José se ponia sus grandes espejuelos, murmuraban su mujer y su hermana:—San Rafael vaya con él! ¡San Cayetano lo proteja!

Don José abrió la carta y se puso á leer:

«*¿Dónde discurres que se halla tu íntimo?*

—¿Mi íntimo? dijo D. José. ¿Dónde está esa intimidad? ¡Y me dice de tú! Eso no está bien con un hombre de mis años.

—Eso es franqueza, dijo su mujer.

—¡Patrañas! contestó el lector, que prosiguió: «*Se halla hecho una víctima del despotismo y de la ti-*
«*ranía.*

—Las paparruchas de siempre! gruñó D. José. «*De..... de..... de la tiranía en el Puerto de Santa Ma-*
«*ría..... que bien puede serlo de todos los diablos.*

—¡Buen principio de semana! observó el lector.

«Los diablos..... escondido en un castillote el más desen-«cantado del mundo.

—¡Ya! dijo Doña Liberata, desde la bula de la Santa Cruzada.....

Don José prosiguió sin detenerse:

«En el castillo de Chuchurumbel, en el que son tontos «cuantos habitan en él.

Don José paró su lectura, miró á su mujer, y despues á su hermana, que bajaron los ojos, y continuó:

«¡Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el ado-«rador de lo moderno y séide de la elegancia, encerra-«do en un cotarro vulgar, santurron, servilon, con «un capellan sin más luces que la de un cirio pascual!

—¡Jesus, Jesus! ¡Vaya por Dios, vaya por Dios! exclamaron á una voz Doña Escolástica y Doña Liberata.

Don José despues de escombrarse estrepitosamente y con coraje prosiguió:

«Con un sacristan que tiene un apagador en la mano, «otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos «viejas beatas, más feas que Barrabás.....

—¿Lo oyes, Liberata?

—¿El qué? preguntó esta que no habia oido bien, á causa de que la récia y corajuda voz de D. José al leer los cumplidos dirigidos á su mujer y á su hermana, se habia apagado.

—Que somos más feas que Barrabás, le gritó muy formal, pero sin incomodidad, su cuñada.

—¡Vaya, eso es ponderacion! opinó Doña Liberata.

—¡El *pobrecito... el bendito*!... ¡Cascabeles con el mocito! dijo D. José que volvió á leer:

«*Más feas que Barrabás; que quieren á la fuerza que «rece el rosario con ellas como un santurron y haga una «promesa á San Cayetano, santo de su devocion; y por «último, con un Maestro de escuela.....*

—Por lo visto, observó el lector, en el modo de pensar de este mocito solo oran los *santurrones*. Pero vamos á ver,—prosiguió, estirando bien la carta y acercándose á la ventana,—ahora la emprende el *angelito sin hiel* conmigo, y ahora viene el trueno gordo:

«*Un..... un..... un..... Maestro de escuela, que en «lo físico y en lo moral parece un borrico en pie; sin «que le falten las descomunales orejas propias de su es«pecie.*

—¿Qué t-a-l, tal? dijo el lector, cuyas mencionadas orejas se habian puesto del color de la grana, y cuyo lábio inferior estaba más caido y saliente que nunca. ¿Qué tal? ¿Qué decís ahora del *pobrecito*, del *bendito*? ¿Sabe insultar el nene? ¡Liberal, liberal de los exaltados; que para eso se pintan solos! ¡Y dejarnos esta sarta de desvergüenzas y oprobios por despedida, al largarse á la francesa! ¿Puede esto concebirse entre gentes blancas?

—Eso no está bien, dijo Doña Liberata.

—Eso no es regular, añadió Doña Escolástica.

Don José continuó leyendo:

«*Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas mo-*
«*nárquicos y religiosos tan frita la sangre...*

—¿Rinoceronte? Oye, Pepe, ¿y eso qué quiere decir? preguntó su mujer.

—Quiere decir, contestó con despecho el interrogado, un animal, un animal disforme, primo, paisano y compadre del elefante.

—¡Qué cabeza de chorlito! dijo Doña Liberata.

—¡Qué cabeza de novillo de cuatro años, rectificó D. José furioso, que con cada embestida tumba patas arriba al que entrecoje!

—Vamos, sigue, Pepe; verémos en qué viene á parar, pidió su mujer.

—¡Sigue!... repuso éste. ¡Como que es muy divertida la lectura y dá un buen rato á cualquiera!

Don José volvió á ponerse, con un gesto violento, la carta ante la vista, y prosiguió:

«*Rinoceronte..... la sangre, que se me van y vienen*
»*unos impulsos feroces de ahogarle entre mis manos.....*

Al llegar á este párrafo, la carta cayó de las manos de D. José, que palideció.

—¡Intenciones de asesino! ¡Animas benditas!... ¡Quién hubiera pensado que tales pensamientos abrigára, al verle tan gentil y tan galan! exclamó Doña Escolástica.

—¡Gentil!... ya lo dijiste, repuso D. José. ¡Un mal cristiano sin fé ni ley; un hombre á quien nada habíamos hecho sino bienes, que siente conatos

de matar á uno, solo porque oye de sus lábios la palabra de Dios! Esto es una iniquidad, una ingratitud poco vista.

—No nos pese el poco bien que le hemos hecho, Pepe, dijo Doña Liberata. El bien agradecido es pagado por el que lo recibe; el bien no agradecido lo paga Dios; pues nada de lo que hagan los hombres, de bueno ni de malo, ha de quedar sin compensacion.

—Si volviese, haríamos por él lo que pudiésemos, ¿no es verdad, José? añadió Doña Escolástica.

—Ménos meterle en casa, repuso su marido, que de los escarmentados nacen los avisados. Asi me harán Vds. el favor, aunque se ahoguen de calor, de tener de noche la ventana de la cocina cerrada; no vuelva á entrarse ese mal alma la noche ménos pensada; que ya sabe el camino.

—Pero ¿qué es lo que hay en este papel? preguntó Doña Liberata, que se habia acercado á la mesa, y que, abriéndolo, vió aparecer á sus ojos las diez onzas que debian acompañar la carta escrita á D. José, y que habia tomado el camino de Cádiz.

—¡Qué les parecen á Vds. los sesos á la gineta del mozo! dijo D. José. ¡Se deja olvidado su dinero! ¡Vámos!... ¡si ese hombre no tiene atadero!

—¡Dios mio! ¡y falta que le va á hacer al infeliz! exclamó Doña Liberata.

—Pepe, ¿no se le podria enviar? preguntó su mujer.

—¿Y adónde se le dirije, mujer de Dios? contestó impaciente su marido. Nada, guardadlo; que cuidado tendrá él de reclamarlo.

—¿Y si no lo reclama?

—En pasando estos barullos se indagará dónde pára, y se le enviará.

—Pepe; ¿y si nos morimos? dijo su hermana.

—Mujer, casualidad seria que de aqui á que las cosas se serenen muriésemos los tres. Pero por si acaso, dáme el papel y el tintero.

Don José escribió en una cuartilla de papel estas palabras: «Estas diez onzas de oro pertenecen á D. Leopoldo Ardaz, teniente que era en el año de 1823 del regimiento de Reales ***, al que deberán ser entregadas.» Dobló el papel, lo lió con las diez onzas en un pliego con todo primor, le puso tres obleas cuadradas, y escribió encima la palabra DEPOSITO. Diólo á su mujer para que lo guardase en el arca de cedro, en que se guardaban con reverencia las alhajas de la casa (incluso el consabido frac negro de D. José, y sus títulos y licencias para abrir escuela), y se preparaba á seguir la lectura de la carta, cuando se oyó un tropel por la escalera, y asomándose los tres á la pequeña antesala, vieron con asombro presentarse en la Plaza de armas á un Coronel francés, que hacía de Mayor de plaza, con algunos soldados y un intérprete.

El Coronel mandó poner un centinela á la subida de la escalera, y dijo en voz récia:

—Monsieur Josef Mentor, maitre d'école.

Omitirémos pintar,—porque el lector lo habrá comprendido ya,—el susto y la alarma que se apoderó de aquellas buenas gentes, que habian pasado su tranquila vida en aquel castillo, verdadero paréntesis de piedra en la activa ciudad, tan olvidado, tan petrificado, tan extraño y tan inaccesible al bullir del mundo y al ruido de los acontecimientos, como lo está una roca en medio del mar al movimiento y estrépito de las olas que no la mueven ni impregnan.

—¿No os dije siempre que ese desatinado nos habia de atraer algun pesar? exclamó consternado D. José. ¡Esto es salir de Herodes, y entrar en Pilatos! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Servidor de usía, añadió presentándose ante el Coronel y haciendo la cortesía más desgarbada que han visto ojos humanos.

—Usted tiene aquí escondido á un preso fugado, dijo el Coronel.

Don José contestó: señor, aquí vino un sujeto que yo no conocia, y que por más señas, se entró de noche por la ventana, y sin pedir mi vénia. Buscaba amparo, y se lo dí; que no creo yo, que amparar al desvalido esté prohibido, ni por las leyes divinas ni por las humanas. Así, pues, aquí ha estado, en mi casa; pero ya no está.

El Coronel mandó rejistrar el castillo, y no se encontró á nadie.

—Usted le ha hecho fugar, dijo el Coronel. Asi, pues, es Vd. cómplice.

—¿Cómplice? ¿De qué? preguntó D. José.

—Usted le ayudaba en su intento; era un espía.

—Qué, señor, no puede ser; ni escribía ni veía á nadie.

—Pues él debia tener precisamente informes, y algun amigo que le ha avisado de haber sido reconocido anoche, y que le ha proporcionado los medios de fugarse.

—Eso no sé yo.

—Pero de cierto sabrá Vd. quién es ese amigo.

Don José calló un instante, en el que el miedo y su honrada veracidad sostuvieron un récio combate, y despues contestó:

—Le conozco, pero aseguro, á fuer de hombre de bien, que solo de vista.

—Y ¿quién es? preguntó el Coronel.

Don José pasó su dedo al rededor de su cuello, y respondió con decision:

—Eso no lo digo, ¡aunque pierda esta!

Su mujer y su hermana se precipitaron hácia él acongojadas, como si viesen ya en peligro aquella cabeza tan querida.

—*Oh! le sot!* exclamó el Coronel.

—¿Qué dice? preguntó su hermana.

—Me dice sóo, por que creerá que quiero huir,

contestó su hermano. No, señor, añadió con creciente entereza; no trato de huir; no puedo ya correr, ni quiero. Aquí estoy: Usía es el cuchillo y yo la carne; haga Usía lo que quiera de este infeliz, que en los años que tiene, no ha tenido un sí ni un nó con la justicia. Pero que por mi dicho se le siga perjuicio á nadie; que José Mentor sea un delator..... ¡eso no! aunque me lo mandase el mismo Rey, que Dios guarde.

—Pues irá Vd. á la cárcel, dijo para intimidarle el Coronel.

—Iré, gritó en un arranque de desesperado valor D. José, señalando con el brazo heróicamente la escalera.

Su mujer y su hermana se abrazaron á él llorando amargamente.

—¿Le ha confiado á Vd. el fugitivo algunos papeles? preguntó el Coronel.

—Ninguno.

—Que registren al señor, mandó el gefe.

Esta órden fué ejecutada al punto, y la carta de Leopoldo fué hallada en el bolsillo en que la habia metido su dueño.

—¿Lo vé Vd? dijo el Coronel, esta carta es para Vd., y debe ser de su preso.

—Verdad es, contestó D. José.

—Asi, pues, Vd. me engañaba.

—¡Yo engañar! exclamó ofendido D. José. No, señor, yo no engaño nunca. Esta carta es *mia*, es-

crita á mí, y no es ningun papel que pertenezca al que se busca, ni ménos es un depósito. ¿Usía me comprende?

Apénas empezó el coronel á leer la carta, cuando á pesar del carácter de Juez de que venia revestido, empezó á reirse tan irresistiblemente, que aquella escena de tribunal acabó en escena de sainete.

En esta carta aparecia la no complicidad de Don José tan patente, pintaba tan á las claras la situacion, que el Coronel, al devolvérsela, le pidió escusas, le hizo un ligero saludo, y se retiró.

Apénas se hubo ido, cuando D. José, cogiendo con una de sus manos el brazo de su mujer, y con la otra el de su hermana, se las llevó, arrastrándolas precipitadamente á la sala.

—¿No han caido Vds?.... les preguntó con toda la alegre animacion de que era capaz su tranquila naturaleza.

Su mujer y su hermana le miraron atónitas, diciendo:

—No. ¿Qué hay?

—Hay, contestó entusiasmado D. José, hay que ese D. Leopoldo es un hombre bueno si los hay; prevenido, á pesar de sus pocos años; un hombre honrado, un amigo leal, y con muchísimo criterio, con un corazon bueno y noble, añadió enternecido, dándose una palmada en el pecho. ¡Esta carta, esta carta!—repitió, dando sobre el papel golpes

con el reverso de su mano;—esta carta, que creíamos un insulto, esta carta nos ha salvado. Y, previendo lo que iba á suceder, la escribió solo con este fin. ¿No lo estais viendo claro como la luz del dia?

—¡Verdad es! ¡Verdad es! exclamaron gozosas y asombradas las cuñadas.

—¡Mira si discurrió el pobrecito añadió Doña Liberata. ¿No decia yo que nos quería bien?

—Si tenía muy buenas entrañas, hijo mio, y las luces muy espaviladas!.... dijo Doña Escolástica.

—Cuidado, previno D. José, que aunque tengais frio, dejeis todas las noches la ventana de la cocina abierta.

—Y una mariposa para que se distinga bien en la oscuridad, añadió su mujer.

—El Faro de San Sebastian (1), dijo con una especie de asomo de bosquejo de sonrisa el grave Don José.

—No, observó su hermana, el de San Cayetano, abogado de la Providencia!

---

(1) Asi se denomina el Faro de Cádiz.

CAPITULO VII.

EL ECO.

> Eco, Hija del Aire y de la Tierra, amó á Narciso; mas viendose desdeñada por ese amante de sí mismo, se retiró á las cuevas, los montes y los bosques, en los que la consumió su dolor, no quedando de ella sino la voz.
>
> MITOLOGIA.

Merced á su disfraz, había llegado Leopoldo á Cádiz embarcado en el falucho que llevaba las frutas y legumbres al Rey, en vista de que la casualidad suele mimar á los que en ella confian, así como la prudencia suele desamparar cabalmente á sus más fervientes subordinados.

Una vez en Cádiz, Leopoldo se halló en su centro, rodeado de amigos y camaradas, y en sus

glorias por haber salido del espantoso centro del servilismo, proponiéndose persuadir al Duque que lo demoliese, lo que contribuiria á modernizar el Puerto. Pero el dia ménos pensado exclamó:—Pues para tan poco tiempo no fuera Príncipe yo!—cuando se halló al Rey en su Trono absoluto, y á sí mismo *indefinido*. Leopoldo hizo varias exclamaciones corajudas, ensartó una docena de maldiciones contra los *servitas* y los esbirros de la Santa Alianza, y se puso á tocar la flauta.

Habia llegado á Cádiz la Condesa de la Enramada con su inseparable Margarita. Cuando fué Leopoldo á verla, miró de una manera feroz á la niña, que en cambio le dijo con su nunca atajada franqueza:

—¡Ay, Ardaz, en todas partes está Vd! Yo pensaba que se hallaba Vd. para siempre en el castillo de *No volverás*.

—Aquí estoy para servirte, hijita mia, contestó Leopoldo. Te lo digo porque no me importa que lo repitas. ¿Sabes, señorita Eco?

—¿Eco? ¿Qué es Eco, Ardaz?

—La primera parte de una virtud muy apreciable, y que yo deseára que gastases en tus palabras, perlita eco.

—¡Mamaita; que Ardaz me dice señorita eco!

—Es un nombre muy bonito, mi corazon, repuso su Madre.

—¡Pues no quiero, no quiero, no quiero! repi-

tió la niña alzando gradualmente la voz. Me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Eco, dijo con los lábios sin que se oyese Ardaz, que era poco ménos niño que su interlocutora.

—Mamaita, dijo ésta desesperada, prohiba Vd. á Ardaz que me diga eco: me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Perlesía, enmendó entre dientes Leopoldo.

—Hablando de eco, Ardaz, ¿ha oido Vd. hablar de uno muy famoso que suena en los fosos de Puerta de Tierra? dijo la Condesa.

—Es la primera noticia que tengo, respondió el interrogado.

—¿Qué es eco? preguntó la niña dirigiéndose á Ardaz, en vista de que su Madre se acababa de levantar para recibir á unas amigas suyas que entraron.

—Ese eco es, le contestó Leopoldo, una ninfa muy amiga de repetir cuanto oye, á quien para castigarla, ha preso en los fosos de Puerta de Tierra D. Fulano Hércules, que fundó esta ciudad. Ya lo sabes; escarmienta.

—¿Y qué son fosos, Ardaz?

—Zanjas.

—¿Y qué son zanjas?

—Hoyas.

—¿Para guisar?

—Si, al eco; que cuando hierve, suena muy bien.

—¿Quién? dijo la Condesa dirigiéndose de nuevo á Leopoldo. No puede oirse cosa más linda que el sonido de una flauta en aquellos parajes. Ardaz, Vd. que toca tan bien ese instrumento, ¿podría proporcionarnos el buen rato de oirle allí? Estas amigas mias lo desean tan vivamente como yo.

—Con el mayor placer, Condesa, contestó Leopoldo.

—Quedamos, pues, convenidos y aplazados para mañana á las dos de la tarde, dijo alegremente la Condesa.

—Yo tambien quiero ir, exclamó Margarita.

Leopoldo, que como hemos dicho, era poco ménos niño que ella, estuvo para decirle: si tú vas, no voy yo.

Al dia siguiente fueron todos puntuales á la cita, y se pusieron en camino, subiendo á la muralla por disfrutar de mejor vista y mejor piso.

—¿Dónde lleva Vd. la flauta? preguntó Margarita á Leopoldo.

—En la petaca, contestó éste.

—¡Ay, qué chica es! A verla.

—No puede ser: en la muralla están prohibidas las armas.

—¿Pues qué, es un arma?

—Sí..... en caso de guerra sirve de pistola.

—Eso no es verdad.....

—Qué fina eres, *perla* no oriental.

—Mamaita, Ardaz no me quiere enseñar la flauta!

—En los fosos la verás, vida mia; le respondió su Madre.

No habian andado diez minutos cuando dijo la niña:

—Mamaita, tengo sed.

—Hija, ¿qué te ha producido esa sed? ¿Te sientes indispuesta, mi corazon?

—No, sino que tengo mucha sed.

—Ardaz, allí veo á un rosquetero con vasos de agua: si tuviese Vd. la bondad de llamarle.....

—Con mucho gusto, señora.

Y Leopoldo echó á correr, renegando enérgicamente de la niña.

No habian llegado á la mitad de la muralla cuando dijo la niña:

—¡Mamaita, estoy cansada!

—¡Pobrecita mia! repuso su Madre compadecida. Sentémonos un poco en este pretil para que descanses.

El divan de los pordioseros, pensó desesperado Leopoldo. ¡Dios sabe si habrán dejado en él reminiscencias animadas!

A poco, con la instabilidad de los niños, Margarita se levantó, atravesó la muralla, y se fué al lado opuesto que domina la bahía, mas siendo muy alto el parapeto, se puso á gritar:

—Ardaz, Ardaz, aúpeme Vd. que quiero ver los barcos.

Leopoldo hizo como si no lo oyese.

—Ardaz, ¡cuánto agradecería á Vd., dijo la Condesa, que alzase un instante á la niña! La pobrecita mia no alcanza á ver los barcos.

—Con mil amores, Condesa.

Vamos, ¡esto es insoportable! iba murmurando Leopoldo al atravesar la muralla, ¡vaya con la zangoncita de la niña que es preciso levantar en peso, como si tuviese dos años!

—Oye, niña, le dijo alzándola del suelo lo suficiente para que su cabeza sobresaliese del parapeto, de manera que la niña apoyó en él sus manos y su barba;—oye, niña, ¿tú no vas á la amiga?

—¿Y Vd. no va al colegio? Pues yo he visto en el de artillería en que está mi hermano, unos colegiales mas altos que Vd.

Un segundo despues dijo Leopoldo:

—Ya puedes haber contado los barcos, los faluchos y hasta las lanchas de la bahía, y soltando de repente á la niña, que tenia apoyada su barba en la piedra tosca del parapeto, se la desolló al caer, y prorumpió en los más lastimeros ayes y quejidos.

¡Ahí fué ella!... La Condesa temblaba convulsa; sus amigas estaban á cual mas azorada y compadecida. Lo que es Leopoldo, causante del mal, hacia el papel mas desairado; sus muestras de interés eran rechazadas por el paciente con imponente rencor, á punto de coger y arrojar por encima del parapeto un pañuelo de olan que Leopoldo le pre-

sentaba, para estancar una mostacilla encarnada que se habia asomado á la rozadura.

Fué preciso bajar de la muralla, é ir á una botica, donde se aplicó á la lánguida doliente sobre su desolladura un papelito de estraza humedecido con agua y sal, y á instancias de la misma, que ardia en curiosidad de oir el eco que cantaba al hervir en una olla, volvieron á emprender su caminata á los fosos de Puerta de Tierra.

Llegaron, y salvaron la puerta de la ciudad, puerta fuerte, colosal, revestida de su armadura de baluartes y parapetos, armada de punta en blanco, que con su puente levadizo parece extender una mano amiga al que acoge, ó levantarlo como un puño amenazador contra el que como conquistador, quisiese penetrar en el recinto que guarda, y que es el nunca profanado asilo del españolismo, pues aquella puerta nunca se abrió sino á la voz de ¡Viva España! aquel eco nunca repitió con su dulce acento sino ¡Viva España!

Mientras nos hemos entretenido en considerar la puerta, habian bajado la Condesa y los que la acompañaban, á los fosos; á Margarita se le habia caido el papel de estraza sin sentir, aguardando con la boca abierta el ver salir una flauta de una petaca, y Leopoldo se habia puesto á tocar.

Hallábanse todos embebidos en el efecto encantador que producian los sonidos de la flauta, tan distinta como suavemente repetidos por el eco,

y embalsamados por aquellas melodías aéreas, que se cernian entre murallas, fosos y baluartes como rayos de sol que hubiesen bajado á brillar y reir en un calabozo, cuando, sin haberlos notado venir, se hallaron á su lado el Capitan francés que estaba de guardia en la Puerta de Tierra, acompañado de dos amigos, que habian sido atraidos por la mágia de aquellas melodías gemelas.

Leopoldo que, como hemos dicho, siempre se dejaba llevar por su primer movimiento, derecho, pronto, y sin detenerse, como salen las muñecas de muelle de las cajas en que están encerradas, Leopoldo, que sentia un odio tremebundo, que habia de durar dos meses, hácia los franceses, no bien los vió, cuando apartando la flauta de sus lábios, la desmontó y guardó en el bolsillo.

—¡Ay! dijo Margarita; Ardaz no quiere tocar más porque han venido aquí esos oficiales.

—Espero que no será así, dijo el Capitan saludando á las señoras; y como hemos bajado aquí atraidos por el duo encantador que ejecuta el señor con el eco, el suspenderlo sería una desatencion que no merece nuestro deseo de oirle, puesto que nada tiene que no sea lisonjero para ese caballero.

—Llamad como gusteis á mi negativa, dijo Leopoldo;.... pero no toco más.

—Caballero, repuso el francés, una desatencion confesada, es un insulto. ¿Debo interpretarlo así?

—*Ad libitum*, respondió con su usual frescura Leopoldo.

Las señoras, á quienes la sorpresa habia dejado paradas hasta entonces, intervinieron; pero era tarde. Sus reflexiones y sus persuasiones se estrellaron contra el *ultimatum* del ofendido Capitan.

—El señor me ha insultado, y solo tocando podrá darme la satisfaccion que me debe. Si no me otorga esta, pediré otra que no se niega.

Leopoldo por su lado respondia á los agentes de la conferencia, con el más perentorio:

—No toco; pero me hallo muy dispuesto á complacer al señor en su segunda exigencia.

Por más que la Condesa les hizo presente que un desafío en las circunstancias de entónces tendria para ambos contrincantes los más funestos resultados, y les proporcionaria los más trascendentales compromisos, ninguno cedía. ¡Cómo habian de ceder, si creian ambos, con mucha formalidad, que en aquellas insignificantes quisquillas estaba comprometido nada ménos que.... su honor!!! Nosotros los hombres nos burlamos del sexo bello; pero, confesemos, inter-nos, que á veces debemos los del sexo feo parecer muy ridículos al bello, en particular cuando nos metemos á confeccionar códigos, que es nuestra parte flaca!

Entonces las señoras acudieron á las súplicas, y á las lágrimas. El francés se mantuvo inmutable como el destino, impasible como una de las pirá-

mides de Egipto, que son una de las maravillas del mundo. Pero Leopoldo que, é pesar de sus lijeros cascos, era un caballero, sintió haber, y sobre todo en presencia de señoras, dado lugar á aquella escena tragi-ridícula. Considerando esto, sacó su flauta con mucha cachaza, y dirigiéndose á las señoras:

—Conozco que he sido un imprudente, y que he faltado á los miramientos debidos á señoras. Pero es de cuerdos reconocer su error, y de prudentes enmendar su yerro. Voy á complacer, no á los señores, sino á Vds., á las que debo esta reparacion.

Leopoldo tocó algunos compases, guardó su flauta, y se retiraron.

Las señoras iban tan satisfechas y tan agradecidas á la prueba de consideracion que les habia dado Leopoldo, que no sabian cómo demostrárselo y encomiar su fineza, su buen trato y su prudencia. Las pobres señoras no habian notado que al pasar cerca del Capitan le habia Leopoldo entregado su tarjeta, en señal de que volverian á verse, y que por consiguiente, estaba muy lejos de merecer los justos y sensatos elogios que admitia el hipócrita con una modestia admirable.

Habia Leopoldo entregado su tarjeta, porque decia de buena fé, segun el *código de honor* de los espadachines, que en este lance estaba su *honor* comprometido. ¡Hasta este punto han llegado los varones, con barba y sin ella, á tergiversar el sen-

tido de la palabra *honor*, que genuinamente significa gloria ó buena reputacion, que sigue á la *virtud*, al *mérito* y á las *acciones heróicas*, haciendo como ciertos salvajes, que llaman *Dioses* á unos ídolos que ellos mismos confeccionan, á los ojos de los cuales creen hacer una obra meritoria inmolando víctimas humanas, y rociando sus áras con sangre! ¿Pues qué es un llamado *lance de honor*, sino un asesinato premeditado?

Así sucedió, que á la mañana siguiente á las cinco, estaba Leopoldo con sus padrinos y el Capitan con los suyos en Puntales, el uno frente del otro con una pistola en la mano.

La suerte habia decidido que al marchar el uno sobre el otro, fuése el Capitan el que tirase primero, y así sucedió. Pero Leopoldo tenia razon en confiar en su buena estrella, que no le desamparó. La bala francesa pasó rozando por su hombro, y fué á herir mortalmente á una inocente retama.

Ambos desafiados siguieron avanzando.

—¿Qué vas á hacer? gritó á Leopoldo su padrino Ramon Ortiz.

—A matarle, contestó Leopoldo con su inalterable sonido de voz; ó á perdonarle la vida bajo una condicion.

Los desafiados se pararon y quedaron inmóviles en su misma posicion.

—¿Y cuál es esa condicion? preguntaron los franceses.

—Esta condicion es, contestó Leopoldo, que cante el señor una cancion.

—¡Cantar!... en estas circunstancias! exclamaron.

—No hay más; cantar ó morir, repuso Leopoldo. El señor me forzó á tocar sin ganas; yo le obligo á mi vez á cantar sin ellas. Solo así quedamos pagados, es el finiquito de nuestras cuentas. Ya veis que no abuso de mi ventaja, cuando solo pido la aplicacion del talion.

El Capitan se negó. Leopoldo insistió.

Era de ver la inmovilidad de aquellos dos hombres, impávidos ambos, el uno cerca de recibir la muerte, el otro próximo á darla, por una cancion, por unos sonidos de flauta, por una de esas fruslerías, dignas bases de los insensatos lances de honor! Era de ver, repetimos, esta inmovilidad, que contrastaba con la activa intervencion de los testigos, que iban, venian y se afanaban sin resultado!

Más al fin, viendo que Leopoldo estaba resuelto á no ceder, conociendo que el tiro de su pistola á la distancia en que se hallaban, no podía marrar, empezó á vacilar el Capitan, porque el valor que no se apoya en una buena causa, y que no es sostenido por la conciencia, es bravata, y decáe cuando no logra su objeto. Se penetró, por último, del argumento que uno de sus testigos le hizo, y fué, que si su Enrique IV había dicho que bien valía París una misa, y la oyó, aunque era entónces protestante, podia él decir, sin rebajarse, que

bien valía su vida una cancion. El Capitan, pues, apretó los dientes, y cantó con una voz poco armoniosa este estribillo *(refrain)* de una cancion de su romancero en boga, Béranger:

«Reviens ma voix faible, mais douce et pure;
»Il est encore des beaux jours á chanter.»

Leopoldo y sus testigos, mudos é impasibles, saludaron y se retiraron. El lance costó al Capitan dos sangrías y quinientas sanguijuelas (sistema Broussais).

Por más que se esmeraron los actores de este acontecimiento en callarlo, empezó á cundir, esparcido por conductos invisibles, impalpables y desconocidos, como suele acontecer con todas las cosas que se quieren tener secretas; como si la justicia divina anticipase premios y castigos, desvaneciendo con su soplo el velo con que piensan los hombres cubrir sus maldades; pues ciertamente en esta inconcebible publicidad hay algo de providencial.

Pocos dias despues, estando Leopoldo en casa de la condesa de la Enramada, y hallándose la sala llena de gentes, un caballero, ignorante del todo de las personas que habian figurado en el lance, lo refirió desde su principio hasta su fin con todos sus pormenores.

La Condesa, que ignoraba el desenlace, pali-

deció y miró á Leopoldo, que estaba tan sereno é impasible como si se estuviese refiriendo un hecho del tiempo de los moros.

—¿Y no se ha podido averiguar quiénes han sido los actores del lance? preguntó al narrador uno de los concurrentes.

—Nada absolutamente, contestó éste. Y es una suerte; porque las autoridades están furiosas, y dicen, que es necesario un escarmiento y una enérgica represion para evitar, en las delicadas circunstancias actuales, que estos lances se repitan.

—Pues yo sé quiénes son, dijo Margarita.

—¡Niña! gritó en la mayor angustia su Madre, cogiéndola por un brazo.

—Sí que lo sé, gritó contrariada la niña. El que tocó la flauta fué Ardaz, y el francés que le queria oir era el que estaba de guardia en la Puerta de Tierra (1).

A la madrugada siguiente, Ardaz, de nuevo fugitivo por causa de la niña Margarita, se embarcaba en un vapor inglés, maldiciendo á todas las niñas mal criadas, mimadas, entremetidas y parlanchiñas.

---

(1) El lance referido nos ha sido comunicado por personas fidedignas que en aquella época se hallaban en Cádiz.

CAPITULO VIII.

SAN CAYETANO.

> El tránsito de la Iglesia á una secta, se hace generalmente por el camino de los vicios; y el de una secta á la Iglesia, *siempre* por el de las virtudes.
>
> FITZ WILLIAMS.

> Una pobre muger es la que me ha enseñado ó ilustrado sobre las vias de la Providencia. Ella habia puesto en Dios la misma confianza y esperanza que yo habia puesto en los hombres; y nunca he visto un ánimo más sereno en una situacion más desgraciada.
>
> BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

Para volver á hallar á las personas que han actuado en nuestra relacion, en circunstancias que tengan analogía con las anteriores, tenemos que

salvar diez y ocho años, los cuales vistos de frente parecen un siglo, y vistos de espaldas, parecen un átomo. Totalmente se transforma el Tiempo, ese Rey coronado de las canas que platéa, ese Padre de la experiencia y de la ciencia, ese campeon despacioso de la verdad, ese viejo lijero con dos alas, que le sirven, segun dice Julio Sandeau, la una para borrar nuestras alegrías, la otra para enjugar nuestras lágrimas.

Más, este viejo que tantas sepulturas abre, había en el transcurrido espacio, abierto la de uno de los que hemos visto en los anteriores capítulos, ¡y era este Don José! Había acaecido su muerte de la manera siguiente.

Una noche, después de haber rezado, se acostó Don José en perfecta salud, al lado de su buena compañera: á la mañana siguiente llamó esta á su cuñada Doña Liberata, acudió, y..... Hermana, le dijo, mira que me parece que Pepe se ha muerto.

—¡Qué! no; no puede ser!... repuso esta acercándose á su hermano ya cadáver.—Pepe, Pepe! llamó; pero viendo que no respondía, se puso á tentarle la frente y el pulso, hecho lo cual, volviéndose á su cuñada, le dijo:

—Mujer, creo que tienes razon; ¡muerto esta!

—Nos cogió la delantera, dijo su mujer.

—Ayer me dijo: allí te espero, añadió Doña Liberata. Pero se ha ido sin los Santos Sacramentos, Escolástica.

—Ayer confesó y comulgó, repuso su muger; ¿si le daria el corazon que se iba á morir?

—Se lo diría al oido el Angel de su guarda, dijo Doña Liberata. Vamos, hermana, á encomendar su alma á Dios, que es lo que nos queda.

Y ámbas cayeron de rodillas, y se pusieron á rezar con voz tranquila y espíritu recogido y fervoroso, pero sereno.

¡Oh almas de Dios! ¡sencillas, mansas, tranquilas y conformes! ¡Almas mil veces bienaventuradas! ¡Qué lecciones dais á las almas mundanales, inquietas, apuradas, extremosas, que refinan y alambican el dolor, gastando su buena sávia en hojarasca!

Con la muerte de Don José cesaron el vitalicio y los demás mezquinos recursos de la familia, y por último la pobre Doña Liberata perdió tanto la vista, que solo podia dedicarse á hacer calceta, triste y postrer recurso de las pobres mujeres hacendosas. Los telares de medias deberían prohibirse en caridad de Dios. La miseria, pues, habia invadido aquel interior, ántes tan feliz; pero no embozada, sino en esqueleto, sin un giron que la cubriese, con las manos vacías y la boca hambrienta, acompañada de la vejez, á la que tanto abruma, pero que tanto resiste! Bien podia esta doble tremenda vision, la vejez inerte y desvalida y la miseria sin lenitivo ni esperanza, asombrar á cuantos se le presentasen; pero no así á aquellas hermanas, A AQUELLAS ALMAS

de Dios que no las veian, interpuesta como estaba entre ellas y los ojos de estas la imágen de San Cayetano, abogado de la Providencia, con sus planes de ley, símbolo y atributo de almas puras.

Sin embargo, habia dos dias que no comian, dos dias que Doña Liberata estaba enferma y postrada en su lecho.—¿Olvidábalas el Santo?

—Liberata, dijo Doña Escolástica, dos dias hay que no has probado alimento. Voy al cuarto del P. Capellan á pedirle una taza de caldo.

—No, no, repuso esta; acaba de pagar por nosotras la casa; nos dió un socorro la semana pasada; su mercé no está muy sobrado; no se debe abusar.

—Pero mujer... ¿te dejo morir?

—No cuides tú de eso; el que esto no suceda está al cargo del Santo bendito, dijo la buena anciana alzando sus amortiguados ojos hácia el cuadro de San Cayetano.

—¡Ay hermana! repuso Doña Escolástica, ya me voy temiendo que nos ha olvidado!

—¡Qué disparate, Escolástica! Lo que hace es probar nuestra fé.

—Dos dias hay que no comemos, y mañana.....

—Dios proveerá, Escolástica.

—Así, hermana, dejémonos de cuidados y angustias, y vamos á rezar.

—Vamos, respondió su hermana; y dirigiéndose á su cuadro tan querido del Santo abogado de la Providencia.—Ampáranos, oró mentalmente: no te

lo pido por mí, sino por aquella pobrecita que está en la cama, que no ha tomado en tanto tiempo, ni una cucharada de caldo!

—¡Santo mío! invocaba á su vez con el corazon la pobre enferma, intercede por nosotras con Dios para que nos socorra; no lo pido por mí, sino por la pobre Escolástica, que tanto siente no poder asistirme!

Apénas habian rezado diez minutos, cuando Doña Escolástica calló. En aquella silenciosa Plaza de armas sonaban voces y tropel.

—¿Qué podrá ser esto? dijo Doña Escolástica, saliendo de la alcoba en que dormían ahora ambas hermanas; y asomándose á la puerta, notó en la plaza de armas cantidad de gentes, aumentándose su sorpresa al ver destacarse de aquel grupo á un caballero, cuyo trage de General estaba cubierto de bandas y cruces, que llevando del brazo á una hermosa jóven se dirigia hácia ella.

Estos señores, pensó Doña Escolástica, vienen á ver el castillo.

—Señor, dijo al General, que en este momento llegaba á la sala; esta casa está toda á la disposicion de V. E. Pero, señor, en esta alcoba hay una persona enferma.

—¿Quién es la persona enferma? preguntó el General.

Esta pregunta, que hubiera causado sorpresa á cualquiera otra, no se la causó á Doña Escolástica, que contestó sencillamente:

—Mi cuñada Liberata.

-Doctor, dijo el General, llamando á uno de los señores que habian quedado en la plaza de armas; hacedme el favor de examinar á la enferma que se halla en esta alcoba.

El facultativo entró en la pieza designada, y el General preguntó á Doña Escolástica:

—¿Y Don José?

—Mi José, señor, contestó esta, está donde quisiera estar yo, y señaló al Cielo. En seguida añadió:

—¿Pero ha conocido V. E., que es un caballero tan principal, á mi Pepe, que era un pobre maestro de escuela?

—¿Y habiendo faltado él, con qué cuentan ustedes para subsistir? preguntó el General, sin contestar á la pregunta.

Doña Escolástica señaló al cuadro que sobre la mesa colgaba en la pared, y contestó:

—Con aquel, que es abogado de la Providencia, y hasta hoy no nos ha desamparado.

En este instante salia el facultativo de la alcoba.

—¿Qué tiene la enferma? preguntó el General.

—Inanicion, señor; hay dos dias que no toma alimento.

El General procuró ocultar que se hallaba dolorosamente conmovido; dijo algunas palabras al oido del médico, y en seguida se entró en la alcoba, seguido de la hermosa jóven y de la atónita doña Escolástica.

—¡Doña Liberata! exclamó con alegría: ¿con que San Cayetano ha dado á vds. un chasco? ¿No decia yo, cuando se lo ponia á vds. de espaldas, que el Santo no queria á las gentes cansadas?

—¡Jesus María! exclamaron alborozadas ambas buenas mugeres. ¿V. E. es aquel loqui..... perdone Vuecencia, aquel jovencito, que se nos entró como un pajarito por la ventana?

—El mismo!... que ahora se entra por vuestras puertas como un hombre formal, á pediros perdon por lo mucho que sin consideracion os mortifiqué, y á daros gracias por las inmerecidas bondades y favores que os debí; pues ya no soy aquel loquillo, sino un hombre que ha aprendido á PENSAR Y Á SENTIR. ¿No es verdad, Margarita?

—¡Margarita! exclamaron asombradas las dos hermanas.

—¿Qué, os asombra mi nombre? preguntó con bondadosa sonrisa la hermosa jóven.

—No es el nombre, señora, contestó Doña Escolástica; es porque es el mismo de una pícara niña que delató al señor; y si no se lo avisan á tiempo, Dios sabe lo que hubiese sucedido!; pues apénas huyó cuando se llenó la Plaza de armas de tropa, y á mi Pepe, porque no quiso decir el nombre del amigo de V. E., se lo quisieron llevar preso. Pero como V. E., á pesar de sus locu... de sus cosas, tenía tan buenas entrañas, dejó á mi Pepe aquella carta,—V. E. se acordará,—que escribió con obje-

to de que le sirviese de salvaguardia; y así fué, que apénas la leyó el oficial que venía haciendo de Gobierno, cuando se echó á reir, y le dejó en paz.

—¡Que escribí una carta con ese objeto! exclamó admirado el General. No lo recuerdo.

—¿Tampoco recuerda V. E. que se le olvidó el dinero? preguntó Doña Escolástica. Diez onzas,—diez onzas nada ménos! se dejó V. E. al lado de la carta.

—La carta decía, observó el General, que eran destinadas á comprarles una memoria del huésped que tanto les dió que hacer.

—No señor, nada de eso decia la carta; asi fué que mi Pepe las metió en un papel, que selló, diciendo á quien pertenecian, y escribió encima la palabra *depósito*, por si moríamos ántes que V. E. las reclamase ó hubiésemos podido averiguar su paradero. Pero ni una ni otra cosa sucedió, y ahí están, señor.

El General se volvió á la señora que le acompañaba, y dijo:

—¡Y iban á perecer de hambre! ¡Esto admira!

—Esto enternece, Leopoldo! contestó la jóven, secando con su rico pañuelo dos lágrimas que surcaban sus megillas.

—Pero recuerdo muy bien, dijo el General, que en mi carta expresaba el destino de esa suma.

—No señor; y si os quereis convencer, aqui está la carta, dijo Doña Escolástica, sacando de la vetusta papelera una carta envuelta en una plana de

palotes, que puso en manos del General, añadiendo:—siempre la guardó mi Pepe como reliquia.

El General miró el sobre para cerciorarse de que era dirigida á Don José, y se puso á leerla con curiosidad, á la par de la jóven Señora que se habia apoyado en su hombro.

Los lectores recordarán el contenido de la carta que han leido ha poco. Pero no así el General Leopoldo Ardaz, que habia diez y ocho años que la habia escrito. Pero tanto él como la jóven Señora tenian demasiada bondad de corazon, y eran demasiado finos, delicados y cultos para que aquella carta ingrata y denigrativa les moviese á risa.

—¡Qué cabeza era entónces la mia! murmuró el General al oido de la señora: esta carta era dirigida á Ramon Ortiz, y equivoqué el sobre... ¡y se han hecho la ilusion de que la escribí con la intencion de evitarles compromisos!... ¡Oh corazon sano y sin malicia, que todo lo alzas á tu pura esfera, como rebaja todo á la mústia suya el corazon gangrenado por la hiel de la malevolencia y el agraz de la malicia!

Por fortuna, al volver la hoja hallaron el párrafo que hablaba de Margarita, lo que volvió á traer la escena al florido terreno del buen humor.

El insoportable apéndice de su madre,—leyó la jóven riendo de corazon,—*¡qué crianza dan á esa niña!... asombra!* prosiguió leyendo, *¡quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como hizo la hermosa*

Cleopatra con otra!—Pues ha sido al revés, dijo sin cesar de reir: la perla ha sido la que ha absorbido al vinagre.

—Y sin impregnarse de él, contestó el General; cumpliendo cual no otra con la mision de la muger cristiana y culta, que no consiste en seguir los errores de su marido, ni ménos en identificarse con sus maldades, si las tuviese; sino en constituirse en ángel visible de su guarda, que le retraiga del mal y del error, y le guíe al bien y á la verdad. La muger que yerra con su marido, tiene dos cargos ante la suprema ley, que quiso que fuese para el hombre no el aguijon que irrita, sino el freno que contiene:

Estoy descubierto, prosiguió leyendo la jóven, *la niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repeticion, me ha vendido.*

—¿Lo ven Vuecencias? dijo doña Escolástica: esa pícara niña fué!...

—Esa pícara niña, exclamó volviendo á reir la jóven, hizo otras muchas fechorías de que fué víctima vuestro huésped.

—¿Puede darse?... repuso Doña Escolástica, ¡pobrecito!... ¡Válgame Dios, y qué malas entrañas tenia la dichosa niña! ¿Y qué más hizo!

—Poco despues en Cádiz le originó un desafío con un francés.

—¡Santo Dios de Israel!... exclamaron las buenas ancianas.

—A los pocos dias lo divulgó, por lo cual el huésped de Vds. tuvo que huir y que expatriarse.

—¡Pues no es nada! ¡Ay qué niña!...

—Pues no es esta la peor partida que le jugó; porque años despues, habiendo ido su merced á la Habana, le puso como á un manso cordero el santo yugo; pues yo, su mujer y servidora vuestra, soy la pícara niña Margarita.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Y cómo ha sido eso? preguntaron asombradas las hermanas.

—El loco huésped de Vds., contestó la interrogada, despues de doce años bien empleados en su carrera, en los que sobre los campos de batalla ganó sus grados, no sin que le dejase la muerte —de la que siempre escapó,—esta cicatriz en la sien y un hombro atravesado por memoria, vino destinado á la Habana, donde se encontró con su antigua contraria la pícara niña Margarita, que—por lo visto—entónces tenia juicio y era apreciable, puesto que su adversario trocó en un todo sus sentimientos hácia ella.

La sorpresa de las buenas ancianas, que iba siempre en aumento, llegó á su colmo cuando vieron entrar unos mozos de fonda, que traian en batéas una suculenta comida.

Margarita corrió hácia ellos, destapó una sopera, llenó un plato de sopa, y se apresuró á llevarlo á la desfallecida; mas esta no le tocaba, y permanecia profundamente abstraida.

—Tomad, tomad, le dijo Margarita; esta es la medicina que ha prescrito el facultativo.

—¿En qué os deteneis, Doña Liberata, que no gustais el alimento que debeis apetecer y que tanto necesitais?

—Señor, repuso la anciana: ¿dudaréis aún de la influencia de la intercesion de mi Santo sobre la Providencia, que en el dia de hoy desde la Habana os ha guiado aquí?

—No por cierto, no por cierto, Doña Liberata, contestó el General. Soy español, soy cristiano, soy católico: creo por lo tanto en las gracias espirituales y materiales que obtiene la fé, esa fé que nos une á Dios, á su redil, á nuestros hermanos. Si la hallo en almas puras y en corazones sanos más robusta, más ciega, más cándida y confiada que lo es la mia, léjos de condenarla ó burlarme de ella, la venero y la admiro. Y para no envidiarla, me esfuerzo por adquirirla, no por la conviccion del entendimiento,—que la fé no desciende á los torpes y estrechos alcances del hombre,—sino por medio de la voluntad, poderosa hija del alma.

Al oir estas palabras, las dos excelentes mujeres cruzaron sus manos, y dos lágrimas corrieron lentas y brillantes por sus megillas.

—¡Quien á Dios busca, á Dios halla! dijo Doña Liberata.

—¡Que no le hubiese oido mi José! dijo Doña Escolástica.

—¿Con que... nada os ha quedado? preguntó el General.

—Nada! contestó Doña Escolástica, pues el vitalicio murió con mi José.

—Y yo veo ya tan poco que apénas puedo coser, añadió Doña Liberata, que á medida que caía aquel sano alimento en su desfallecido estómago, se iba vivificando.

—Pues el vitalicio que murió con Don José, resucita con Leopoldo, dijo el General.

—Tú cuidarás del vitalicio de Doña Liberata, á quien tan terrible susto diste entrándote por la ventana; pero la pícara niña Margarita cuidará del de Doña Escolástica.

—Señora, exclamó Doña Escolástica, ¡si con una peseta nos sobra! ¡Y nunca nos falte!

—No, nunca os faltará á cada una, repuso el General, que añadió sonriendo:—San Cayetano se me ha aparecido, y me ha encargado que cuide de que así suceda.

EPÍLOGO.

—¡Oh, Leopoldo! exclamó con dolor Margarita, cuando hubieron salido:—¡Y habrá hombres de ideas rectas y de corazon sano, que se atrevan á decir á los creyentes y á imbuir en el pueblo: «Vuestra fé es nécia, vuestra confianza es vana: no hay esfera espiritual; el mundo es una bola material y estúpida, que no tiene Criador; sin más luces que la de los hombres; sin más motor ni más poder que el de la casualidad!...»

—Si son jóvenes, acuérdate de mí y no desesperes de ellos, contestó su marido; que ellos volverán, si son buenos, á la grey, en cuya serena atmósfera se eleva el alma, se ensancha el corazon y descansa la mente. Si son viejos, esto es, si tienen ya el corazon seco, sin brotes de amor al Criador y á la criatura, si tienen la mente estacionada y encallada en sus errores, si su voluntad inerte y estéril no puede crearles la fé que salva; si sus ojos están ya sin lágrimas, sus pechos sin suspiros, su vida sin esperanzas ulteriores á estas transitorias... ¡compadécelos!... ¡Dios se ha alejado de ellos porque ellos se han alejado de Dios!

FIN.

CENSURA.

Excmo. Sr.: Cumpliendo con la órden que V. E. se sirvió comunicarme, he leido con singular interés las obras de Fernan Caballero. En ellas unas veces bajo la forma de Novelas, otras en el de Relaciones, cuadros y escenas de costumbres y aun cuentos, nada he encontrado que sea contrario á nuestra Santa Fé, ni á la moral cristiana. Pues si bien el género de literatura á que pertenecen, obliga al autor á presentar algunas veces en juego las pasiones, lo hace no para aplaudir ni disculpar, sino para censurar y condenar sus extravíos. Pero si bajo este solo aspecto no pueden reputarse algunas de estas obras como libros ascéticos ni como tratados expositivos de moral, (lo cual seria extraño al género de literatura á que pertenecen), sin embargo, es tan útil su lectura y tan provechosa la enseñanza que de ella se desprende, que la tengo por muy provechosa y conveniente á las necesidades de la época actual, habiendo no pocas que me parecen edificantes. Servirán además poderosamente estos libros para dar á conocer nuestro carácter y costumbres nacionales, tan mal comprendidas de muchos de los propios y tan calumniadas por los extraños. Por todo lo cual, y hasta por la loable docilidad con que los somete á la censura eclesiástica, conceptúo que no solo no hay inconveniente ninguno en que se autorice su publicacion, sino que por el contrario la entiendo provechosa y por tanto se debe promover y recomendar dentro de los límites que corresponde á obras de amena literatura, que por su naturaleza no son directamente objeto de las tareas y meditaciones de la Iglesia, aunque á ellas cooperen eficazmente.

Tal es mi dictámen, que someto al superior juicio de V. E. sin perjuicio de otro mas acertado.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 3 de Febrero de 1856.—Excmo. Sr.: José Ruiz.—Excmo. Sr. Vicario eclesiástico de Madrid.

LICENCIA.

NOS EL DOCTOR DON JULIAN DE PANDO Y LOPEZ, PRESBITERO, CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CÁRLOS III, GRAN CRUZ DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, MINISTRO AUDITOR HONORARIO DEL SUPREMO TRIBUNAL DE LA ROTA, VISITADOR JUEZ ORDINARIO, Y VICARIO ECLESIÁSTICO DE ESTA M. H. VILLA Y SU PARTIDO, ETC. ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que puedan imprimirse y publicarse las Obras de Fernan Caballero; mediante que de nuestra órden han sido examinados, y no contienen, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid 3 de Febrero de 1856.—Doctor Pando.—Por mandado de S. E. I. Gregorio Ignacio Gutierrez.—Está sellada con el de la Vicaría eclesiástica de Madrid.

DIALOGOS

ENTRE LA JUVENTUD Y LA EDAD MADURA.

INTRODUCCION A LOS DIALOGOS.

¿Quereis saber lo que son, en sentir de su autor, FERNAN CABALLERO, los DIALOGOS ENTRE LA JUVENTUD Y LA EDAD MADURA? Pues oidlo de su boca:

«Recuerdos de un villorro, de un sochantre »de lugar, de un interior pacífico, de niños y de »flores; en fin, nimiedades.» (1)

¿Deseais conocer los gustos del escritor, y la disposicion de su alma al escribir estas páginas?

—«Me gustan los árboles, como á los pájaros; »las flores, como á las abejas; las parras, como á »las abispas, y las paredes viejas como á las sa»lamanquesas.»

. . . . . .

(1) Adviértase que todo lo que está con comillas es de FERNAN CABALERO.

«Chiton, Conde, chitón! no quiero que mis flo-»res dén ocasion á la sátira, ni mis buenas galli-»nas pábulo á la crítica.»

—»Pero,—repone su interlocutor—¿en dónde »no hallaréis vos amigos, Marquesa?»

—»Allí donde no sientan todos como vos, y no »me miren con vuestros parciales ojos.»

¡Quién dijera que tan pronto iban á demostrar los sucesos la exactitud de este presentimiento!

Pero he aqui anunciado en pocas palabras al lector lo que tambien en breves razones deseamos decirle.

No es un secreto para el público lo que acerca de Fernan Caballero siente y piensa el que escribe estas líneas, que mirará siempre como uno de sus mejores timbres, haber logrado la confianza del insigne novelista, para cuidar de la presente edicion. Por lo mismo, y satisfechos con haber consignado en ella nuestro nombre entre tantos ilustres literatos, que se han apresurado á tributarle homenaje, nos habíamos propuesto dejar libre el paso para que otros pudiesen formar parte de tan brillante acontecimiento.

Pero puesto que con ocasion de esta obra, se ha hecho de nuestro Autor querido, la única crítica con visos de formal que hasta ahora se le haya fulminado, y que por su naturaleza ha debido amargarle mucho, permítasenos romper aquel propósito, y ya que no defendamos á quien no ha menester defensa, por lo ménos, á la modestia del propio juicio, y á la severidad con que por mirar aquella á una luz que tenemos por equivocada, la juzgó el crítico, opongamos nosotros algunas razones, para que el público á quien compete, pueda fallar en esta contienda.

De inmoral acusó el crítico esta obra. ¡Inmorales los escritos de Fernan!... á quien tanto deben la Religion y la familia y la sociedad! Aquel nombre y ésta tan terrible acusacion, segun la frase vulgar recientemente usada, *braman de verse juntos.*

A la acerbidad de este fallo, solo ha contestado nuestro Autor en su humildad, apelando al juicio de la Iglesia.

No le importaba que la ley no se lo exigiera: destinados estos escritos á vivir en la familiaridad

del hogar doméstico, cuyo reflejo son, cuyo modelo deben ser, no hubiera estado tranquilo hasta que decidiesen los guardadores de la sana doctrina, si, contra toda su intencion, se habia deslizado de su pluma alguna máxima, algunas palabras que la contrariasen. A continuacion de estas líneas podrán ver nuestros lectores el dictámen del censor y el fallo de la autoridad eclesiástica. Esto importaba al crédito de Fernan; pero importa mas al de sus idéas y sentimientos, que para él y para sus amigos, valen aun más que su espléndida aureola literaria.

Acallado, pues, victoriosamente sobre este punto un sobresalto que solo pudo asaltar al escritor, pero que de seguro no trascendió á ninguno de sus lectores, á nosotros, más que combatir directamente el juicio que le motivó, lo que nos incumbe es explicarle; y esto bastará para que por sí solo caiga y se desvanezca, acaso hasta en la propia conciencia del que lo dedujera.

Léjos de nosotros sospechar en lo mas mínimo de la rectitud de sus intenciones, ni de la sinceridad de su conviccion. Ya lo hemos indicado antes

de ahora. Concediendo los talentos del crítico, dada la parte que es natural y disculpable á los pocos años que contaba á la sazon, lo que principalmente creemos que le indujo á error, fué la equivocada luz á que miraba estos cuadros. Mirábalos, sin duda, á la de la prudencia humana; aplicábales el criterio de máximas filosóficas y económicas, y condenó lo que la ciencia condena, lo que no explica la filosofía, lo que la razon no absuelve por sí sola. Ver cómo la desgracia cae de repente sobre una familia que la virtud corona y que santifica el trabajo; oir que el Padre muere precipitado de un andamio, y que la amante Esposa pierde la razon; que perece el pobre pescador arrebatado por una ráfaga de viento, que se lleva tras sí el juicio del hermano que le sobrevive, dejando huérfana de ambos á su desolada Madre; que se mancha con un robo la honra de una familia de la mas antigua y acendrada nobleza castellana, bajando al sepulcro á impulso de la afrenta su venerable Gefe... por todas partes dolores, por todas catástrofes!... no es extraño á la verdad que se impresionase el áni-

mo generoso de quien solo con el nivel de la humana ciencia y con el compás de la crítica literaria habia de buscar, como suele hacerse en obras de este género, el ver premiada á la virtud, y castigado el vicio, procurando estímulos para aquella.

Mas, ¿cómo no echó de ver el censor que toda la síntesis del pensamiento del escritor se encierra admirablemente en estas palabras...

COSA CUMPLIDA...
SOLO EN LA OTRA VIDA.

¡Es verdad! Esta,—que no es novela,—esta conferencia, estos DIALOGOS, que creemos sin modelo, ó diferentes y superiores á todo modelo, puesto que en ellos no solo hablan y juzgan los interlocutores, sino que á su vista vive la vida y obra la Providencia; este sencillo interior, estas NIMIEDADES que el autor decia, tienen aun sin pretenderlo él, más altos alcances; y son, no dirémos un tratado de moral, son la vida práctica iluminada y consolada por la luz del Evangelio;

y dan lugar á más meditaciones que muchos libros ascéticos, ya sobre los hechos de la vida, ya sobre muchas de las verdades y de las virtudes católicas. Esta es la luz á que ha escrito el autor; he aqui con la que debe ser juzgada su obra. Y cierto, bien puede arrostrar el exámen. A vista de los dolores que calma, de las lágrimas que consuela, bien podrán repetírsele aquellas divinas palabras; «MUJER ¿A DONDE ESTAN LOS QUE TE ACUSABAN?»

Al que desee alguna comprobacion de lo que decimos, nos bastará con remitirle á examinar la manera con que FERNAN comprende y habla de la muerte, y con que explica la RESIGNACION, virtud esencialmente cristiana que no conoció el mundo antiguo, y que no acertaria nunca á imaginar ni á comprender por sí sola la Filosofía. He aqui sus palabras:

«¡La muerte!... Siempre he preferido mirar »ese trance, no como el justo fin de la vida, sino »como el glorioso principio de la eternidad; asi »como prefiero pensar en la clemencia de nues»tro Juez, á pensar en su justicia; esperar, á des-

»confiar; amar, á temblar; agradecer, á temer.—
»Pero la Generala es tan virtuosa que sobrelle-
»vó este golpe terrible con mucha fuerza y vigor.»

—»Decid RESIGNACION, Marquesa. La virtud, que
»es un combate contra nuestras malas propensio-
»nes y nuestras debilidades, cuando está aislada,
»es presuntuosa; no cuenta sino con sus propias
»fuerzas, y tiene por auxiliares al orgullo y la
»vanagloria, que *dan valor*. La virtud cristiana
»desconfia de sí, y acude á la gracia; y son sus
»auxiliares la sumision y la oracion, que dan RE-
»SIGNACION.»

—»¡Bien definido, Conde! RESIGNARSE es dul-
»cificar el dolor, respetándolo como compañero;
»*llevarlo con valor* es combatir al dolor y vencer-
»lo como á enemigo.»

Aprendan los que adolecen del espíritu, y los que quieren llegar á la fé de las verdades católicas solo por la demostracion, que LA FE ESTA EN LA VOLUNTAD, Y NO EN EL ENTENDIMIENTO.

—«¿Qué son, dice, vuestras estériles demos-
»traciones, vuestros sistemas sin base, que se
»agitan en un círculo vicioso, *oscuro y seco*, en

»comparacion de aquella plácida luz, de aquel »manantial de aguas puras y cristalinas, que bro»tan en el alma sencilla, que aprende á vivir y »morir en el catecismo?»

. . . . . .

»No hay edades,—prosigue en la misma pá»gina—entre los buenos católicos para los sen»timientos religiosos: tenemos unos y otros fir»meza de viejos para la fé, ardor de jóvenes pa»ra la caridad, y todos una misma esperanza.»

¿Quereis ver cómo habla del arrepentimiento; como pesa á la vez los quilates del dolor, y analiza los secretos de su accion sobre la organizacion del hombre, y sobre la de la mujer, comparados ambos con el único verdadero y supremo Consolador?

«¡Solo Dios, dice, solo Dios perdona y olvida!»

. . . . . .

«El arrepentimiento no quita, al contrario, »aguza el remordimiento, y le hace principio y »parte de la expiacion: manchas hay que, cual »las del hierro, gastan la trama, que muere con »ellas.»

Ya antes habia dicho Mad. de Staël: «¡Las

»lágrimas pueden borrar el crímen, pero nunca »la vergüenza.» Y sin negar la belleza ni la profundidad de esta sentencia de la gran escritora, séanos lícito pretender que la que citamos como gemela suya, esfuerza notablemente en sentido religioso, la verdad y la esfera de aquel sentimiento, sin el cual no es posible la regeneracion del hombre, y que á poder penetrar en el abismo, tornára en Angeles á los Demonios.

Pero hablábamos del dolor. He aqui como le analiza Fernan:

—«Qué quiere Vd., Marquesa? En todas co»sas se apoya la mujer en el hombre, ménos en »el dolor; que entonces se apoya en Dios. El »hombre en todas cosas se apoya en sí mismo, »ménos en el dolor, en que se apoya en la mu»jer; porque consolar es uno de sus mas bellos do»nes, de sus mas dulces prerogativas. ¡Pobre del »que en sus aflicciones no tiene una Madre, una »mujer, una hermana, una hija ó una amiga!»

Ni son ménos bellos, aunque á otro órden ménos elevado pertenecen, los estudios psicológicos que hace sobre otros sentimientos meramente

morales ó sociales, por decirlo así, pero que siempre parten é irradian del gran principio de la verdad religiosa, que es la única base sólida de su razonamiento.

Véase sinó cómo juzga sobre su propio tribunal á la *opinion*, « esa indolente sultana que no »atreviéndose á separar el trigo de la cizaña, vie»ne á dar en el *indiferentismo*, *que es*,—afirma »nuestro moralista—*la parálisis de la virtud*.»

. . . . . .

—«¿Quién, (dice), es el nécio, que sostiene, »que todos los dias pensará lo mismo, ni el hom»bre autómata que se jacta de sentir siempre de »un mismo modo?»

—»Dejad,—continúa hablando de las lágri»mas,—dejad correr esas fuentes del corazon »que prueban al correr que no está seco ni ex»hausto; dejad, por Dios, que se humedezcan los »ojos, si no se han de asemejar á los de cristal »de las figuras de cera.»

Y en otro lugar:

—«¿Quién puede saber, Señora, el secreto que »cada corazon lleva consigo á la tierra?»

—«¿Qué secreto amargo puede llevar, amigo, »el que muere en el seno de la Religion, en los »brazos de los suyos, bendecido y bendiciendo; »sonriendo á la vida que fué bella, y á la muerte »que lo es tambien, porque lo fué la vida?»

Salpicada está toda de éstas máximas, cuya sabiduría viene del Cielo: sirvan de ejemplo las siguientes:

«Donde hay virtudes, hay buena conciencia; »donde hay buena conciencia, hay contento; así »como donde hay sol, hay flores; donde hay flores, »hay fragancia.»

Y en otro lugar:

«¡Dios no hubiera criado al sol, sino quisiera »al hombre alegre!»

Acuda á estas bellísimas páginas el que quiera comprender la extremada dulzura de un ¡Dios TE LO PAGUE!

Nótese cuán nuevas y profundas son las consideraciones que le inspiran la locura con *sus girones de ideas*; los niños precoces, *caricaturas en lo moral y en lo físico*; sus máximas sobre la educacion y la enseñanza, en que sabe y se le alcanza

tanto mas y mejor, que á muchos zurcidores de libros de texto ó hilvanadores de planes de estudios; sus observaciones y consejos sobre la atencion y cortesía que deben mediar entre todas las relaciones sociales. Frecuente ha sido encarecer la obediencia y el respeto del inferior al superior; acaso nunca la urbanidad y deferencia que á aquel debe el último; que quien lleva la ventaja en cuanto á lo elevado de la posicion, no ha de perderla en cortesanía. Esto,—si bien es verdad, que no es invencion de FERNAN,—tan perdido anda por el mundo... que lo parece. No es dable concluir este punto sin citar unas palabras, que debieran grabarse con el punzon de oro con que el Angel traspasó el corazon de Santa Teresa. La Santa escritora, que hablando del Diablo, exclamaba: «¡Desgraciada criatura que no sabe amar!», no las rechazaría si se le atribuyesen.

—«Recordad un refran turco que dice: que el »que llora con todos, acaba por quedarse sin ojos.»

Respuesta.—«Bien decís que es turco el re»fran. ¡Qué magnífica y bendita ceguera la que »fuese debida á la caridad!»

Si le buscais en el terreno literario, podrémos remitiros á lo que piensa y siente de la poesía; á su analisis de lo clásico y lo romántico; á su exacta y profunda distincion entre lo romántico y lo *romancesco*, y entre esto y lo verdaderamente poético.

¡Oh cuán bellas y epigramáticas suelen ser las frases con que sazona estos juicios! Algunas de ellas por ventura quedarán como proverbios, miéntras vivan la literatura y el habla castellana. Sirvan de ejemplo entre otras que citar pudiéramos: «*Alonso, porque sabía la A, la echó de disputador.—¡Teneis el corazon en carne viva!* (para significar que una persona es sensible á todos los infortunios agenos;) ¡y esta otra, que no recusarán, de seguro, muchos de entre los poetas: «Cuando la Poesía se mezcla en la vida real, »es una mala ama de llaves.»

Arrastrados por la importancia de estos análisis, no hemos fijado la vista en las *descripciones*, en las cuales, si siempre se ostenta con mano maestra, á veces como que se sobrepuja y excede. Permítasenos citar la que hace de la belleza

del campo, la del temporal en Cádiz, la del pueblo de Sampayo, la del buen D. Gil el sochantre querido, y las de los juegos y los cuentos de las niñas y la muerte de la sobrinita.

Todas ellas y otras muchas quisiéramos citar; pero no podemos, no debemos. Quede al escritor su gloria de contarlas cómo, y donde quisiere;—quédele el placer de iniciar á sus lectores en las maravillas de su talento, tan puro, tan rico, tan flexible, tan vário!

He aquí, sin embargo, cómo se despide con tan piadosa ternura como picante desenfado, del protagonista, á quien pintó *con amore*, inmortalizándole sin quererlo.

«¡Oh mi buen, mi excelente D. Gil!...¡Tú que »tanto ruido y papel hiciste en la iglesia, y tan »poco en el mundo!... ¡Tú, que amaste y ejerci»taste el canto y el latin, sin comprenderlos; plie»go blanco de papel, en que estampó la Fé sus »adoraciones, para ponerlas en manos del Se»ñor! no me olvides allá arriba, donde estás »con otros muchos POBRES DE ESPIRITU Y RICOS »DE CORAZON; y ruega por la que supo apre-

»ciar la suave almendra bajo su tosca corteza!»

Ya apuntamos ántes cual es nuestro juicio acerca de la forma de estos escritos. Mas hay en ellos un carácter particular, acerca del cual no podemos ménos de llamar la atencion de nuestros lectores, y muy señaladamente, la de los que leen para aprender á escribir.

Ante todo, es notable en FERNAN su *estilo* propio; de una verdad, de un colorido tal, que no puede confundirse con otro. Hemos oido á algun Aristarco, censurar en aquel tal ó cual expresion, tal cual frase ménos castiza; mas no sabemos de ninguno tan injusto ni descontentadizo que en aquella otra dote, que es la principal en el escritor, —como que es la que constituye su individualidad,—no le conceda la palma entre los primeros.

Mas no se crea que el pintor de los CUADROS DE COSTUMBRES, de las RELACIONES y de los DIÁLOGOS, no tiene en su paleta colores para copiar otra cosa que la ruda, franca y enérgica fisonomía del pueblo. Un crítico eminente, un escritor, en quien compiten el corazon y la cabeza, el Señor Don ANTONIO DE APARISI Y GUIJARRO, nuestro amigo

querido, en el bellísimo prólogo que en este mismo tomo ha dedicado á la preciosa novela titulada Un Servilon y Un Liberalito, ha tenido antes que nadie la gloria de consignar esta observacion: «En el lenguaje de la culta sociedad,—dice hablando de Fernan,—no le conozco rival ni entre los mejores.»

No es escasa, á la verdad, la alabanza, por venir de quien viene, y por ser tan merecida. Repasen su memoria cuantos profesan la literatura ó á ella tienen particular aficion, y sin limitarse precisamente á la Novela, en que tenemos tan poco, observen nuestro teatro en que somos más ricos. Y ciertamente, desde Iriarte, que en el *Señorito mal criado* nos dejó una muestra de que poseía este secreto, no hallará muchos escritores á quienes sea familiar. De seguro no lo encontrará en Moratin, á quien en tantas otras cualidades del estilo nadie recusará como Maestro. Es mas: sabemos de escritores, que por su cuna y por su educacion corresponden á lo mas puro y elevado de aquella clase, y cuya conversacion es por demás culta, amenísima y elegante; y sin embargo,

pintan mejor las animadas escenas de una venta ó de un campamento, que el tono grave y acompasado de los salones. Y á la verdad no es extraño. La *buena sociedad* ó es una, ó cuando ménos, se parece mucho en todas partes; como que la cultura consiste en destruir lo *anguloso*, es decir, en quitar muchas de esas singularidades que constituyen los tipos especiales. Y conservar estos sin perder aquel tono, es raro privilegio, que requiere, no solo un estudio profundo y gran sagacidad para la observacion, sino además una flexibilidad suma, para la cual acaso habria de ser necesario que se combinasen un gran talento de hombre, un corazon de mujer y la exquisita sensibilidad de la dama, á quien la observancia de las costumbres del pueblo, y la práctica de la vida aristocrática, fuesen en parte ingénitas, en parte heredadas ó familiares desde la cuna.

No aspiramos á que en ello se nos crea sobre nuestra palabra. La prueba está en muchos, sino en todos los personajes de Fernan; entre los cuales, sin embargo, citarémos á los Duques de Almansa, á Ismena, al General Conde de Alcira, á

la Marquesa de Valdejara, á su hijo, tipo de caballeros... á tantos otros... y entre ellos á Clemencia, al Abad, á Pablo, á Sir George Percy, y de Brian, y sobre todo,—pues de estos tratamos,—á la MARQUESA DE ALORA y al CONDE DE VIANA, que son los interlocutores de estos Diálogos.

Ellos discuten siempre, y disputan como de propósito; que es decir que tienen mas ocasiones de mostrar su carácter, por lo mismo que esas discusiones pasan á solas, en la intimidad de una amistad antigua, é indulgente; y sin embargo, cada cual, mostrándose tal como es, no choca ni ofende, ni al lector ni á su antagonista. Al contrario, éste ama y respeta la razon que se le opone, y los lábios que se la dicen; y el lector estuviera á veces indeciso sobre á quien dar sus simpatías, sino fuese... porque la Marquesa, en su corazon y en su inteligencia y en la tésis que defiende, es, como si dijéramos, la personificacion del escritor. Al que de esto dudare, le remitirémos á los DIALOGOS; á los trozos que hemos citado, á la *campanilla azul* que habia de imponer silencio, y á la de *oro* que habia de ex-

citar á la Marquesa á continuar en su elocuente improvisacion; á aquella deliciosa república en que ella habia de ser la Presidenta, y legisladores y ministros, las flores y los niños, abundando por supuesto las fuentes y las confiterías.

Permítasenos citar tambien como ejemplo, la contienda entre ambos, con ocasion de la felicidad en que la Marquesa supone que rebosa la familia de la Generala Pelaez. ¡Con qué viveza y naturalidad es conducido el diálogo que ha de terminar por conceder el atacado la confianza de un terrible secreto de familia, confianza que si se provocó sin pensarlo, no se arranca, y ántes se rehusa delicadamente!

Dice la Marquesa:

—«¡Ay de mí... imprudente! Perdonad, amigo; »nada quiero saber. Doblemos la hoja; ocultad mi »tierno interés con el secreto en el silencio; el res»peto á la desgracia es el mas sagrado, despues del »respeto á Dios.»

—«No, Marquesa, sois de la familia, y sois »mas; sois una amiga verdadera; y los amigos son »la familia del corazon. Sabréis la desgracia, que

»cual un cáncer ha destruido la felicidad de mis »hermanos....»

. . . . . .

—«Conde, dejadme ignorar una desgracia, si»no puedo remediarla.

—»¿Me negais vuestro interés?

—»Hablad, Conde... ¡y así os sea un bálsamo!»

He aquí por conclusion de esta materia, en uno de los trozos mas bellos que acaso se hayan escrito, llevada hasta el límite de donde no debe pasar, esta contienda, modelo de exquisita cultura y cortesanía. No nos atrevemos á privar, ni de una letra de ella, á nuestros lectores. Parécenos que despues de leida, no tendrémos incrédulos de lo que ántes afirmábamos; y podrémos añadir en las sienes de Fernan al título de Pintor del Pueblo, el de Poeta de los Salones. Mas si todavía tropezásemos con algun rebelde, nos contentaríamos con decirle, con Góngora y con Fernan.

«¡Triste del que á una roca pide orejas!»

Pero oigamos; que habla nuestro Autor:

—«Teneis, dijo el Conde sonriendo, por cora»zon una rosa sin espinas.

—»Y vos quereis ajarla.

—»¡Oh! no. Quisiera regarla con las aguas de »la fuente de Juvencia. Pero contadme lo que me »habeis anunciado.

—»Tacha el mundo,—principió la Marquesa, »—de *extremos* á las angustias y dolores del amor »de Madre.

—«Y lleva razon, opinó el Conde. Todo lo que »es apasionado, en el hombre, aunque sea el santo »amor de Madre, necesita freno. MARIA, al pié de »la Cruz, ni se arrancaba el cabello, ni se despeda»zaba el pecho. Señora, señora, todos los dias re»zamos ¡HAGASE TU VOLUNTAD! ¿es sincero este aca»tamiento, si en seguida nos rebelamos violenta»mente contra esa misma voluntad? Esos dolores »descompuestos no son cristianos, señora.

—»Por descabellado que sea ese amor, es be»llo y simpático, Conde.

—»Ese dolor denominado *extremos*, es insen»sato como un suicidio, amiga mia; y esas Madres, »energúmenas de amor, merecerían que se les »muriesen sus hijos para enseñarlas así lo que es »un dolor real.

—»Conde..... ¿habeis olvidado que tuvísteis »Madre?

—»¡No lo permita Dios! Venero la tierra por»que ella la pisó; la respeto, porque en ella yace su »cuerpo; y ansío por el cielo porque en él me »aguarda su alma! Pero eso no quita...

—»Que lo que en ella os admiró, os encantó y »llenó de gratitud, en otras, lo querais motejar. »¡AMOR NO DICE BASTA, Conde!

—»Marquesa, esa bella expresion es solo apli»cable al amor divino.

—«Siempre me contradecís, Conde... ¡Si vié»seis cuánto lo siento!

—»No lo sintais, amiga; una pausada nube que »mitiga algo los brillantes rayos del sol, y refres»ca algo la tierra con una templada lluvia, hace »provecho.

—»¿Y porqué os haceis una nube en mi cielo?

—»Para que su demasiada pureza y brillo no »os hagan creer imposibles las borrascas y las tem»pestades. Mas... proseguid; no os volveré á in»terrumpir.»

Ni nosotros tampoco lo harémos más, interpo-

niéndonos entre el Autor y sus lectores, temiendo siempre decir poco, y acaso apareciendo sobrados.

Por lo mismo, no dirémos sino de paso á nuestras lectoras, (con *ellos* nada querémos yá), cuál es la única cosa que FERNAN encuentra CUMPLIDA en esta vida; y es TODO NOBLE AMOR EN EL CORAZON DE LA MUJER.

Hemos hecho hablar á FERNAN, y es lo único en que fundamos la esperanza de haber acertado á defenderle. Pero necesitamos despedirnos de él; y para ello, en justa correspondencia, no serémos nosotros solos; serán nuestros lectores, será España toda, será el mundo católico los que lo harán, tomándole sus propias palabras.—Hedlas aqui:

—«Proseguid, Marquesa. ¿A qué evocar la imá»gen de la crítica como un fantasma, ante el cual se »repliegue la expansion de vuestros gratos recuer»dos, y se hiele su pintura en vuestros labios? Es»toy seguro de que no hay un poeta, á quien estas »cosas, si bien no le entusiasmen como á vos, al »menos no le hagan gracia. Proseguid esa pintura »en sus menores detalles, hasta venir á las cir»cunstancias que han motivado esa segunda car-

»ta, que espero ha de ser tan notable como la pri-
»mera.»

Y esta segunda carta que es de la viuda del buen D. Gil, y contiene en realidad su testamento, concluye asi:

—«Dile á la señora que ya no cantaré el *Mise-*
»*rere* en la tierra; pero que mediante la misericor-
»dia infinita, y los méritos de nuestro REDENTOR, can-
»taré alli arriba el *Gloria*. Y al verme llorar añadió:
»Francisca, no llores! las lágrimas siempre me han
»hecho contradiccion. No se deben llorar mas que
»las culpas... Consuélate, y acuérdate de que COSA
»CUMPLIDA... ¡SOLO EN LA OTRA VIDA!—Señora, me
»lo he tenido por dicho: no lloro... y aguardo.»

Y yo tambien aguardo, señora! Que sé que son igualmente cumplidas estas verdades, añadiendo á ellas, que es por demas dichoso quien como FERNAN CABALLERO, al ganar lo que el mundo llama *Gloria*, escribe tan valederas páginas en el LIBRO DE LA VIDA.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

Madrid, 28 de Noviembre de 1857.

COSA CUMPLIDA...

SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIALOGOS

ENTRE LA JUVENTUD Y LA EDAD MADURA.

COSA CUMPLIDA... SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIALOGO PRIMERO.

EL ALBAÑIL.

La vie es un mystére triste
dont la Foi seule a trouvé le secret.

L' ABBE GERBERT.

Fortuné tems de l'innocence,
Hélas! des passions devançant le réveil
A l'aurore de l'existence,
N'es-tu parmi nous qu'un sommeil?

D'ARLINCOURT.

La vida es un misterio triste, cuyo secreto solo ha encontrado la Fé.

EL ABATE GERBERT.

Tiempo feliz de la inocencia! Tú que te adelantas al despertar de las pasiones en la aurora de la vida, dí ¿no eres entre nosotros mas que un sueño?

D'ARLINCOURT.

—Sí señor, sî señor; la vida es bella, el mundo es hermoso, á pesar de todos los Jeremías pasados, presentes y futuros,—decia la jóven, linda y alegre Marquesa de Alora á su anciano amigo el Conde de Viana,—está llena de encantos como el cielo de estrellas; llena de goces, como la mar de perlas. Pero estas es preciso buscarlas; aquellas, es preciso alzar la vista, y con ella el corazon, hácia aquel alto y puro espacio en que giran, para encontrarlas. Si Vd. vegeta tétrico en una óscura cueva, ¿cómo hallará Vd. perlas, ni verá estrellas?

—Cantais como un ruiseñor, dijo el Conde con una sonrisa triste é incrédula.

—Hablo como una agradecida hija de Dios, repuso la Marquesa. ¡Un hombre como Vd., misántropo! Quite Vd. allá! Eso es un palpable contrasentido! es una anomalía, como dice Vd. que lo es en el Gobierno condenar las malas doctrinas y dejar que cundan por medio de la prensa, lavándose las manos como Pilatos.

—¿Dónde están, linda visionaria, respondió el Conde, esos encantos, esos placeres sublunares? ¿Serán el efímero amor, la desleal y deslavada amistad? ¿Será acaso el oro, que no sabe satisfacer; los honores que no honran? ¿será el mundo, ese horrible cáos? ¿será la soledad, ese árido desierto? ¿Nos los proporcionarán por ventura el corazon, que es nuestro verdugo; los sentidos, que son nuestros enemigos; ó el alma, que, como todo des-

terrado, no sabe sino suspirar? El mundo es, amiga, un árido y triste destierro.

—¡Pobre mundo! exclamó la Marquesa, ¡y cómo te tratan!—Véngate; seca tus fuentes de fresca y líquida plata; quita sus colores y perfume á tus flores; haz esqueletos de tus frondosos árboles, agosta tus campos, y no le nutras al hombre ingrato sus mieses y su vid; seca los cáuces de tus rios, y haz de ellos profundas y ásperas cicatrices sobre el seco y decrépito cadáver de la tierra; quita del alcance del hombre el oro, la plata y ricas pedrerías qua encierra tu seno; vomita tus iras por las abiertas bocas de tus volcanes; esparce tu amarga ira con las poderosas olas de tus mares, hasta cubrir la frente de tus gigantes de tierra, los montes: y allí donde el hombre ingrato haya labrado su albergue, sacúdete ligeramente, para que caigan sus mas robustas obras como castillos de naipes.

—¡Qué anatema, amiga mia!

—El que merece la ingratitud, ese mónstruo sin corazon.

—Como sois jóven, girais cual las primeras horas del dia, esas horas frescas y puras que se llaman la aurora, en un cielo rosado. Pero raciocinemos; á mi edad.....

—El corazon siempre es jóven, interrumpió con viveza la Marquesa; y la ancianidad puede, como decís de la juventud, girar tambien en un rosado cielo, llamado ocaso, como las últimas horas del dia.

—Pero enumeradme esos placeres, esos encantos que veis vos, repuso el Conde, con la doble vista de que debeis estar dotada. ¿Es el cólera? ¿Es la guerra civil? ¿Son los escritos de Proudhon? ¿Es el espíritu de rebelion inherente á la incredulidad, que mina al mundo como un horroroso cáncer? ¿Es su hija la inmoralidad, que vive y reina? ¿Es ese escepticismo frio y vulgar, con el que triunfó la materia personificada en Lutero, y el mal espíritu personificado en Voltaire? ¿Son las lágrimas de la Fé y de la Caridad, que solo la Esperanza enjuga?

—¡Dios mio! estais triste y desconsolador como nuestro sublime Marqués de Valdegamas, á quien cupo la gloria de ser uno de aquellos hombres que en todos tiempos escogió Dios para ser intérpretes de sus luces. Aun falta la sonrisa á sus lábios; pero hallarála cuando el bien que haya hecho le pruebe que si cunde el mal, tambien cunde el bien sobre la tierra de Dios: esa será su recompensa. Pero yo quiero atraeros á mas alegre conviccion; y no lo haré teórica, sino prácticamente; no con razones que todas se pueden refutar, sino con pruebas: pues nada hay mas poderoso y concluyente que un hecho.

—Gozad de vuestras ilusiones, como la primavera de sus flores, Marquesa.

—En todas estaciones hay flores; si en alguna faltan, no es culpa de la naturaleza, sino del

hombre, que las deja secar sin cultivarlas. ¿Apostemos á que os hago testigo de una felicidad completa y estable?

—¡Completa! ¡estable!... ¡qué dorado sueño!!

—Apostemos, apostemos! insistió con alegre vehemencia la Marquesa.

—La felicidad,—prosiguió el Conde:—esto es, la que brinda el mundo, es poco estable, como la calma del mar; corta y pasajera como el canto del ruiseñor; incompleta é imperfecta como lo es el hombre en quien dos poderes luchan; y no puede ser otra cosa, desde que el hombre por su culpa entró en el mundo desterrado del paraiso.— El no ser así sería un contrasentido. Vos misma, querida amiga, ¿no sois acaso una prueba de esta verdad? La suerte os ha colmado de todos sus dones; la fortuna de todos sus favores; la vida de todas sus sonrisas; y á pesar de esto, vuestra felicidad no es cumplida, pues os faltan las magníficas prerogativas, los dulces goces de la maternidad.

Una ligera nube pasó sobre los benévolos y brillantes ojos de la Marquesa.

—Esto será en tal caso, dijo sonriendo, no una desgracia, sino una felicidad de ménos; y el carecer de una, no me hará olvidar las muchas de que disfruto. Ademas, para ganar cumplidamente mi apuesta, no pienso mostraros una perfecta ventura en la clase alta de la sociedad, en la que es mucho ménos frecuente que en la clase humilde, por

más que declamen y giman lo contrario los socialistas. En nuestra perfumada y pestilente esfera no se ensanchan las ideas, no se exaltan los sentimientos, no se multiplican las sensaciones, sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si quereis, pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caidos, condenados á una vida mortal y de trabajo, como pensais muy bien. Pero esta felicidad existe; y la dan las virtudes que del paraiso vinieron y con ellas trajeron su ambiente. Por consiguiente, donde hay virtudes, hay buena conciencia; donde hay buena conciencia, hay contento: así como donde hay sol hay flores, donde hay flores hay fragancia. Mañana os aguardo á las doce en punto, y os llevaré á casa de mi lavandera y antigua doncella de mi Madre: allí triunfaré! Allí vereis la verdadera y cumplida felicidad en su sencillez y pureza, sin traspasar sus límites, como el manso rio; allí me pagaréis dulce sobre dulce media arroba, que ahora mismo voy á mandar hacer para repartirlos entre sus hermosos chiquillos.

Al dia siguiente, el Conde acudió puntual á la hora de la cita, y ya encontró á la Marquesa cubierta la cabeza con la mantilla, y lista para partir.

Muchas vueltas y revueltas tuvieron que dar por las calles de Sevilla, en que aun triunfa la caprichosa construccion de los moros, de la simetría europea, hasta llegar al apartado y solitario bar-

rio de San Roman. La Marquesa entró en una de aquellas humildes casas, cuyas puertas están abiertas de par en par.—La dueña de la casa hizo una exclamacion de sorpresa al verla.—Chist!... dijo la Marquesa poniendo su blanco dedo sobre sus rosados lábios.—Vengo á sorprender á María. Como sé que su corral y el de la casa vuestra no los separan sino unos romeros, he venido aquí para entrar en casa de María sin que me sienta.—Esto diciendo, atravesaba la Marquesa el pátio, seguida y bendecida por la dueña.

La casa de María formaba un ángulo entrante en el que habia un gran jazmin qne se habia criado *ad libitum*, echando á manos llenas sus perfumadas flores á la derecha y á la izquierda con imparcialidad; columpiábanse multitud de pajaritos en sus flexibles ramas; cubríanlo sus flores, que están tan pálidas porque son débiles, y porque siendo tan corta su vida, no tienen tiempo para aprender á sonrojarse.

En la verde cueva que formaba el jazmin morisco, se escondió la Marquesa con su anciano amigo, poniéndose ambos á mirar, sin ser vistos, lo que en casa de María se ofrecia á su observacion.

Una mujer robusta, en quien rebosaba la vida como en otoño la corriente en los rios, estaba sentada en una silla muy baja delante de la puerta de su sala, á la *estufa andaluza*, esto es al sol. A sus piés sobre una zaléa, se veia sentado en paños

menores el niño que estaba criando; tenia éste entre sus manitas una enorme naranja que se le escapaba cayendo sobre la zalea: afanábase en extremo para volverla á asir, y cuando lo habia logrado se le volvia á separar. Reíase entonces alegremente y miraba á su Madre, nuevo Sísifo, que reia y gozaba en su inocente tarea.

—Ven acá, Aniquilla, dijo la mencionada mujer á una niña de cuatro años; es medio dia; ya vendrá tu Padre. Ven acá, á que te coja esas greñas y te lave esa cara, esa rosa de abril, que la tienes mas sucia que un estercolero.—Mientras su Madre la tenia sujeta de los cabellos, y la hacia una castaña del tamaño de las que se comen, la enseñaba á rezar, santa práctica que acostumbra á los lábios de los pequeñuelos á recitar oraciones que aun no comprende el entendimiento: de suerte que cuando este despierta, los lábios se han anticipado, y los halla preparados por la santa enseñanza de su Madre. «Padre nuestro, que estás en los cielos,» decia la buena mujer. La niña repetia esto, añadiendo por apéndice: «¡*Ay Mae*! que me tira Vd. del pelo! La Madre proseguia sin hacer caso:—Santificado sea el tu nombre...»—«Tu nombre,» repetia la niña: *mae*, *mae*, que me arranca Vd. las narices!—Y cuando concluyó el último amen, la niña lavada y peinada y ostentando su diminuta castaña, dió un salto con poca gracia y mucha alegría.

—*Mae*, *mae*, gritó un niño de seis años que ve-

nia de la escuela precipitándose en el corral, ya sé la *a*, la *a*, la *a*!

—Sea enhorabuena, Alonsillo, dijo su Madre; poco es; pero sabes mas que yo; que sé cómo suena, pero no cómo parece.

Oyóse entonces la alegre voz de una niña de ocho años que volvia de la *amiga*, y que venia cantando con la tonadita monótona con la que en las amigas cantan la doctrina:

Cuando salgo de la amiga
Me dan ganas de beber
En el jarrito de oro
En que bebió San José.
Me fuí por un caminito
Y me encontré á Jesucristo,
Jesucristo que es mi Padre,
Y la Vírgen que es mi Madre.
Los ángeles mis hermanos
Me cogieron por la mano;
Me llevaron á Belen
Sin tropezar ni caer.
En Belen hay una fuente
Que corre tan trasparente
De noche como de dia!
A rezar el Ave María.

—*Mae*, *Mae*, gritó al entrar, mire Vd. la camisita que he hecho; tiene el dobladillo *calao*.

—Eso me place, hija, eso me place; la agujita ensartada hace á la niña ajuiciada.

La recien llegada cogió al niño de pecho en sus brazos, llevándolo, aunque tan pequeña, con mucha

maestría y desembarazo, como si Dios hubiera hecho infusa en el sexo femenino la ciencia de manejar á las criaturas tiernas y desvalidas, que al venir al mundo solo saben llorar.

—Niño, le dijo, ¿dónde está Dios?

El niño levantó el dedito. Alonso que aquel dia estaba un poco pedante porque sabia la *a*, se echó á reir.

—¿De qué te ries, zopenco? preguntó su hermana.

—Porque *ice* Pacorro que está Dios en el *tejao*.

—¡Qué á la cola eres, Alonsillo! dice que está en el cielo. Pero mas que dijese que está en el *tejao*, razon llevaría, pues está en todas partes.

—Que no es! dijo Alonso, que porque sabia la *a* la echó de disputador.

—Judío, que dices una heregía. ¿Dónde es dónde no está Dios, chiquillo?

—En el rio, porque no es pescado, respondió dogmáticamente Alonso. Y volviendo con magestad la espalda á su hermana, se dirigió á su Madre y le dijo:

—*Mae*, hay feria.

—Me alegro, respondió su Madre.

—*Mae*, yo quisiera una *tompeta*.

—Quiérela mucho, hijo.

—*Mae*, cuesta dos cuartos; démelos Vd.

—¿Dos cuartos? ¡en eso estaba yo pensando!

—Ande Vd., *Mae*!

—Anda á freir monas.

—Ande Vd., *Mae*!

—Déjame en paz, pollo pión.

—Ande Vd., *Mae*!

Y el chiquillo se puso á seguir á su Madre como su sombra, repitiendo sin cesar su monótona plegaria.

—¡Tóma, tóma, chicharra! dijo al fin la buena mujer, dándole una moneda de dos cuartos; que por no oirte se pueden dar.

—Si son *dos* cuartos, *Mae*, *dos* cuartos, dos!...

—Bien, ¿y no te los he dado, mostrenco?

—No me ha dado Vd. más que uno.

—Te he dado *dos*, chiquillo.

—Uno, uno, repitió el niño pateando.

—Muchacho, exclamó impaciente su Madre, te dí una mota; una mota son *dos* cuartos.

—¿Dos? repuso el niño dando vueltas á la moneda, y batallando su conviccion entre la evidencia, pues solo veia una moneda, y la fé que tenia en las palabras de su Madre. ¿Dos son? Vaya, pues, estarán pegados.

—Chacho, cuéntame un cuento, dijo con los sonidos más dulces y suplicatorios de su voz Aniquilla á su hermano Alonso.

Este, á quien la posesion de sus dos *cuartos pegados* habia puesto de buen temple, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas como un sultan, y apretando fuertemente en su puño cerrado los dos

cuartos para que no se despegasen, empezó en estos términos su cuento:

—Habia vez y vez un pajarito; que se fué á un sastre, y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó medida, y le dijo que á los tres dias lo tendria acabado. Fué en seguida á un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y por último fué á un zapatero, y el zapatero le tomó medida, y le dijo, como los otros, que volviese por ellos al tercer dia. Cuando llegó el plazo señalado, se fué al sastre que tenia el vestidito de lana acabado, y le dijo: Póngamelo Vd. sobre el piquito y le pagaré. Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó á volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.—Vistióse el pajarito con su ropa nueva, y se fué al jardin del Rey, y se posó sobre un árbol que habia delante del balcon del comedor, á cantar mientras el Rey comia:

Mas bonito estoy yo con mi vestido de lana,
Que no el Rey con su manto de grana.
Mas bonito estoy yo con mi vestido de lana,
Que no el Rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Magestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así sucedió; y despues de desplumado y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.—Cuando se vió el pajarito en

el *estógamo* del Rey, que parecia una cueva más oscura que media noche, empezó á dar sendos picotazos á derecha é izquierda sin parar.—El Rey se puso á quejarse, y á decir que le habia sentado mal la comida, y que le dolia el *estógamo*.—Vinieron los *méicos*, y le dieron á su Real Magestad un menjunge de la botica para que vomitase; y conforme empezó á vomitar, lo primero que salió fué el pajarito, que se voló mas súbito que una exhalacion.—Fué y se zambulló en la fuente, y en seguida se fué á una carpintería, y se untó todo el cuerpo con cola; fuése despues á todos los pájaros, y les contó lo que le habia pasado, y les pidió á cada uno una plumita, y se la iban dando, y como estaba untado de cola, se le iban pegando: como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito más bonito que ántes, con tantos colores como un ramillete. Entónces se puso á dar voletéos por el árbol que estaba delante del balcon del Rey, cantando que se las pelaba:

—¿A quién pasó lo que á mí?
En el Rey me entré, del Rey me salí.

El Rey dijo: ¡Que cojan á ese pícaro pajarito! Pero él, que estaba sobreaviso, echó á volar que bebia los vientos, y no paró hasta posarse sobre las narices de la luna.

—Chacho, dijo Aniquilla, ¿y la luna tiene narices?

—¡Vaya! contestó el chacho, y boca tambien: una bocaza tamaña, añadió abriendo desmesuradamente la suya, para tragarse á las niñas malas; ya lo sabes.

—Ese cuento es más viejo que el modo de andar, y más tonto que una esquina, observó la hábil costurera.

—Pues cuenta tú otro mejor, repuso el contador mirando de soslayo su moneda de dos cuartos.

—Pues ya se vé que lo haré! y con el salero del mundo, y algo mejor que tú; que eres, Alonsillo, más tonto que Blas, que comia *habas*, y al fin eres:

Alonso Ponso Berengena,
Capitan, capitan, de la manga llena.

—Y tú...

—Calla la boca, escarabajo, y escucha. Pues señor.....

Tenia una vez un Rey
Tres hijas como una plata;
La más chica de las tres
Delgadina se llamaba.
Un dia estando comiendo,
Dijo al Rey que la miraba:
—Delgada estoy, Padre mio,
Porque estoy enamorada.
—Venid, corred, mis criados,
A Delgadina encerradla:
Si os pidiese de comer,
Dadle la carne salada;
Y si os pide de beber,

Dadle la hiel de retama.—
Y la encerraron al punto
En una torre muy alta.
Delgadina se asomó
Por una estrecha ventana,
Y á sus hermanas ha visto
Cosiendo ricas tohallas.
—¡Hermanas! ¡si sois las mias....
Dadme un vasito de agua,
Que tengo el corazon seco,
Y á Dios entrego mi alma!
—Yo te la diera, mi vida,
Yo te la diera, mi alma;
Mas si Padre Rey lo sabe
Nos ha de matar á entrambas.—
Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.
A la mañana siguiente
Asomóse á la ventana,
Por la que vió á sus hermanos
Jugando un juego de cañas.
—¡Hermanos, si sois los mios,...
Por Dios, por Dios, dadme agua,
Que el corazon tengo seco
Y á Dios entrego mi alma!
—Quítate de ahí, Delgadina,
Que eres una descastada:
Si mi Padre el Rey te viera,
La cabeza te cortara.—
Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.
A otro día apenas pudo
Llegar hasta la ventana,
Por la que ha visto á su Madre
Bebiendo en vaso de plata.
—Madre, ¡si es que sois mi Madre,

Dadme un poquito de agua!
Que el corazon tengo seco;
Y á Dios entrego mi alma.
—Pronto, pronto, mis criados,
A Delgadina dad agua,
Unos en jarros de oro,
Otros en jarros de plata.—
Por muy pronto que acudieron,
Ya la hallaron muy postrada.
A la cabecera tiene
Una fuente de agua clara;
Los ángeles la rodean
Encomendándole el alma,
La Magdalena á los piés
Cosiéndole la mortaja:
El dedal era de oro,
Y la aguja era de plata.
Las campanas de la gloria
Ya por ella repicaban:
Los cencerros del infierno
Por el mal Padre doblaban.

—¿Es posible que esté Vd. en sus glorias oyendo semejantes simplezas y niñerías? preguntó el Conde á la Marquesa al verla escuchar con la sonrisa en los labios y el alma en los ojos, el cuento y la conversacion de los niños.

—No lo niego, contestó esta. ¡Cómo me gustan los niños! ¡qué gracia tan encantadora é inimitable es la suya! Escribiré este cuento y toda esta escena cuando llegue á casa; y desafio al mas fecundo escritor literario á que pueda crear semejantes cuadros é invente semejantes ocurrencias, que solo en

los hechiceros labios de la infancia se pueden sorprender.

—No piensa Vd. como su amigo T.... que proclama á Herodes como el hombre mas oportuno y el mejor comisario de policía que ha existido, repuso riendo el Conde.

—Hasta en broma me disgusta semejante paradoja, respondió la Marquesa.—¡Dios santo! ¡qué triste y lóbrego sería un mundo sin niños! ¡sería como un cielo sin estrellas! ¿Sabe Vd. que pienso que el horroroso fin del mundo se consumará por la esterilidad de las mugeres, y que será su lóbrega precursora la falta de niños en nuestro globo?

—Si es cierto vuestro sistema, exclamó riendo el Conde, no tenemos que temer por ahora la gran catástrofe.

—¡Gracias al cielo! contestó la Marquesa. ¡Pobres criaturas! Hasta su llanto é impertinencias son debidos á males físicos que los aquejan, ó bien á la angustia de no poder hacerse comprender. Su estado natural es la indefensa inocencia: á medida que el mundo les va inoculando la ciencia del mal, van perdiendo ese encanto inexplicable que nos seduce. Si no fuese así, ¿cómo se explicaria ese profundo y universal interés, que inspiran los expósitos, que no se quejan, y que no pueden, ni aun concebir su desgracia? Lo inspiran las dos cosas que más mueven el corazon del hombre, la más pura inocencia unida al más completo desamparo.

¡Desamparo! ¿Hay en la lengua palabra mas terrible? ¡Desamparo! que es tan aterrador, que el más inflexible ateo huye de él, clamando al cielo cuando en la tierra lo halla.

—Padre, Padre, exclamaron en coro los niños saltando al encuentro de un hombre alto y de buena presencia que entró seguido de un muchacho de trece años.

—*Pae*, yo sé la *a*.

—*Pae*, mi camisita tiene el dobladillo *calao*.

—*Pae*, el niño tenia la boca *abria*, y le metí el *deo* y me tiró un *bocao*.

—Eso fué para convencerte de que tenia dientes, respondió su Padre. Y dirigiéndose á su mujer, añadió: María, Nicolás ha trabajado tan bien que el maestro le ha subido un real su salario.

—¡Gracias á Dios, gracias á Dios! repuso su mujer. Ea, vamos á comer.

—A comer, respondió un estrepitoso coro. En un instante estuvo la mesa puesta, y con la mayor simetría; pues en su centro se colocó el solo manjar de que se componia el festin, que era una excelente olla de coles con *carne fresca*, como llaman á la carne de cerdo.

—¿Sabe Vd., dijo á la Marquesa su anciano amigo, que esa olla con su rica morcilla está tan bien condimentada, y el placer con que la come esa buena familia, prueba tanto en su favor, que da ganas de ser su convidado?

—Y sobre todo, repuso la Marquesa, no da jaqueca, como empieza á dármela el fuerte perfume de esta cueva de jazmines. Me parece, pues, que os he convencido. ¿Habeis visto jamás, ni puede darse un cuadro de más cumplida felicidad? Mirad esas caras en que se pinta la salud, la paz y la alegría. ¿Pedís aun más á la felicidad de la tierra?

—Mirad vos, dijo el Conde señalando con el dedo al extremo opuesto del corral. La Marquesa fijó la vista, y vió debajo de un emparrado donde se hallaban las pilas, tinajas y canastas de colar necesarias al lavado, á una jóven lavando: y observando con atencion, vió que de cuando en cuando caia de sus ojos una lágrima sobre la ligera y resplandeciente espuma de jabon, como suele caer un desengaño sobre una ilusion.—Mostradme, continuó el Conde, un cuadro de la vida humana que no tenga un lugar para las lágrimas!

—¿Misita, (Merceditas) hija mia, no vienes? le gritó María: es la tercera vez que te llamo. La niña llamada Misita se enjugó los ojos, se quitó el delantal, y fué á reunirse con el resto de la familia.

—No saben Vds. lo que les aguarda,—dijo la Madre con la cara aun más animada y contenta que antes.—Esta mañana fuí á llevar la ropa á casa de la señora; acababa de llegar el capataz de la hacienda, y traia un par de cántaros de leche.—Llévate uno, me dijo la señora; aquí tienes arroz y azúcar, regala á tus hijos con arroz con leche, que no le

harán fó.—Así, hijos, dad gracias á Dios y rogadle que á la señora se lo dé de gloria.

—¡Dios se lo pague! Dios se lo pague, exclamaron todos á una voz.

—¿A que suena este coro en vuestros oidos mejor que todas las decantadas melodías de Rossini, Verdi y Mayerbeer? dijo conmovido el Conde á la Marquesa.

—¡Como todas las cosas de Dios! respondió esta. Lo primero que me inculcó mi Madre fué el infinito precio, la extremada dulzura de un ¡Dios os lo pague! entonces lo comprendí, y cada dia lo comprendo más. Este es el tesoro que tiene que formarse el rico, para que en el gran juicio final equivalga al que presentará el pobre con sus sufrimientos; si no, mal escaparémos en el equitativo balance de los méritos.

Cuando todas las bocas de los chiquillos cerradas casi herméticamente por el arroz con leche, guardaron silencio, dijo la Madre dirigiéndose á su hija mayor:

—¿No comes, hija? Estás descolorida, y tienes los ojos como puños, de haber llorado: te estás quitando la vida, y me la vas á quitar á mí si así te emperras!¡Cómo ha de ser! ¡Dios lo ha querido, y es prciso conformarse con su voluntad! Le tocó la suerte de ser soldado; eso ¿quién puede remediarlo?

—El que tuviese tres mil reales para ponerle un

sustituto que ha hallado, y es un soldado que se quiere reenganchar, dijo con el corazon encogido Misita.

—¡Tres mil reales! Vea Vd... ¡como quien no dice nada! opinó el Padre: en mi vida he visto tanto dinero junto. Los pobres no tienen que pensar en poner sustitutos, chiquilla.

—No llores, hija de mi alma, pobrecita mia, dijo su Madre; que me partes el corazon. Santiago es un buen muchacho, más noble que el oro; ¡pero si le tocó la suerte!.. ¿qué le hemos de hacer? Conformidad, hija, conformidad! que es la virtud de los pobres. Si tuviera los tres mil reales, te los daria con mil amores; y ya que no puedo hacer otra cosa, toma esos cinco reales, échalos á la lotería, y libertarás á Santiago, si sacas.

—¡Y sacó! dijo la Marquesa saliendo de su perfumado escondite.—Misita, yo le pago el sustituto á tu novio: ofrezco proporcionarle trabajo, y me brindo á ser la madrina de tus alegres bodas.

Es más fácil figurarse que pintar el pasmo, el gozo, el arrobamiento que causaron la aparicion y las palabras de la Marquesa en aquella familia. Fuéronle demostradas de la manera expresiva y ruidosa propia de los andaluces; solo Misita, silenciosa é inmóvil, no expresaba su enagenamiento y gratitud sino con sus miradas, que acompañaron á su bienhechora hasta perderla de vista.

—Ya no llorará Misita,—decia á su hermano

Alonso la que calaba los dobladillos, así como los secretos del corazon;—pues se va á casar.

—¿Y qué es casarse, que á toda la gente alegra? preguntó este á su hermana.

—¡Simplon! casarse es ir á la iglesia, y despues comer y beber muchísimo.

—¡Ya! ¡ya! ¡pues no se han de alegrar! ¡Viva Dios! ¡Viva Dios! exclamó Alonsillo tirando por alto sus dos cuartos.

—¿Estais convencido? preguntaba al alejarse la Marquesa al Conde.

—En parte: contestó este. Pase por la felicidad cnmplida; pero ¿y la duradera?

—¿Pensais acaso que la que hemos visto pueda no serlo?

—Pienso aun como ántes; que todo es transitorio en este mundo; y mas que nada, la felicidad.

—Pues bien, incorregible pesimista, proroguemos la decision de nuestra apuesta hasta de aquí á un año. ¿Pero si entónces aun subsiste esta felicidad, os daréis en fin por vencido?

—Entónces me daré por vencido con tanto placer como tendréis vos en proclamaros vencedora.

Al año siguiente, los dos amigos, que parecian personificar en sí la ilusion y la experiencia, no habian olvidado su apuesta; porque cada vez que la Marquesa veia á María con su contento y alegre semblante, volvia á atacar al Conde armada de bro-

mas y sonrisas; pero este no arriaba su negra bandera.

Llegado el término, se valieron del mismo medio que tan bien les sirvió el año anterior, para penetrar en el hogar doméstico de aquella infeliz y honrada familia. Pero aquel dia llegaron mas tarde; ya el Padre y su hijo mayor, que eran albañiles, salian para ir á su trabajo.—Alonsillo que no solo conocia la *a*, sino á su vecina la *b*, salia para la escuela con un tremebundo trompo. —La niña mayor llevaba de la mano á Aniquilla, que iba á la amiga tan solo para aprender á estarse quieta, y que iba haciendo pucheros; y María salia á una diligencia llevando á remolque colgado de sus enaguas á Pacorro, que bien ó mal, andaba ya. Santiago quedó solo con su mujer, que tenia en sus brazos un niño recien nacido.

—Míralo cómo se rie! dijo Misita á su marido, tocando con el dedo la barba del niño, y armando esa algarabía con que las Madres tienen el arte de hacer reir á los niños, como en sus sueños lo hacen los ángeles.

—No parece sino que tiene seis meses! dijo el Padre mirando al niño. Quédate con Dios, Mercedes.

—¿Ya te vas?

—¿Y qué he de hacer?

—Volver pronto.

—El cuidado será mio.

—¡Pues á Dios!

—¡A Dios!

Santiago, que era albañil tambien, cogió su sombrero volviendo la cara para mirar á su mujer y al niño, y se apresuró á reunirse á su suegro.

Mercedes se puso á acariciar á su hijo con demostraciones apasionadas.—Dios te bendiga, hijo de mis entrañas, decía, gloria de tu Madre, ángel de Dios, lucero de la mañana! ¡No te cambio por el Príncipe de Asturias, ni me cambio yo por la Reina de España!

—Perdísteis la apuesta! dijo alegremente la Marquesa dando palmadas. Mercedes, el señor apostó conmigo á que en el mundo no habia felicidad cumplida ni duradera; me habeis hecho ganar mi apuesta, y os doy gracias.

—No tuvo el señor presente, respondió la feliz Mercedes, cuyo corazon rebosaba de contento y de gratitud, que hay familias tan afortunadas que tienen en el mundo un ángel que se encarga de hacerlas felices.

—Verdad es que no lo tuve presente, contestó el Conde, y este olvido punible en quien conoce á tales ángeles, justo es que lo pague con la pérdida de mi apuesta.—Pero en honor de la verdad, convenid, Marquesa, en que este es un caso excepcional, y en que sois vos el Destino de esta familia.

—No digais eso, no digais eso, exclamó la Mar-

quesa—poniendo su abanico de nácar sobre los lábios de su anciano amigo; —que me asustais: no soy sino un débil instrumento de que se sirve la Providencia para sus altos y adorables fines. ¿Qué pueden los débiles esfuerzos humanos contra el órden de cosas que rige por disposicion superior al mundo?

Iban á salir, cuando se oyó un rumor que se acercaba y crecia, y fueron detenidos en la puerta por el gentío que en ella se aglomeraba; entraron dos hombres llevando una escalera de mano, y sobre ella, rotos los huesos, la cabeza destrozada, el sangriento cadáver de Santiago.—El infeliz habia caido de una altura de cien piés!

——

El sentido que esta Relacion contiene, las consecuencias que de ella dimanan, no las pregunteis; narramos, y no comentamos el hecho. Solo diremos con el Presbítero Gerbert, que la vida es un misterio triste, cuyo secreto no alcanza á explicar sino la Fé, que nos enseña que:

COSA CUMPLIDA.....
¡SOLO EN LA OTRA VIDA!—

——

DIALOGO SEGUNDO.

EL MARINERO.

Pour moi, quand le destin m' offrirait á men eheix
Le sceptre du génie ou le tróne des rois,
La gloire, la beauté, les trésors, la sagesse,
Et joindrait á ces dons, l'éternelle jeunesse;
J'en jure par la mort, dans un monde pareil,
Non, je ne voudrais pas rajeunir d'un soleil!
Je ne veux pas d'un monde oú tout change, oú tout passe;
Oú jusqu'au souvenir, tout s'usse et tout s'efface;
Oú tout est fugitif, périssable, incertain,
Oú le jour du bonheur n'a pas de lendemain.

«Aun cuando el Destino me brindase el cetro del génio ó el trono Real, la gloria, la hermosura, el saber, la riqueza, y á estos dones uniese la eterna juventud, júrolo por la muerte, en vida semejante no quisiera rejuvenecer un solo dia! No apetezco un mundo en que todo cambia, en que todo pasa, en que todo se borra, todo se gasta... hasta el recuerdo!... en que todo es fugitivo, perecedero é incierto; en que el dia feliz es víspera del desgraciado!»

LAMARTINE.

—No estais alegre como otras noches, dijo el Conde de Viana á la Marquesa de Alora al hallarla

sentada tristemente á su chimenea, apoyada la mejilla en la mano.

—Cierto es, respondió la Marquesa que esta noche se me podria ahogar con un cabello.

—Ya veo que en vuestro ánimo, siempre despejado como el cielo andaluz, hay nubes esta noche. Vamos á ver: ¿qué teneis? Contadme lo que inclina esa frente siempre levantada, pues la vida no le ha puesto todavía una arruga, ni mas peso que una corona de flores.

—Pues ahora están marchitas. Estoy mustia; habráme puesto así el dia de hoy con su viento que gime y sus nubes que lloran. Así como en la naturaleza se interponen á veces las nubes entre la tierra y el firmamento, cubriendo á la primera de sombras, así se interponen tambien sentimientos é ideas, sombríos y angustiosos, entre el cielo y el alma.

—Otras veces os he oido celebrar un temporal como un bello espectáculo: decíais que habia vida y movimiento en una tempestad; que es esta un beneficio para la naturaleza, como lo es para la organizacion humana un baño oriental con sus fuertes fricciones, porque al mismo tiempo que da frescura á la sangre, da elasticidad á los miembros y vigor á la circulacion. Sacábais con placer citas de los *Estudios de la naturaleza* de Bernardino de Saint-Pierre, que tan bien demuestra el beneficio de los temporales.

—No lo niego; pero ¿quién es el nécio que sostiene que todos los dias pensará lo mismo, ni el hombre autómata que se jacte de sentir siempre de un mismo modo? ¿Nada influirá la experiencia en lo que piense; nada los sucesos en lo que sienta? Ademas, dias hay en que las nubes no tienen formas, fisonomía ni movimiento; y en que se apiñan como un enjambre compacto, que pasa sin que se note su marcha. Parecen las nubes entónces no aves airosas y ligeras, ni velos diáfanos, ni vaporosas hijas del aire, ni transparentes tejidos de agua y sol, sino una uniforme masa de plomo que amenaza desplomarse sobre nuestras cabezas. Habla Dumas de la *imponente majestad de las cosas inmóviles*, y se olvidó de añadir que esa majestad es la de la muerte.

—¿Con que la misma causa que os alegró ayer os entristece hoy?

—Y aunque eso fuese... ¿qué remedio?

—Sujetar las impresiones; lo que es preciso, si no han de hacerse nuestros verdugos.

—Y ¿de qué medio valerse?

—De la voluntad.

—¡Poca es su fuerza contra ellas!

—No tal: la voluntad es el todo. Es á un tiempo motor y timon; impulsa y rige.

—¡Con que á veces no basta á dirigir la accion!... y ¡pensais que alcance á guiar el pensamiento!

—Es un dique.

—Un dique sujeta las corrientes; pero no las impide afluir.

—Es un freno.

—Se enfrena una fiera; pero no se enfrena una nube!

—No es exacta vuestra comparacion, amiga.

—Todas las comparaciones pueden ser atacadas y controvertidas.

—No, cuando son exactas. Una hay que hago con frecuencia, que nadie ataca ni contradice.

—Y ¿cuál es esa comparacion privilegiada?

—La que suelo hacer de vos con un ángel.

—Gracias, mi querido y buen amigo. Estoy léjos de rechazar los cumplidos, no por merecerlos, sino porque á fuer de mujer, los creo un incienso suave, elegante y fino para perfumar la culta esfera en que ella preside. El áspero, amargo y hostil espíritu de la época los va desterrando del trato y condenándolos al ridículo; porque no existen ya la benevolencia, el agrado y la cordialidad que los inspiraban; ni la galantería y urbanidad que los hacian brotar de los lábios. Llámanse hoy dia *lisonjas*: claro es que lo son, porque ninguno es ya sincero! Ahora son solo ecos frios y débiles de lo que en otros tiempos eran voces del corazon!

—Por supuesto, por supuesto! exclamó el Conde. Y eso que sois demasiado jóven para graduar, como yo lo hago, el cambio que la invasion de las malditas ideas políticas y los trastornos que de ellas

dimanan, han introducido en el trato; á tal punto, que los jóvenes del dia creen con un candor y una buena fé admirables, la reverencia inseparable atributo de las pelucas empolvadas; así como á la galantería caballeresca, un accesorio de las capas y espadas. El giro que esto ha dado á la sociedad es ya un *hecho consumado* (frase moderna): rige y reina, á punto de que muchos, aun pensando como yo, obran bajo su influencia.

—Severo estais, Conde.

—No, no soy sino justo. Se ven, sí, gentes *obsequiosas*; pero gentes *atentas* no se hallan ya. Los obsequios son las resplandecientes llamaradas de un fuego de sarmientos; la atencion es la grave y perenne luz de la lámpara que arde en perpétua señal de culto y de respeto. El respeto, que es el primer deber que tenemos los unos hácia los otros, tiene por atributo esa sostenida atencion, casi desconocida hoy; atencion que es obligatoria muy particularmente en el superior hácia el inferior. Si este falta á la debida atencion en sus relaciones con una persona que le sea superior en edad, saber, posicion y categoría, pasará por grosero y mal educado á los ojos de las personas sensatas. Pero si por el contrario, el superior falta al inferior, pasará por desdeñoso, y esto es peor; porque el desden es un vicio del corazon. Una desatencion en un inferior á un superior, *ofende*; una desatencion en un superior á un inferior, *hiere*.

—Abundo en vuestras ideas, Conde, repuso la Marquesa, que son tradicionales en mi familia. Y pienso que para hacer á la sociedad culta, digna y amena, deberia cada cual tratar al superior, con deferencia; al inferior, con deferencia y cariño; con franqueza solo á sus amigos; con familiaridad á nadie.

—Dejadme añadir, dijo el Conde, que á las damas se las deberia tratar con tan respetuosa galantería, con obsequiosidad tan sostenida y sumisa, con culto tan apasionado, como es natural que nos lo infunda la reunion de los sentimientos debidos al ser benéfico que es en la infancia nuestra Madre, en la juventud nuestro ídolo, en la edad madura nuestro cirinéo, en la vejez nuestro ángel custodio; ser que mira nuestras más graves faltas como culpas veniales, y que consagra toda su existencia á tres profundos amores de que somos nosotros el objeto. Pero ¡cuánto nos hemos apartado del punto de partida de nuestra conversacion! Yo quiero saber lo que os preocupa: algo es, pues no se escapa ningun sentimiento de vuestro transparente corazon á los ojos de Padre con que os observo aun más que os miro; aunque ambas cosas son igualmente gratas, porque es tan bella vuestra alma, como lo es vuestro rostro. No mireis tan abstraida y con tanta fijeza la llama; su móvil brillo acorta la vista.

—Cuando la tenga gastada, me serviré de gafas,

contestó la Marquesa. ¡Así tuviesen todas las cosas remedio, como lo tiene la debilidad de ese órgano!

—Voy cogiendo el hilo de lo que saber deséo. Algo triste, *que no tiene remedio*, os agovia y desalienta. Si lo tuviese, ya lo estariais buscando, ó coordinando los medios de alcanzarlo; no estariais decaida, sino excitada.

—Habeis acertado, Conde. Ese terrible ¡*no hay remedio*! que he oido hoy de boca de un facultativo, es lo que me oprime el corazon como una losa sepulcral; Mercedes está loca, y para su locura *no hay remedio*! y esto es lo que me desconsuela. Lo más triste para mí—sea cual fuere lo que lo origina, sea escrúpulo, delicadeza, ó agüero,—es que un sentimiento de amarga reconvencion susurra en mi conciencia, como si me echase en cara el haber destruido la felicidad de esa buena familia queriéndola ostentar. Como en la fábula de Psíquis, una gota de la indiscreta tea que alumbró la oscuridad en que se complacia el dios, desvaneció el encanto.

—Vuestro agüero, así como vuestra comparacion, son paganos, observó el Conde. Dios nada hace oculto: la verdad y la claridad son del cielo; la mentira y las tinieblas son terrenas. El gozarse y contribuir á la felicidad de otros, que es lo que hicisteis, es cosa tan bella, que ha sido el móvil que ha tenido Dios para criar al hombre. No os afli-

jais, pues, añadió el Conde al ver caer por las mejillas de su amiga lágrimas más bellas que los brillantes, porque eran santas lágrimas de compasion.—Hoy me toca á mí ver las cosas en mejor luz que mi Reina de la sonrisa. Vamos á ver: ¿acaso creeis que padezcan mucho los locos? ¿No podrá ser que Dios envie la locura á un insoportable infortunio como una gran distraccion?

—¡Oh! no, no, ¡raro es el loco que olvida la causa de su locura! ¡Lo que sí pierde es el consuelo, que es obra del tiempo y que él nos impone á pesar de nuestra voluntad; la cual respeta al dolor, y quisiera conservarlo íntegro como un holocausto! Y aquí teneis, amigo mio, otra nueva impotencia de la voluntad, que se estrella contra la inercia como contra la vehemencia del sentir. Pierde la locura el consuelo de la reflexion que calma, y el de la simpatía ajena que suaviza el dolor. ¡Ah! ¡la locura es una pesadilla de la que no se despierta!

—Eso podrá ser cuando la locura es triste.

—Casi todas lo son, pues casi todas son originadas por una desgracia.

—Pero que á veces dejaron de sentir los que la tienen: borróseles al perder la memoria, que es la potencia que archiva. Así es que veréis muchos locos alegres; uno se cree Preste Juan, otro Rey; este, poeta; aquel, inventor; tal otro, hombre eminente sin contradiccion ni desengaño.

—De estas últimas clases hay muchos *idem idem* por el mundo que pasan por cuerdos, dijo con una medio sonrisa la Marquesa. Pero la mayor parte son misántropos: sufren, y lloran, y se enfurecen. ¡Nunca olvidaré el dia que me llevaron á ver la casa de locos! raro entretenimiento por cierto, que más que esto puede llamarse profanacion.—¡Qué escandaloso abuso el otorgar tales chocantes exhibiciones! ¡Hacer un espectáculo bufon de la mayor de las miserias humanas! Subleva el corazon el que sea objeto de mofa y de risa un ente nuestro hermano, en el que la voluntad superior apagó la luz de la inteligencia, para probar al filósofo que ensalza al hombre, nuestra miseria; puesto que la falta de uno de sus dones lo rebaja mas allá de bruto. Es esto perder todo respeto á la desgracia; todo el decoro debido á la humanidad. Las plumas y las galas haraposas de las locas me parecian más fúnebres que lo son las austeras mortajas. La locura es mas triste que la muerte; en la muerte hay la fé que espera la bienaventuranza, y el sufragio que la anticipa para los que hemos amado.

—Los sufragios son, dijo el Conde, la gran prerogativa de nuestra santa fé católica. Hay en el alma del hombre dos grandes necesidades: la una es la de adorar á un Dios: esta la vemos demostrada en que los desgraciados que no conocen al Dios verdadero, generaciones perdidas por la apostasía de sus progenitores, se fabrican ídolos. La se-

gunda necesidad es el rogar por las almas de los muertos, patentizada por los sufragios, preces ó sacrificios hechos por los infieles en favor de toda persona de su cariño ó de su veneracion, que muere.

—Ahora bien: sin creer en nuestro purgatorio católico, ¿á qué esos cultos, esas preces, esas oraciones al Eterno? ¿No es una anomalía, un contrasentido en los que afirman enfáticamente que sufre bastante el hombre en la tierra, y que la muerte es un descanso lo mismo para el bueno que para el malo, lo mismo para Neron que para San Vicente de Paul, para Mesalina que para Santa Cecilia? Hay protestantes religiosos que piensan que, segun sus obras, unos serán condenados y otros salvados, sin creer en un estado transitorio. Pero entónces, ¿á qué esas preces? ¿á qué arrodillarse en los sepulcros? Si el condenado puede ser redimido, hay purgatorio de hecho. Si lo negais, ¿qué significan esos aparatos? ¿Es acaso adoracion ó culto personal á los huesos corrompidos ya? ¿Es ostentacion de recuerdo? Ambas cosas serian tan poco graves, como poco religiosas. En los sufragios se pide á Dios la remision del pecador que expiando está. Sin esto, toda demostracion funeraria religiosa es un simulacro, puesto que sin favor no hay empeño; y este favor que se pide es la gracia del pecador. Ahora bien; sin castigo no hay perdon; sin condena no hay indulto; sin destierro no hay amnistía. Sé que

choca á los hombres sin fé, de ideas mezquinas y deslabazados sentimientos, la palabra *purgatorio*, por dos razones. La primera es porque les parece una voz *vulgar*, y que está en la boca del pueblo y de los frailes de misa y olla.—¡Dios mio! ¿no lo están igualmente la de GLORIA, la de MISERICORDIA, la de DIOS y todas las que expresan cosas sagradas? ¿Quereis, señores, que se haga un vocabulario de las cosas santas para el pueblo, y otro para vuestros remilgados labios? La otra razon es la grotesca forma que algunos sencillos pintores de brocha gorda dieron á sus retablos de ánimas.—¡Qué tal será la sensatez del entendimiento, qué tal la elevacion del alma, qué tal la gravedad de la reflexion, y qué tal el peso del juicio de los hombres, en cuya creencia pueda esto influir! ¡Grima me dá hablar de esto, Marquesa! Volvamos á vuestra imprudente visita á la casa de locos.

—Lo que mas impresion me causó, prosiguió la Marquesa cuando el Conde terminó su digresion, fué el ver en uno de los calabozos á un jóven de tan tranquilo y triste continente, que no pude ménos de preguntar á uno de los loqueros porqué tenia á aquel pobre jóven tan severamente guardado y encadenado á su tarima. Y me contestó que cuando le acometia el frenesí, nadie podia sujetarlo; queria entonces arrojarse desatentado hácia un lugar que buscaba sin descanso, mientras clamaba con honda y lúgubre voz: ¡Rafael! ¡Rafael! ¡Este

nombre era la única voz que exhalaba su ahogado pecho, voz con que parecia asombrarse á sí mismo! y lo estraño es que Rafael era su propio nombre. Tenia esa palidez lívida aneja á su mal, que es tal, que haria pensar que el corazon no calienta ya la sangre que por él pasa; no ardian desencajados sus oscuros ojos; sino que parecian las negras brasas de un fuego que ha dejado de arder.

Doloroso era el ver el estrago que habia hecho el sufrimiento en aquella juvenil y bella naturaleza! Era de clase humilde, que es en la que más frecuentemente se halla y más se caracteriza el bello tipo español. No puedo expresar la compasion que me inspiraba aquella criatura en la flor de su edad; aquel jóven tan triste y tan manso, encadenado como un facineroso, separado de la sociedad como un pestilente! Me llamaron, y me alejé con las personas que me habian acompañado. Pero poco despues hubo de darle al infeliz su paroxismo, porque en la direccion de su calabozo llegó á mis oidos una voz plañidera que repetia á intervalos lúgubremente: ¡Rafael! ¡Rafael!

La impresion que me produjo esta imprudente visita á la casa de locos, duró mucho tiempo; y me inspiró un profundo terror hácia ese terrible padecer moral; hácia ese tremendo estado en que el individuo parece muerto, y sobrevivirle la materia con girones de idéas, extravío de sensaciones, y con un solo recuerdo permanente, como una fan-

tasma en la noche. Rogaba á Dios acelerase el influjo del tiempo, para que como en los árboles repone con hojas verdes y lozanas las que heló el cierzo ó marchitó el estío, reemplazase en mi ánimo aquella impresion amarga como una hoja de ajenjo, con otra suave como una hoja de malva. Pero la voz ¡*Rafael*! sonaba siempre en mis oidos como preñada de un fatal misterio, como empapada en lágrimas, como la expresion de una terrible congoja!

—¿Y no habeis averiguado la causa de la locura de ese hombre? preguntó el Conde.

—No; y me alegro. Ya que sin saberla me afectó esa locura tan tétrica, ¡cuál no hubiera sido el efecto que me habria causado si hubiese averiguado su causa!

—Hubiera sido ménos, opinó el Conde, como es ménos el de las cosas positivas que el de las indeterminadas; el de las palpables que el de las vagas; el de lo sabido que el de lo oculto, que es negro como la noche, y espanta por la misma causa. Lo efectivo pára, pero lo misterioso echa á volar la fantasía, y ya sabeis que su vuelo, sobre todo en la esfera del horror, es inmensurable. Una casualidad hace que os pueda referir el suceso que fué el orígen de la locura de ese mismo Rafael, que en adelante os aparecerá como un desgraciado digno de profunda lástima; pero no ya como un misterio tipo de horror.

—Me vais á dar un mal rato, exclamó la Marquesa.

—Puede ser. Pero os evitaré con algunas lágrimas de compasion que tan bien sientan á vuestros ojos, los muchos estremecimientos de pavor que os causa el recuerdo de este infeliz. Háganse manuables los infortunios ajenos, para que paguemos en socorros ó en lágrimas el obligatorio tributo á las desgracias agenas, y no los envolvamos en los negros velos del misterio en los que nos espantan, alejan y hacen inaccesibles.

Sabeis que el año pasado estuve nna temporada en Sanlúcar de Barrameda, para restablecer mi salud á beneficio de aquellas aguas tan dulces y tan delgadas. Frente de la casa en que me alojé, vivia una anciana á quien mi patrona conocia y graduaba por la mujer más feliz del mundo; y en realidad lo era. Tenia dos hijos, ó mejor diré dos amantes; pues jamás conocí modelos más cumplidos de amor de hijos. Ninguno queria casarse miéntras viviese su Madre; y cuando los embromaban con novias, respondian alegres que *estaban casados, y con la misma mujer, sin tener celos.* Eran pescadores; y cuanto ganaban se lo daban á su Madre, asegurándole siempre, que se les hacia el trabajo muy dulce, con el fin de que á ella nada le faltase en su ancianidad. Podeis graduar la intensidad del cariño de esta buena mujer á sus hijos, si unís en el corazon de una mujer, el más entrañable amor de Madre, á la más tierna gratitud.

—¡Cuánto padeceria la pobre cuando se embar-

caban sus hijos! observó la Marquesa, á quien Dios habia dado en compensacion de sus felicidades una exagerada aptitud á la compasion.

—Teneis, repuso el Conde sonriendo, el corazon *en carne viva*; perdonadme lo vulgar de la imágen en favor de su exactitud. Os he dicho varias veces, que soleis sentir los males ajenos más de lo que los sienten los mismos interesados; y con eso, os haceis mal sin hacerles bien. La costumbre familiariza con todo, hasta con los peligros: así era que aquella Madre no se apuraba por ver á sus hijos pasar casi toda su vida entre los vientos y las olas que les eran familiares.

—¡Conde! ¡Conde! ¡he visto la mar! ¡sí! ¡he visto ese indomable atleta, ese enemigo encarnizado de la tierra, que la azota sin cesar, con los mismos bríos y la misma violencia, al que la marea agita, y el viento embravece! ¡que rencorosa de lejanas luchas, trae á veces sus bramantes y espumosas olas contra las tranquilas playas, sin que la aplaquen ni el sonreir del cielo, ni la suavidad de las auras, ni las flores de la tierra! Sí, sí, amigo mio; ¡he visto con terror aquel elemento inmenso, y á los pobres pescadores surcarlo sobre sus frágiles faluchos; pues frágil es cuanta embarcacion construya el hombre, en comparacion de ese móvil abismo; frágiles serían aun las islas, que son reinos, si flotantes anduviesen y no les hubiese dado el Criador de cielos y tierra, un punto de apoyo que desafia

las iras, y el poder de esa fiera tan inflexible en su fuerza, tan constante en sus intentos, tan loca y descompuesta en sus caprichos, tan profunda é inexorable en sus furias! Pagarse deberia á peso de oro, cada pez que cubre la mesa del hombre, pues vale la exposicion de la vida de esos intrépidos marineros, á quienes no atemorizan peligros, á quienes no desalientan trabajos, á quienes no rinden fatigas. ¿Y quereis que no compadezca á la Madre de los que luchan con la mar?

—Tened presente, Marquesa, que en sus faluchos duermen como niños en sus cunas; que en ellos cantan como pájaros en sus jaulas. En los pueblos, que son nidos de aquellos alciones, no acongojan los vendabales, ni se presentan vivos á los ánimos, como vos los veis, los riesgos que puedan correr los que aman. Corren tantos..... de tantos escapan, que se hace costumbre el saber que están expuestos; y la costumbre en el hombre es tal, que deslabaza hasta la exuberante y agitada sensacion del temor, como una constante corriente de agua allana el escabroso terreno por donde de contínuo pasa. Suelen volver de la pesca *las gentes de la mar*, á la caida de la tarde; van en seguida á sus casas, en las que descansan hasta la hora que la maréa señala para volver á embarcarse, y estar en alta mar al rayar el dia, que es cuando echan la red. Así, pues; unas veces á las doce, ó la una, ó las dos, siempre en las altas horas de la noche, des-

piertan á los dormidos pescadores; sucede esto, ó bien tocando un gran caracol marino, ó bien llamándolos á gran distancia por sus nombres.

—Recuerdo esto vivamente, dijo la Marquesa; el sonido de ese caracol es uno de los más tristes y lúgubres que he oido en mi vida; nada expresa mejor la alarma, ni despierta más clara la idéa del desamparo. Tambien tengo presentes aquellas llamadas, aquellos nombres lenta y fuertemente lanzados en la noche, cuya última sílaba sostenida hasta que expira el aliento en el pecho que los lanza, y que hace vibrar el viento en sus ondulaciones, son tanto más melancólicos, é infunden una impresion tanto más desasosegada y triste, cuanto que á ellos se agrega la idéa de que los llamados van á exponer sus vidas. ¡Qué de veces me despertó aquel triste y lejano grito que se hermanaba tan bien con los gemidos del viento que lo traia! ¡Cómo crecía y se iba desvaneciendo aquella voz por el espacio!

—No puedo, ni quiero negar, amiga mia, prosiguió el Conde, que parte de lo que vos sentís tan vivamente lo he sentido yo tambien. Aunque los años, que son cada uno un calmante, me han traido al bienaventurado estado de madurez que nos hace semejantes á una planta que ha secado el tiempo, concentrando su esencia y debilitando su perfume; alguna vez la imaginacion, esa facultad creadora que nunca descansa,—pues aun estando las demás

facultades inertes cuando duerme el hombre, ella crea sueños, y al despertar aun reina absoluta,—en este estado de duerme-vela, cuando oia la voz que llamaba á *Rafael*,—que este nombre tenia el hijo mayor de mi vecina,—la activa imaginacion me presentaba á esa voz, ya como un llamamiento, ya como una amonestacion, ya como una amenaza. ¿Era aquella voz la de un hombre? ¿la de la mar? ¿ó la de su Destino? Pero los dos hermanos, jóvenes y animosos, no oian en ella sino la del deber, y poniéndose en pié de un salto, se calaban el gorro de marinero, acudian al falucho, y poniendo la proa á la mar, como el valiente que muestra la cara al enemigo, se lanzaban denodados á los azares, los unos cantando, los otros durmiendo.

Una noche salieron las parejas,—que así se llama á las embarcaciones de la pesca, porque van apareadas de dos en dos,— á pesar de estar ésta negra, triste y lóbrega; el cielo se habia cubierto la faz y escondido sus estrellas; la mar henchía sus olas como un pecho que se alza bajo la emocion de una ira que busca desahogo: solo el viento faltaba en aquel estado amenazador de la naturaleza, como suele faltar la palabra en un paroxismo de furor.

Pero cuando estuvieron las parejas en alta mar, saltó de repente con la violencia del huracan. El barco en que iban los dos hermanos, habia sido sorprendido por aquella terrible bocanada de viento; los marineros se apresuraron á echar mano á

la maniobra que aquellas circunstancias exigia.

—Miguel, coge los rizos á esta vela, mientras yo arrío el foque,—dijo Rafael á su hermano, que se puso en seguida á ejecutar lo mandado, mientras Rafael con los vigorosos, ágiles y seguros saltos, propios de los marineros, se dirigia hácia la proa del barco.—Una nueva y tremenda ráfaga de viento dobló en aquel instante el mastelero, tronchándole, uniéndose al estrépito que causó su caida, el zumbido del huracan, el bramido que lanzan las olas al reventar, el silbido de las jarcias, el crujido de las maderas y los zapatazos de la vela que se desprendia de su amarra. Un momento de calma siguió á este desencadenamiento del temporal; uno de silencio á aquel estruendo!...

—¡Rafael! gritó una voz que salió de entre las olas.

—¡María Santísima! ¡un hombre al agua! fué el unánime, sordo y consternado grito de la tripulacion.

—¡Rafael! sonó la voz más lejana y mas angustiosa.

—¡Mi hermano es! gritó Rafael. ¡Socorro! ¡socorro! ¡Tirad cabos! que es buen nadador.—Patron, allá la proa, por aquí, por aquí!....

—¡Rafael! volvió á sonar la voz entre los mugidos del viento que volvia á arreciar.

—¡Virad, virad, patron, que la voz suena á la izquierda!—¡aquí los cabos!... echad tablas, echad

los remos..... por todos lados—al acaso! pues tan oscuro está que los dedos de las manos no se ven.

—¡Rafael!

—¡Patron, á la derecha, que esa ola se le lleva! ¡A él! ¡á él, compañeros, que se ahoga! ¡que se ahoga!

—¡Rafael! sonó más léjos y más débil la plañidera voz.

—¡Atrás! patron, atrás! que lo hemos adelantado, pues el viento nos lleva en sus alas:—virad! ¡Por todos los santos del cielo, virad!

Tres cuartos de hora duró esta aterradora escena, en la que la oscuridad, la violencia de la tempestad, y el empuje irresistible de las olas, hicieron imposible salvar al buen nadador, que todo este tiempo batalló contra la muerte. Durante tres cuartos de hora llegó clara y distinta al oido de Rafael, la voz de su hermano que de él imploraba su salvacion! Tres cuartos de hora duró aquella tremenda lucha entre los elementos embravecidos y los esfuerzos de los hombres, á quienes hacia heróicos la caridad! Tres cuartos de hora agonizaron el un hermano entre el desamparo y el socorro; entre la muerte y la vida! y el otro..... entre la esperanza y la desesperacion!

Pasado este término, la voz habia dejado de oirse; la mar tragaba su presa sin dejar de bramar, cual si pidiese otra; el viento gemía, como gime cuando viene del mar recogiendo los clamores de

agonía de los náufragos. Rafael habia caido como una masa inerte sobre las tablas de la cubierta; los demás, con aquel espontáneo é innato respeto que en el momento supremo de la muerte impele al alma en pos de aquella que se desprende de la vida, descubrian sus cabezas y rezaban el Credo.

Al dia siguiente, aquella anciana, tan feliz la víspera, habia perdido á uno de sus hijos ahogado, y tenia al otro loco en su casa.

—¿Con que ese infeliz es mi loco? exclamó profundamente conmovida la Marquesa.

—Sí, señora; ese es el que siempre oye la voz de su hermano, y quiere precipitarse en su auxilio.

—¿Y la Madre? tornó á preguntar con trémula voz la marquesa.

—¡Vive!

—¿Vive?... ¡¡infeliz!!.... decídme, Conde, ¿podrá aliviarse su miserable existencia? ¿Podría yo hacer algo que á esto contribuyese?

—Nada, Marquesa. Una sola cosa le era necesaria.

—¿Cuál, Conde, cuál? Decídmela.

—No podeis dársela vos, señora; pero Dios se la dió, que es el que dársela podia.

—¿Y cuál es?

—La resignacion cristiana, señora: solo á ella debe el no estar muerta como el uno, ó loca como el otro de sus hijos!

—¡Jesus! exclamó la Marquesa: esa mujer es una heroina..... digo mal, es una santa. ¿Cómo ha merecido tan inaudito infortunio, mientras otros?... Pero ¿cómo comprender las cosas de la tierra sin creer en las del cielo? ¿cómo explicar el confuso enigma, el terrible logogrifo que se mueve á nuestros piés en el polvo, sin apartar la vista de la tierra y alzarla al cielo?

—En donde, añadió el Conde, para el que sabe leer su lenguaje, han escrito la solucion del enigma las estrellas en letras de luz, y es:

COSA CUMPLIDA....

SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIALOGO TERCERO.

EL SOCHANTRE DE LUGAR.

> Cuanto he dicho no es *consejo*; es *empeño* en hacerle á Vd. volver á sus niños, á sus flores, á sus altares y á sus *lágrimas* puras.
>
> (*Carta escrita al Autor.*)

> No es un idilio, no es una bucólica: no ostenta versos ni términos refinados; es una sencilla pintura en lisa prosa.
>
> EL AUTOR.

Era la hora que tan bien define la poética denominacion de *la caida de la tarde*. Efectivamente, caia una de estas hermosas hijas del mes de julio, para no volverse á levantar. El crepúsculo empezaba á encender una á una las luces que forman el brillante alumbrado del cielo; los piadosos lagartos

bajaban tímidamente por las paredes á besar la tierra; del sol no quedaba sino un recuerdo de color de rosa entre los celajes. Las flores, dueñas pródigas del tesoro de un dia, lo echaban al viento en loca profusion, y desde la cumbre de un majestuoso laurel perpétuamente verde como la gloria que simboliza, repetia el mochuelo su triste ay! que no confia al alegre dia.

En el ángulo de un ante-jardin enlosado á la moruna, alternativamente con rojos ladrillos y abigarrados azulejos, delante de un saltadero que desde el suelo se alzaba brillante; pero que al perder su ímpetu doblaba su débil cabeza, y recaia rendido y deshecho, colgaba una hamaca de blanco algodon, en la que estaba medio recostada la Marquesa de Alora. Cubríala un ligero vestido de tafetan gris, cayendo como un ancho velo hasta el suelo, en el que apoyaba la Marquesa la punta de su fino pié para mantener con un ligero impulso el suave balanceo de la hamaca.

—Pareceis una sílfide de nuestras floridas Antillas, le dijo el Conde de Viana, que sentado cerca de un naranjo bebia lentamente un vaso de agua en que mojaba un *panal* de limon (1).

—Para que sea exacto vuestro símil, me falta el cigarro, contestó riendo la Marquesa.

—¿Quereis que os lo ofrezca?

---

(1) Un azucarillo ó esponjado.

—Sí, respondió la alegre señora, sobre mi mesa de labor hallareis los que gasto.

El Conde entró en la salita en donde recibia la Marquesa de diario, y volvió con una barrita de alfeñique que le presentó. La Marquesa la tomó, y poniéndola entre las sartas de perlas—blancas como aquel confite—que adornaban su boca.—soy golosa, dijo: tengo todos los defectos de los niños.

—Y sus gracias y buenas cualidades tambien, repuso el Conde.

—Y vos la mala de mimarlos.

—No lo niego, dijo el Conde. Sabeis que mi máxima es que todos los niños deben ser mimados. Creo dañosísimas esas educaciones anticipadas que hacen de los niños caricaturas en su moral, como las levitas y los corsés lo hacen en lo físico. Cuando un niño me dice: *Beso á usted la mano*; *¿cómo está usted?* me hace al oido el efecto de un loro; y á los ojos el de un enano. Mientras son niños, solo una cosa hay que conservarles, la inocencia; solo una que enseñarles: á rezar.

—¡Qué horror, Conde! Os proclamo el mas espantoso retrógrado; esa es educacion de convento!

—Nada de duro, nada de hostil para esas tiernas naturalezas! prosiguió el Conde, que contrariándolas, solo se consigue agriar. Nada que pueda prolongar en sus ánimos la irritacion; que así sube al grado de cólera. Nada de poner en lucha abierta la voluntad de un niño con la de su superior; porque

el niño no conoce aun su inferioridad, y solo ve en los mayores el despotismo. No pretendo con esto que se les deba ceder, lo que es otro mal; pues así se engríen en el mal principio de la imposible libertad individual, y se hacen voluntariosos. Así, para imposibilitar sus caprichos, y para quebrarles la voluntad sin acudir á la persuasion ni valerse de la razon, que aun no tienen ni conocen, se debe únimente acudir á la distraccion, que es tan fácil de promover en las criaturas. Este es el medio que se debe adoptar para apartarlos de todo asomo de malas pasiones, lográndose así que su nociva impresion pase sin dejar huellas como una sombra. ¡Qué buenos resultados se notarian si se siguiese este sistema!

—Soy de vuestra opinion, dijo la Marquesa; la ciencia del bien y del mal, cuanto mas tarde se aprenda, es mejor. Hágase á los niños dulce y fácil la buena senda, para que no la abandonen.

En este momento cayó al suelo una carta de dos que tenia la Marquesa en su falda. El Conde la recogió, y dijo:

—Esta es una de las muchas misivas que recibís; pide limosna por todos sus poros.

—Os equivocais, Conde, repuso la Marquesa; esta carta no pide nada. Aunque escrita por persona humilde, en papel basto, en tosca letra, es á pesar de eso una carta tan sentida, expresa tan bellos y tan altos pensamientos, que podria servir de mo-

delo en circunstancias análogas á muchas escritas en papel de dorado canto, con fina letra, con sello de armas ó divisa.

—¿Y de dónde os viene dirigida esa carta-modelo? ¿qué Madama de Sevigné la ha escrito? preguntó el Conde.

—No la ha escrito ninguna Marquesa encumbrada, ni viene fechada de ninguna córte. La ha escrito una pobre mujer de un sochantre, y viene del oscuro lugar de Valdepaz.

—Si esa epístola es de aquella Arcadia, ya no extraño que os llene de entusiasmo; pues ya sé de atrás que habeis hecho de aquel villorro tan feo vuestro Edem. ¡Hacer su Eden de aquel rincon!

—Lo feo y lo hermoso, amigo mio, son cosas convencionales. Los rincones feos están para mí en nuestras pestíferas ciudades; pero en el campo de Dios no hallo rincon feo; ninguno que no alegre la hermosa y resplandeciente bóveda que lo cobija, que no engalanen las plantas que lo cubren, que no animen miles de animales y de insectos, todos llenos de vida, todos curiosos á la observacion. Así esta carta, si bien no es de una Arcadia, ni de un Eden, es de un alegre, tranquilo y pacífico lugar.

—¿Me permitís que la lea?

—Prefiero que no lo exijais.

—¿Y por qué?

—Porque mirada como *misiva de Arcadia* no os llenaria, puesto que no es un idilio, no es una bu-

cólica; no ostenta versos ni términos refinados. Es una humilde y cristiana carta en prosa vulgar.

—Pues ya se vé que así lo entiendo, Marquesa; cuanto os decia era en tono de chanza.

—¡Ah Conde! esclamó la Marquesa. No sabeis bien cuál es la impresion que dejan en el ánimo expansivo la sonrisa sarcástica, la expresion de ironía, que cae sobre un desahogo de nuestro corazon, como una escarcha sobre una flor! El sarcasmo y la ironía son armas cuyo uso es tan fácil, que no parece sino que mientras mas basta y torpe es la mano, mejor las maneja. Ellos son los que quitan todo su encanto á las cosas mas elevadas, y mas delicadas, pesando sobre ellas como un viento pernicioso y helado sobre los renuevos de las hojas á las cuales matan en su gérmen. ¿Sabeis que he visto á jóvenes de corazon ardiente, de imaginacion florida, con un alma en que brillaban la fé, la esperanza y la caridad, trocados por ellos en unos ridículos escépticos, sin fé ni ley, repeliendo de sí como el humo de un cigarro cuanto sagrado, ascético y delicado existe?... ¡Pobres hojas que murieron en su gérmen! ¡pobres flores que ajó la escarcha! ¡pobre juventud raquítica que muere sin desarrollarse!

—Y esta transformacion ¿creeis de buena fé que las puedan motivar unas rutineras chanzas?

—Sí, Conde, sí; porque un jóven se hace así cuando pierde las ilusiones de la vida. No las ilu-

siones como se entienden hoy dia, que es cifrándolas en empleos, en dinero y en figurar en la escena del mundo; sino las ilusiones tales como son, esto es, las que forman el prestigio con que la juventud mira la vida, los hombres y las cosas; y este prestigio lo destruyen el sarcasmo y la ironía en las almas débiles que no se elevan inmutables encima del alcance de sus tiros. No son, no, ni los vicios ni las maldades los que despojan de su virginidad á las ilusiones de la vida, que con ellos no se rozan; es la *vulgaridad resumida*; para la cual el sarcasmo y la ironía son el gran ariete con que destruye al sentimiento, débil adversario que no tiene armas con que defenderse, ni mas fortaleza que el corazon, en donde se replega, si no muere en la lucha. Así es, que el poeta de coraron tiene siempre que llorar el paraiso perdido.

—¡Y á mí me decís eso, Marquesa! ¡á mí, que amo en vos vuestras ilusiones, como amo el perfume en la flor! ¡á mí, que admiro ese prisma, único en su género, con que todo lo mirais! ¡á mí, que léjos de vituperarlo, os proclamo por ese bello y raro privilegio, poeta, *poetisima*!

—Y ¿cómo me lo decís? ¿es con el tono desdeñoso que se emplea cuando lo que origina ese epíteto se quiere condenar al ridículo, ó en el que se adopta cuando esa palabra *poeta* se aplica para calificar aquella facultad divina que tiene el hombre para elevar, ennoblecer, vivificar, alegrar, dulcifi-

car, embellecer y realzar cuanto le rodea? ¿Es reconociendo en la poesía ese amor, esa simpatía universal que comunica, digámoslo así, las pulsaciones de nuestro propio corazon al orbe entero, y aun á lo inanimado, y que así todo lo sabe, todo lo adivina, como el gran Shakespeare, el mas cumplido tipo del poeta?

—No miro yo así la poesía, amiga mia; para comprenderla como vos, es menester ser poeta uno mismo. A la verdad, señora, la miro como un estado de la mente sobreexcitada, y así creo, que cuando la poesía se mezcla en la vida real, es una mala ama de llaves. No soy enemigo, por cierto, de las Musas, pero no me gusta que bajen del Parnaso. Lo novelesco es en la vida, el veneno más sutil; y no seréis vos,—vos, mujer tan sensata,—quien pueda aprobarlo ni defenderlo. Diré más; una mujer como vos, se debe á sí misma el condenarlo en la práctica; siendo un contrasentido que se haga patrocinadora de novelerías y *romancesquerías*, una mujer á quien yo tacharia de ser fria y exageradamente austera en ciertas materias, si en ellas no fuese la austeridad, no la frialdad, sino el resplandor de la nieve.

—Ahí teneis, Conde, un error muy general; y es el de confundir lo *poético* y lo *romancesco*, y condenar lo uno por lo otro. Veamos si os puedo demostrar la diferencia que entre ambas cosas existe, segun yo lo entiendo. Poética es la jóven que con

todas las virtudes de la juventud, la sencillez, la inocencia, la modestia, la laboriosidad, la obediencia, no piensa precozmente ni en amores ni en brillar: este no es un tipo romancesco. Pero sí lo es la jóven emancipada, que se apasiona como una Fedra, á despecho de la voluntad paterna; intrépida amazona, que busca con ánsia un teatro en que brillar, y que ostenta con aplomo sus torcidas y no maduras opiniones en punto al mundo que no conoce, y en punto á idéas que no ha digerido: esta jóven, por cierto, no es *poética*. Poético es el jóven que limita sus deseos, y lucha con tranquila perseverancia contra la mala suerte; que honra las canas, respeta lo que le es superior, enfrena su lengua, y se hace lugar con su mérito sin encumbrarse más de lo que le es propio, sirviéndole para ello de zancos la jactancia; este jóven no es *romancesco*. Lo es, sí, el que desde luego entra en la vida con pretensiones exageradas de adelantos y ventura. Para él desde luego la gloria, la fortuna, el amor, la vida; todo se le debe. A la primera decepcion, sin querer trabajar en la gran viña, por ser corto el salario, vá á buscar,—sin fé, ni ley, sin respeto á sí mismo y á la humanidad,—su sepultura, en que con atrevida mano estampa por epitáfio *suicidio*: este jóven no es *poético*, Conde.

La poesía toma la vida tal cual es, y la embellece; calma la desgracia con la razon, que es su amiga, y contiene los desbordamientos de la ventura, con

la delicadeza, que es su inseparable compañera. Lo romancesco tiene en cambio para los infortunios, desesperacion, locura, muerte; para las venturas enagenamientos, arrobamientos y ruido. Equivócase igualmente lo clásico y lo romántico, juzgando por los abusos de las cosas, y no por su esencia; pero pueden aplicárseles estas mismas distinciones, y decirse que lo clásico es romancesco, y lo romántico poético. Veo pintados en vuestros ojos la extrañeza y escándalo que os han causado mis últimas palabras; os oigo ya enumerar una sarta de pecados mortales que achacais al romanticismo, y me apresuro á aseguraros, que por hoy no tendrá este pobre calumniado, un adalid defensor en mí. Pero difiero esta controversia para otro dia; porque siento que un hombre como vos, por no pararse á profundizar una cuestion, esté tan errado en sus opiniones sobre ciertas materias. Lo prueba el que quereis circunscribir las Musas al Parnaso, y no darles cabida en vuestro hogar. ¿Seréis, pues, de aquellos que sostienen, que siendo la poesía una cosa facticia, fantástica, un *arte*, en fin, debe tener su asiento en la cabeza que PIENSA Y CREA, engalana lo creado y lo coloca en las bibliotecas; y no de nosotros los que creemos que tiene su asiento en el corazon, que la SIENTE y la derrama en la vida, como un benéfico rocío del cielo?

—Participo un poco de ambas opiniones, res-

pondió riendo el Conde; juzgo como los primeros: y no obstante, no puedo ménos de sentir, como vos, cuando oigo y observo en vos el resultado de vuestras opiniones; y confieso, siguiendo vuestra antítesis, que una mujer infiel á sus deberes, no es *poética* por más que hagan para poetizarla; y que vos lo sois muchísimo. En lo demás, perdonad, amiga mia, el prosaismo á las canas, como perdonais al que ha cegado que no vea la luz; pero creed, si fé os merezco, que tengo el mayor placer en oiros. Noto que rebosan en vuestro corazon los sentimientos y recuerdos que ha evocado esa carta; iniciadme en ese mundo que veo bullir en vuestra mente.

—Pero, Conde, si nada puedo referiros sino puerilidades; nada sino recuerdos de un villorro, de un sochantre de lugar, de un interior pacífico y humilde, de niños, de flores; en fin, nimiedades.

—Comunicádmelas, pues, aun dado el caso que lo fuesen: aun suponiendo gratuitamente, como vos lo haceis, que no me interesasen, quedaríame todavía un placer, y es el que expresaba un francés al que preguntaban, qué encanto le retenia las horas muertas al lado de una mujer muy linda, que solo hablaba puerilidades, diciendo: *la miro hablar!* La Marquesa permaneció callada.

—Vamos, prosiguió el Conde, ¿porqué os replegais así? ¿Donde está esa encantadora expansion

que hace de vuestra mente una colmena de cristal, y me dá armas para seguir nuestra pacífica guerra, en la que triunfo cuando peleamos en la densa atmósfera de la tierra, y triunfais vos cuando nos elevamos á otra mas alta? ¿No sabeis que cuanto decís me interesa, y que simpatizo con vos en el fondo, como el débil reflejo con la luz?—¿Acaso no comprendeis que si alguna vez quiero retener vuestro vuelo, es con el mismo fin que me llevaría á hacerlo con el ímpetu de este saltadero, no porque no lo admire, sino para que no caiga de demasiado alto?—Vamos, leedme esa carta que tanto os conmueve.

—No puede ser, no estáis en antecedentes, no la comprenderíais.

—Mejor: me los referiréis, y así será más larga la sesion.

—Tened presente, señor mio, que si lo que voy á referir estuviese impreso, sería muy fácil para el que lo leyese y le pareciese cosa fútil y poco digna de ser leida, el tirar el papel; tanto más, añadió la Marquesa volviendo á sus lábios su benévola sonrisa, cuanto que no me *veria* hablar; pero vos no estais en ese caso, y aunque os canse, tendréis que oirme hasta el fin, porque como os proclamais de la escuela antigua, no querreis interrumpir á una señora ni demostrarle fastidio.

—Sé, repuso el Conde afectando una ceremoniosa gravedad, las imprescindibles obligaciones

que me impongo, y las admito con todas sus consecuencias.

—Hagamos un convenio, dijo la Marquesa, que dicte la franqueza sin intervencion de la galantería. Cuando mi locuacidad, excitada por recuerdos que me son caros, me arrastre en su larga y veloz carrera demasiado léjos, tomaréis esa campanilla azul que al subir por el naranjo como por una cucaña, se ha detenido cansada al alcance de vuestra mano, y la agitaréis como lo hace el Presidente del Congreso con la suya de plata, cuando ciertos oradores, traspasando los límites á que puede extenderse un discurso, los quieren lanzar en el grandioso espacio de lo interminable.

—Convenido, señora. Pero ántes, decidme: ¿no existe en el Congreso una campanilla de oro, con la que el Presidente puede significar al orador que tenga á bien prolongar su improvisacion?

—No lo sé, contestó riendo la Marquesa; si la hay, lo cierto es que no se ha puesto en uso; pero si llego á engolfarme en mis recuerdos de Valdepaz, es bien cierto que no necesitaréis de la campanillita de oro. Era tan profundamente tranquilo aquel rincon que, ¿lo creeréis? hasta con la muerte se vivia allí familiarizado. Ahora bien, hacer aparecer á la muerte suave, sin que infunda horror ni tédio, ¿no es una altura á que pocas veces alcanzan, el hombre religioso más metido en Dios, el filósofo más desengañado del mundo? La hacien-

da en que habitábamos, solo estaba separada del cementerio por un pequeño corralon en que pacian unas ovejas; pues creed que ningun horror me inspiraba la cercanía de aquel lugar de descanso de los campesinos. Cuando veia abrir una zanja por los parientes de una persona difunta (puesto que allí no hay enterradores asalariados), léjos de ver en ellos hombres lúgubres cavando una negra y pavorosa sepultura para un muerto, solo me parecian hermanos de la Caridad preparando un lecho para un dormido. Allí hubiéramos podido saludarnos sonriendo con él *¡Hermanos, de morir habemos!* de los trapenses; porque esta frase no hubiera sido para nosotros la suprema expresion del desprendimiento de las cosas de la tierra, sino la confiada adhesion á las del cielo.

—¡Marquesa, observó el Conde, la idéa de la muerte es grave!

—¿Y quién dice que nó, amigo mio? pero ¿quién ha dispuesto que las idéas graves sean tétricas? ¿quién el que sean contrarias á la suave alegría y paz del alma? Las almas santas buscan las cruces y no las hallan. San Francisco Javier las deseaba más y más cada dia, y Santa Teresa pedia padecer ó morir, y ambos se hallaban colmados de gozo. El P. Kempis dice: *Si tuvieses buena conciencia, no temerias á la muerte.* No, Conde. Dios no hubiese creado el sol, si no quisiera al hombre alegre; ni hubiese dado por premio á la virtud, la serenidad y

contento del alma. En aquel lugar apartado y quieto, conocí al hombre mejor y más feliz del mundo, al sochantre de su iglesia, el cual vá á ser el héroe de mi Relacion, si es que aun insistís en que prosiga.

—¡Más que nunca, señora, más que nunca!—Un hombre *bueno* y *feliz* es una mosca blanca, con *item más*, ojos de brillante, que ansío tanto hallar, como ansiaba Colon descubrir las Américas.

—Vos mismo podréis graduar si fué ambas cosas, despues que me hayais oido.

Habia sido mi protagonista hijo de un criado de campo al servicio de una noble y pudiente familia, y como tal, generosa. Habia Gilito, tal era su nombre, por gordo y alegre, caido en gracia á sus amos, que se le llevaron á Sevilla á *estudiar*. Por desgracia aumentó Gilito en la abundante mesa de los señores considerablemente en carnes; pero en la Universidad aumentó poco en saber. La incapacidad de Gilito le hubiera cerrado todo camino de adelanto, á no haber encerrado su ancho pecho una voz que en Italia le hubiese hecho ser otro Lablache, y que en Sevilla lo hizo sochantre. Volvió, pues, triunfante á sus hogares, tan robusto de voz y de persona, que en ambas cosas, voz y persona, habia estofa para cuatro sochantres. Tomó Gil, ya designado por D. Gil, posesion del coro de la iglesia del lugar con alta dignidad. Desde entónces debió notarse en su expresivo rostro la mezcla más

graciosa de la bondadosa y sencilla alegría de un niño y de un buen alma con la dignidad y prosopopeya de un padre grave y de un alto funcionario. Alternaban á veces ambas cosas en su semblante con tal rapidez, que se explayaba aun sobre sus lábios su infantil y alegre risa, cuando ya sus ojitos negros desde su concavidad lanzaban una mirada grave, austera, y con ínfulas de imponente. Agregó á la dignidad de sochantre la de sacristan y santero de una capilla situada á espaldas de la iglesia, la que tenia contigua una casa habitacion para el encargado de su custodia. Casóse con una sobrina del Cura, huérfana algo entrada en años, pero buena, delicada y amante, que cifró en su rotundo marido toda la ternura que durmiera por tantos años ociosa en su pecho, y la cual le trajo al matrimonio algunas fértiles suertes de tierra; de manera que decian las gentes del lugar: ¡*Vaya si lo pasan bien*!—Resultó que D. Gil, entre bienestar y mimos, entre *requiem* y *glorias*, siguiéndose sus dias unos á otros santos y uniformes, como las cuentas de un rosario, claros y puros como gotas de agua, tranquilos como copos de nieve, alegres como lentejuelas, llegó en lo moral á ser el hombre más feliz, y en lo físico el hombre más gordo del mundo.

Cuando conocí á D. Gil, tendria sobre cincuenta años: su gordura habia llegado á su apogeo, y hubiese deslucido al más corpulento atun de la alma-

draba de Conil si allá lo hubiesen hallado en sus redes. Y la santera decia con íntima satisfaccion: *¡Qué buenas carnes tiene mi Gil! Dios se las conserve!*

Vestia calzones cortos, chaqueta y chaleco de hábito de San Antonio, y medias de estambre negras; un capote con mangas colgaba sobre sus espaldas, y un sombrero de tres picos coronaba su ancha cabeza. No gastaba corbata, por la sencilla razon de que carecia de pescuezo; tenia el cabello rapado, y solo le colgaban unas largas mechas de cabello en la nuca, ó por mejor decir, no colgaban por la antedicha falda de pescuezo; sino que se estendian por sus enormes hombros en forma de golilla. Cuando iba al campo á ver sus sembrados, ó á cazar, pues era un terrible Nembrod, dejaba el capote y tomaba una manta, trocaba las reverendas medias negras por zapatos de vaca y polainas, el encumbrado sombrero de tres picos, por uno calañés de enorme ala, y así ataviado salia mi D. Gil, semejante de lejos á un pequeño monte Vesubio apagado.

Nuestra primera entrevista de alegre memoria merece ser referida, no solo porque fué ciertamente una escena de un cómico genuino que no podria inventarse, sino porque sus lances son pinceladas que harán mas parecido el original que os voy pintando. Habiendo nosotros ido al pueblo con intencion de pasar una temporada larga, y siendo parientes de la familia que la habia protegido, D. Gil,

que como todos los españoles, tenia ideas innatas de cortesanía, se creyó obligado por todas razones á venir á ponerse á *nuestra obediencia*.

Es de advertir que en los pueblos del tenor de Valdepaz no se hallan más espejos que alguno que otro tan pequeño, que si alguna vez sus dueños tienen la curiosidad de mirarse en ellos, van viendo sucesiva y separadamente cada una de sus acciones. Abrió el criado, que era gallego, la sala, diciendo á D. Gil que pasase adelante, lo que este hizo preguntando al pasar al criado, á quien ya conocia: —Farruco, ¿en tu tierra canta el cuco? y acompañando este agudo chiste con una de sus alegres risas: en seguida, por una de esas súbitas transformaciones, dijo con grave semblante y campanuda voz: ¡*Alabado sea Dios*! No hallando quien completara esta vulgar, pero hermosa congratulacion con el usado y pio ¡*para siempre*! lo dijo él y se acercó al espejo en el que se puso á mirarse. Cuando entré en la sala aun me hallé á mi visitante inmóvil y absorto en su contemplacion, sin que mi llegada le sacase de su arrobamiento; gran rato aun nos estuvimos ambos contemplando el mismo objeto, esto es, él á sí propio; yo á él.

—Señora, dijo al fin con voz consternada sin pensar en saludarme, y sin desviar la vista de su direccion. ¿este espejo aumenta?—No, señor, contesté, sin comprender la causa que originaba tal pregunta.

—Señora, tornó á preguntar, ¿este espejo ensancha?

—No señor.

Entónces, con un acento desconsolado y sin dejar de contemplarse, se puso á exclamar á gritos:

—¡Ay qué gordo! ¡ay qué negro! ¡ay qué feo! ¡ay qué barrigon que soy! Jesucristo, cristianos, ¡qué espantajo para lobos!

Traté de atenuar el mal efecto que le habia causado á aquella viva antítesis de Narciso su propia vista; pero no me escuchaba; habia caido cabizbajo sobre una silla, y seguia su triste elegía:—Señora; yo no sabia que era tal figuron. ¡María Santísima! ya no me espanto de que el tio Lucas el arriero no me quiera alquilar sus burros cuando se me ofrece ir á cazar á *la marismilla*. Esto diciendo, se levantó para volver á mirar; pero esta vez, sobreponiéndose su natural jocoso, conformé volvió á verse, empezó á reirse tan de corazon y con tan sinceras carcajadas, que no tardé en hacerle coro. —¡Toma! decia, y á mí ¿qué se me dá? ¿tendria yo acaso alguna renta por ser bonito? ¿no me está siempre diciendo mi Curra, *dame gordura y darete hermosura*? y que jamás se dice: ¡qué hermoso y qué *flaco*, sino qué hermoso y qué *gordo* que está! ¡Ahora me iria yo á apurar por eso! ¡pues ay!... ¡bendito sea Noé, que se quitó los calzones y echó á correr (1).

---

(1) Expresion popular para ensalzar la despreocupacion.

El discurso que probablemente habia preparado para aquella ocasion se quedó en el tintero, ó más exactamente dicho, en el espejo: lo solo que de él pudo reasumir fué que tenia un amor entrañable á los usías, que los usías le habian dado su carrera, que los usías daban allá el pan á los trabajadores, que por un usía era capaz de dar el corazon, y que cuando habia un usía en el lugar se alegraban hasta los pájaros.

Despues de esta primera entrevista, que no pienso fuese grave ni ceremoniosa, y establecida desde luego cierta confianza muy expansiva por parte mia, me suplicó con tan vivos deseos que tocase el piano, que allí vió sin comprender lo que era, que me apresuré á satisfacer su deseo; bien veia que era aquel instrumento análogo al órgano; pero un órgano sin fuelle le parecia á D. Gil un sochantre sin voz. ¡Cuánto no gozó y se rió de júbilo al oirme!... creo que si hubiese sabido walsar, se hubiese puesto á hacerlo con una silla, como lo hacen las niñas que ya no van á la amiga. Pero pasando repentinamente como por mágia á una heróica severidad y á una gravedad austera, díjome:—Señora, esto es hermoso, no hay que decir; pero dónde está.... Y abriendo su boca como la de un cañon, entonó el *Credo* con un torrente de voz que hizo retemblar las vidrieras. Al oir aquella explosion vocal, las gallinas que picoteaban tranquilamente debajo de la ventana saltaron atrás piando, los pavos hicieron la

rueda con su *glu glu*, el gato desapareció como una exhalacion, el perro que gozaba de un apacible sueño se puso en pié murmurando un indistinto ladrido y empinando las orejas; y los chiquillos del capataz, que á la sazon jugaban en el patio, vinieron de puntillas, y se asomaron formando grupo á la puerta de la sala, preguntándose unos á otros: ¿Hay funcion? Era aquella muestra de canto-llano arrancada á D. Gil por la pasion que á él tenia, pasion que no sentia sino como la siente el artista por su arte, el sabio por su ciencia; esto es, con solemnidad, con veneracion y con respeto. Mas adelante quise persuadirle, puesto que su voz era realmente magnífica, á que se dejase enseñar por mí algunas de las buenas árias de bajo.

—¿De veras, Marquesa? exclamó riendo el Conde. ¿Y hubiéseis vos enseñado á un sochantre de lugar la música de Rossini, de Wehber ó de Verdi?

—¿Y por qué no, señor mio? ¿Necesita la voz de pergaminos? ¿Hay privilegios para las gargantas, ó las hay para ciertas músicas de alto coturno? Lo que sí habia es que D. Gil no queria degradar su grave garganta cantándolas; cuando se lo proponia, me echaba una mirada en que luchaban la indignacion y el respeto, pero con la que me daba á entender que le proponia una profanacion. Y efectivamente, nunca habia profanado aquella pura y privilegiada garganta el mas mínimo *tra-la-la*.

D. Gil tan alegre, tan jovial en la vida privada,

era otro hombre en la iglesia; no solo se revestia allí de sotana y sobrepelliz, sino de una dignidad magistral. Andaba derecho y la pelada cabeza erguida; su barriga aparecia entónces en toda su majestad prominente; su sotana respingaba muy sobre sí por delante, mientras á la espalda barria humildemente el suelo: su semblante en tales circunstancias aparecia impasible; no levantaba los ojos sino para echar una mirada iracunda á algun monacillo descuidado. Nada le sacaba de su paso grave y compasado, á no ser algun irreverente *ladron* en un cirio: al aparecer este sacrílego, D. Gil perdia toda su compostura y su moderacion, entrando al punto en un furor que solo era comparable al de Orlando. Cogia la caña del apagador con los brios con que Hércules empuñara su maza, y exterminaba al descarado delincuente, como aquel al leon de Nemea.

D. Gil sin más ambicion que la muy inocente de ser llamado *cantor* en lugar de *sochantre*, sin más pasion que su canto-llano, sin mas diversion que su cacería y sus sembrados; sin más ideal que los *usias*; jovial, caritativo, servicial y por lo tanto bien querido de todo el mundo, era, como ya he dicho, el hombre más feliz de la tierra. No se cuidaba de política ni de cosa alguna, fuera de su iglesia y de su casa. Para él era el mundo un cáos que no definia: solo sabia que existian *el inglés*, *el francés* y *las Indias*. Ignoraba que en otras atmósferas

ménos serenas y puras que la suya tremolase el tremendo estandarte ds la rebelion, que trabaja por arrancar al pobre su alegre conformidad, su bendita falta de ambicion, su santo amor al trabajo y á la paz, y su religion, que todas estas virtudes infunde, mantiene y bendice: así es que era su vida un tejido de inocentes goces. La comida, que era buena, ¡qué bien le sabia! el vino que era malo, lo mismo. ¡Qué descanso tan completo en su lecho! ¡Qué actividad tan grata de dia! ¡Amar á Dios y servirle, amar al prójimo y ayudarle, y *Viva la Virgen*! Esta era su divisa.

¡Oh querido, felix y excelente D. Gil, de grotesca, pero suave y risueña memoria! ¡Tú, que has sido un cero en la figura y en la significacion en este mundo, por el cual has rodado desapercibido!... ¡vale más tu chaqueta y hábito de San Antonio que las túnicas de los siete sábios de la Grecia; más tu capote de otras edades, que el manto de *Par* de Lord Byron, y más tu sombrero calañés que las coronas de laurel del Taso!

¡Triste filosofía que te quemas las pestañas sobre tus libros, y te derrites los sesos en tus cavilaciones, buscando la piedra fisosofal, esto es, *la verdad y la felicidad* que no encuentras! ¿qué eres tú en comparacion de aquella tranquilidad de espíritu, de aquella serenidad de alma, que nada busca, y todo lo halla? ¿Qué son vuestras estériles disertaciones, vuestros sistemas sin base, que se agitan en

un círculo vicioso, oscuro y seco, en comparacion de aquella plácida luz, de aquel manantial de aguas puras y cristalinas que brotan en el alma sencilla, que aprendió á vivir y á morir, en el catecismo?

—Marquesa, dijo el Conde con profunda simpatía, ántes habeis esparcido flores que he deshojado sin piedad; mas ahora verteis perlas que recojo con aprecio y afan. No hay edades entre los buenos católicos para los sentimientos religiosos, en los que tenemos unos y otros firmeza de viejos para la fé, ardor de jóvenes para la caridad, y todos una misma esperanza. Proclamad siempre como lo haceis esas idéas que os inculcaron vuestros Padres: haceis en ello más bien de lo que creeís.

—¿Yo? ¡Por Dios! ¿os burlais, Conde?

—No, señora, no, porque no por eso quiero significar que seais un gran teólogo, ni os quiero comparar con un Balmes, un marqués de Valdegamas, un *Vicario de Estepa* (1), antorchas de nuestra santa fé. Pero es porque unís á la santidad de las doctrinas el atractivo y la simpatía que ejerce la hermosura unida al ingenio; y es, sobre todo, porque los preceptos de moral y de religion tienen mucha fuerza en las bocas de aquellos que nunca faltaron á ellos, magnífica prerogativa que no enaltece á la sola altura, á que no alcanza el altivo

(1) El actual Arzobispo de Granada.

(*N. del E.*)

desprecio; púlpito de oro desde el cual baja la verdad serena y llena de conviccion, sin el temor de que nuestras faltas sirvan de pretexto para no creerlas sinceras.

—¿Cómo quereis que crea puedan hacer mis palabras el santo efecto que decís, si tan débil soy en mis convicciones, que cuando considero ciertas cosas que no me explico, tiemblo, porque me parece ver algun claro en lo compacto de mi fé?

—Por eso, señora, guardáos bien de emplear en cosas de la fé la indagacion y el análisis. Acordaos de San Agustin, que queriendo hallar solucion á cosa fuera del alcance del hombre, halló en una playa á un niño que intentaba con una conchita trasladar las aguas del mar á un hoyito que habia abierto en la arena.—Niño, dijo el santo, ¿no ves que tu intento es imposible?—Más lo es el tuyo, contestó el niño.—No desmayeis, ni desconfieis de vuestra fé por no comprender; la fé está en la *voluntad* y no en la *inteligencia*.

—Es cierto, es cierto, Conde; y esto es lo que constituye la pura y firme fé del carbonero; la fé es un *deber* que triunfa de los sentidos y alcances del hombre.

—Marquesa, despues de esta digresion, que es muy grata para mí, volvamos á vuestro D. Gil, con el que deseo hacer más ámplio conocimiento.

—La pequeña casa en que vivia,—prosiguió la Marquesa,—con su excelente y amante mujer, y una

sobrinita huérfana que habia prohijado, era digna de ser el albergue de aquellas apacibles existencias: estaba situada con la capilla entre la iglesia y nuestra hacienda: á la espalda tenia el alegre cementerio.—Sí, sí, alegre digo, aunque frunzais el ceño: nada más apacible podia darse que aquel lugar tan verde bajo aquel azul tan puro á la sombra de aquella respetada iglesia: puede que si allá se hubiese enterrado á un ajusticiado ó un suicida, hubiese perdido su apacible fisonomía; pero no era ese el caso. Para llegar á la habitacion del sochantre se atravesaba un gran corralon ó patio verde y frondoso, que servia á la capilla y á la casa como de antesala.—Crecian en su centro dos altos cipreses, á un lado dos anchos naranjos, y entre estos y los primeros se hacia lugar un alegre paraiso acariciando al naranjo con sus ramas, perfumando al ciprés con sus flores, como el niño que á un tiempo acariciase á su Madre y sonriese á su Padre.—Al frente de la casa se arrellanaba brindando sombra una parra recostada en su emparrado, sostenida por pitacos, como se arrellana un sultan en su palanquin sostenido por etiopes. Entre las grietas de las viejas paredes, junto el lánguido *resedá*, tan modesto en la eleccion de su domicilio, se asomaba la tremenda *boca de sapo*, sin conseguir intimidar á su vecino el desgavilado jaramago que sacaba su gaita amarilla por entre las ramas de un *rosal de Pasion*, cubierto de sus dulces y santas ro-

sas, esas verónicas de las flores. A su lado una *madreselva* cubria como una verdadera madre los defectos y asperezas de la pared. Por entre sus ramas se veia á los lagartos dar sus paseos intermitentes. Hallábase en aquel patio mi Flora rústica en sus glorias; esto es, las plantas y flores que con preferencia eligen las casas de los pobres, porque alli se crian á sus anchas sin temor de la cruel podadera, embalsaman el aire á su amor, sin temer que sea nociva la fragancia á los nervios de las delicadas ciudadanas (empezando por mí, Conde, que no puedo oler una *dama de noche*, sin sentirme indispuesta), y sin verse perseguidas y difamadas á causa de las malas influencias que les suponen. Así era que la *adelfa* levantaba allí en triunfo sus rosados ramilletes protestando contra la *inteligencia cordial* que se le supone con la maligna erisipela. Veíase el delgado *aromo* cubriendo sus descarnados miembros con un vestido de crespon verde salpicado de lentejuelas de oro; la *alhucema*, que elige la santa forma de la espiga y el modesto color lila para su flor, que ha de constituir el inocente y sencillo sahumerio de los niños; el *saúco* abria sus anchos y compactos ramos como plazas de armas á las evoluciones de las mariposas. Las *viuditas* jóvenes, sin quitarse su sério vestido morado, se coronaban de una fresca guirnalda verde como la esperanza; los *frailes boca abajo* preguntaban á una grave y tiesa *malva loca* por qué razon los han cali-

ficado de *frailes*, no habiendo en su vida predicado un sermon; á lo que la interrogada respondia que seria con la misma sinrazon con que á ella, la más recogida y compuesta entre las flores, que ni se mecia provocativamente en su tallo para llamar la atencion de las mariposas, ni se perfumaba coquetamente para atraer á las abejas, la habian calificado de *loca*. Los inofensivos *alfileres*, ese mosáico de diminutas florecitas, añadía en comprobacion de esto que igualmente calumniosa era su denominacion, pues jamás habian pinchado á nadie; las lindas y finas *arañas* exclamaban llorando que era un *contra-flora* designarlas con el nombre de un inmundo y horroroso insecto; encendido de cólera el *moco de pavo* que esto oia, les aconsejaba que no llorasen más, porque se pondrían aun más flacas, y que ántes bien se revistiesen como él lo hacia, de unas buenas púas para pinchar las narices de los *guasones* que se les acercasen. Allí se veian los *miramelindos* que se asemejan al cristal, de tal manera que se figura el que los mira que su contacto debe de ser melodioso; el *mirasol* ó *gigantillo*, que no tiene mas gracia que la de hacerse un *desgavilado* varal, y mirar al sol con la boca abierta; la *sangre de francés*, apellido de inaveriguable orígen, como casa sin pergaminos, que se queda casi solo para alegrar á noviembre; la *capa de rey*, bien denominada por ser una magnífica esposicion de púrpura, lapizlázuli y oro que hacen

las hojas para ostentarse y probar que no siempre han de consentir en estar en segundo término y hacer de pajes de las flores. Allí estaban los *nunca me dejes*, jazmincitos que como niños mal criados, por espíritu de contradiccion, se caen cada vez que se los nombra. Cerca de ellos florecian unidas en sus ramos como monjas en su convento, esas florecitas que por blancas é inmaculadas han merecido el glorioso nombre de *flor de Santa María*; las *arreboleras* tan sencillas y modestas, á pesar de poderse jactar de tres títulos como grandes de España, pues además del referido tan poético que alude á sus bellos colores, tienen el sentimental de *suspiros* porque caen y se vuelven á reproducir con la misma facilidad, y el de *periquitos de noche*, porque de noche abren su cáliz, pues hasta en las flores hay á quienes intimida el bullicio y encoge la luz. Por último, allí se ostentaban las *adormideras*, las que á semejanza de muchos sábios y hombres de Estado hoy en dia, se quedan tan pronto calvas, madurando en sus escuetas cabezas una infinidad de pequeñas ideas *utilitarias*...

—Que todas exprimidas forman un soberbio narcótico, exclamó riendo el Conde.

—Chiton, Conde, chiton! repuso la Marquesa, que no quiero que mis flores den ocasion á la sátira; prosigamos, pues veo que me he detenido en describir estos lugares, lo cual he hecho por un irresistible impulso, porque me gustan los árboles

como á los pájaros, las flores como á las abejas, las parras como á las abispas, y las paredes viejas como á las salamanquesas.

Consistia la casa del sochantre en una sala que tenia una alcoba á la derecha, y á la izquierda un cuarto con los avíos de amasar: estaban estos limpios y brillantes como el cristal, porque la *señá* Francisca era mas que aseada, era pulcra. Frente de la puerta de entrada habia otra que daba al corral, en el que se hallaba la cocina: servíale de quitasol una rústica higuera, que se desprendia de su tafetan en invierno para ponerse uno nuevo en la primavera. Paseaban por allí las gallinas tan redondas, tan encarnadas con sus diademas de coral! ¡Con qué instinto de buena educacion llamaban cariñosamente á los polluelos chicos, desvalidos, amarillitos y redondos como grandes flores de aromo, y aplicaban un picotazo bien dado á los pollos zánganos y desgavilados, pollos en la denominada *edad de la chinche*, que aun golosos como chicos, ensayan ya su voz de tiple imitando la de tenor del gallo! Era de ver lo mansas y satisfechas que estaban esas agradecidas comensales del hombre! lo que prueba que hasta en los pobres animales el aprecio ajeno da esa confianza sin arrogancia tan necesaria en la vida, y aleja la angustiosa desconfianza que suele coartar nuestras facultades y amilanar nuestro espíritu.

—Eso será cierto, señora, aplicado á las al-

mas sensitivas, á los génios modestos, pero.....

—Conde, Conde!... interrumpió la Marquesa,— así como no quiero que mis hermosas flores sirvan de asunto á la sátira, no quiero que mis buenas gallinas den pábulo á la crítica.

—Vamos, señora; para complaceros diré el conocido dicho francés «que todo es para bien, en este el mejor de los mundos;» hasta lo pensaré por tal de que prosigais.

—Muchas veces, cuando entraba en aquel pacífico asilo, prosiguió la narradora, me quedaba suspensa en el quicio de la puerta. Presentábase á mi vista aquella casa tan aseada, su dueña que tan agasajadora me salia al encuentro; D. Gil, sentado á una pequeña mesa, tan arrimado cuanto se lo permitia su enorme abdómen; sobre la mesa un jarro; en su mano un vaso de vino que levantaba en alto como para darme la bienvenida con su cara de pascua, su boca de risa; la vieja tia Tinea, su criada, fregando en el corral; al sol el almirez, que brillaba como el oro; el gato durmiendo sobre una silla baja, tan seguro de no ser acosado, porque en aquella mansion de buenas almas, custodiada por las flores, no asomaba ninguna clase de hostilidad, no hallaba entrada ningun género de crueldad. Este cuadro de interior, tan alegre, tan pacífico, tan acabado en sus mas mínimos detalles, tenia la graciosa naturalidad, la gráfica minuciosidad de un cuadro flamenco; mientras que volviendo la cara

hácia el pátio en cuya resplandeciente y embalsamada atmósfera formaban los cipreses, los naranjos y las flores como un fondo en medio del cual se destacaba la capilla con su lámpara perennemente encendida ante la antigua y milagrosa imágen que orlaban los *ex-votos* de los fieles, como insignias de su misericordia, como recuerdo de sus mercedes, formaba este conjunto otro cuadro todo meridional, lleno de brillo, de poesía, de religiosidad y de espiritualismo.

—¿Y creeis, preguntó el Conde, que todos mirasen con los ojos que vos, el casucho y corral de santero?

—Entre las gentes cultas,—mal he dicho,—entre las gentes de la sociedad, pocas; empezando por mi excelente amigo, que teme degradar su buen sentido y su grave razon concediendo que sea exacta mi descripcion, y que no veo visiones como el caballero de la Mancha; mi amigo qne me insta á hablar y escucha por simpatía, y me hace burla por la negra honrilla de severo antagonista del romanticismo. Pero, entre las gentes del pueblo, muchos hay, sí, muchos, que con esto simpatizan, y no solo en cuanto al espíritu religioso, sino tambien en cuanto á las bellezas de la naturaleza, que sienten y mezclan en sus sentimientos amorosos, como podria hacerlo el poeta de la más alta esfera. En confirmacion de lo dicho, oid algunas coplas compuestas por aquellas gentes rústicas: ellas os

probarán además, que la poesía es tan independiente de reglas, como la belleza lo es de la compostura. Entre infinitas que allí mismo recojí, escojeré aquellas que se refieren á los objetos de la naturaleza de que hé hecho mencion.

Los cipreses de tu huerta
Están vestidos de luto,
Y es porque no tienen flores
Que ofrecerte por tributo.

El naranjo de tu patio
Cuando te acercas á él,
Se desprende de sus flores
Y te las echa á los piés.

Tus colchones son azahares
Y tus sábanas mosquetas,
Tus almohadas jazmines,
Y tú, rosa que te acuestas.

—Sed franco, Conde, prosiguió la Marquesa, ¿pueden hallarse imágenes más suaves, más poéticas que las contenidas en esta última copla?

—Y tanto, respondió el Conde, que miro como una usurpacion, que se compusiesen para alguna moza de cántaro, y no para la Marquesa de Alora.—Pero vengamos á nuestro sochantre que me interesa. ¿Tenia hijos?

—Nó; pero no lo sentia D. Gil, que tenia puesto todo su cariño, cariño apasionado y tierno, en la sobrinita huérfana de que dejo hecha mencion, un ángel de cinco años, una bolita morena con ojos negros, y unos dientecitos que parecian nieve vista al sol. Pero su mujer lo habia sentido mucho al principio de su matrimonio, porque pensaba que un hijo hubiera impedido ciertos pecadillos de infidelidad, que á la verdad, mirados como tales, eran veniales, pero mortales como golpes á su amante corazon. Fué el caso que, un dia sorprendió entre su marido y una muchacha que les servia, descalza de piés y piernas, y boba en grado superlativo, el siguiente ilícito coloquio:

—Petrolilla, ¡qué mala eres tú!

A lo que la otra con admirable oportunidad y selecto chiste respondió:

—Nó, ¡que usté!.....

Y ambos se echaron á reir de su mútuo gracejo á cual más y mejor. Desde aquel dia, con refinada prudencia y exquisita prevision, despidió la santera á la muchacha, saliendo esta Agar de casa del patriarca, llevando felizmente en los brazos, no un Ismael, sino una hogaza de pan, con la que dulcificó la encelada esposa aquel acto de policía matrimonial.

En seguida tomó la previsora santera, mal que le pesase á D. Gil, á una horrorosa vieja para que los sirviese. Así disfrazado y con el seudónimo de

tia Tinea, entró el ángel de paz en aquella casa, de la que no volvió á salir.

Uno de los muchos goces de D. Gil, era fumar en una ridícula y viejísima pipa que tenia. Habiendo en una ocasion venido á Sevilla, le envié una más decente, con cuyo motivo me escribió esta carta, que es una de las que han llamado vuestra atencion, y que conservo como un precioso modelo, un *specimen*, como dicen los ingleses, en este género.

Ved esta letra, grande y redonda como su dueño, estos floréos torpes como la mano que los trazó, y esta rúbrica en que echó el resto, y que á su parecer le colocaba en la categoría de pendolista de primer órden; y por cima de todo esto y al través de la ridícula retumbancia del lenguaje, notad ese sello de sencilla bondad, esa mezcla de prosopopeya y alegre naturalidad que la caracteriza.

La Marquesa alargó la carta al Conde que leyó lo que sigue: (1)

«Con ocasion de las Pascuas (que deseamos lo»gren Usías felices), *nos excusamos* de hacer memo»ria á Usía de las singulares obligaciones que le re»conocemos, para que usando del derecho que »tiene á nuestra voluntad, dé á nuestra obediencia

(1) El autor ha podido hacerse con el original de esta carta que conserva en su coleccion de curiosidades.

»repetidos preceptos de su agrado, en cuyo em-
»pleo se acredite.

»Dios guarde á Usía muchos años, en compañía
»del Marqués mi señor

»Su obediente criado

GIL PEREZ.»

P. D.

«He recibido la gran pipa de Argé; estoy con-
»tentísimo con ella, y le repito á Usía las gracias
»infinitas. La tia Tinea cada vez más torpe.»

—Bien haceis, dijo el Conde devolviendo la carta á la Marquesa, en conservar tan original autógrafo, pues cada dia escaséa más lo original, lo peculiar que constituye un tipo, esto es, una cosa característica, individual, marcada con un sello peculiar. El recuerdo de la tia Tinea en tan retumbante epístola, vale su peso en oro.

—Es que ese individuo ocupa un puesto grande en la existencia de D. Gil. Era aquella mujer un descarnado conjunto de ángulos agudos, una percha de la que colgaban en infinitos pliegues unas enaguas de bayeta verde y un toquillon de bayeta color de castaña. Cuando atravesaba la sala para ir al corral, precedida de sus narices que habian crecido demasiado de prisa, solia decir D. Gil:

—Ahí tiene V. S. á la tia Tinea que parece un abanico cerrado.

—Y Vd. uno abierto, contestaba muy picada la tia Tinea.

D. Gil se echaba entónces á reir tan alegremente, como si hubiese pasado la cosa más graciosa del mundo.

—¡Válgame Dios, Gil, empeñado estás en sacar á la cara los colores á la tia Tinea! decía la comedida santera.

—¡Los colores á la cara! exclamaba D. Gil aumentando su risa, ¡á ese pergamino arrugado!! Como no fuése con una brochada de azarcon...

—Calla, Gil, que se vá á sentir; y la tia Tinea es una buena mujer.

—No digo que nó, Francisca; bajo una mala capa, hay un buen bebedor, ¡y esta Doña *Feana* es una cocinera que yá! Señora, guisa una ollita, que se chupa uno los diez mandamientos; un potaje que dice: ¡*Comedme*!... La masa frita hecha de su mano, dá gloria, y en cuanto al ajo molinero, ni en la mesa del Rey se presenta mejor hecho.

—Calla, hombre, que en la mesa del Rey no se presenta ajo molinero, que es comida de pobres.

—¿Que no se pone? exclamaba D. Gil; ¡pues peor para el Rey!

Aun habia más encantos para mí en aquella casa que estas ocurrencias de D. Gil, que tanto me divertian. La santera tenia puesta una amiga, y cada

mañana se reunian debajo del emparrado, una porcion de niñas chicas. Sabeis cuánto me gustan los niños, graciosos intermedios entre el hombre y el ángel, cuando de este conservan aun la inocencia en los ojos, la verdad en los lábios, la fé en el alma, y la confianza en el corazon. Sabeis cuánto me interesan, sobre todo en los del pueblo, sus cuentos, sus dichos, sus versitos apropiados, las circunstancias que tienen una sencillez y un candor tan lleno de encanto, un sentido poético tan innato, unas nociones y sentimientos religiosos, tan justas las primeras, tan tiernos los segundos y tan tempranamente inculcados!..... flores pequeñas nacidas en las praderas, sobre las que todo el mundo pasa sin detenerse á examinar su sencilla belleza, ni á aspirar su suave perfume!

¿Por quién han sido compuestos estos primeros tartamudéos en el arte de la versificacion? ¿Qué oido adivinó la cadencia del metro? ¿Quién les enseñó esas primeras nociones tan puras y graciosas de las cosas terrenas y divinas, que expresan esas producciones populares é infantiles? No pueden ser personas mayores, porque no hay entendimiento maduro que retroceda y se inculque la inocencia ignorante, ni el candor inmaculado. Así, pues, ¿no es más fácil suponer la precocidad de sentimiento y de imaginacion, que haría á la ignorante niñez acertar por intuicion algunas nociones de las cosas que aun no están á su alcance? Decida

esto un filólogo amante de los niños, de la poesía, y de las cosas sencillas; á mí me basta admirar y enternecerme. ¡Ay! los niños y las flores, estrellas de la tierra que alegran y engalanan! ¡quién los hiciese diputados, legisladores, ministros, para que rigiesen el mundo á su antojo!!!

—¡Qué de fuentes y de confiterías habria en él! dijo riendo el Conde..... Ese nuevo sistema podeis publicarlo, puesto que hoy dia lo extravagante en punto á sistemas, tiene un gran mérito de actualidad: desde luego os doy mi voto para Presidenta de esa República.

—Lo que iba ahora á referir, prosiguió la Marquesa, eran mil cosas de niños; pero bien mirado, Conde, eso no os puede interesar.

—¿Porqué nó? ¿Acaso creeis que no hay simpatía entre los viejos y los niños? ¡La hay y mucha! Las pasiones que agitan la vida del hombre, en los unos aun no existen, y en los otros dejaron de existir, lo que produce un estado análogo; unos y otros nos encontramos en las puertas de la vida; ellos que vienen, y nosotros que nos vamos; ellos nos dicen: ¡*descansad*! nosotros les decimos ¡*buen viaje*!

—Pues si os complazco, alcanzo dos placeres al recordar estas escenas de niños. Debajo del hospitalario emparrado, tenian las niñas sus graves conferencias. ¡Cuánto me complacia en ver aquellas graciosas y grotescas figuritas, con sus diminutas castañas, sus cortísimas enaguas, y sus zapatitos

viejos, cuya punta se entreabria como una almeja para dejar asomar cinco deditos diminutos, como cinco cabecitas curiosas en una entreabierta ventana. Levantaba la brisa alguna vez una de las anchas hojas de la parra, como para dejar entrar un curioso rayo de sol, que iba á picar la nariz de alguna de las chiquillas como un mosquito de oro, porque el sol es amigo de los niños, como la luna es amiga de los amantes. Solíame poner en una ventana, á la que servia de espesa celosía una mosqueta, á escuchar sus coloquios. Un dia hasta llevé mi prontuario, y anoté el siguiente:

—Mi *mae* fué anoche á la iglesia y me llevó; ¡muchito!

—¿Habia bautizo? ¿Hubo pelon?

—No, sermon.

—¿Sermon de noche? ¿Pues á qué hora?

—A las ánimas y media acabó,

—¿Tu lo oistes?

—No; que ¡me dormí!

—Pero ¿quién *preicó*?

—Un Padre; ¿quién habia de ser?

—Toma... otro cualquiera; yo tambien sé *preicar*.

—¿Tú? exclamaron todas, ¡mentira!

—Que es verdad; que sé un sermon; y sino.... ahora lo vereis. Vosotras sois las mujeres; ea tocarse todas.

Las chiquillas se pusieron por la cabeza pañolillos, delantales, dechados, cuanto hallaron á mano,

hasta los calzones de D. Gil que habian quedado sobre la silla de la santera que los habia estado cosiendo. La predicadora cogió una sillita baja y la volvió de manera que, subida sobre ella, sus manitas descansaban sobre el espaldar: colgó en este á manera de paño de púlpito, un cernadero, y se encaramó sobre el asiento, donde puesta en pié dijo gravemente:

—Arrodilláos, pecadoras!

Las chiquillas obedecieron unánimes á la intimacion, y la predicadora prosiguió en estos términos:

—Ea! calláos la boca, pájaros, y vosotras, abispas, que pareceis abejorros; acudid, lagartos, vosotros que sois buenos y humildes, á oir á este *preicaor* que os va á decir:

El sermon del peregrino
Cuando Jesucristo vino
Y se puso en el altar
Con los piés llenos de sangre
Y las manos *enclavás*.
En Jerusalen estaba
Y así se puso á decir:
Que vengan á mí los niños
Que los quiero bendecir.
Limpia, limpia, Magdalena
Y no dejes de limpiar;
A los chicos darles teta,
Y á los grandes darles pan.

Bajóse en seguida con poca gravedad porque fué de un salto diciendo:

—Ea, id con Dios y enmendaos.

—¿Te enseñó el obispo ese sermon? preguntó una de las mas admiradas.

—¡Qué! el obispo no hizo mas que darme un bofeton cuando me confirmó, para que me acordase de que prometia ser cristiana.

—¿Y viste al obispo?

—Lo *vide*; ¿tenia yo acaso los ojos cerrados?

—¿En dónde?

—En Sevilla cuando fuí por *Copusquisti*, y ví la procesion y ví á la Infanta.

—¿Y cómo es la Infanta?

—Como una imégen; ¡mas bonita es!!!

—¿Y dónde estaba?

—¡Toma! en la procesion.

—¿Y con quién iba?

—Con un *melitar* mas alto! y otro iba detrás recogiéndole las naguas (1).

—¡Ay Jesus! ¡ay Jesus! exclamaron todas altamente escandalizadas.

—Acabé mi dechado, exclamó una niña que sentadita en su sillita habia estado todo este tiempo acabando su faena, y se puso á cantar:

Adechado y mas adechado,
Trabajito me habeis costado,
De la mano de mi maestra
Cañacitos en la cabeza.

---

(1) El gentil-hombre que lleva la cola en dias de gala. (*Auténtico.*)

—Dame un *pilelé*, dijo una de las mas chicas á su hermana mayorcita.

—¿Y para qué quieres ese alfiler?

—*Pa* ponerme esa *fló* en la *caboba*.

—¡Qué tontuna! eso queda bueno para las mozas.

—Quiero la *fló* en la *caboba*, en la *caboba*, insistió la chica en tono que no admitia réplica.

—¡Caramba con el renacuajo este! dijo su hermana, que en diciendo por aquí he de meter la *caboba*, la ha de meter sin remedio.

En seguida se puso á alisar el pelo de su hermanita y á colocarle segun lo exigia un copete tieso como un huso en la castaña que atravesó como una flecha un corazon, mientras canturreaba:

A la flor de la petiflor
A la verde oliva,
A los rayos del sol
Se peina mi niña.

—¡Mirad, mirad, gritó otra, la cigüeña! la cigüeña! A la torre de la iglesia va.

—Y se pusieron á cantar en coro:

Cigüeña, cigüeña,
Tu casa te se quema,
Tus hijos te se van;
Por cuaresma volverán.
Sácate una pluma,
Dala al sacristan,

Que escriba una carta
Que ellos llevarán,
Y al rey de los moros
Se la entregarán.

Mientras otras salmodiaban:

Cigüeña, cigüeña,
Dame un cuarto para leña
Y otro para jabon
Para lavarte el camison.

—¿Cómo está la tia Muñiz? preguntó una de las mayorcitas.

—Está intercaliente.

—¡Qué intercaliente, si se murió! Mañana se le van á hacer las honras que se hacen á los difuntos que se mueren.

—¿Y por qué se ha morío? preguntó la que ostentaba el copete.

—¡¡¡Mira qué pregunta!!! se murió porque *Pae* Dios quiso.

—¡Vaya, con *Pae* Dios, que quiere que se muera la gente! dijo en tono de severa desaprobacion la encopetada.

—Calla, hereje, si te oye D. Gil te aplasta; si no nos muriésemos, ¿cómo íbamos al cielo?

—Mariquilla, canta una copla, que quiero bailar. *Placia*, cuenta un cuento, que sabes de más de mil. ¿Qué mil? mas de doce docenas tambien.

—Ana, dí la relacion del gato, ¡qué es más bonita!

—Cármen dí la relacion del Calvario. Y la niña llamada Cármen dijo:

Yendo por un caminito,
Un postigo me he encontrado,
Abierto siempre al que llama,
Al que no llama cerrado.
Pasó por allí la VIRGEN
Toda vestida de blanco,
Y cuando volvió á pasar
Traía el vestido manchado
Con la Sangre que su HIJO
En la Cruz ha derramado.
Venid, cristianos, venid,
Caminemos al Calvario,
Que por pronto que lleguemos,
Le estarán crucificando.
Ya le hincan las espinas;
Ya le remachan los clavos;
Ya le hincan la lanzada
En su Divino Costado.
Vinieron las tres Marías
Con los tres cáliz dorados
Para recoger la sangre
Que JESUS ha derramado.
—Al pié de la Cruz estaba
Un rosal de blancas rosas:
De la sangre de JESUS
Hase caido una gota.
La rosa compadecida
Al punto la recogió,
Por eso es tan purpurina
La rosa de Jericó.

Ya vienen las golondrinas
A quitarle las espinas;
Ya vienen los gilgueritos
A quitarle los clavitos;
Ya vienen las tortolitas
A llorar tan tristecitas!

—Plácida, ¿no sabes tú la de San Pedro y las llaves del cielo?

—Sí, sí, respondió Placidita, que era la sobrina de D. Gil; pero... ¡tengo sueño!

—A la noche dormirás; anda, ¡dila ahora! Anda y no muelas.

La dócil niña dijo esta relacion:

Levántate, Pedro,
Enciende candela
Y mira quién anda
Por la cabecera.
Los ángeles son
Que vienen al huerto
y llevan á Cristo
El cáliz acerbo.
San Pedro tiene dos llaves
Una con que cierra y otra con que abre:
Yo tengo otras dos, el Credo y la Salve.

Como atraido por la voz de la niña á quien tanto amaba, D. Gil se habia venido acercando á la ventana conteniendo á duras penas aquella risa de corazon que le causaba cuanto le gustaba ó hacia gracia.—¡Jesus, Señor! ¡y qué salada que es! decia, ¡vamos, que la chiquilla es un portento! ¿No es así,

señora? ¡bendita sea tu alma, chula, rechula! ¡Me la comeria!

Entre tanto las niñas proseguian en sus entretenimientos: unas bailaban, cantándoles otra esta copla:

En el hospital del rey
Hay un raton con tercianas;
Y una gatita morisca
Le está encomendando el alma.

Aquella á quien se habia pedido recitase la famosa relacion del *gato*, complacia á su noble auditorio en estos términos:

Estaba señor don gato
En silla de oro sentado,
Calzando media de seda
Y zapatito picado.
Llegó su compadre y dijo
Si queria ser casado
Con una gata morisca
Que andaba por los tejados.
El gato por verla pronto,
Cayó del tejado abajo:
Se ha rompido tres costillas,
Se ha descoyuntado un brazo;
Venga, venga presto el médico,
Sangrador y cirujano,
Y sobre todo que venga
El doctor señor don Cárlos.
El señor don Cárlos manda,
Despues de haberle pulsado,
Que maten á una gallina

Y que le den buenos caldos.
Al otro dia de mañana
Amaneció muerto el gato:
Los ratones de alegría
Se visten de colorado;
Las gatas se ponen luto,
Los gatos capotes largos,
Y los gatitos chiquitos
dicen *miau, miau, miau.*

Acabada la relacion, dijo la Marquesa riendo:

¿Pero, es posible, Conde, que estemos, yo refiriendo y Vd. prestando atencion á semejantes niñerías? ¿Puedo acaso persuadirme que otra persona que yo se interese y sienta simpatía por estas producciones, tipos de la mas candorosa sencillez?

—Pues confieso que las he oido con sumo placer, contestó el Conde: esa relacion del gato con el cuento de la hormiguita y otras en ese género son para mí recuerdos de la niñez, de esos que sonrien por toda la vida, por larga que sea. Contábamelos mi anciana ama, que en los primeros años los oyó á su Madre que á su vez los supo por la suya; ved aquí que á lo ménos pueden jactarse de una incontestable antigüedad. Estos cuentos y relaciones son amigos y compañeros de la infancia, á la que alegran sin envejecer con ella.

—Además, Conde, en los paises de más alta cultura literaria estos cuentos y cantos, tanto los populares como los infantiles que llegan á obtener la patente de popularidad y la ventaja de perpetuidad

(ventajas que muchas obras de indisputable mérito no obtienen), son recogidos, impresos y conservados con el mayor empeño. Los indagadores estudian en estos cuentos y cantos el desarrollo, las primeras elaboraciones del pensamiento en su libre albedrío, la expresion innata de los sentimientos del corazon, la agudeza espontánea del entendimiento, como los botánicos estudian las plantas que crian, en su gérmen; y las plantas silvestres en sus hojas y flores. En cuanto á los poetas, recogen estas incultas, pero balsámicas obras de la naturaleza, como las perlas que forma la ostra sin conocer su valor. Pero aquí no es ese el caso. Si algun presuntuoso ilustrado, ó algun inflexible clásico nos estuviese oyendo, ¿qué pensaria de este tejido de nimiedades, niñerías, y de reflexiones de alto vuelo que entretejemos?

—Señora, pensarian que tiene nuestra discusion el giro natural y libre de una conversacion íntima y familiar. Además ¿qué os importa lo que ellos pudiesen pensar? ¿Hablais acaso á ellos? en ese caso os diria con Luis de Góngora:

¡Triste del que á una roca pide orejas!

Proseguid, Marquesa; ¿ á qué evocar la imágen de la crítica como un fantasma, ante el cual se replegue la expansion de vuestros gratos recuerdos,

y se hiele su pintura en vuestros labios? Estoy seguro de que no hay un poeta, á quien estas cosas si bien no le entusiasmasen como á vos, al menos no le hiciesen gracia. Proseguid esa pintura en sus menores detalles, hasta venir á las circunstancias que han motivado esa segunda carta, que espero ha de ser tan notable como la primera.

—Ya no sé, respondió la Marquesa con distraccion, lo que decia: ¡ya se ve! como que esta excursion por mis recuerdos no es una relacion, no tiene lo que hablo ni hilacion, ni una marcha marcada.

—Yo me acuerdo, dijo el Conde; las niñas estaban debajo del emparrado; D. Gil oia con delicia á su sobrinita decir su relacion.

—Sí, sí, recuerdo,—repuso la Marquesa volviendo á animarse,—la relacion en que decia tenia dos llaves del cielo. ¡Angelito! no necesitaba ninguna; su inocencia le abria las puertas del cielo de par en par.—Miéntras así se entretenian, uno de esos nubarrones ligeros y de formas caprichosas y esbeltas que llaman *gigantones*, como atraido él tambien por las niñas, llegó de prisa y se paró sobre el emparrado como otro emparrado más alto y más ligero, y empezó á deshacerse en lluvia de diamantes, que brillaban al través de los rayos del sol al caer sobre las niñas; pero estas nuevas Dánaes más recatadas que la madre de Perseo, echaron á correr con más ó ménos gracia, con mas ó ménos ligereza, con más ó ménos tropezones cantando:

Agua, Dios mio,
Que se seca el rio!
El trigo barato,
Y el pan á dos cuartos!

—Plácida, corazon, dijo D. Gil al verla entrar, ¡quiéreme parecer que estás hoy descolorida!

—¡Válgame Dios, hombre, repuso su mujer, cuál estás con la niña! No parece sino que te se va á derretir entre las manos como copo de nieve; nada tiene el angelito, y la vas á meter en aprension.

Habia pasado el aguacero, y las niñas se fueron á sus casas. Placidita se sentó en una sillita baja junto á D. Gil, y echó la cabeza sobre sus rodillas.

—¿Qué tienes, hija mia del alma? le preguntó su tio; ¿te duele la cabeza?

—Sí, respondió la niña, cuyas mejillas se iban enrojeciendo como el cielo cuando se pone el sol,

Jamás he visto consternacion más marcada y dolorosamente expresada que la que en aquel instante se selló en el abierto y candoroso semblante de D. Gil. Agachóse y tomó á la niña en sus brazos, y mientras que con trémula mano la pulsaba, decia á su mujer:

—¡Francisca! ¡Francisca! ¡La niña tiene calentura!

—Vamos, hombre, no te asustes, respondió la santera, acudiendo de prisa y poniendo su mano en la frente de la niña; será un resfriado; voy á

hacerle una taza de cocimiento de flor de violeta.

Marchóse apresurada; pero por pronto que volvió, ya la niña dormia en los brazos de su tio con aquel sueño pesado que es en los niños el precursor de sus enfermedades. D. Gil estaba inmóvil como una estátua, y aun hacia esfuerzos para contener su respiracion.

—¡Francisca! dijo en voz que apenas se oía; la niña está muy mala.

—¡Tales cosas! contestó esta. Hombre, por Dios, no te apures; todos hemos estado malos de chicos, y todos vivimos.

—¡Menos los que se han muerto! respondió con voz acongojada el marido. ¡Francisca! ¡Francisca! si Dios se la lleva, yo me voy detrás; desde ahora te lo predigo!

—Toma este cocimiento, hija mia: tiene azúcar, dijo la santera levantando la cabeza á la dormida niña. Esta entreabrió los ojos y bebió con ánsia.

—Placita, mi vida, mi corazon, ¿me quieres? preguntó D. Gil, por tal de oir el dulce querido sonido de voz de la niña.

—Sí, murmuró esta. Fué la última palabra que habló. A los tres dias habia muerto de garrotillo, ese implacable verdugo de los niños!

Me apresuré á ir allá con el alma oprimida, y angustiado el corazon; pero al entrar en la casa se serenó mi congoja.

La niña estaba en su cajita azul y blanca, blan-

ca como la caja, rodeada de flores que parecian haber acudido allí como alrededor de una azucena para recibir su último perfume; nada habia allí lóbrego, negro, ni mústio, pues ¿á quién puede parecer triste la vista de un niño muerto? ¿A quién tétrica aquella tumba que se riega con flores, dulce privilegio de que las tumbas de los niños solo deben gozar? ¿A quién puede parecer fúnebre aquel féretro, al lado del cual, en lugar de la solemne deprecacion *Dios le haya perdonado*! solo se oye pronunciar por cada cual esta sentida congratulacion: ¡*Dichoso tú*! ¡*dichoso tú*! ¿A quién puede afligir una muerte por la que nuestra madre la Iglesia repica como para una festividad? No, no es triste aquel féretro blanco y florido junto al cual en lugar de entonar los ministros del culto el imponente *De profundis*, no se oye sino la dulce voz de los niños que cantan:

Las flores son para el suelo,
Y los niños para el cielo,
A donde á Dios van á ver,
Y ya no quieren volver.
Que echen las campanas á vuelo
Que hoy hay un ángel mas en el cielo.

¡Qué profundo buen sentido es el que hace que entre el pueblo, en un *entierro de ángel*, se tenga una demostracion de dolor por una profanacion, como lo es una de regocijo en el entierro de los

mayores! ¡Cómo comprende con ese profundo sentido religioso que unos le niegan y otros quieren borrar en él, que es la muerte en la infancia un particular beneficio de Dios! que el alma de un niño que muere, es un alma privilegiada que Dios releva de las miserias humanas, y á la que da la corona sin el combate, la palma sin el martirio! (1) ¡Cómo conoce que la senda de la vida que para los niños aun es llana y está cubierta de flores, se hará áspera y erizada de espinas cuando dejen de serlo! ¡que entrarán ellos tambien en la gran lucha del bien y del mal, de que aun les aparta su inocencia, sin saber si saldrán vencidos ó vencedores!!!

D. Gil estaba sereno, como lo hubiese estado si hubiese visto al ángel de su guarda subir al cielo; pero tambien, como si este le hubiese faltado, desapareció la alegría y contento de su existencia;

---

(1) No queremos omitir aquí, por lo que confirma estas ideas, un epitafio á una niña compuesto por un jóven poeta andaluz amigo del autor.

Blancas rosas mi frente coronaron
Menos puras y bellas que mi alma;
Porque no combatí, no tengo palma,
Pero tengo de flores una cruz.
Un sueño de inocencia fué mi muerte;
Angel de luz al despertar me ria;
Una cosa me falta, Madre mia,
Una sola en el cielo.... y eres tú!

(N del E.)

¡tal era la intensidad de cariño que encerraba aquel sencillo corazon! ya no cazaba; en vano sus reclamos *piñoneaban*, en vano le repetian su: *con el pie* (1) como para intimarle que con moverlos las llevaria al campo; su escopeta enmoheció; ya no iba á sus sembrados; desapareció aquel envidiable y nunca desmentido apetito. Hasta su voz se resintió del estado de postracion en que cayó su espíritu: ya no llenaba la iglesia aquella admirable y poderosa voz que como hermana se unia á los magnos sonidos del órgano! Su gran corpulencia necesitaba todos estos estímulos físicos y morales, para conservarle su actividad, y para combatir la postracion que debia producir el exceso de la parte material en aquella mole humana. Así fué que la parte vital se debilitó, sus órganos se entorpecieron y no pudieron combatir una espantosa hidropesía que estalló espada en mano. En breve se postró. Sentado en su lecho y respaldado en almohadas, porque no podia estar acostado, clavaba la vista sin cesar en la sillita que habia sido de la niña, y que habia mandado colgar en la pared; y á poco tiempo dejó de existir, sin que los esmeros y cuidados de su amante mujer hubiesen conseguido alargar su existencia.

---

(1) Voces de que se valen los cazadores de reclamo para clasificar los varios cantos de la perdiz.

La Marquesa calló un momento y despues prosiguió:

—¡Oh! ¡mi buen, mi excelente D. Gil! tú que llevaste á la tierra la inocencia de corazon con que por primera vez sonreiste á tu Madre; tú que tanto ruido y papel hiciste en tu iglesia y tan poco en el mundo..... ¡ya no existes! ¡ya tú tambien me dijiste un *adios* de aquellos que son citas para la otra vida! ¡Tú estás allá arriba gozando de Dios como acá abajo lo estuviste! ¡Tu espíritu no volverá por este mundo, pues solo vuelven los de aquellos que atraen é inquietan razones poderosas ó grandes remordimientos, y tú no tuviste nada grande sino tu persona, y nada poderoso sino tu voz! Así, pues, como nadie te recordará ni aun tú mismo, he querido hacerlo yo, pintándote tal cual fuiste; y para pinceles he cogido una rama de los tristes cipreses y otra del alegre paraiso de tu casa, y con ellos te he retratado para que otro te quiera y sienta no haberte conocido. ¡Duerme en paz en tu tranquilo cementerio, rodeado de tus vecinos y amigos que á él te precedieron, y te han recibido agradecidos al hermoso *Requiem* que les cantaste! Descansa de tu vida, que te cansó cuando llegó á faltarte la hermosa voz que interpretaba los cánticos y el objeto de tu amor tan puro como el de las flores al sol. ¡Oh! tú que amaste y ejercitaste el canto y el latin sin comprenderlos; pliego blanco de papel en que estampó la fé sus adoraciones para ponerlas

en manos del Señor, no me olvides allá arriba, donde estás con otros muchos POBRES DE ESPÍRITU Y RICOS DE CORAZON, y ruega por la que supo apreciar la suave almendra bajo su tosca corteza!

La Marquesa bajó la cabeza encondiendo una lágrima en una sonrisa, como esconde la aurora una gota de rocío en una rosa.

—¿Vais á llorar por el sochantre de Valdepaz, Marquesa? preguntó el Conde.

—¿Y por qué no? ¿qué ley de razon, de decoro ó de sociedad me lo impediria? De ninguna de sus propiedades es el hombre más arbitrariamente dueño que de sus lágrimas: dejad brotar esas fuentes del corazon que prueban al correr que no está seco ni exhausto; dejad por Dios que se humedezcan los ojos, si no se han de asemejar á los de cristal de las fieras de cera.

—Marquesa, tened presente que hay lágrimas de cocodrilo.

—Jamás las he visto. Hay más; tengo la tal creencia por una vulgaridad, y he de hacer un viaje al Nilo para averiguar el hecho.

—Pero supongo que no pretendereis con ese panegírico de las lágrimas, que tengan los hombres la debilidad de llorar.

—Ni lo quiero ni lo dejo de querer; lo que niego es que el llorar sea, como lo llamais, una *debilidad*. Dos veces he visto lágrimas de hombre en situaciones á las que dieron tal sello de solemnidad, que

en mi recuerdo viven como dos monumentos imponentes é imperecederos: una vez ví llorar á mi marido á gritos, á sollozos: fue cuando murió su Madre, y la profunda impresion que me dejó ese desgarrador y sublime dolor, fué tal, que solo su recuerdo me parte el corazon como un cuchillo. Otra vez ví caer por las mejillas de una persona querida lágrimas más terribles que gotas de sangre; en una de esas circunstancias que doblan al hombre de bronce, como un junco, ponen esposas de hierro á sus manos y soplan sobre su voluntad que apagan, como se sopla y se apaga una luz. Ví esas lágrimas corrosivas como un ácido, caer sobre su cano bigote, miéntras partia en dos y tiraba su espada; y solo el recordarlo ¡me aterra! y ambos eran nobles hombres, bizarros y enteros. Las lágrimas siempre que no sean afectadas ó mezquinas, son bellas, Conde; bellas como lo es la riqueza que se expende. No obstante haré concesiones al estoicismo masculino, admiraré si quereis la fuerza de voluntad que pára la corriente del agua viva, siempre que esta fuerza, este poder, no sea la paralizacion del hielo.—Lo que sí quiero es que los hombres no escarnezcan, no desprecien, no condenen las lágrimas, pobres hijas del dolor, calladas, sin forma, sin color, sin acogida, que á nadie ofenden, y de que muchos se burlan.

—Pues yo no quiero que lloreis, Marquesa, porque las lágrimas que vos verteis, yo las recojo, y

al recojerlas, sufro mas que vos al derramarlas. Por no veros llorar—¡tanto es lo que me aflige!—me haria acérrimo enemigo de las lágrimas.

—No hagais tal, Conde, que las lágrimas no siempre son amargas y siempre son buenas: son, como dice un autor francés, el mas seguro indicio del amor; y el amor ha sido el salvador del mundo. Dios hace del amor los dos grandes preceptos én que todos los demás se encierran; pero este falta, y esto es la perdicion del mundo: su falta es causa de esa terrible guerra que aterra al orbe desde que el primer hombre sacudió el santo freno de la obediencia; guerra espantosa y universal que se hace con todas banderas, hasta con la de la humanidad y con la de la paz, y de que son víctimas desde el mas inofensivo animalito de Dios, hasta los Reyes y Pontífices! No necesita el enemigo del género humano los vicios para perder al hombre; bástale arrancar de su corazon el amor, ese divino sentimiento que dió Dios al hombre así como á los ángeles.

—¡Así todos los predicadores tuviesen el privilegio de infundir la práctica de sus doctrinas como lo teneis vos cuando recomendais el amor, Marquesa! dijo el Conde. Pero vamos á ver esa carta que aun no hemos visto, qué referencia tiene con el buen sochantre que ya no rie, que ya no canta, cuya melancólica muerte os viene á probar mi conviccion, que es que ni aun á la santa sombra de

una iglesia, entre niños y entre flores, con el corazon sano, pura el alma y tranquila la conciencia hay en este valle de lágrimas quien no las vierta.

—Esta carta, contestó la Marquesa, es la respuesta de su pobre mujer á quien escribí el pésame. No la ha escrito, pero se la ha dictado al nuevo sacristan.

La Marquesa alargó la carta á su amigo que leyó:

«Señora:

«¡No sé ni cómo me han quedado ojos para llorar! He visto apagarse al que era su luz y la alegría de mi casa. ¡Cómo le sorprendió la muerte, señora! pero no por eso la recibió mal; sino como cristiano que sabe que la vida es un préstamo. Muchas veces se acordó de su señoría; y el dia antes de morir me dijo: Dile á la señora que ya no cantaré el *Miserere* en la tierra; pero que mediante la misericordia infinita y méritos de nuestro Redentor, cantaré allá arriba el *Gloria*! Y al verme llorar, añadió: Francisca, no llores; las lágrimas siempre me han hecho contradiccion; no se deben llorar mas que las culpas. Te dejo con qué comer: así no te aflijas ni vayas contra la voluntad de Dios que dispone las cosas; confórmate y acuérdate de que ¡*cosa cumplida, solo*

en la otra vida...!—Señora, me lo he tenido por dicho; no lloro... y aguardo.

Dios le envie á V. S. todos los consuelos que expende y la colme de venturas como los pobres de bendiciones.»

Su obediente criada,
FRANCISCA MARTINEZ.»

—Señora, dijo el Conde devolviéndole la carta conmovido, esta vida del sochantre, así como los anteriores hechos en que nos hemos ocupado, que lejos de ser cosas extraordinarias y novelescas, son sucesos comunes y cotidianos, que se suceden á nuestra vista siempre como el dia y la noche, solo probarán que la vida se compone de esta constante alternativa, siendo todas y cada una de estas catástrofes, lecciones y avisos con que Dios nos recuerda, como que dice un piadoso poeta francés:

¡La terre est un éxil, la patrie est aux cieux!

Un destierro es el suelo;
La patria está en el cielo!

DIALOGO CUARTO.

EL GENERAL.

L'honneur est un rocher
escarpé et sans bords;
on n'y peut plus rentrer
dés qu'on en est dehors (1).

Os doy la mas sincera enhorabuena, dijo con alegría la Marquesa de Alora al Conde de Viana: ciertamente aturde la prodigalidad con que expende la fortuna sus dones á la familia de vuestra hermana la Generala Pelaez. En poco tiempo la mujer

---

(1) ¡La honra es isla que descuella
Escarpada en ancho mar;
El que la llega á dejar,
Ya nunca mas entra en ella!

(N. del E.)

de su hijo Adrian, que está en la Habana, hereda una inmensa fortuna; su yerno el conde de Povar gana un reñido pleito, y ahora honra la Reina á su hijo mayor con la Gran Cruz de Cárlos III. Sabido es que la fortuna toda es extremos; ¡gracias cuando acierta á escoger por favoritas personas que tanto merecen serlo! lo que por desgracia no siempre sucede. Otro motivo, además de mi buena amistad, me lleva á celebrar esta constante série de venturas, y es ver que los hechos se han puesto de mi parte, para probaros en vuestros propios allegados, que por mas que digais, por mas que repitais vuestra triste cantinela, hay personas para quienes la vida es bella, dulce y cumplida.

El conde no respondió; pero por sus labios vagó una sonrisa tan amarga y tan triste, que expresó mas de lo que hubiesen podido hacer muchas razones negativas.

—Difícil seria, prosiguió la Marquesa, que halláseis un pero que poner á la felicidad de esa familia. Vuestra hermana es una de aquellas mujeres que han pasado por todos los estados de la existencia femenina, siendo en cada cual su modelo. Bella y jóven unió su existencia á un hombre á quien antes de amarle, graduó digno de serlo, y que por lo tanto obtuvo el beneplácito de sus padres. Cuando fué Madre, hizo, como dice Balzac, su cielo del amor materno. Cuando sintió irse su juventud, se impregnó, digámoslo así, de dignidad, la que es un

brillo de oro que reemplaza el sonrosado de la juventud, y es como la virginidad de la edad madura. Cúpole la mayor felicidad de la mujer, la de poder vanagloriarse de su marido; siempre tranquila, sosegada siempre, nadie cual ella acertó con el secreto de la vida, que es como el agua, todo lo que la agita la enturbia. ¿Es verdad esto, Conde?

—Es cierto, señora.

—El General era el cumplido tipo de los marinos españoles del pasado siglo, á los que perteneció: caballero, culto, científico, bizarro y consagrado á su deber; llevaba en su hoja de servicios el gran nombre de Trafalgar, magnífico canto del cisne de la marina española. Su presencia era hermosa, su alcurnia esclarecida, su caudal pingüe, su modo de sentir y de conducirse el que correspondia á tan cumplido caballero, de que mereció y obtuvo el lauro. ¿Es verdad esto, Conde?

—Es cierto, señora.

—Crecieron sus hijos sin que la muerte le arrebatase ninguno; la escogida educacion que les dieron sus Padres, cayó en buen terreno, é hizo de ellos personas de mérito; y al mérito siguió la suerte. El mayor ha hecho toda esta última guerra con indisputable distincion, y ajeno de toda pasion mezquina, como compete á todo noble militar, ocupa en el Senado un asiento que honra. Su hijo segundo, si bien he oido decir que fué en sus primeros años un poco disipado, sentó muy luego, y

hoy dia vive en una posicion elevada y ventajosa en la Habana; y su linda hija, casada con un Grande que es el tipo de cuanto bueno y amante encierra el corazon del hombre, rodeada de sus hijitas, como una rosa de mariposas, es la mas feliz de las mujeres. Seria esta privilegiada familia ciertamente el blanco de la envidia, si no fuese porque es tan bella la virtud, que se hace perdonar las ventajas de los que la practican, aun de la misma envidia. ¿Es verdad esto, Conde?

—Todo es cierto, señora.

—Tan solo una desgracia ha tenido que llorar en su vida vuestra hermana, y fué la muerte de su marido. ¡La muerte! ¡esa es, sí, la gran catástrofe del mundo! esto es, perder á los que se aman; pues en cuanto á nosotros mismos, la muerte no me inspira tédio ni horror, si es santa y buena. Siempre he preferido mirar ese trance, no como el triste fin de la vida, sino como el glorioso principio de la eternidad; así como prefiero pensar en la clemencia de nuestro juez á pensar en su justicia; esperar á desconfiar; amar á temblar; agradecer á temer. Pero la generala es tan virtuosa que sobrellevó este golpe terrible con mucha fuerza y vigor.

—Decid RESIGNACION, Marquesa. La virtud, que es un combate contra nuestras malas propensiones y nuestras debilidades, cuando está aislada es presuntuosa; no cuenta sino con sus propias fuerzas, y tiene por auxiliares al orgullo y la vana-

gloria, que dan *valor*. La virtud cristiana desconfia de sí y acude á la gracia, y son sus auxiliares la sumision y la oracion, que dan *resignacion*.

—¡Bien definido, Conde! RESIGNARSE es dulcificar el dolor, respetándolo como compañero; *llevarlo con valor* es combatir al dolor y vencerlo como á un enemigo. Puede, pues, que ese dolor *dulcificado* y no *vencido*, haya engendrado en vuestra hermana aquella afable gravedad, aquella seriedad tan dulce, aquella dignidad tan indulgente que forman la elevada atmósfera que la circunda y es para sus amigos tan deliciosa de respirar: así es que siempre se ve rodeada como una Reina, porque su trato eleva y su contacto purifica. ¡Oh! ¡cuánto envidio esa vejez, que haria amar la temida accion de los años, cuando sobre la sien de la mujer repone una corona de flores con una diadema de perlas! Ahora bien, Conde, decidme, ¿puede la fantasía mas creadora imaginar una existencia mas cumplidamente feliz, así interna como externa?

—No es posible; esta es la opinion general.

—Y la vuestra particular, señor mio, ¿no es acaso la misma?

—Podria no serlo.

—Eso decís por negarme un triunfo, uno siquiera! cuando tantos contra mí habeis alcanzado. Esto es poco generoso, Conde. Mirad, mirad que á pesar de vuestras bellas canas, que tanto me gustan y que tanto honro, os voy á calificar de obstinado.

—¡Ojalá, ojalá fuese esa la causa de mis restricciones!

—Conde, ahora añado que sois como el relój de Pamplona, del que se dice que apunta y no dá.

—Dejemos indeciso este nuevo caso, amiga mia, y conservemos ambos el juicio que cada cual haya formado.

—Es que una vez siquiera quiero vencer, ya que la victoria se me viene á las manos.

—Bien, me doy por vencido.

—Nada de eso: quiero conquistar la palma como trofeo; no recibirla como tributo; quiero convictos y no rendidos. ¿Por qué huis del combate vos que sois tan intrépido guerreador? Es claro, es claro!: es porque no teneis armas, esto es, razones que oponerme.

—Cuando empezásteis esta contienda conmigo, bella paladina de la felicidad, me dijísteis con harta razon: en nuestra á la vez perfumada y pestífera esfera, no se ensanchan las ideas, no se exaltan los sentimientos, no se multiplican las sensaciones, sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si quereis, pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caidos, condenados á una vida mortal y de trabajo; pero esta felicidad existe: yo os la enseñaré en su sencillez y pureza, sin traspasar sus límites como el manso rio. Ahora bien, si hemos recorrido esas tranquilas esferas, á las que no llegan ni altas exigencias ni re-

finados vicios, ni envenenadora ambicion, ni la susceptibilidad melindrosa, y no hemos hallado lo que vos buscábais, esto es, un sol perenne, una suave y constante brisa, flores sin ajarse, voz que cante siempre y no suspire, ¿cómo podeis pensar que hallemos esta en estas regiones, en que hemos pulido el cristal á punto que lo empaña un soplo?

—¡Pues lo hallé, lo hallé! dijo alegremente la Marquesa. Confundo á Vd..... le hago ahora mismo abjurar sus errores, aunque bien sé que como Galileo incontinenti ha de persistir en que *no se halla, no se halla*!

—Y como Galileo tendria razon; la tierra se mueve; ¡igualmente movible es la felicidad!

—¿Con que seréis capaz de sostenerme que la familia de vuestra hermana no es feliz? ¿Que el General que vió todos sus deseos cumplidos, que no lloró sobre la tumba de ninguno de los suyos, no murió feliz?

—¿Quién puede saber, señora, el secreto que cada corazon lleva consigo á la tierra?

—¿Qué secreto amargo puede llevar consigo el que muere en el seno de la Religion, en los brazos de los suyos, bendecido y bendiciendo, sonriendo á la vida que fué bella, y á la muerte que lo es tambien porque lo fué la vida? ¡Oh! ¡morir así es una buena y dulce muerte! se la envidio.

—¿Con que envidiais la muerte del General?

—Como el mayor bien de la vida.

—Pues, señora, dijo el Conde con acento amargo é incisivo, sabed que el General murió de dolor y de vergüenza.

Al oir estas palabras la Marquesa, miró asombrada al Conde; y viendo en la solemnidad de su mirada que sentia hondamente lo que decia, creyó estar soñando.

—¡Qué decís, señor!..... exclamó consternada.

—Una verdad, señora, que con la felicidad de mis hermanos que hizo naufragar, yace en el oculto seno de un mar amargo de dolor.

—¡Dios mio! Conde..... ¿Sabeis que me he quedado fria como el mármol, trémula como las hojas de los alisos? ¡Jesus! ni yo ni nadie sospechaba.....

—¡Oh Marquesa! este es un terrible secreto; secreto que, cual el tigre ávido de sangre se introdujo de noche y á paso lento en un hogar, para destrozar el corazon de una familia.

—¡Me estremeceis, Conde!

—Y con razon, señora, repuso el Conde apoyando su frente sobre su abierta mano.

—¡Pobre amigo! ¡pobre amigo! Perdonad, dijo la Marquesa, si con imprudente mano he tocado una cuerda que vibra tan cruelmente en vuestro corazon; pero estaba tan ajena.....

—Lo creo, lo creo; si vuestros suaves y blancos dedos solo querian cojer la rosa, no es culpa vuestra si os punzásteis con la espina que ocultaba.

—¡Ay de mí! ¡ay de mí, imprudente! exclamó la

Marquesa. Perdonad, amigo; nada quiero saber. Doblemos la hoja; ocultad mi tierno interés con el secreto en el silencio; el respeto á la desgracia es el más sagrado, despues del respeto á Dios.

—No, Marquesa, sois de la familia, y sois más, sois una amiga verdadera; y los amigos son la familia del corazon. Sabréis la desgracia que cual un cáncer ha destruido la felicidad de mis hermanos; y cuando sepais que es de las que no tienen consuelo, comprenderéis que no es la muerte la gran de y mayor catástrofe del mundo.

—Conde, dejadme ignorar una desgracia, si no puedo remediarla.

—¿Me negais vuestro interés?

—¡Hablad, Conde, y así os sea un bálsamo!

—Acertada anduvísteis al delinear la vida de mi sobrina mayor, la que cual un terso y transparente cristal, no tiene una mancha; mas no fué tan acertado vuestro juicio sobre su hermano menor Adrian. Este dió á sus Padres muchas penas. Empezó por ser expulsado del colegio de artillería. Hay muchos casos en que esto no supone falta de alcances, ni incapacidad, ni maldad, y que es solo debido á naturalezas tímidas ó débiles, al tédio, al cansancio, á veces á la desesperacion, por verse el indefenso blanco de esa horrible crueldad que ejercen los muchachos unos sobre otros, tanto más repugnante, cuanto es puesta en juego por los mayores sobre los menores, por una asociacion sobre

un individuo aislado. Aturde que á semejante vejámen no se ponga coto en un cuerpo, que con razon se jacta de producir, no solamente hombres científicos y brillantes militares, pero tambien caballeros cumplidos; siendo una de las primeras cualidades de los tales la generosidad, y lo más contrario á esta cualidad el abuso de la fuerza con el débil; la opresion en quienes se jactan de equitativos, el despotismo en quienes se jactan de liberales! Triste es decirlo; pero hay una edad en que el hombre es cruel, fria y ferozmente cruel.

—¡Cierto, cierto! exclamó la Marquesa al oir tocar al Conde las cuerdas más vibrantes de su corazon. ¡Cuántas veces lo he dicho! ¿porqué no se enseña á los niños, antes de todo, los buenos sentimientos, y entre estos el primero de todos, el más bello, el más santo, el más simpático, la compasion? ¡La compasion es un bálsamo divino que Dios puso en los corazones para ungir con él los males ajenos, sean cuales sean ellos y quien los padezca! La propiedad de sufrir, es legítima acreedora de la de compadecer. Cada dolor físico ó moral que hayamos visto sin compadecerlo, á mi entender, clamará acaso más en contra nuestra ante el divino tribunal, que todos nuestros vicios. Cada vicio trae consigo su detestable atractivo, su perniciosa propension; pero la crueldad es un horroroso mónstruo enjendrado de sí mismo, al que ni el mismo génio del mal se atrevió á dar corriente ni seducciones.

—Marquesa, dijo el Conde, deberíais poner una cátedra de buen corazon.

—De bonísima gana la dotaré, amigo mio; buscadme un profesor celoso, y todos lo aplaudirémos. Pero..... ¿decíais que Adrian fué expulsado del colegio?

—Sí, y este fué el primer dolor para aquellos Padres exageradamente pundonorosos; porque sea merecido ó no merecido, el desaire que lleva un hijo, es para sus Padres un punzante dolor. A varias cosas quiso su Padre aplicar á Adrian; pero éste á ninguna quiso dedicarse con constancia. Entretanto fuése haciendo calavera, porque la ociosidad en cierta edad, es un precipicio que se abre á nuestros piés, y por su borde son pocos los que caminan sin tropezar ó marearse.

Ultimamente su Padre determinó escasearle el dinero, de que tan mal uso hacía; y no siendo mi hermana de aquellas madres débiles, que por un mal entendido amor contrarestan las medidas de prudente rigor de sus maridos, consintió en la determinacion que tomó su Padre de enviar á su hijo á la Habana, al lado de un Tio suyo, gobernador de un castillo, para que allí lo sujetase con la disciplina militar. Con este objeto marchó Adrian á Cádiz, para esperar la ocasion de embarcarse. Fué recomendado á una prima de su Padre, viuda de un brigadier de marina, señora digna y respetable, que tenia algunos bienes de fortuna. Vivia sola con

una criada en un cuerpo ó partido de casa, en un barrio poco frecuentado.

Recibió esta señora á su sobrino con sumo agrado; le dió no solo las cantidades que su Padre le asignó, sino algunas otras que por vía de préstamo supo Adrian sacarle. ¡Léjos estaba la excelente señora, de pensar que esas sumas se empleaban en vicios! pero al fin lo averiguó, porque en la misma casa, en el cuerpo que estaba sobre el que ella habitaba, se habia establecido una casa de juego, y la criada de la señora, que era curiosa y entrometida, notó que Adrian al salir de ver á su tia, subia á la casa de juego, y se apresuró á participarlo á la señora. Esta, como era de presumir, reconvino á su sobrino, que en adelante no pudo contar con la generosidad que tantas veces habia venido en su auxilio. Adrian, entónces, escaseó sus visitas, y acabó por no ir nunca á casa de su tia, que le perdió de vista. Mala señal es cuando los jóvenes se retiran del trato.

—Ya lo creo, Conde. Bien sabido es, y á honra nuestra sea dicho, que á medida que el hombre se engolfa en vicios, se aleja del trato de las señoras. Siempre he visto que es un instinto elevado y aristocrático, el que lleva á los jóvenes á frecuentar la sociedad nuestra; y siempre he augurado bien de aquellos que han preferido la buena sociedad á los casinos y á los cafés. Pero..... proseguid, Conde, os lo suplico.

—Era una negra y silenciosa noche de invierno. Habíanse ya marchado algunos amigos que solian acompañar á la Brigadiera hasta las diez; la criada, que estaba indispuesta, se habia acostado, y la señora, sentada al brasero, rezaba sus oraciones á la desmayada luz de un reverbero económico, que barruntaba sería en breve pasada la hora de su servicio.

La lluvia sonaba monótona contra los cristales, como la péndola de un reloj; el viento se desplomaba por el ojo del patio, matando ó haciendo vacilar las asustadas llamas de los quinqués de la escalera, y esparciendo el fétido tufo de sus pávilos.

La mar reventaba sus monstruosas olas contra el muro de la ciudad, denominado de Capuchinos, salpicando aquella parte de la poblacion con sus ásperas aguas y sus amargas espumas.

Un temporal en todas partes es triste, ¡en Cádiz..... es lúgubre! Recordaba la señora varios sucesos horribles, acaecidos en Cádiz: Cádiz, que es tan bello y risueño de dia y con sol; pero en el que, como en todo pueblo en que afluye mucha gente y mucho dinero, tantos horrores de noche, y en secreto se habian cometido! Vínosele á la memoria que poco ántes en una casa de su propiedad, no léjos del Hospital del Rey, habiendo tenido que desenlosar un oscuro y retirado patinillo para componer una cañería, se habian hallado dos esqueletos profundamente enterrados; que se habia dado

parte á la justicia, y que todas las averiguaciones que esta hizo, solo alcanzaron á verificar, que en algun tiempo aquella casa, habia sido uno de esos perniciosos antros del vicio llamados casas de juego; de lo que se vino á colegir, que algun forastero habria pagado cara su buena suerte en ese indigno pasatiempo en el que,—¡oh ignominia!—se confunde el hombre bien nacido, con ladrones, truhanes, perdidos, ¡hasta con asesinos! ¡arrastrado por un vicio que, sin más incentivo que la codicia, conduce á la deshonra, á la desesperacion, y hasta al crímen! Arrepentíase de seguir habitando aquella casa en que se habia establecido un garito, hallándose así expuesta á rozarse en su escalera con tahures y gentes de mal vivir, y proponiéndose cuanto ántes el alejarse de tan despreciable vecindad.

De repente tocaron á la campanilla. La Brigadiera se sobrecogió como si la hubiese tocado la pila de Volta; más sobreponiéndose á su estremecimiento físico, la señora, que era animosa y serena, sabiendo que su criada estaba recogida, se levantó y fué á abrir. Apenas levantó el picaporte, cuando fué atropellada por la puerta, empujada con violencia por un hombre embozado y enmascarado, que se arrojó dentro y cerró tras sí, y sacando un puñal, la amenazó en queda y honda voz de asesinarla, si no le entregaba el dinero que poseia. La señora, que ya os dije era serena, no per-

dió la cabeza; conoció que el lance era perdido, y que sería muerta si resistia ó gritaba, y así le contestó que estaba pronta á darle cuanto tenia, con tal de que no la maltratase. Entraron ambos en la sala, cogió la señora con trémula mano las llaves que estaban sobre la mesa, y pasó á la alcoba en donde se hallaban sus cómodas. Pero apenas estuvo en ella, cuando con una sorprendente presencia de ánimo, cerró la puerta, corrió el cerrojo, se arrojó á la ventana que abrió, y se puso á gritar ¡*Ladrones*! Mas ¡cuál sería su asombro al oir una voz harto conocida que desde la sala le dijo con imponderable angustia:

—Señora; ¡por Cristo crucificado! ¡no me pierda usted! ¡soy yo! yo, miserable, desesperado, loco!

Se acerca, abre, y Adrian, tirando el antifaz, se echa á sus piés y abraza sus rodillas.

Las gentes de la casa se habian agolpado al porton, y llamaban amenazando hundir la puerta; la guardia de la vecina casilla habia acudido; los serenos tocaban sus pitos: Adrian se arrancaba el cabello; el asombro habia convertido á la señora en la inmóvil y pálida estátua del espanto.

—Marquesa, ¡cuántas veces se ha dicho y cuántas veces se tiene que repetir, que la mujer es una heroina cuando á serlo la mueve la generosidad! Sobreponiéndose á todos los sentimientos de pavor, de indignacion, de ira, de desprecio, que la agitaban y turbaban sus facultades, la señora levanta

á Adrian, lo esconde en una alhacena, serena su rostro, y abre la puerta recibiendo con la sonrisa en los lábios á todo el gentío reunido á la puerta.

—Entren Vds., señores, dice con risueño y tranquilo semblante; entren Vds. á recibir las escusas de una mujer medrosa y pusilánime, que asustada porque el viento movió una cortina, creyó ver un hombre en una sombra, y aturdidamente ha alborotado el barrio; pero, no ha sido nada, ¡nada, sino mi visionaria imaginacion!

Sacando en seguida vino y bizcochos, regaló á todos, con todos se chanceó, repartió algun dinero entre los serenos, dió á todos las gracias, y los despidió como habria despedido á su tertulia.

Cuando todo volvió á quedar tranquilo, abrió la alhacena; Adrian salió pálido como el criminal que llevan al cadálso; quiso decir algo sobre una deuda de honor, sobre sus ulteriores intenciones; pero la señora poniendo uno de sus dedos sobre sus lábios, y señalándole con la otra mano la puerta:

—¡Salid! le dijo, y ojalá os sea dado olvidar lo pasado, como procuraré hacerlo yo.

El Conde calló: estaba pálido como un enfermo; la Marquesa estaba encendida como el metal que ha estado sobre ascuas.

—Conde, dijo al fin con tímida voz, de esto hay tanto tiempo!... Adrian aprovechó la terrible leccion, y es hoy dia un hombre honrado, un hombre de

valer; aquello fué un dislate debido á la irreflexion. Adrian fué un loco, un aturdido...

—Fué un *ladron*, señora: esas disculpas que se dan á las maldades, son las peores adulaciones.

—Pero, amigo mio, aun supuesto el mal, ¡señor, por Dios! ¿y el santo perdon? ¿y el generoso olvido?

—Señora, solo Dios perdona y olvida; el mundo no conoce semejantes mercedes; el honor que es su conciencia, la opinion que es el tribunal de sus fallos, estigmatiza sus sentencias con tinta indeleble. Señora, deshonrada quedó aquella pura sangre asturiana, y harto mas manchada que lo hubiese estado con sangre mora. Podeis ver aquella tumba de un hombre honrado abierta por el dolor y la vergüenza que cubre una lápida negra, sobre la cual prohibió el que bajó á ella que se esculpiese su noble blason que mentia, pues era su lema SIN MENGUA. Levantad sobre la frente serena de mi hermana la venda de plata que cubre su sien, y vereis en sus hondas arrugas la marca de un incesante dolor, de un baldon indeleble. ¿Y el culpable, señora? Es el hombre mas desgraciado. Se considera con razon, parricida, Júdas de su ilustre estirpe, y excluido de la noble esfera de los hombres honrados. Sus remordimientos, si bien ocultos á los ojos de los hombres, le roen el corazon como el buitre á Prometeo.

—Pero Conde, no seais tan inexorable en vuestros juicios: el arrepentimiento purifica, la enmienda rehabilita.

—El arrepentimiento no quita, al contrario, aguza el remordimiento y lo hace principio y parte de la expiacion; y manchas hay que, cual las del hierro, gastan la trama, que muere con ellas!

Ambos amigos quedaron por mucho tiempo sumidos en un penoso silencio.

—Por cierto, dijo al cabo de algun tiempo la Marquesa, que no es fácil comprender cómo la Brigadiera, esa señora tan discreta y dotada de tan delicada presencia de ánimo, que tan bien se condujo con el hijo, no lo hiciese igualmente con los padres, dejándoles ignorar lo que nunca deberian haber sabido.

—No, señora, no fué aquella digna matrona quien cometió ese acto de crueldad. Fué el caso que la criada, al oir los gritos de su ama, se habia arrojado de la cama, y corriendo para ponerse en salvo pasó ante la abierta puerta de la sala, en el momento que Adrian abrazaba las rodillas de su tia, y oyó lo que le decia. Retiróse en seguida á su cuarto, ya tranquila, y no se volvió á presentar sino cuando la sala estaba llena de gentes. Nunca llegó á sospechar la señora que tan temible testigo hubiese tenido la terrible escena que os he descrito. Poco despues la criada buscó un pretexto y se despidió. Por aquel entonces llego á casa de mi hermana una mujer que exigió hablar en particular á mi cuñado, que la llevó á su despacho en que se encerró con ella. Nadie supo lo que entre ellos medió; pero cuando

salieron, el uno llevaba en su corazon el golpe de muerte que en breve lo habia de llevar al sepulcro, y la otra una buena fortuna con la que se estableció en Medina, pueblo de su nacimiento; dando por fuente de su riqueza, la herencia que le dejara un imaginario pariente fallecido en América; pero su orígen real era el precio en que habia vendido su silencio. Ya ha muerto. ¡Dios la haya perdonado!

—Al menos, Conde, hay el descanso de que esta desgracia está por siempre sepultada en el misterio.

—Señora... ¡qué triste consuelo! El misterio es una mentira, es una máscara, es una luz artificial. ¡Pobre hermana!

—¡Válgame Dios, Conde! Y el general, ¿tuvo valor para decirle el fatal secreto?

—¡Qué quiere usted, Marquesa! En todas cosas se apoya la mujer en el hombre, ménos en el dolor; que entonces se apoya en Dios. El hombre en todas cosas se apoya en sí mismo, ménos en el dolor, en que se apoya en la mujer, porque consolar es uno de sus más bellos dones, de sus más dulces prerogativas. ¡Pobre del que en sus aflicciones no tiene una madre, una mujer, una hermana, una hija ó una amiga!!

—Ademas de esto, añadió la Marquesa, siempre he notado que el hombre, con una inexplicable crueldad, echa sobre su mujer parte de las faltas de los hijos, y esta se resigna gustosa á soportarla, si cree

que al hijo se le descuenta. Si aquella mala mujer se hubiese abierto á la Madre, es bien cierto que nunca habria sabido tan infausto secreto el Padre. Las Madres tienen un manto de amor con que cubrir las faltas de los hijos, tan tupido y tan extendido, que á veces se tapan con él hasta sus propios ojos.—¿Y decis que el General no pudo resignarse?

—No, señora; aquella cabeza tan erguida hasta entónces, se dobló, aquel esforzado veterano se postró como la robusta encina que derribó el rayo! Taciturno y misántropo huyó del trato y de las gentes: una espantosa ictericia, una incombatible consuncion le llevaron en breve al sepulcro. Antes de morir hizo tres partes de su caudal, de que envió una á su hijo Adrian, á la Habana; en ella descontaba diez mil duros, precio del silencio de aquella miserable. La carta que acompañaba esta remesa, solo contenia estas palabras: *No volvais á España miéntras vivan vuestros Padres.* Ahora bien, Marquesa, ¿qué decis? ¿Envidiais aun la vejez de mi hermana? ¿Es feliz el que lo parece? ¿Es oro lo que brilla?

—¡Conde, por Dios!... tales deli... extravios son tan poco comunes, como lo es el delicado y excesivo pundonor de vuestros hermanos. Hoy dia la indulgencia es tan grande, tan lato el círculo que abre la sociedad!...

—De esto me quejo, exclamó con violencia el Conde: me indigno de ver á esta sociedad cual una

Mesalina, recibir á todos igualmente en su seno! El mismo caso hace, las mismas atenciones tiene con la mujer depravada y de mala índole, que para la mujer virtuosa y delicada. Más graciosa es su sonrisa para la niña vana y disipada, que para la niña modesta y recogida; y cada cual alarga lo mismo su mano al hombre de bien, que al que no lo es. Lo mismo se acata al mérito, que á la atrevida presuncion. ¿Hay acaso lauro para el hombre de virtudes? ¿Hay acaso repulsa para aquel que ninguna conoce, aprecia, ni practica? Miéntras el tribunal de la opinion no haga justicia, seguirá este espantoso cáos en que vivimos.

—Pero á algunos hombres se hace justicia, señor: os podria citar...

—Las excepciones prueban las reglas, señora. Pero lo general es ver á la opinion cual indolente sultana, sin nervio y sin energía para alzarse de su tribunal á separar, como es su deber, el trigo de la zizaña; muy al contrario, se la vé acatar á las fortunas sin tomar en cuenta su orígen; y no por benevolencia, porque si con una mano inciensa, con la otra levanta denodada y malévolamente el velo que cubre sus misterios, y se rie, al ver el fraudulloso, el falsario, el venal, la impunidad que seduce, el ejemplo que arrastra, la indiferencia que incita para lo malo, y desmaya para lo bueno! El *indiferentismo*, señora, que es la paralisis de la virtud, ese es su estado.

—Conde, ¿dónde veis eso? ¡Qué fallos tan injustos y acerbos! ¿En qué paleta habeis hallado los colores para ese cuadro inverosímil que lastima la vista?

—Perdonad, amiga, pues es cierto que hago mal en constituirme en Heródes de vuestras ilusiones. Vos no concebís nada de eso, pues como la blanca nube de verano, vagais en una pura atmósfera cual ella, no recibiendo más matices qne las rosadas tintas del sol, ni más impresiones que de las suaves auras del cielo que nos elevan; pero creed, amiga mia, que entre las cosas CUMPLIDAS QUE SOLO SE HALLAN EN LA OTRA VIDA, ES LA PRIMERA LA JUSTICIA.

DIALOGO QUINTO.

EL QUINTO.

Et mon fils est-il mort? Ah mon Dieu! quel sacrifice! Et là dessus elle tombe sur son lit. Tout ce que la plus vive douleur peut faire, et par des convulsions, et par des évanouissements, et par un silence mortel, et par des cris étouffés, et par des larmes améres, et par des élans vers le Ciel, et par des plaintes tendres et pitoyables, elle a tout éprouvé.

¡Mi hijo!... ¡mi hijo es muerto! ¡Oh Dios mio! ¡qué sacrificio!! Y diciendo esto, cae desplomada sobre su lecho. Todo lo que el mas vivo dolor puede hacer, por convulsiones, por deliquios, por un silencio mortal, por ahogados gritos, por lágrimas amargas, por alzar las manos, los ojos y el corazon al cielo; por quejas ternísimas que desgarraban el alma; por todo ha pasado, todo lo ha sentido, todo lo ha agotado hasta las heces!

MADAME DE SEVIGNE.

—¡Otra quinta decretada! exclamó el Conde de Viana, tirando sobre la mesa un periódico que leia.

He aquí, Marquesa, un gran mal que hace preciso la necesidad de precaver otros mayores. ¡Pobres campesinos! como si no os bastasen vuestra miseria y afanes! ¡Oh, triste mundo, amiga mia, triste mundo!

—Pero, Conde, contestó la Marquesa de Alora, si algun argumento fuerte existe contra aquellos que se empeñan en demostrar lo infeliz y miserable de la suerte del campesino, es éste cabalmente: el terror y desesperacion que infunde en los pueblos el anuncio de una quinta. En efecto, nada es comparable á la agonía con que los Padres dicen de un hijo suyo: *¡ya le toca meter mano en cántaro!* Todo el mundo sabe los sacrificios que hacen los mozos para libertarse de ser soldados; se han herido y han emponzoñado sus heridas para hacerlas aparecer como úlceras; se han arrancado dientes; y ha habido mozo que se ha cortado un dedo para lograr su objeto. Toda esta repugnancia se equivocaria el que creyera que fuese contra el estado militar; tampoco prueba miedo; porque el valor es innato en el hombre, es una virtud primitiva, y se encuentra en toda su consistencia en el campo, á donde no ha llegado la molicie y enervamiento de las cultas ciudades. No originan tampoco esta repulsion los trabajos, porque más pasan en su afanosa existencia; no la causa su manutencion, porque el soldado se nutre mejor que el campesino, que en verano solo gusta y apetece gazpa-

cho; no el vestir, porque el soldado está bien vestido; no la tristeza de la vida militar, pues es conocido que no hay nada más alegre que el soldado; nada hay más gozoso que esas bandadas de gente jóven y sin cuidados, que llevan la vida harto más ligeramente que su mochila, y que cuando fuera del servicio se entregan libremente á sí mismas, hacen rebosar estrepitosamente su alegría en cantos, bailes, juegos, cuentos y chanzas. Nada de esto, pues, produce ese inmenso dolor y angustia que se esparce por los pueblos al anunciarse el sorteo; solo se funda en la pena de la ausencia y en verse arrancados de su tierra y de la vida que aman, de su hogar y de sus cariños. Para no cambiar su situacion, les parecen pocos todos los sacrificios. De lo demostrado resulta bien claro que miran su situacion como feliz.

—Decid que la aman; pero no deduzcais de esto que la crean feliz.

—Conde, mala es la causa para cuya defensa se acude al sofisma, y lo es lo que acabais de decir. ¿Qué otra cosa puede hacer amar una situacion sino la felicidad que brinda? Para probaros todo este apego al hogar, á la familia, á sus amores, os referiré un suceso acaecido poco há, y que me ha referido mi doncella con todos sus más mínimos pormenores, por haber acontecido en su familia; lo contaré con la escrupulosa exactitud que pongo en cuanto os refiero, porque la más pequeña *fioritura*,

el más mínimo adorno poético, le privaría quizá de su sello de verdad, de su pureza genuina popular; lo que quitaría á mis cuadros al natural su autenticidad, y daría lugar á que me dijéseis con vuestra sonrisa incrédula:—«Componeis novelas, amiga mia, las componeis sin querer, engañándoos á vos misma; sois como el escultor que con un poco de barro hace un santo.»—Nada de eso, soy un vulgar daguerreotipo; el que no quiera ver las cosas segun yo las presento, es, ó bien porque tiene la ligera y desdeñosa mirada del disipado mundano que nada profundiza, ó la fria y amarga mirada del misántropo que aja las flores sobre que se posa.

—Teneis, dijo el Conde sonriendo, por corazon una rosa sin espinas.

—Y vos quereis ajarla.

—¡Oh! no. Quisiera regarla con las aguas de la fuente de Juvencia. Pero contadme lo que me habeis anunciado.

—Tacha el mundo, principió la Marquesa, de *extremos* á las angustias y dolores del amor de Madre.

—Y lleva razon, opinó el Conde. Todo lo que es apasionado en el hombre, aunque sea el santo amor de Madre, necesita un freno. María al pié de la Cruz, ni se arrancaba el cabello ni se despedazaba el pecho. Señora, señora, todos los dias rezamos HÁGASE TU VOLUNTAD, ¿es sincero este acatamiento

si en seguida nos revelamos violentamente contra esa misma voluntad? Esos dolores descompuestos no son cristianos, señora.

—Por descabellado que sea ese amor, es bello y simpático, Conde.

—Ese dolor denominado *extremos* es insensato como un suicidio, amiga mia; y esas Madres, energúmenas de amor, merecerian que se les muriesen sus hijos para enseñarlas así lo que es un dolor real.

—Conde, ¿habeis olvidado que tuvísteis Madre?

—¡No lo permita Dios! Venero la tierra porque ella la pisó; la respeto, porque en ella yace su cuerpo: y ansío por el cielo porque en él me aguarda su alma pura; pero eso no quita...

—Que lo que en ella os admiró, os encantó y llenó de gratitud, en otras lo quereis motejar. AMOR NO DICE BASTA, Conde!

—Marquesa, esa bella expresion es solo aplicable al amor divino.

—Siempre me contradecís, Conde; ¡si viéseis cuánto lo siento!

—No lo sintais, amiga: una pausada nube que mitiga algo los brillantes rayos del sol, y refresca algo la tierra con una templada lluvia, hace provecho.

—¿Y porqué os haceis una nube en mi cielo?

—Pára que su demasiada pureza y brillo no os hágan creer imposibles las borrascas y tempesta-

des. Mas..... proseguid; no os volveré á interrumpir.

La Marquesa volvió á anudar su relato en estos términos:

—No hay corazon que no hubiese partido la vista del cuadro que se ofrecia en una de las casas del lugar de V., en que se habia verificado el sorteo aquel dia. Echada sobre un colchon que habian puesto en el suelo, yacia una infeliz mujer á quien sostenian en sus brazos dos hijas suyas deshechas en lágriuas; de rodillas á su lado, y apretando contra las suyas sus convulsas manos, estaba un hermoso jóven, su hijo, que habia sacado del cántaro el número fatal que lo hacia soldado. Su Padre, sentado sobre una silla baja en el rincon más oscuro del cuarto, torcia entre sus trémulas manos su sombrero; y no llegaba á hacer retroceder las lágrimas, que cual gotas de acíbar destilaba su corazon, y surcaban sus atezadas mejillas. Dos muchachos pequeños lloraban á gritos repitiendo:

—¡Benito es soldado, y Madre se va á morir!

Esta escena de dolor acerbo se hizo aún más desgarradora al entrar desatentada una jóven que se echó sollozando sobre el lecho de la infeliz Madre, exclamando:

—¡Tia, tia, tia de mi alma! ¡ya se acabó mi boda! ¡ya se va á ir! ¡y ya no quiero yo sino morirme! Benito! ¡Benito! ¿quién puso esa cédula, esa sentencia de muerte en tu mano?

La pobre Madre habia perdido el sentido. Esta desolacion era la misma en otras seis casas del lugar.

Pero admirad conmigo una cosa, Conde, y es la bella resignacion del pueblo. En medio de este violento estado de afliccion no se le oia ni una queja contra el Gobierno, ni un anatema contra la institucion, ni una maldicion al estado militar; sus quejas eran contra su mala suerte; el acriminado era el número!

Partió Benito, y no es posible pintar la pena de aquella Madre, ni el dolor de su novia Rosa, aquella jóven que, como todas las de los pueblos, tenia en su corazon aquel profundo amor, que es el primero y último de su vida; aquel amor que resume sobre el mismo objeto el amor al amante, al marido, al Padre de sus hijos y al compañero de su vejez; amor exclusivo, que hace improfanado, puro é inmaculado el corazon de la mujer perfecta.

—¡Oh! inculcad esas ideas á las jóvenes, exclamó el Conde, para que miren con hastío las novelerías que han viciado el ideal de la mujer, y torcido las nociones sobre su destino! La jóven, cual una suave planta, no se debe criar sino á la sombra de su Madre, no debe florecer sino para su marido, no debe perfumar sino el hogar doméstico, é invertir toda su savia en criar bellos los frutos que Dios le asigne.

—Este tipo que tan bien bosquejais, repuso la

Marquesa, no se halla por lo regular en las novelas; pero sí en el pueblo que miramos como incivilizado.

—¿Sabeis, dijo el Conde sonriendo, que el pueblo tiene en vos un amigo mucho mejor que Proudhon?

—¡Pues ya lo creo! contestó la Marquesa: hay en mi favor todo lo que va de un verdadero á un falso amigo. Pero proseguiré mi relato, se acerca la hora de la tertulia, hora en que será interrumpida mi Relacion, si no la he concluido. Benito llegó con el corazon muerto á la capital de provincia en que debia reunirse al Regimiento. Pronto se disipó su tristeza entre aquellos festivos y alegres compañeros; pero no el ánsia por su pueblo, el profundo apego á su amor y á su familia. Desde la primera noche, tuvo Benito una muestra de la poesía y música de sus camaradas, pues habiéndose proporcionado una guitarra, á la que faltaba mucho para poder ser tenida por de Pagés, empezaron á cantar, ya á una voz, ya en coro, un sinnúmero de coplas de este género:

Soldado soy de á caballo:
Lo que quieras te daré;
Pero en tocando á *casaca*,
No quiere mi Coronel.

Cuatro cuartos me dá el Rey,
Y con ellos como y bebo,

Le pago á la lavandera,
Y siempre tengo dinero.

Pensamiento tuve, niña,
De servir al Rey Fernando;
Desde que ví tu hermosura,
Dije: que le sirva el diablo.

Con un pié en el estribo
Y otro en el aire,
Se despide un soldado
De su comadre.
Mano á la rienda,
Se despide un soldado
De su morena.

Algun tiempo despues llegó la órden para el embarque de las tropas destinadas á la Habana, rebajando dos años de servicio á los que quisiesen ir allá. Con ánsia aprovecharon los quintos la ocasion que se les brindaba de acercar la época deseada de volver á sus hogares. Todos estos voluntarios fueron conducidos á un puerto de mar á aguardar el dia de su embarque. Alli fueron alojados en un cuartel: á poco, fuese el calor de la estacion que lo originase, ó fuese un mal estacional, estalló entre la tropa una oftalmía de mala especie. Siendo este mal contagioso, fueron los soldados extraidos del cuartel y repartidos en alojamientos, prudente medida que concretó el mal en los primeros atacados: estos fueron conducidos al hospital. Entre ellos

iba Benito, que era uno de los que con más intensidad habia acometido el mal. Estaban los pobres pacientes al cuidado de un cirujano jóven, que además de ser hábil, tenia y demostraba un profundo y tierno interés por sus enfermos. Entre ellos, Benito era el que más le movia el corazon; su buena índole, su hermosa figura, todo en él atria la simpatía.

El facultativo vió con profundo dolor que la oftalmía del pobre quinto era casi incurable, y que mientras los demás se iban restableciendo y uno despues de otro saliendo del hospital, el mal de Benito se hacia más intenso é incurable. En la angustia que le produjo el estado del enfermo, pasaron algunos dias, sin que el humano facultativo participase sus temores al desgraciado jóven, amenazado en la primavera de su vida de no ver más la luz del dia, de no ver más los objetos de su cariño, de hallarse, en todo su vigor, inútil, en toda su lozanía marchito, en toda su hermosura desfigurado, y que destinado á ser el amparo de sus Padres, de su mujer y de sus hijos, estaba expuesto á no hallar para sí mismo otro que el de la caridad pública!....

No obstante, el mal, ese enemigo encarnizado, algun tiempo despues se aferró en un ojo, experimentando el otro algun alivio.

—Señor, dijo un dia Benito al facultativo, todos los demás mozos han curado y han salido del hos-

pital: ¿es mi mal peor que ninguno, que alivio no hallo?

—Sí, hijo, respondió tristemente el cirujano: es peor tu mal. ¡Dios sabe cuánto me he afanado por curarte!... alivio tienes; pero....

El facultativo compadecido se detuvo.

—¿Pero.... qué?.... preguntó el quinto.

—Hijo, contestó pesaroso el cirujano, me temo que.... que pierdas un ojo.

—¿Que me quede tuerto?.... exclamó el quinto.

—¡Cuánto he podido he hecho inutilmente para precaverlo! contestó el facultativo.

Pero ¡cuál no sería su asombro cuando al pronunciar estas palabras vió estallar en Benito la más apasionada, la más expansiva explosion de alegría! El cirujano creyó por un instante que el paciente se habia vuelto loco.

—¡Señor! ¡Señor! exclamaba, ¡bendito sea Dios! ¡bendito sea Vd. mil veces, que no me ha curado! Señor, soy un infeliz; pero ¡así tuviese los tesoros del mundo para remunerar á Vd. el beneficio!

—Pero, hombre, ¿has perdido el juicio? exclamó el cirujano. ¿Con que te alegras de perder un ojo? ¿Te estás burlando de mí?

—No señor, no señor, contestó el quinto; pero ¿no está Vd. viendo que me iré á mi casa?

El Conde y su amiga permanecieron callados algunos instantes bajo la emocion que sentian, admirando tan patente prueba del santo amor á la fa-

milia y al hogar, y compadecidos de la amargura de una situacion de la que se sale con júbilo aun á costa de tan terrible desgracia!

—Habeis plenamente probado vuestro aserto, Marquesa, dijo al fin el Conde. Puesto que el soldado español es alegre, dócil, honra el estado militar, respeta el derecho del pais al llamar á sus hijos bajo su bandera, y á pesar de esto, todo sacrificio le parece poco para eximirse de mudar de estado, es porque efectivamente son en su corazon profundos y apasionados el amor á la familia y al lugar de su nacimiento. El lance que habeis referido, ya lo sabia. Benito es sobrino de mi capatáz en V.... y dió la casualidad de estar yo allí este otoño á fines de vendimia, cuando regresó Benito á su casa.

—¿Y fué inesperadamente? preguntó con ansiosa curiosidad la Marquesa. ¿Sorprendió mucho á su familia?

—Supe todos los pormenores de su vuelta por mi capataza, que es tan sumamente amiga de hablar, que cuando ha agotado toda materia, y exprimido todo asunto, vuelve á decir lo que ha dicho ya, como sucede en las Córtes.

—Contadme, pues, esos detalles, Conde; no podeis creer lo que en ello me complacereis.

—Un año habia transcurrido desde la salida de los quintos; pero la pena de la Madre y de la novia de Benito estaba viva como el dia en que par-

tió. Las penas que no tienen remedio, levantan la palabra IMPOSIBLE como una barrera á toda esperanza, y la ponen sobre el corazon como una losa sobre un sepulcro, que halla entónces en su misma inamovilidad la quietud del hielo. Pero la pena que muestra una lejana esperanza al través del temor de otras penas mayores, suscita y acrecienta inquietas y amargas olas en el mar de angustia que inunda el corazon.

Así era que la familia del quinto, que creia que se habia embarcado para la Habana, estaba reunida en la mayor congoja en una de las tormentosas y lúgubrs noches con que tan anticipadamente se anunció el otoño de este año. La lluvia caia en tan gruesas gotas que no parecia sino que las hubiesen cebado las nubes para arrojarlas cual proyectiles á la tierra. El viento hacia alarde de su fuerza invisible y de su inconsistente poderío, lanzaba su lúgubre grito de guerra, y arrancaba las tejas que cubren las casas, así como el soberbio insolente derriba el sombrero del humilde que no se lo quita; en el silencio de la noche nada respondía á sus bramidos, sino algun lejano trueno. De cuando en cuando dibujaba un relámpago su marcha con agudos rasgos de fuego en las negras nubes, y toda esa tormentosa agitacion de la naturaleza hallaba un eco fiel en los corazones de aquella angustiada familia. La pobre Madre....

—¡Ya me hago el cargo! interrumpió al Conde la

Marquesa. ¡Ay! que el dolor no halló lecho más blando que el corazon de una Madre, y así lo hizo su preferente morada!

—La pobre María, prosiguió el narrador, postrada ante el Crucifijo y una Imágen de la Vírgen del Carmen, rezaba el Trisagio en voz ahogada y temblorosa.—¡Ay Dios! exclamó cuando hubo concluido el cántico; mi pobre hijo que ahora está en la mar! ¡En la mar, que dicen se traga más navíos que el año dias! ¡María Santísima del Cármen! ¡Tú que has salvado tantas vidas de navegantes que á tu amparo se acogieron como almas de pecadores que tu intercesion buscaron, Santa Madre de Dios, oye los clamores de otra Madre! ¡Jesus! ¡Señor! cuantos años me quedan de vida daría por tener á mi hijo á mi lado! No puedo pediros tamaño milagro; pero sí os pido que le salveis de esta borrasca, que desamparado del mundo entero, estará pasando! Salvadlo, Señor, por las lágrimas de vuestra Madre, salvadlo!—¡Salvadlo! repitió toda la familia sollozando.—¿Para qué pedir el ir á América? gimió su prima Rosa; ¿para qué exponerse sobre esa mar que no es amiga de nadie?—Ese hijo me va á matar! exclamó María, pues lo que estoy pasando es peor que mil muertes!—Pues ya se vé que te quitará la vida, no él, sino tú misma, dijo el Padre. Desde que las Indias son Indias, ¿no han ido y venido allá los españoles como yo voy y vengo al cortijo? ¡Pero de juro qne se ha de ahogar

Benito! te se metió en la cabeza, y lo que á tí te se mete en la cabeza, ni con un barreno de pólvora sale.—Calla, Martin, contestó su mujer, que estás haciendo do tripas corazon, y tan muerto estás como yo. ¡Jesus! añadió tapándose el rostro con ambas manos, herida su vista por el repentino fulgor de un rayo, al que siguieron los cortados y repetidos estallidos con que revienta el trueno cuando está la tormenta sobre nuestras cabezas. Las muchachas se pusieron á rezar el SANTO, SANTO, SANTO; y María dejó caer abismada su cabeza sobre una silla en que ocultó su rostro gritando·—Hijo mio, hijo mio!—En este instante llamaron á la puerta; uno de los niños fué á abrir.—¡Jesus! gritó cuando hubo abierto. ¡Padre, Padre, un forastero! Y antes que su Padre contestase se precipitó un hombre en el cuarto, tendió rápidamente la vista, vió á María, voló hácia ella y la cogió en sus brazos diciendo:—¿No me llamaba Vd., Madre? Aquí estoy.—Hay escenas que no pintan pinceles ni describen plumas. Todo en aquella casa lo habia anonadado la alegría; en vano lanzaban las nubes sus rayos, rugía el viento sus amenazas, é inundaban los aguaceros la casa; el sol de mayo brillaba en ella. Ya no eran súplicas sino acciones de gracia las que se dirigian á las divinas Imágenes. ¡Milagro! exclamaba fuera de sí la Madre. ¡Milagro! repetia enagenada la familia.

Habíanse acercado á la mesa sobre que estaba

el velon, y solo entónces notó María la lesion de su hijo.—¡Benito! gritó extremecida, ¿qué es eso?

—Eso, contestó Benito alegremente, es que me cuesta la licencia un ojo de la cara.

—*Y no es cara*, dijo Rosa con alegría y con la exquisita delicadeza del verdadero amor.

—¡Hijo de mi vida! ¿Has estado en campaña? preguntó con acongojada voz María.

—Sí, en el hospital, luchando con un enemigo mio y no de Su Majestad.

—¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la pobre Madre llorando amargamente, que mi hijo ha perdido un ojo!!!

—¿Y qué le hace si le queda otro? repuso Rosa echándose á reir.

—¡Ay! qué desfigurado está el hijo de mis entrañas! gemia María, retorciéndose las manos.

—No tal, señora, respondió Rosa con la misma alegría. A bien que no tiene que parecer bien sino á mí, y á mí me parece hermosísimo, ahora como ántes.

—¡Lisiado mi hijo! ¡Lisiado mi sol! repetia llorando María. Más quisiera que se me hubiesen secado mis ojos de llorar, que no ver á mi Benito tuerto!

—Pero, señora, si Vd. no se va á casar con él, sino yo, y á mí no se me importa que lo esté, replicaba Rosa.

—¡Ay! quién pudiera quitarse los suyos y po-

nértelos, proseguia diciendo entre sollozos María. ¡Yo que te parí con dos ojos más bellos que dos estrellas! ¡Ay! ¡qué dolor! qué dolor!!!

—No llores, mujer, dijo Martin á María; antes dá gracias á Dios por la merced que nos ha hecho, trayéndonosle. Ha poco no te atrevias á pedir á Su Majestad tamaña gracia; y ahora que cuando esperarla no podias, te la concede, en lugar de agradecerla lloras por lo que queda! ¿Tú quieres las cosas sin pero, y á medida de tu deseo? Pues, hija mia, eso no puede ser, porque siempre se ha dicho que:

COSA CUMPLIDA.....
SOLO EN LA OTRA VIDA!

El Conde calló, y tambien la Marquesa permaneció silenciosa y con la cabeza inclinada.

—¿En qué pensais, amiga mia? preguntó al cabo de esta pausa el narrador. ¿Os he persuadido al fin, con la ayuda de los hechos, de que COSA CUMPLIDA SOLO EN LA OTRA VIDA?

—Me preguntaba á mí misma, contestó la Marquesa, que cuál de las dos queria más á Benito, si su Madre, á quien tanto afligia su deformidad, ó si su novia á la que no se le importaba nada.

—Cada cual fué en su género el tipo más cum-

plido de sus respectivos amores, respondió el Conde.

—Pues, á vuestra vez deducid de esto, amigo mio, prosiguió la Marquesa, que algo hay CUMPLIDO en este mundo, y es todo NOBLE AMOR EN EL CORAZON DE LA MUJER.

SEXTO DIALOGO.

UN TIO EN AMÉRICA.

Etre d'un jour, épuisé de souffrances,
J'ose rever un ciel consolateur:
Fils du néant, pourquoi tant d'esperance,
Fils d'un Dieu roi, pourquoi tant de douleur?
A ma raison cette enigme resiste;
Mon coeur gémit et mon esprit se tait;
C'est que la vie est un mistere triste
Dont la Foi seule a trouvé le secret.

Ser de un dia, abrumado de padecimientos, me atrevo á soñar en un cielo consolador; hijo de la nada ¿cómo tanta esperanza? hijo de un Dios Rey ¿por qué tanto dolor?

Resístese este enigma á la razon mia; gime mi corazon, calla mi entendimiento; pues es la vida un misterio triste, que solo comprende y explica la Fé.

EL PRESBITERO GERBET.

—Señor, señor, dijo la Marquesa de Alora al ver entrar á su anciano amigo el Conde de Viana, tengo una historia que contaros fresca, fresca como una rosa de abril.

—Mucho siento que no sean dos, contestó el Conde.

—Es que vale por ciento, exclamó con gozo la jóven señora.

—Es claro que eso vale solo por contarla vos.

—No, no por contarla yo, sino porque es cierta, y me va á valer un triunfo sobre esa triste opinion de Vd. que no hay felicidad cumplida en este mundo, y que solo podemos esperarla en el otro.

—Ansío ya por oirla, dijo el Conde arrellanándose cómodamente en un sillon frente á su amiga.

—Y yo mas por contarla. Si no hubiéseis venido, Conde, creo que se la hubiese contado á mi canario, que despertó cuando entraron el reverbero, al que cantó la bien venida, tomándolo quizá por el sol de Dios. Pero ved cuán poco ha durado su ilusion, pues desengañado, ha vuelto á ocultar su linda cabecita bajo su ala y á dormirse.

—No hay ilusion que dure, Marquesa, y acabaréis por hacer lo que vuestro canario; bajaréis vuestra cabecita, y cerraréis vuestros ojos, hasta abrirlos al SOL ETERNO.

—Despues de contada mi historia, discutirémos este punto, y disputarémos como siempre.

—Por de contado; ¡oh! amiga mia, si siempre estuviésemos de acuerdo, no seríais vos la linda jóven llena de vida, de sonrisas é ilusiones, ni yo el anciano cargado de canas, experiencias y desengaños! Pero empezad vuestro relato, que si pasa la

hora de nuestra conferencia particular y entran los tertulianos, no me la contareis; y os prevengo que no me conformaré tan resignadamente como vuestro canario á dormirme despues de una esperanza fallida.

—Cuidado, Conde, que cual él no canteis creyendo astro lo que solo será una lucecita.

—Nunca me engaño, cuando espero que lo que me conteis me interese y me encante.

—Para contaros á mi sabor la prometida historia, dijo la Marquesa, tengo, como siempre sucede, que tomarla un poco de atrás, y andarme como dice la bonita frase vulgar por las ramas.

—Como los pájaros... como las mariposas, repuso el Conde: bien; tanto mejor; eso es lo que yo deseo. Vuestros vuelos, que son las variaciones de vuestro hermoso tema, que todo es bello y bueno en este mundo, me son gratos al corazon, como son al oido de los filarmónicos las variaciones que con tanta melodía ejecutan los grandes artistas sobre temas escogidos.

—Sabeis, así empezó la Marquesa su relato, que hace dos años padeció Alberto de resultas de una pulmonía una afeccion de pecho que nos llenó de cuidado; yo no podia vivir, sentía, como dice madama de Sevigné, el dolor que le causaba su tós, en mi pecho, y tenia toda la aprension de que él carecia. Los facultativos le aconsejaron que hiciese un viaje de mar y pasase el rigor del estio en un

clima menos ardiente y seco que el de nuestra Andalucía, castigada por sus levantes ó solanos, como si tambien quisiese la naturaleza daros razon en vuestro sempiterno tema de que no hay bajo las estrellas cosa cumplida. Unos aconsejaron ir á Inglaterra, otros á Suiza, otros á Bélgica; pero Alberto, que como sabeis, no es amigo de buscar lejos lo que cerca puede hallar, determinó pasar dicha temporada en Galicia, cuyo delicioso temperamento de verano no goza de la fama que merece, ni atrae á los forasteros que debería, no solo por nuestra apatía, sino tambien á causa de nuestra desgraciada falta de caminos, de posadas y de buenos medios de viajar. Me ofrecí á acompañarle, lo que no rehusó; en esto como en todo, eran unos nuestros deseos. Conde, Alberto no apreció en todo su valor el heroismo de que dí prueba para no desunir lo que Dios unió; me embarqué en un vapor, ¡en un vapor de mar! ¿lo concebís?

—Concebiría que os hubiéseis embarcado en un globo aereostático para no separaros de Alberto.

—Paso por alto la navegacion, Conde, prosiguió la Marquesa; y solo recordaré estremeciéndome, la tormenta que sobre el cabo de San Vicente nos atronó, el viento que nos sacudía, las olas que nos azotaron, el erguido cabo que nos amenazaba, las ballenas que nos rodeaban lanzando al aire sus saltadores de agua como burlándose de la torpeza del barco, ese competidor que labra y les presenta el

hombre en sus dominios, con vida artificial de fuego, con cuero postizo de brea, y aletas fingidas de lona. Vimos cerca de Lisboa á la desembocadura del Tajo, la torre que se levanta aislada rodeada de mar, y que sirve á la vez de faro y de prision, representando un fantástico Saturno, que á la vez diese la vida y se tragase á sus hijos.

Por fin, presuroso, ruidoso, impetuoso, azorado y bufando, exacta personificacion del espíritu de la época, entró nuestro negro dragon en la hermosa bahía de Vigo; no la miró, se detuvo un momento para desembarcar la balija y los pasageros, y se fué sin despedirse.

Vigo, que se ha agazapado sin gracia ni comodidad en la ladera de un cerro como si temiese mojarse los pies, en lugar de extenderse airosamente en el llano precioso que sigue al escueto monte, no tiene nada de bonito, sino su campo y sus vistas, y asi no nos detuvimos allí sino el tiempo preciso para disponer la manera de proseguir nuestro viaje, y aguardar la hora conveniente para emprenderlo.

A la mañana siguiente, pues, al tiempo que se deslizaba callada y pálida el alba entre la noche y el dia, surcábamos en una lancha llevada por cuatro remeros la magnífica bahía de Vigo. No movía su superficie en aquella hora, que es la que mas respeta el viento, ni el mas leve soplo de esta invisible y poderosa fuerza; aquellas aguas, á las que la tierra

abría paso como para hacerles con ellas en sus faldas un abrigo á los barcos que llevan á sus hijos, tomaban entre sus verdes orillas el continente de un manso rio, y parecian esforzarse en conservar en su seno la imágen de las deliciosas vistas que en ellas se reflejaban. Forma la ria, estrechándose, un recodo á la izquierda, y sigue su angosto cauce por mas de una legua. No es posible imaginarse un paseo marítimo mas encantador que el que al alba de un hermoso dia proporciona aquella ria sorprendente. Tapiza los montes que la encierran un césped que tiene toda la frescura y vivo color del tan celebrado que es el vestido de gala del campo de Inglaterra. De cuando en cuando descuellan en las lomas de estas alturas el campanario de una sencilla iglesia de un lugar escondido entre la enramada, como un nido de sencillos pájaros. La completa calma de la atmósfera, hacía que llegase á nuestros oidos la llamada de la campana á misa de alba. Difícil me sería espresaros la conmoviente sensacion, las inspiraciones poéticas que producía aquella voz de la iglesia, que es como todo lo suyo, á la vez tan grave y gozoso, tan solemne y pacífico, tan elevado y tan sencillo; aquella voz que os llama en el mismo tono á tí, Príncipe, y á tí, pordiosero; á tí, anciano, y á tí, niño; á tí, sábio, y á tí, simple. Nada puede impresionar mas religiosa y poéticamente nuestra alma, que aquel toque con que hemos sido criados, cuando lo oimos

en un sitio encantador, en una mañana deliciosa, suavizado por la distancia, esparciéndose á un tiempo por la atmósfera con los brillantes rayos del sol.

Angóstase tanto la ria, que tiene en ambas orillas dos castillos cuyas tristes ruinas quedan unas en frente de otras, como dos manos mutiladas por el tiempo, que en otros mas felices se unian por una enorme cadena para guardar las magnas escuadras que llevaban y hacian respetar por el orbe el pabellon de España. Míranse una á otra esas dos ruinas al oir la campana de la aldea, que nunca enmudece, y se preguntan cómo pudo enmudecer la poderosa voz de sus cañones! No las consuela la jóven y rica vejetacion que las rodea, y rechazan con sus duros y compactos cimientos la amiga de las ruinas, la yedra, prefiriendo su estóica pobreza y desnudez á galas que desdeñan.

A poco se ensancha la ria y forma un magnífico lago circular. En medio se levanta una isleta, como si la naturaleza, yendo al encuentro de las necesidades del hombre, le hubiese preparado el terreno adecuado para el hermoso lazareto que allí se ve. Al lado izquierdo, recordando la ria que es mar, arroja de su seno unos peñascos duros y desnudos, que forman islas de rocas, que son tambien un lugar de refugio para las aves marítimas, mal traidas por los temporales de la costa de Cantabria.

Estas fuertas y desnudas rocas acaban de hacer

de aquel paisaje, por el contraste que forman, el sitio mas pintoresco y estraordinario que puede hallarse. Aquel lago trasparente, rodeado de verdes montes que están adornados de grupos é hileras de frondosos árboles; aquel grandioso edificio, cárcel, hospital, hospicio y salvaguardia; los barcos aventureros, andadores, emprendedores, ahora tranquilamente anclados allí, y tan inmóviles como descansa un viajero en su lecho; aquellas áridas rocas en que los pájaros del mar vienen, semejantes á los barcos, á buscar su refugio, componen un conjunto magnífico de contrastes que despiertan las ideas encontradas, como lo hacen aisladamente lo reconcentrado y lo infinito, lo ameno y lo grave, lo cercano y lo lejano, lo estéril y lo frondoso, la tierra con sus suaves encantos, la mar con su severa solemnidad.

Entre las islas de roca y el lazareto, se prolonga la ria, volviendo á entrar en su angosto cauce, verde y frondoso, hasta llegar al pueblo de San Payo, en el que en tiempos modernos se ha labrado un hermoso puente. Desembarcamos en aquel punto, en donde hicimos un almuerzo bastante bueno, sobre todo por sus ricas ostras.

Mientras preparaban las caballerías para proseguir nuestro viaje á Pontevedra, dimos una vuelta por aquel precioso pueblecito, que tiene, como los de Alemania, sus casas salpicadas entre árboles, huertos y praderas, y llegamos, siguiendo un ca-

llejon engarzado en vallados, á la iglesia, que es chica y pobre, y se asienta en el paraje mas elevado, como un buen pastor para vigilar su rebaño.

Es imposible imaginarse una vista mas bella que la que se abraza desde los porches de aquella iglesia; al frente, bajando la vista entre las ramas de los árboles, se divisa el lago que forma la ria y los peñascos cubiertos de las ariscas y salvajes aves del mar, que graznan sus poemas épicos en concierto con los idilios que cantan el ruiseñor y el gilguero en la frondosa enramada. Créese uno al ver las rocas, sus alados hijos, y sus atrevidos huéspedes los barcos, á orillas del potente elemento, inmensa palestra del orbe, incomensurable baldío del universo, para cuya amplitud no hay vacío, y para cuya grandeza no hay límites en lo creado, pues peina sus canas en un polo, asienta sus pies de hielo en el otro, levanta en una mano al Africa y en la otra á la América; lleva en su seno, como dijes, islas que solo el sol abarca de una mirada y guarnece con la misma franja de espumas á Europa y Asia; mientras que á nuestro alrededor la pobre iglesia, la abundosa y espontánea vejetacion, la dulce y tranquila soledad campestre, el suave y pacífico silencio de una naturaleza rural, trasponen al valle mas céntrico y escondido de la tierra.

Si mi suerte me llevase á Galicia, desearía que fuese á San Payo, aquel tranquilo pueblo tan campestre y marítimo á la vez, y al que solo fue dado

unir lo hermoso de ambos contrastes; y no lo sentiría, siempre que llevase mis amigos, y los hallase allá.

—¿En dónde no hallareis vos amigos, Marquesa? dijo el Conde mirándola con cariño.

—Allí donde no sintiesen todos como vos, y no me mirasen con vuestros parciales ojos, contestó la Marquesa. Pero, veo, añadió riendo que mi narracion se va extendiendo á una especie de relacion de viaje; los recuerdos son laberintos en los que uno se pierde, Conde.

—Me interesa mucho lo que de Galicia me estais refiriendo, repuso éste, porque conozco poco esa provincia tan distante de la nuestra, bajo el punto de vista gráfico y pintoresco que me la describís.

—Siento no haber estado bastante tiempo allí, prosiguió la Marquesa, ni haber visto las muchas bellezas que contiene, para poder hacerlo con propiedad y mas ámpliamente. Cada vez que leo las eruditas é interesantes descripciones que de esta provincia y de sus monumentos da á luz el SEMANARIO, me desespero de haber estado en la fuente y haber bebido tan poco; en viajes, cada dia que se pierde, prepara para lo sucesivo un remordimiento. Pero el ejercicio y movimiento le habian sido prohibidos por los facultativos á Alberto, y solo el preciso para trasladarnos á la Coruña pudimos hacer. Montamos en las caballerías que debian conducirnos á Pontevedra, creo que esta distancia es de dos

leguas, las que presentaron á nuestra vista los mismos contrastes que la ria: baja el camino en varias revueltas á un terreno que habrá servido de cama al mar que ha aniquilado aquella vejetacion, sobrepujando al fuego en su accion destructora. Vése aquel yermo sin mas accidente que interrumpa su monotonía, que peñas y piedras en un desórden mústia y enérgicamente pintoresco, pudiendo representar con propiedad á la imaginacion el lugar donde existió Sodoma, y poco despues, como por un golpe de mágia, resucita el paisaje, tan rico de espléndida vejetacion que á su vez podria representar con propiedad el paraiso terrenal. Toda clase de árboles, esos Reyes de la vejetacion, esos engalanadores del paisaje, esos hijos robustos que con predileccion cria la tierra, se alinean por el camino, se ostentan cerca, se agrupan en lontananza con encantadora armonía, y como los buenos hijos de Noé, cubren con sus ramas los caseríos que son pobres, ruines, feos y tan antipintorescos que parecen haber tenido por arquitecto un carcelero pobre, y por padrino al mas acérrimo enemigo de las luces, pues hemos visto muchas de estas casas sin ventanas. No seria chocante esta falta en una humilde choza, pero si lo es en las cuatro paredes que se levantan erguidas y sin gracia para formar una vivienda con categoría de casa. Descuellan entre estos árboles los corpulentos castaños y los erguidos chopos, que visten ropa talar, cubriéndose des-

de los pies de ramas, formando pirámides que se balancean en el viento como meciendo los pajaritos que entre sus ramas anidan.

Poco podré deciros de Pontevedra, donde no nos detuvimos apenas. Es un pueblo grande, no lejos de una ria, puesto que la mar aparece en aquellas costas como una enorme araña que clavase en la tierra sus largas patas, por ver de arrancarle á España su hermosa provincia. El campo es precioso; la posada un hermoso edificio en que se sirve bien al viajero.

Los gallegos, que tienen en gran estima á esta ciudad, cuentan que perteneció á Portugal, cuyo Rey la cambió á propuesta del Rey de España, por Chaves. Despues de verificado el cambio, vino el Rey de Portugal á ver á ambas ciudades, y cuando vió á esta exclamó arrepentido: ¡Pontevedra, Pontevedra, quien te viera... no te diera!

Noté, por estar cerca de la posada, el convento de San Francisco, cuya magnitud es asombrosa; muchas casas con escudos de armas, probablemente ligados á la historia de Galicia, como rayos de sol á su disco; pero, sobre todo, me admiró y entusiasmó el aspecto que presentan las ruinas de un edificio que nos dijeron era el palacio episcopal (1). Conserva este edificio su forma, y la imaginacion puede fácilmente reedificarlo.

(1) En los *Recuerdos de un viage*, publicados en 1849 en el establecimiento tipográfico de Mellado, se dice que estas rui-

En aquel clima fértil y húmedo que le es propio, se ha desarrollado ricamente la buena yedra, la que cumpliendo con su mision, que es una de las obras de misericordia, se ha puesto á vestir aquel encumbrado, pero hoy desnudo edificio, que los hombres despues de labrarlo con tanto celo, abandonan con tanta desidia. Consuela á sus amigas las piedras, las acaricia y refresca con sus suaves hojas, estrecha entre sus débiles brazos los torreones, como la buena mujer al fuerte compañero si lo vé desatendido y caido; vése esta siempre viva hija de la tierra, subir afanosa las escaleras, asomarse airosa por las ventanas, formar festones en los arcos, y alzándose sin descanso á medida que se abajan las murallas, sacar por cima de ellas sus verdes ramas, cual el pendon de la esperanza que señalando al cielo, intentase consolar al que sobre las ruinas de las cosas de este mundo llora. Pontevedra es alegre, y ha dejado una impresion análoga en mis recuerdos.

A las dos de la noche, despues de tomar un *pocillo* (1) del escelente chocolate que se sirve en Galicia, entramos en la diligencia-ómnibus qne debia trasladarnos á Santiago.

Como soy exacta, aunque pertenezco al sexo que tiene fama de no serlo, fuímos los primeros que la

nas son del antiguo palacio de los Turrichaos, incendiado por los ingleses en 1719.

(1) Una jicara.

ocupamos. En seguida, y armando mucho estruendo, entró una señora cuyas facciones no pudimos distinguir, pero cuyo enorme bulto se atajó en la portezuela; sentóse frente de nosotros, y á su lado una muchacha cuya juventud noté en su voz, puesto que no se veia.

Es el caso de observar que en general las voces de las gallegas y hasta su modo de pregonar, es sumamente melodioso y gusta sobre todo á nosotros los andaluces, que carecemos de esa ventaja, pues aquí se habla récio, en tono sostenido y precipitado, como si temiesen no tener bastante tiempo para decir, y el oyente bastante oido para oir. Allá al contrario, prolongan las sílabas en diversas modulaciones, que agradan mucho. Seguia á estas un pasajero que no debia ser jóven por lo pesado de sns movimientos, envuelto en una levita de pelo largo, y asido al paraguas, caro al corazon de los habitantes de la húmeda Galicia; era aquel un vulgar paraguas de los de tela de algodon, que allí gozan de gran popularidad, y prodigan su económica proteccion á sus adeptos. La señora gorda se apresuró á hacer sentar á don Longino, tal era su gracia, al lado de su hija. Siguió á este caballero otro que tropezó al subir, se golpeó la frente al entrar, pisó un pié á la señora gorda que dió un gruñido, y al pedirle cortesmente escusas, se sentó tan en extremo cerca de Alberto, que tuvo que reiterarlas. En seguida se ató un pañuelo al rededor de la rodilla, por haberse

rajado en semejante sitio su pantalon al poner el pié en el estribo. Por último, entró ligeramente un jóven que ocupó el cuarto asiento en nuestra banqueta. No quisiera recordar el camino ni los sustos que me ocasionó. El suelo de la parte de Galicia que recorrimos, es generalmente pedregoso; pero no de piedra menuda y guijarro, sino de enormes trozos ó balumbas que alternan con la tierra, y que seria difícil de nivelar, y más de arrancar de su sitio; es, pues, preciso pasar por cima. Crea Vd., Conde, que como se dice que hay un Dios para los borrachos, se puede decir que hay en España un Dios para las Diligencias.

Salió el sol,—lo que no tiene por indefectible costumbre en ese pais,—y pudimos hacernos cargo de quiénes éramos los que venidos de tan encontrados puntos, reunía por algun tiempo tan cercanamente el accesible omnibus.

Desde luego vimos que nuestros compañeros no solo eran gentes de clase, sino que pertenecian á lo mas vulgar, á excepcion del vecino de Alberto, ese tipo de la desmaña, que era un empleado que se nos dió á conocer mas adelante como sobrino de nuestro amigo D. Galo Pando, el que llevaba el mismo apellido con el nombre patronímico de Arcadio. Este nombre no le venia mal, porque era fino, obsequioso, modesto, galante y complaciente, lo que nos probó haciéndose nuestro amable y bondadoso *cicerone* en Santiago, para donde no llevábamos

cartas de recomendacion, no habiendo pensado detenernos allí. La señora gorda ostentaba las mas pronunciadas pretensiones á la elegancia. Llevaba un vestido en el que se veian tantas y variadas flores y extraña hojarasca, que parecia un invernáculo de flores exóticas; una manteleta hecha de género servido, un camisolin, con encajes bastos, lavados y furiosamente almidonados, y una cofia adornada con dos ramos de menudas rosas las que, confeccionadas en un convento, pero sin vocacion para la clausura, clamaban por emanciparse, dirigiéndose cada cual por su lado, como los cohetes de un castillo de fuego.

A su lado estaba su hija; pocas veces he visto una belleza mas acabada; tenia como suelen tener las de su pais, las mas perfectas formas femeninas, guardando un justo medio entre las bellezas obesas de Rubens, y los largos y descarnados tipos de los *heepsaks* ingleses. Su delgada cintura era de niña, mientras que la anchura de sus hombros y de sus caderas mostraba el perfecto modelo de la que destinó el cielo para propagar la hermosa estirpe del que es rey de la creacion. Su cara era perfectamente bella; su tez blanca, sus ojos y pelo negro; tenia lo que no es allá frecuente, una inalterable palidez que denotaba, ó algun perenne mal estar físico, ó algun constante padecer moral; vestía en estremo sencilla, con un gran pañolon sobre los hombros, y un pañolito de la India azul turquí

sobre la cabeza, atado debajo de la barba. El señor que estaba sentado á su lado vistiendo la levita de bayeton, era un bacalao vestido con ojos á la vez ariscos y escudriñadores, y uno de esos tipos comunes de repugnante grosería, porque siendo proporcionalmente ricos, ingertan sobre su grotesca gansería, la insolencia del dinero.

Esforzábase en hacerse agradable á la jóven, que le volvia cuanto era dable, sobre la banqueta, la espalda, y dejaba todas sus preguntas sin respuestas. Esta jóven, desde luego ejerció sobre mí cierto irresistible atractivo; y reflexionando en la causa que la producia, vine á inferir que era la absoluta indiferencia que tenia á parecer bien y á agradar, que pica el amor propio como lo empalagan los esfuerzos hechos por inspirar admiracion; esa dejadez ó indolencia, que cuando no son desdeñosas, dan un no sé qué de solidez, un aire de superioridad á mezquinas vanidades, una honesta y recatada independencia ó emancipacion, harto más llena de atractivo que la decantada, frívola, nécia y chocante coquetería, puesta en boga por los hombres que escriben con el fin afrancesado de inocularla en las mujeres españolas. ¡Dios perdone á tanto introductor de malas tendencias, y peor gusto, en nuestro noble pais, tan superior á mezquindades frívolas, y afectaciones ridículas!

Observé que Doña Simona, así se llamaba la señora gorda, de cuando en cuando daba á su hija,

que tenia por nombre Andrea, un codazo, y de cuando en cuando le tiraba por debajo de su manteleta—que nació vieja—un pellizco; el codazo lo recibia la impasible víctima cuando no contestaba á las preguntas del señor del bayeton, y los pellizcos cuando volvía la cara hácia el último rincon de nuestra banqueta, en que estaba sentado el jóven que fué el último que entró en el omnibus-diligencia.

Debo, antes de proseguir, daros más ámplios detalles de nuestros compañeros de viaje, pues van á ser los personajes de la historia prometida, y deciros el cómo los adquirí.

Habiendo sabido D. Arcadio que Alberto deseaba tomar un criado del pais, le recomendó á un muchacho que, con el fin de colocarse, venia á la Coruña, y habia tomado un asiento exterior. Era este, pariente cercano de la señora gorda; por este muchacho,—que es Domingo,—que nos ha seguido aquí, supe todos los pormenores que voy á referiros.

Es seguro que no os extrañaréis verme tan impuesta, conociendo mi propension á identificarme con cuanto me rodea, hasta con los animales, con la naturaleza y aun con las cosas inanimadas.

—Conozco esta propension, amiga mia, que hace digamos así, de vuestro corazon un santo hospicio; y sé los malos ratos que os hace pasar, dijo el Conde.

—¿Y porqué no haceis igualmente mencion de los buenos, de lo que he gozado, vivido, reido y sentido? repuso la Marquesa.

—Si no os acordais de vuestras ánsias y de vuestras lágrimas, vertidas en el altar de la compasion, yo las tengo bien presentes, y..... ¡Dios no las olvida! Más recordad un refran turco, que dice que el que llora con todos, acaba por quedarse sin ojos.

Bien decís que es *turco* el refran; ¡qué magnífica y bendita ceguera, la que fuése debida á la caridad!!!

—Empezad vuestra historia, Marquesa, que además de interés, me inspira ya curiosidad.

—Era Doña Simona, esto es, la señora gorda que gruñia por el desacato cometido por D. Arcadio contra sus respetables sostenes, y que tanto agasajaba á su amigo D. Longino, hija de unos pobres campesinos de Santa María de Meira, pueblecito cercano de Pontevedra. Su hermano, con ese instintivo amor al trabajo, que hace á los gallegos tan hombres de bien, se embarcó para América; su hermana mayor casó con un pobre, que á poco murió dejándola con cinco hijos en la miseria.

Simona, que era buena mozota, y por lo tanto algo arrogante y desenvuelta, se casó con un dómine flaco, mústio y poco letrado, gracias á ciertos escrúpulos de conciencia que supo despertar en su asombradizo ánimo, el que por ser hijo de

un criado de campo de una casa pudiente, obtuvo no sé qué clase de empleo, cargo ó cobranza, que le trajo á Pontevedra. Dando ensanche ó pábulo este ascenso á la arrogancia de Doña Simona, aumentóse ésta á increibles proporciones. Su pobre hermana imploró, sin obtenerlos, socorros de la encumbrada Simona; lo solo que hizo esta por ella, fué traerse á uno de sus hijos, llamado Benito, gracias á la intervencion del triste dómine su marido, que necesitaba un muchacho de toda confianza para sus cobranzas.

Benito tenia el bello tipo gallego, no tan fino como el fino tipo andaluz, pero quizás mas correcto; y que si bien no tiene el alma y chispa de nuestros paisanos, tiene una frescura y una lozanía de las que el nuestro carece.

Andrea, que tenia bastante buen sentido para que le chocasen las fachendas y jactancias, con las que su Madre se ponia en ridículo, por la fuerza de la reaccion, se apegó á lo sencillo y á lo rústico, no porque fuese humilde, sino porque tenia bastante orgullo razonado para no dejarse cegar por la torpe vanidad. Así fué que, lejos de desdeñarla, se apegó á su familia pobre, y correspondió al amor de su primo, el que, á una hermosa presencia, unia un honrado carácter, un corazon sano y un recto juicio. Poco antes de nuestro viaje, habia llegado á Pontevedra un rico mercader de la Coruña, que habia tenido asuntos que tratar con el

triste dómine, marido humilde de Doña Simona.

Era este, como Vd. quizás habrá colegido, el feísimo señor del leviton, al que Andrea volvia la espalda, y al que su Madre colmaba de atenciones de grueso calibre. Habíase este enamorado de Andrea, y ofrecido á sus Padres de encumbrarla hasta constituirla en su cara mitad. De gozo la Madre, se habia puesto á bailar la gallegada, y el Padre habia sacado, entre las cosas arrumbadas y fuéra de uso, una sonrisa mómia, seca y encogida, que apénas salió á luz se desvaneció para siempre, como sucede á otras cosas al desenterrarlas.

Andrea, que no era interesada, aunque no hubiese amado á Benito, no habria consentido, á imitacion de la luz, en ser la bella mitad de aquella mustia noche; así fué que, desde que comprendió de lo que se trataba, sin agitarse ni apurarse, con cierta sangre fria y flema, que habia heredado de su padre, demostró el menos disimulado desden al rico D. Longino, y el más ostensible apego á su primo Benito. El mercader, que no podia detenerse, propuso á su futura suegra que le acompañase con su hija á la Coruña, confiando en que el trato engendraria cariño, y que este y las galas de su tienda triunfarian de la marcada repulsa de la hermosa Andrea. Doña Simona consintió tanto más gustosa, cuanto que no se hallaba de gozo al pensar en este viaje de placer, en el que veria á Santiago y sus famosas fiestas patronales, y á la Coruña, ese inapre-

ciable camafeo antiguo engarzado á lo moderno. Pero ante todo, y á prevencion, despidió la buena parienta á su sobrino como á un lacayo, sin que fuesen parte á impedírselo las observaciones del triste dómine, su marido, que no queria desprenderse de él, como tampoco la afliccion de su sobrino, ni las lágrimas vertidas por su infeliz hermana. Benito, que como gallego era económico y arreglado, á pesar de haber socorrido siempre á su Madre, habia ahorrado una pequeña cantidad, y en su desamparo se resolvió á invertirla en trasladarse á Méjico para buscar á su tio, hacerle presente su situacion y la de su madre, y ver si queria ampararlos, lo que á poca costa podia hacer, sabiendo ellos que habia hecho una fortuna inmensa. Aunque nunca habia contestado á las cartas que le habian escrito, ni jamás se habia acordado de su pobre familia, Benito esperaba que su presencia haria mas que un papel, que despues de leido se tira.

—La esperanza florece siempre y en todos los corazones, porque es una flor del cielo; pero en la juventud está en toda su lozanía, dijo el Conde: ir á buscar á un pariente rico sin que este lo llame! No es preciso ser lince para prever el ultimatum de esta relacion, que vos misma creeis, quizá con Benito muy satisfactoria, contando, como los romanceros, con una herencia ó un pariente rico en las Indias, para concluir sus novelas ó comedias con el casamiento de los amantes á satisfaccion del auditorio.

—Vos preferís, como siempre, concluirla en drama por lo visto, dijo la narradora, interrumpiendo con viveza á su amigo: puede, puede, pues á la hora esta no están casados Andrea y Benito; pero si su misántropo apagador no mata la luz ántes de tiempo, me dejareis concluir mi relacion.

—Señora, no apago, atizo, que es lo que me tiene cuenta, para que prosigais y disipeis todas mis tinieblas.

—Estais, pues, enterado de quiénes eran y en qué disposiciones venian nuestros compañeros de viaje. Atravesando aqnel delicioso país tan frondoso y mas grandioso que el paisaje inglés, aunque no tan ameno y apacible, atravesamos por Caldas y llegamos á Padron, pueblo lindísimo metido entre árboles y agua como una Ninfa que se baña, y en el que los sauces llorones, de firme y robusto tronco, débil y lánguido ramaje, pomposos é indolentes, demuestran la altura sin arrogancia, y la fuerza unida á la gracia. Despues de una malísima comida —la peor que hemos hecho en Galicia, en donde son excelentes los comestibles, si bien las cocineras de las posadas no alcanzan á merecer el mismo epíteto,— seguimos nuestro viaje, penoso por lo malo del camino, delicioso por las vistas que presenta hasta llegar á Santiago, en donde el paisaje se hace en general mas austero, como si quisiera adaptarse al carácter de aquella grave y antigua capital, que aislada, sin casi vias de comunicacion, desdeñan-

do el comercio y su mezquino é interesado movimiento, prohija su universidad y colegios como cunas del saber y de las ciencias, y honra sus magníficos y antiguos edificios de piedra que el tiempo ha ennegrecido dándoles con eso la dignidad que dá al hombre blanqueando su cabeza. He pasado en Santiago sus animadas fiestas patronales; he oido la música aérea de sus campanas, y la militar de su guarnicion; he visto sus fuegos, sus gigantes, restos memorables de cándidas épocas pasadas; he visto moverse, cual hormigas, millares de vivientes alegres y animados; he visto el sol sonreir á ésta gran reunion devota, pacífica y alegre; pero nada de esto, Conde, ha sido suficiente para distraer mi ánimo de la grave contemplacion que inspiran aquellos edificios que temo profanar con la voz de burgraves de la arquitectura; nada en lo presente podria compartir la meditacion en que sumen la mente que busca y halla en ellos los vestigios de los siglos, la marca de la historia y el panteon de hombres que, si aquí yacen silenciosos y ocultos, brillan en la oscuridad de lo pasado como estrellas en la noche. No creo, Conde, que en ninguna parte del mundo se presenten tan grandiosa, tan propia y tan vivamente las huellas de grandes cosas y grandes hombres de la historia como en Santiago; es el archivo del tiempo mejor conservado y menos profanado que creo puede existir en el mundo. Aquisgran, conserva la palpable memoria de su Carlo-

Magno, la que llena allá lo presente como lo pasado, la historia y la poesía, la realidad y la fantasía, el corazon y la cabeza; pero aquí no es una historia parcial ó aislada; aquí es un centro al que desde el Santo Apóstol á quien debe el nombre, ha venido atraido por la gloria y fama del santuario, cuanto grande ha existido sin exceptuar al mismo Carlo-Magno. La gran plaza, que componen solo cuatro magníficos edificios, infunde tal respeto, Conde, que no se quisiera sino pisar de rodillas. ¡Cómo no sentir ese respeto nacido de las reflexiones que inspiran!

Si miraba á la soberbia catedral, consideraba que mas de mil años han pasado desde que se fundó.

Si al seminario conciliar, obra perfecta del siglo pasado que le hace frente con sus grandiosos soportales, que lo fundó un obispo en bien de la religion; si á la derecha, al hospital, no menos grnde y digno, consideraba que lo fundaron los Reyes Católicos. Si á la izquierda, al Colegio que en 1544 labró el arzobispo Fonseca, recordaba que fué para los pobres, y que por eso le apellidó el vulgo *Colegio de pan y sardina*.

Sí, Conde, de rodillas se quisiera pisar aquel recinto aunque no fuese mas que para pedir perdon á ese gran tiempo pasado de la osadía con que la ingrata época moderna lo desprecia, lo zahiere y lo vilipendia. Allí, Conde, se labraron esos suntuosos é imperecederos edificios y santuarios á la RELIGION, á la CARIDAD, al SABER DIVINO, y al SABER HUMANO!

¿Y quereis que no pida perdon á ese pasado que insulta este presente, que labra teatros, plazas de toros y paseos!!!

—¿Se lo criticais, Marquesa?

—No, á no ser las plazas de toros, ¡esas sí! lo demás no se lo critico, no, al contrario, pero le niego el derecho de condenar tan amargamente en nombre de las luces y de la filantropía las épocas pasadas, me parece un parricida, y lloro la ingratitud de la presuntuosa mocedad hácia la respetable vejez que le dejó la herencia que disfruta.

—No os exalteis, Marquesa; la exaltacion aun en los mejores y mas elevados sentimientos, nos hace injustos y exacerba el dolor.

—Si la exaltacion es santa y buena, dejarla alzarse aunque sea en alas de suspiros.

—Es que todas se creen santas y buenas; mirad que las exajeraciones dañan á su objeto, Marquesa. Cuando Monsieur Emile de Girardin, director del periódico francés la *Presse*, no se habia aun subido en los zancos vistosos de la excentricidad, no se habia aun desbocado en los extravíos del republicanismo, y no habia demostrado el cómo puede la aberracion del génio elaborar veneno con las flores del talento, de la imaginacion y del saber; en aquella época en que se servia de estos hermosos dones unidos á la razon, dijo:

«Toda libertad tiene sus límites naturales que no puede salvar impunemente.

»La libertad de reunion, tiene por límite y castigo el tumulto.

»La libertad de exámen, tiene por límite y castigo la duda.

»La libertad de imprenta, tiene por límite y castigo el descrédito en que cae y la reaccion que provoca.»

—Y yo añadiré que la facultad de sentir tiene por límite y castigo el torturarse el corazon y el amargarse la vida, sin provecho de nadie.

—Sin provecho, no, Conde; ¡Dios nos libre de asemejar las cosas del corazon á las de la tierra! Y ahora os diré yo á mi vez:

El afan de atemperar los sentimientos, tiene por límites y castigo el enfriarlos.

—Vamos, ambos tenemos razon, repuso el Conde sonriendo; en un buen medio está la virtud.

—Sí, como lo está el talento entre la ignorancia y el génio, segun un autor francés.

—Pero... Marquesa, volved á Santiago y describídmelo en llana y exacta prosa.

—Eso no podré, Conde, no sé hacer llana y exacta prosa, dijo la Marquesa, no soy bastante positiva, ni bastante instruida.

—No decís mal, repuso el Conde, haceis poesía.

—¡Poesía! Pues si no sé hacer un verso.

—No importa; dice otro autor que los versos son demasiado á menudo enemigos de la poesía, porque la poesía es la inspiracion del alma, y la ver-

sificacion es una convencion del entendimiento; y añade en otro lugar: la inspiracion del corazon no es nunca ridícula, como lo es á veces la de la imaginacion; por eso las mujeres suelen estar mejor inspiradas que muchos hombres. Habladme, pues, de Santiago, si no quereis en llana y exacta prosa ni en poesía, que sea en vuestro lenguaje propio, que no tiene, segun vos, nomenclatura.

—Solo lo entreví, Conde; además, no tengo los conocimientos artísticos, históricos y arqueológicos necesarios para hablar debidamente de pueblo tan importante en estos ramos; solo os diré someramente que es magnífica la universidad, y que lo solo que me chocó en tan grandioso edificio de bóvedas, mármoles y piedras con su oscuro color de anciana, fué ver en su hermoso y noble frontispicio una diminuta losa de mármol blanco como alabastro, con esta interesante inscripcion:

«*Asegurado de incendio.*»

Paréceme que más propio hubiese sido el poner en ese grave, incombustible y poderoso edificio: «Asegurado de las malas doctrinas anti-religiosas, anti-sociales y anti-nacionales, que infestan nuestra pura atmósfera.» De cierto habria inspirado más confianza á los Padres, y atraido más alumnos, que no la interesante noticia que dá ese parche moderno! Me hizo su vista el efecto que me habria hecho

un guerrero que sobre su yelmo de hierro se hubiese puesto una chichonera de niño.

Tampoco quiero omitir el hablar de las magníficas hortensias que allí ví, que se elevaban á grande altura, y cuyos tallos tenian, si no la consistencia, la circunferencia del tronco de un árbol frutal; igualmente quiero honrar á un cardo de los que llamamos aquí borriqueros, que ví en el jardin del colegio de medicina, que habia crecido á tan extraordinaria altura, que en Escocia hubiese sido el Walter Scott de sus cardos (1); puesta yo en pié, alzado el brazo y levantando con este mi sombrilla, no alcanzaba á su flor.

Quisiera hablaros del portentoso convento de San Martin Pinario, pero como abandonado ya, camina lentamente de cadáver á esqueleto, esto es, que decae del abandono á las ruinas: nada diré... por no llorar!

Santiago no diré que no sea bonito, pero sí que no me lo pareció; la estructura de sus calles, la arquitectura de sus casas, su aspecto general, no es bello ni elegante; hay algo heterogéneo en su conjunto, un contraste sin gradacion de lo soberbio y grandioso á lo pobre y mezquino: no creo poderla ofender en esto que digo; ¿cómo se sentiría la Minerva cristiana de que no se le concedan las gracias de una Venus presumida? ¿Quién repara si es *bonito*

---

(1) El cardo es la planta simbólica de Escocia.

como ciudad ó vivienda de hombres Santiago? ¿Quién al ver una iglesia á la luz de sus lámparas de plata, echa de ménos el gas? ¿Quién al ver un castillo histórico, echa de ménos pulidos cristales y verdes celosías? ¿Quién al entrar en un noble archivo, se acuerda de los álbums perfumados? Se está en otra esfera, Conde, que si no impregnada de ámbar y de pólvora de barricadas, lo está del polvo de los siglos y del incienso de su augusto templo.

¡Santiago! mausoleo del santo apóstol de Cristo, ansiado fin de régios peregrinos; mansion augusta y venerable del catolicismo y del saber! Agenda de granito de la historia, blason de las glorias de Galicia; ¡puedan siempre, como hasta ahora, pasar por tí el Tiempo y las generaciones sin profanarte y sin hacer más que solemnizar y enaltecer el interés que inspiras, la emocion que causas, el respeto que infundes, y la profunda impresion que dejan tus recuerdos!

La Marquesa bajó la cabeza instintivamente, y cual si la inclinase el respeto que le causaban sus solemnes recuerdos, y al cabo de un momento, levantándola con viveza, dijo con una dulce sonrisa á su anciano amigo:

—Pero, os aburro, Conde, con esta intempestiva incursion por mis recuerdos, que nos han llevado muy lejos del primitivo asunto de nuestro tema, que es la historia de mis amigos de diligen-

cia: ¿quién diria que os estoy refiriendo un suceso? Prosigo, pues, y esta vez sin interrupcion.

Perdimos, aquellos dias, de vista á nuestros amigos del omnibus; solo una vez ví á Doña Simona, que iba hecha un brazo de mar al lado de Don Longino, que sin el leviton de bayeton, parecia un desollinador cascado. Llevaba la señora las flores de monja de la cofia colocadas en su absurdo peinado; cuando estuvo cerca de mí, se entreabrió ostensiblemente la mantilla para deslumbrarme con un collar, y zarcillos de filigrana, y desparejadas perlas de mostacilla, y poniendo en movimiento rápido su abanico con todas sus fuerzas gallegas, pasó haciéndome un pequeño saludo protector; Andrea seguia á esta ridícula pareja, como sigue la fragancia al tosco levante que la arrebata; al pasar se sonrió con dulzura, como si un instinto del corazon la anunciase que hallarían simpatías en mí su carácter, su amor, sus padecimientos y su conducta. ¡Pobre Andrea!

A los tres dias salimos de madrugada en la diligencia, y á medio dia, despues de haber atravesado por una buena carretera un pais hermoso, llegamos á la Coruña.

Han comparado la Coruña á Cádiz. Pero, Conde, por muy apasionada que yo sea á la verde y pintoresca Galicia, tan vieja y venerable en sus monumentos, tan jóven y fresca en su naturaleza, no puedo menos de decir, que si lo dijo un gallego,

fué amor propio, y si un andaluz, fué un cumplido; hay la diferencia entre ambas ciudades, del marfil al hueso. Cádiz es una ciudad excepcional, no solo en España sino en Europa; hija de la plata de América, no han gastado los andaluces la jactancia que les echan en cara al denominarla *una taza de plata*; han sido verídicos y justos. Bien conocidos son los autorizados encómios que de ella hace Byron; últimamente ha escrito el afamado autor norte-americano Longfellow, una obra que se titula *Ultramar*, en la que declara á Cádiz la mas bonita ciudad de la tierra; por consiguiente no será rebajar á la perla de Galicia, ni una jactancia el decir que la Coruña no puede rivalizar con Cádiz.

Si quereis que os dé una idea de la posicion de la linda ciudad de la Coruña, será comparándola á la de Cádiz si formase un arco desde Torre Gorda, viniendo á encontrarse su iglesia del Cármen frente á Puerto Real; en escala menor, el rio Guadalete y el Puerto de Santa María ocuparían el lugar del Ferrol y su ria, con la diferencia que en lugar de salinas rodea aquella bahía un campo verde y ameno, y en lugar del portentoso y sublime cielo que cobija á Andalucía empañan á aquel sus neblinas. No me gustan sus casas, porque no hay casas que puedan agradar á quien está hecha á nuestros patios, nuestras galerías, nuestras columnas de mármol, nuestros jardines y nuestras fuentes.

—Ya se vé, repuso riendo el Conde; asi es que

se cuenta, que cuando un sevillano mandaba labrar una casa, decia al arquitecto: hágame Vd. en este solar un gran patio y buenos corredores; si terreno queda, haga Vd. habitaciones.

—No es nuevo, repuso la Marquesa, que los andaluces nos burlemos de nosotros mismos, como lo prueba ese gracioso epígrama, no aplicable ya á las mezquinas construcciones modernas, con sus ahogados patios, venciendo en la competencia del dia lo útil á lo agradable, lo confortable á lo bello, la estítica economía al noble rumbo. Estoy por lo agradable, lo bello, y el rumbo, Conde, y hablo en mi sentido; soy sevillana, quiero luz, espacio, aire, elegancia, belleza, flores y fuentes; y confieso á Vd. humildemente, que siento tan á la antigua, que entre dos amargas alternativas, la de mostrarme mezquina é interesada, y la de empeñarme, preferiria esta última, sino tuviese la posibilidad de valerme del noble sacrificio para evitar ambos extremos.

De las ventajas referidas, aire, luz y espacio, carecen aquellas casas; y es claro, las echarán sus habitantes de menos, cuando se fabrican en sus fachadas apéndices de cristal; hay casas que se visten si me puedo esplicar así, de cristales, y que miradas desde la bahía cuando las alumbra el sol, parecen estar ardiendo en vivas llamas. Divídese la ciudad en dos partes; la antigua, encerrada en sus fortificaciones en el último extremo de la lengua

de tierra, que se prolonga como un arco en el mar, y la moderna, que se arrellana al lado de su bahía para mirar sus navíos; la vieja contiene en un circo de murallas los edificios y monumentos notables; la nueva, las tiendas, los paseos, el teatro y sus brillantes fachadas de cristal. Con ese afan de demoler, que es una especie de frenesí en esta época, fueron demolidas á gran costa estas hermosas fortificaciones, labradas á imitacion del gran arquitecto que labra las rocas, dejando separadas ambas mitades por escombros, como lo está lo pasado y lo presente. Ni un árbol, ni un paseo, ni ninguna nueva construccion ha venido á cubrir la desnudez y fealdad de aquel erial, cubierto de escombros. Se ha dicho á lo pasado, con esa hiel, y con ese encono incalificable con que se le hostiliza y persigue; ¡*te destruyo*! y no han cubierto sus restos siquiera por respeto á la muerte. Allí yace aquel triste cadáver entre ambas ciudades, como muestra de la impotencia de una época que sabe destruir y no labrar; como un funesto recuerdo de discordia, como un monumento de la ciega arbitrariedad popular; como una necia caricatura de la Bastilla; como una autorizacion plausible al extranjero, que al pasar dice con desdeñosa sonrisa: ¡*cosas de España*! ¡Que impotencia, destruir y no reedificar! no plantar siquiera unos árboles: esa cultura que brinda la naturaleza si medios faltaban para atender á obras dispendiosas. ¡Qué encanto

tiene lo pasado para las almas poéticas, y que bien demuestra la época presente su prosaismo por el desdeñoso encono que le tiene!

Pero charlo mas que una cotorra, prosiguió la Marquesa, y dejo abandonada mi historia como los coruñeses el espacio que separa su antigua y su nueva ciudad. Solo os diré que el trato de los gallegos que conocí es sumamente agradable, y si no es tan picante, divertido y franco como en general el de Andalucía, es ciertamente mas comedido y bondadoso.

—¿Y nada me decís de la famosa torre de Hércules? preguntó el Conde.

—Verdad es que no debo pasarla en silencio, yo que tanto admiro y venero los faros; pero ¿y mi historia?

—Tiempo hay para todo, nadie nos corre; repuso el Conde.

—Pues empezaré por contaros una pequeña anécdota que, aunque de poquísimo interés, me hizo tanta gracia que puede os haga alguna. Cuando llego á un pueblo, hallo gran placer en subir á una altura, y dominándolo con la vista, hacerme cargo de su localidad; hícelo asi, subiendo con mi patrona al balcon mas elevado de su casa, desde donde se divisaba una vista hermosísima por estar situada en la ciudad antigua, que es el punto culminante de la pequeña península.—¿Dónde esta el faro? le pregunte.—Mi patrona me miró sin contes-

tarme.—¡Ah! exclamé, viendo sobre una altura del terreno quebrado que se extiende detrás de la ciudad nueva hasta el mar de afuera, una ancha, cuadrada y venerable torre; aquel será; en Cádiz tambien, proseguí, tenemos un soberbio faro.—¿Si? contestó mi patrona; pues si aquella se llama de Faraon, la de aquí se llama de Hércules.

La torre de Hércules, que en su nombre patentiza su edad, como los siglos, es y con razon la joya que ostenta Galicia en su gran museo de antigüedades. Dícese que la labró Hércules sobre el lugar en que enterró la cabeza de Gerion cuando en singular combate lo venció; dicen que la labraron los fenicios; dicen que la construyó Trajano; pero sea de ello lo que fuese, la vieja torre, harta de servir por siglos de candelero, picada de que ese hormigueo de generaciones efímeras que han pasado como polvo que lleva el viento, le atribuya varios padres, ha querido rendirse, y la Coruña, que la aprecia y ostenta como su penacho, la ha sostenido con su cuidadosa mano, y últimamente le ha labrado un vestido de piedra, en el que la conserva como en un estuche. Sigue adornando su frente con un brillante de fuego, que derrama sus reflejos muchas leguas en el mar, para consuelo del navegante, á quien llama en su lenguaje cosmopolita.

Desde su altura se divisa la ria del Ferrol y la de Betanzos, y entre ambas la extraña Peña calva y

roma llamada Marola, que allí se levanta importunamente como para contrariar aun mas las aguas movidas por las mareas, las corrientes y el empuje de aquel mar, bravo é inquieto. Fuí al Ferrol, Conde, en un vapor lilliputiense, labrado para surcar un arroyo, y no olvidaré mi mortal angustia cuando nos vimos el juguete de aquellas olas en revolucion, de aquellas corrientes encontradas, de aquellos empujes del mar, de aquellas aguas convulsas: y me parecia que la Marola se burlaba de nuestros brincos y contoneos en su impasible inmovilidad; ¡cuánto la envidiaba! tanto que le hice voto de al regreso á mis lares imitar su ejemplo.

Pero en mi vapor miniatura me he ido al Ferrol, dejando plantados á mis héroes en la Coruña.

—Y ¿habeis de volver de nuestro afamado arsenal sin decirme lo que os pareció, amiga mia?

—Conde, es un portento, y por lo tanto tan conocido y descrito, que nada de nuevo os podría decir. La ria, aunque mas corta que la de Vigo, tiene, cual aquella, orillas encantadoras, y en su parte mas angosta, dos castillos, el uno de ellos se dice tenia tantos cañones como dias tiene el año; extiéndese á los pies de la bonita y alegre ciudad, mansa é hipócrita, y le cuenta en susurros los estragos que publica bramando en ancho espacio. Recuerdo con dolor que los jigantes árboles de su magnífico paseo estaban bárbaramente talados; ¿qué Robespierre ordenó la decapitacion de aque-

llos nobles ancianos? Es imposible que vuelva á tener tranquila su conciencia; se le aparecerán negros y sin hojas como fantasmas aquellos árboles decapitados, alargando sus largos brazos para asirlo y llevarlo á ser aserrado, que es el suplicio de ellos. El Ferrol resucita; pero me parece que para dar toda su vida á aquel coloso, se necesitan los millones de que podia disponer Cárlos III; mas no me hagais hablar de lo que no entiendo, Conde. Aunque estamos solos y seais vos indulgente; me oigo á mí misma, y me choco.

Habíamos tomado alojamiento en el café de Puga, donde nos recibieron tal cantidad de animalitos saltadores, muy predilectos en los microscopios, que Alberto añadió una L al nombre del café para calificarlo con mas propiedad, estas horribles invasiones son consecuencias inevitables de un piso de tablas que no se aljofifa; ¿comprende Vd. lo horripilante que es esto para una andaluza que no pisa sino piedra y mármol lavados todos los dias? Pronto nos trasladamos á una casa de pupilaje que nos propuso un primo mio, comandante de artillería que vivía en el entresuelo. Habitaba en el cuerpo alto la patrona, que era conocida de D. Longino, el que llevó é instaló allá á Doña Simona y su hija, por lo cual la casualidad volvió á reunirnos.

Como puede Vd. suponer en el carácter de Doña Simona, apenas supo por la patrona quiénes éramos, cuando trocó sus aires desdeñosos en una

cortesía servil y empalagosa. Nunca pudo pensar quiénes fuésemos, decia, al ver la sencillez de nuestro trage; siempre habia presumido que una persona de mi categoría no debería viajar sino con vestido de terciopelo, sombrero con plumas y algunas alhajas.

Llegó el dia de la marcha de Benito, que partió para Méjico.

—¿Y no le disuadísteis de ir? preguntó el conde.

—¿Yo? no por cierto; ¿qué tenia yo que darle en compensacion de sus esperanzas? ¿qué derecho á entrabar la direccion que Dios daba á su suerte? ¿qué motivos, ni qué razon para disuadirle de su proyecto?

—Señora, la seguridad de que el infeliz iba á hacer ese gran viaje en balde, que lo que iba á recoger de ese tio poderoso y duro,—como lo son todos esos hombres bastos enriquecidos, á quienes en su orgulloso egoismo, un pariente que se cree con derecho á su proteccion horripila,—eran solo durezas, desvíos y negativas.

—Asi lo pensaba yo, pero hubiera sido una crueldad el decírselo; además, esa América tiene para los españoles entrañas de madre, aunque no así sus hijos, no parece sino que les agradece aun su bautismo, su civilizacion, su prosperidad. ¿Cuántos y cuántos hacen allí de un modo ú otro fortuna? Así fué que lejos de aumentar su abatimiento y su desesperanza, le animé, levanté su espíritu y le pro-

nostiqué buena suerte. Si hice mal, Conde, mi intencion fué buena; era jóven y el mundo es ancho; ¡pobrecillos! Su madre en su miseria confiaba en ese viaje; su querida lo aguardaba con constancia y esperanza, y sus hermanitos decian: «¿vendrá mañana? ¿traerá mucho dinero? ¡Pobrecillo!»

—¿Y habeis vuelto á saber de él?

—Sí, respondió la Marquesa; Domingo, que como sabeis ha hecho un viaje á su tierra, siguiendo la inveterada costumbre que tiene hasta los honores de copla:

Los gallegos de Galicia
por mayo y por San Miguel
se despiden de sus amos
y se van con su mujer.

Despues de un largo y penoso viaje de vuelta en que arribaron á Lisboa, ha llegado, y me ha dado noticias de nuestro viajero, á quien vi en Santa María de Meira, ya de regreso.

—¿Qué? ¿ya habia vuelto? exclamó el Conde; esos ricos, Marquesa, no quieren pobres á su lado, así como los alegres no quieren tristes; lo pensé.

—Conde, hay una expresion vulgar, la cual como todas nuestras expresiones vulgares tiene mas sentido, mas chiste y mas concision que nuestras expresiones cultas y pulidas; es esta la que quiero aplicaros diciendo que comeis corazones. ¿Sabeis, señor mio, que haceis mal en eso? Pues si acertais,

chasqueais el narrador; y si no acertais, os chasqueais á vos mismo.

—Merezco la reconvencion y la acato, respondió riendo el Conde.

—Sí, lo mandó de vuelta, prosiguió la marquesa, pero su entrevista fué singular; oid. Cuando su pobre sobrino desembarcó, se presentó en casa de su tio.

—¿Quién eres? preguntó el Nabab al ver su pobre pelaje.

—Señor, contestó el sobrino cortado, soy hijo de vuestra hermana.

—¡Hola! me alegro; ¿y cómo vá por allá?

—De salud, bien, señor; me encargaron tantas expresiones.

—¡Ya, ya, vamos! me hago cargo; ¿y tú á qué vienes?

Esta pregunta fué hecha con tal secatura y despego, que intimidó al pobre muchacho, el cual contestó cortado:

—Señor Tio, á trabajar; á ver si podeis ó quereis colocarme, y puedo así aliviar la suerte de mi pobre familia.

—¡Bien, me parece bien! vete á acostar, que mañana te daré trabajo.

El sobrino se retiró, y á la mañana siguiente montó con su Tio á caballo, y se pusieron en marcha. Todo el dia caminaron por aquellos desiertos campos, y al anochecer llegaron al sitio en que es-

taba situada la mina del Nabab. A la mañana siguiente bajaron á ella, y despues de andar muchas y sombrías galerías, llegaron al lugar en que se trabajaba un rico filon.—Capatáz, dijo el amo á su encargado, aquí os traigo un trabajador; ponga Vd. á este muchacho á trabajar en el filon, y lleve Vd. cuenta de lo que saca, para pagarle su jornal segun trabaje.

El pobre Benito se quedó dolorosamente sorprendido al ver el duro y triste trabajo á que lo destinaba aquel Tio que nadaba en la opulencia; pero con su buen carácter y obligado además por la necesidad, no hizo objecion y se puso con el corazon partido al trabajo.

El Conde se echó á reir, y la Marquesa prosiguió sin hacer alto de ello:

—Benito trabajó sin descanso y sin dar pábulo á que el mal humorado capatáz pudiese reconvenirle en nada. Al cabo de un mes volvió su Tio á la mina.

—Con que... ¿qué tal ha trabajado el muchacho? preguntó al capataz.

Este no pudo hacer otra cosa que elogiar á Benito.

—¿Habeis apartado el mineral que ha extraido como os encargué? tornó á preguntar el dueño.

—Si señor, respondió el preguntado enseñando una gran porcion de mineral reunido en un monton.

—¡Vaya, no lo ha hecho mal! dijo el Tio, des-

pues de examinarlo; ya veo, añadió dirigiéndose á Benito, que eres un buen trabajador, y no te dueles de tí; ahora alístate para volver conmigo á la ciudad.

Benito obedeció alborozado, conociendo que su Tio habia hecho una prueba con él, de la que sin sospechar que lo fuese, habia salido bien.

En los dos dias que siguieron á su vuelta, su tio apenas le habló; al tercero lo llamó, le pagó bien los jornales que habia ganado en la mina, y le dijo que se preparase á marchar al dia siguiente á Vera-Cruz, en donde se embarcaria en un buque inglés, cuyo capitan era conocido suyo, el que ya tenia cobrado su pasaje hasta Lóndres, y cuidaria de buscarle embarcacion y pagarle el viaje de allí á la Coruña.

Diciendo esto, le volvió la espalda, y como tenia aquel señor la cara séria, y Benito era tímido, no se atrevió á contestarle una palabra, ni á hacerle una objecion, sino que resignado y abatido, á la semana siguiente emprendió su viaje de vuelta.

—¡Pobre Benito y pobre Marquesa! dijo con triste sonrisa el Conde.

La Marquesa prosiguió sin dejarse perturbar.

—Llegado que hubieron á Lóndres, le dijo el capitan que era un buen hombre, y que habia tomado afecto á Benito:

—Con que.... ¿qué disponeis que se haga con vuestras cajas?

—¿Qué cajas? preguntó Benito sorprendido.

—¡Toma! vuestras cajas de mineral de plata: ¡un caudal, amigo!

—¿Y esas cajas son mias? tornó á preguntar atónito Benito.

—Asi me lo dijo vuestro Tio, asi lo prueba el letrero que con vuestro nombre las señala, y lo confirma el registro de mi barco, en que vienen designadas como vuestras. ¿No lo sabíais?

—No, ni aun la mas remota sospecha tenia, contestó con las lágrimas en los ojos el enagenado jóven.

—¡Oh! exclamó riendo el capitan, ¡cosas de vuestro Tio! que es todo un original; por eso me encargó que os aconsejase de vender ese mineral aquí; de guiaros para los pasos que con este objeto tengais que dar, de cambiar el dinero en buenas letras de cambio; hecho lo cual, cuidase de buscaros vuestro pasaje para la Coruña.

Y todo sucedió asi; Benito se embarcó en el vapor inglés, no para la Coruña, donde no hace escala, pero sí para Vigo, trayendo en letras por valor de diez mil duros. Y ahora, prosiguió la Marqnesa meneando la cabeza y mirando con radiante aire de un noble triunfo á su anciano amigo; ahora ¿qué decís, profeta de males, verdadero buho, que os creeis pájaro de la sabiduría, compañero de Minerva, y no lo sois sino de la noche y compañero de la desilusion? ¿qué decís? ¿qué decís?

—Digo que la rosada aurora me deslumbra, y que me vuelvo á mis ruinas; pero no sin dar gracias á Dios que la cria, el parabien á las flores que se abren á su paso, y envidiar á los pájaros sencillos que le cantan un himno simpático.

—¡Quisiera, prosiguió la Marquesa, que oyéseis á Domingo la entrevista de Benito con su Madre y sus hermanos! ¡En mi vida he gozado como al oir esta relacion! ¡cómo se unieron mis bendiciones á las de toda la familia para colmar con ellas á ese Tio, que, áspero en apariencia, habia hecho la felicidad de esa buena gente! ¡Oh! ¡que no hubiese él mismo estado presente para gozar de la inefable delicia que proporciona el hacer bien! ¡qué virtud tan querida de Dios es la caridad, Conde, cuando le ha dado dos recompensas, una en la tierra y otra en el cielo, cuando le ha otorgado una ventaja que no se ha otorgado á sí mismo, y es la de no hallar un contrario, un hostilizador, ni un escéptico! Desde luego se puso en marcha con su caudal metálico en su cartera y su caudal de felicidad en el corazon para la Coruña, en donde habian permanecido Andrea y su Madre, á causa de haber muerto su Padre al propio tiempo de estar ellas allí.

Domingo, á su llegada aquí, pensó hallar carta de Benito con la noticia de su boda; mas no ha sido así, pues bien dice el refran, que con las glorias se olvidan las memorias; pero yo, impaciente por tenerlas, he escrito á mi primo que con moti-

vo de vivir en la misma casa conocia á Andréa, la que hallaba por cierto muy de su gusto; y debo por el cálculo que he hecho, recibir su respuesta de hoy á mañana

En este momento entró un criado trayendo algunas cartas y los periódicos del correo. La Marquesa se levantó presurosa; miró varias cartas murmurando: para Alberto: y al tomar la última exclamó observando el sello:

—¡Para mí, y de Galicia! Ya está aquí, Conde; ya está aquí la última pincelada de mi cuadro.

Sentóse en seguida en el borde de una silla, rompió el lacre, y se puso presurosa á leer. La luz del reverbero se derramaba sobre ella como el esplendor de una brillante aureola de regocijo; su acento al empezar la lectura era vivo, alegre como la luz que la alumbraba. Leyó así:

«He recibido tu carta, mi querida prima, y no he extrañado el interés que demuestras por aquellos jóvenes, con los que la casualidad te puso en contacto. Hay buzos que no temen hundirse en las ásperas aguas del mar para sacar una perla, y asi te sucede á tí, que no temes mezclarte entre las ásperas olas de un círculo vulgar é inculto, para desentrañar una perla de las muchas que hallas; porque las buscas; y ciertamente distes con esa perla al dar con Andrea, incrustada en la tosca concha de su Madre. Creo que habrás sabido la vuelta de Benito y su cumplida fortuna, y ahora

desearás que te participe las felicidades del regreso, los gozos de las esperanzas cumplidas y las alegrías de la boda, quieres tu parte en todas ellas, á lo que te dá derecho el vivo y afectuoso interés que te has tomado por estos amantes. ¡Ojalá pudiesen mis noticias dar mas brillo y vida á tu sonrisa, como lo dan los rayos del sol á una flor; pero no puedo, si he de ser verídico. Rodéannos incesantes desgracias; ¿qué dia, acaso, no doblan las campanas, no se trastorna una existencia y no se aja una esperanza? Y no obstante, tantos avisos para que no nos apeguemos á un estado transitorio, á una vida incompleta, á un mundo amargo é ingrato, no nos hacen mella y nos empeñamos en buscar una dicha cumplida, sin elegir siquiera la que puede brindar esta tierra, en donde solo puede hallarse, esto es, en la ausencia de ambicion y de pasiones, en los santos goces de la virtud!!! El hombre ha hecho de la felicidad un ideal, y se desespera de no hallarlo en un mundo que él mismo hace malo, denigra y desprestigia!

»Pero me aparto del objeto de mi carta. Desde que partistes, la pobre Andréa fué decayendo en su cuerpo y en su alma, porque la ausencia la marchitaba, sobre todo desde que, llegada la época en que debió recibir noticias de Benito, faltaron estas un dia y otro. He sabido despues que las cartas llegaron, pero que fueron quemadas sin leerlas por su Madre. Aun hubiera podido vivir

Andréa tranquila en su retiro con su tristeza, como el sáuce en su soledad, conservando en su corazon un resto de esperanza como conserva el cielo el crepúsculo cuando pierde al sol, si su cruel y egoista Madre y su protegido no la hubiesen perseguido de continuo, él con sus repugnantes, ella con sus despóticas exigencias. Andréa, cuyo carácter firme conoces, resistia; pero los verdugos no veian que esta lucha mataba á la pobre víctima. Para colmo de desgracia, murió su Padre, y la situacion desvalida en que quedaron dió nuevas armas á su tosca Madre para insistir en un enlace que llamaba la suerte de ambas; pero Andréa no cedió. Las lágrimas, las reconvenciones y hasta malos tratamientos de su exasperada Madre, unidos al olvido del hombre que tanto amaba, acabaron con sus fuerzas, pero no con su constancia. Todos la veíamos morir menos su Madre, que solo la veia casada.—Ya se pondrá buena, contestaba á nuestras observaciones, cuando olvide al *rapaciño* de su primo, y se encuentre rica y disfrutando en su casa. Tarde se llamó á un facultativo; éste no pudo curarla, ni ella quiso curarse. Habíase encerrado en un silencio que pocas veces rompia; una de ellas fué para decirme, minutos antes de morir, que la despidiera de tí, y te dijese que el mundo era una cárcel, y la muerte la libertad.

»A los dos dias murió; ¡qué hermosa estaba en su féretro! Parecia que aquellas facciones, correc-

tas y graves, eran las propias para la augusta inmovilidad de la muerte; traslucíanse sus venas por su terso cútis, de manera que parecia una estátua de blanco mármol con vetas azules.

»La miraba profundamente conmovido al considerar que pronto iba á desaparecer para siempre en las entrañas de la tierra tanta hermosura y juventud, cuando la puerta se abrió con violencia; un hombre apareció en el quicio; era Benito! No podré pintarte la escena de desesperacion que siguió á esta entrada, y el contraste que formaba la violencia y agitacion del uno y la inmovilidad de la otra. Mirábala el infeliz como si quisiese con el ardor y fuego de sus miradas, reanimar los apagados ojos de la que amaba; sollozaba á gritos y la llamaba, cual si quisiese que sus acentos de dolor penetrasen en sus yertos oidos y trajesen un suspiro entre aquellos blancos é inmóviles lábios.

»Fué preciso que algunos parientes y amigos se lo llevasen en un estado que hizo temer por el trastorno de su cerebro; á fuerza de sangrías y otros medicamentos se logró serenarlo; y cuando despues de unas calenturas, en las que alternaron el letargo y el delirio volvió en sí, halló á su lado á su Madre, á sus hermanos y á su Tio el de Méjico, que todos le rodeaban con las mayores muestras de cariño.—Vive, hijo de mi alma, si quieres que yo viva, le decia deshecha en lágrimas y con las manos cruzadas su Madre.—¡Hermano, no nos desampa-

res, le decian estos besando sus manos.—Sobrino, dijo su Tio, he vuelto de América solo por tí, para que no nos separemos más; ¿no me agradecerás esta prueba de cariño, y no tienes sentimientos en tu corazon sino para un solo amor?

»Benito ha convalecido; aun está débil y profundamente afligido; pero el tiempo, que es la panacea de los males del corazon, le irá cicatrizando esta profunda llaga. El dolor violento que los poetas y novelistas hacen eterno, no lo es, ni puede serlo; tórnase la desesperacion en dolor; el dolor en sentimiento; el sentimiento en tristeza; la tristeza en recuerdo, como en la hoguera la llama enhiesta decae, se amortigua, se torna en brasa y despues en ceniza; y así, tú que eres todo sentimiento, y lo tienes por único motor en la existencia, no culpes á Benito por seguir la senda usual y trillada, porque Benito no es un héroe de novela, sino un hombre de la vida real que resiste á las penas como es y debe ser; pues si cada pena costara una vida, el mundo no existiria. Tampoco llores sobre Andréa; ¿porqué llorar, si dice nuestra hermosa frase, que nada pierde por ser tan repetida, que pasó á mejor vida?»

La Marquesa dejó caer sobre la falda sus manos con la carta que en ellas tenia, é inclinó la cabeza sobre su pecho. La viva luz del reverbero hizo brillar como estrellas las lágrimas que precipitadas surcaron su rostro.

—No digo, exclamó el Conde levantándose y tomando entre las suyas las frias manos de su amiga, no digo que os mata vuestro corazon? Amiga querida, considerad que debeis enfrenar sus excesos. Los filósofos pitagóricos creian que el alma era una armonía compuesta de dos partes; una racional y otra irracional; colocaban la primera en la cabeza, la segunda en el corazon.

—Esos filósofos no eran cristianos, Conde.

—Es cierto; pero esta definicion hecha por hombres sagaces y pensadores, debe demostraros que el corazon necesita un freno, si es que llega, como sucede en vos, á ser nuestro verdugo.

—Muchas veces me habeis dicho, Conde, repuso con suave exaltacion la Marquesa, que es el corazon el verdugo del hombre, y yo hallo que es su áncora de salvacion. Él es el santo lazo que nos une todos unos á otros, sin distincion de clase, de edad ni de patria; él ampara todo lo desvalido y compadece todo sufrimiento, sea el delincuente amigo ó enemigo, racional ó irracional, mientras el egoismo cree haber hecho lo suficiente lavándose las manos como Pilato; es el incansable antagonista de toda crueldad sin temer burlas ni desdenes, mientras el hombre que no lo escucha, la tolera, la inventa, la ejerce y constituye hasta en diversion, á pesar de la religion, de la humanidad, de la razon y de la cultura. Él lleva á la limosna, mientras la prudencia precavida crea las leyes de la propie-

dad; lleva al perdon, mientras la justicia crea el castigo; crea la poesía, mientras la cabeza crea las reglas y el arte; crea la buena fé, mientras el raciocinio crea el sofisma; él hace el amor desprendido, consagrado, dulce, eterno y celestial, mientras la pasion lo hace egoista, vano, violento, perecedero y terrestre; él vence la altanería del pensar con la dulzura del sentir; ablanda la dureza de carácter con el santo manantial de lágrimas; nos alza á altas regiones con las ánsias, que son sus alas, mientras la naturaleza humana nos rebaja con los sentidos; goza en todo sacrificio, grande ó chico, mientras contra ellos se revelan el interés y los apetitos; muestra la buena senda á la imaginacion cuando el error la extravía; siente á Dios mientras el entendimiento no lo comprende; hace conversiones, mientras el espíritu de análisis hace defecciones. De él brota la clemencia como un bálsamo divino sobre el universo, y por última excelencia recompensa él mismo con inefables goces al que sigue sus inspiraciones. La materia nos embrutece, la cabeza nos extravía, las pasiones nos pierden; solo él nos salva. ¡Dichoso mil veces el mortal que atiende á su voz y es sordo á las que la ahogan y combaten! Y así, Conde, no es el corazon nuestro verdugo; no, no, ¡es el áncora que nos salva!

—Y añadid, dijo conmovido el Conde, que viéndose el corazon personificado en vos, no hay quien

le resista, y no le proclame la parte de ángel que conserva la humanidad! Pero llorareis, como las nubes todas vuestras lágrimas sobre la tierra, pues NO HALLARÁ ese corazon que solo quereis escuchar, amiga é hija mia.... COSA CUMPLIDA, SINO EN LA OTRA VIDA!

FIN.

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

CENTRAL LIBRARY.

ABBREVIATED REGULATIONS.

One volume can be had at a time, in home use, from the Lower Hall, and one from the Bates Hall, and this volume must always be returned with the applicant's library card, within such hours as the rules prescribe. No book can be taken from the Lower Hall of this Library, while the applicant has one from any Branch.

Books can be kept out 14 days, but may be renewed *within* that time, by presenting a new slip with the card; after 14 days a fine of *two* cents for *each* day is incurred, and after 21 days the book will be sent for at the borrower's cost, who cannot take another book until all charges are paid.

No book is to be lent out of the household of the borrower; nor is it to be kept by transfers in one household more than one month, and it must remain in the Library one week before it can be again drawn in the same household.

The Library hours for the delivery and return of books are from 9 o'clock, A. M., to 8 o'clock, P. M., in the *Lower Hall;* and from 9 o'clock, A. M., until 6 o'clock, P. M., from October to March, and until 7 o'clock, from April to September, in the *Bates Hall.*

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any Library notice to reach, through the mail, the person addressed.

[50,000, Nov., 1870.]